
VITT. EMANUELE III






122



TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES.

TOMO XIV.

MASANIELLO.





MASANIELLO.



MASANIELLO,

[illegible]

[illegible] REBELION EN NAPOLES.

[illegible]

[illegible]

[illegible]



Barcelona.

[illegible]

[illegible]

[illegible]



MASANIELLO,

Ó LOS OCHO DIAS

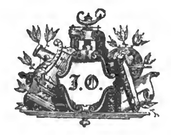
DE REVOLUCION EN NÁPOLES.

POR

DEFAUCONPRET.

TRADUCIDA Y ADICIONADA

por D. F. de P. Fors de Casamayor.



Barcelona.

IMPRENTA DE JUAN OLIVERES, EDITOR,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1844.



RESEÑA HISTÓRICA

DE

LA REVOLUCION DE NÁPOLES EN 1647.

El cargo principal que se hace á una novela histórica, segun sienta el autor de la presente obra en su breve noticia histórica acerca la sublevacion de Nápoles en 1647 (1), es de que arrastra á los lectores á que confundan la historia con la fábula, la verdad con la ficcion. Convencidos nosotros de lo mismo, y deseosos de evitar que se incurra en semejante error, hemos creido oportuno trazar un verídico compendio de las terribles y sangrientas escenas de que fue teatro la ciudad de Nápoles durante los dias de aquella desastrosa revolucion. Para alcanzar nuestro objeto, hemos acudido al testimonio de Gualdo Priorato, Giraffi, Pablo Antonio de Tarsia, Siri, Duponchel, Anquetil, Meissner, Miñana, Artaud y otros.

Acordes estos historiadores en las principales causas que motivaron el levantamiento del pueblo napolitano, solo alguno de los mismos disiento de la generalidad en la narracion de ciertos hechos que en manera alguna desvirtuan el complexo de la verdad histórica. Celosos en extremo para trasladarla fielmente á nuestros lectores, nos ceñiremos tan solo á referir los que marcadamente llevan el sello de la mayoría, dejando pasar desapercibidos los de menor importancia, y de cuya veracidad pudiéramos dudar cuando únicamente los apoya la opinion de poquísimos escritores, que dejan entrever discordancia al relatarlos.

Uno de los mas preciosos florones que adornaban la corona de España en el siglo XVII era el hermoso y rico reino de Nápoles, transformado en aquella época en manantial peronne, dondo se apagaba la insaciable sed de oro de la corte de Madrid, la cual mandaba allá sus vireyes, no tanto para gobernar el pais y procurarlo, como debiera, los bienes efectivos que produce una sabia y política administracion, como para que remesasen á España los continuos tesoros que se arran-

(1) *Lo reducido de dicha noticia hace que la omitamos, substituyéndola con la presente Reseña.*

caban al desgraciado pueblo, ora con el anmento de las contribuciones impuestas, ora con la creacion de nuevas y crecidas gabelas, que imprudentemente se hacian pesar sobre objetos de primera necesidad. Los vireyes por su parte mostrábanse celosísimos en el cumplimiento de las instrucciones que recibian; porque al paso que satisfacian á la metrópoli, se creaban poco á poco una pingüe fortuna, que mas tarde iban á disfrutar libres de cuidados, lejos del infortunado pais que inicuamente habian oprimido. Tan bárbaro proceder, tarde ó temprano habia de producir sus efectos, y dar una severa leccion á los que tan despóticamente robaban la subsistencia al indefenso pueblo.

No estaba aun bien apagado el foco de la revolucion de Palermo (1), cuando el pueblo de Nápoles comenzaba sordamente á agitarse aguijoneado por el cúmulo de vejámenes que sufriera de los españoles, mas arrogantes cada dia con la aquiescencia y aparente calma de aquel. Á mediados del siglo XVII producian las rentas del reino la crecida suma de seis millones de ducados napolitanos (2), importando apenas un millon trescientos mil ducados los gastos de la administracion, el mantenimiento del ejército, do la flota y de las embajadas de Italia. Bajo pretexto de espionaje, dilapidaban escandalosamente los oficiales del rey, setecientos mil ducados en el reino de Nápoles; al mismo tiempo que para pagar las deudas de España y sus numerosos ejércitos de Flandes y de Milan, se extraian del pais cuatro millones de ducados, ó los dos tercios de las rentas ordinarias.

Crecia el descontento del pueblo á la vista de esta política sorda y usurpadora, que lejos de atender á las necesidades del reino, invertia fuera de él sus tributos. Pero cuando ya no tuvo límites la irritacion, fue al ver que despues de haberse impuesto crecidas gabelas sobre la carne, el vino, el pescado y la harina, se hicieron extensivas aquellas á las frutas y legumbres, con cuyos nuevos impuestos se conceptuaba que se recaudarian ochenta mil ducados de renta.

Por este tiempo, que era en el año 1647, se hallaba de virey de Nápoles Ponce de Leon, duque de Arcos, hombre dotado de talento, y que no carecia de resolucion. En cambio le dominaba una extremada pasion á las riquezas, y para adquirirlas fáclimente, habia procurado ganarse la amistad de D. Luis de Haro, favorito de Felipe IV, quien con su poderosa mediacion le alcanzó el vireinato de Nápoles. El du-

(1) *Duponchel en su* Historia de Italia, *dice que Palermo se sublevó casi al propio tiempo que Nápoles. Ambas revoluciones pasaron por la misma crisis, aunque la primera fue menos duradera y seria que la segunda. Añade, que despues de haberse dado una amnistia, el pueblo fue ametrallado, los gefes ahorcados y los impuestos que motivaron la revolucion restablecidos con todo vigor.*

(2) *Cada ducado napolitano equivale aproximativamente á unos quince reales de vellon.*

que de Arcos era el hombre mas á propósito para secundar los deseos de la corte de España, porque astuto y mañero á la vez, al paso que fingia condolerse públicamente del pueblo napolitano, so mostraba en secreto impasible á la vista de los males que le aquejaban, y que tan á la mano tenia el poderlos remediar.

Sitiaban á la sazon los franceses á Orbitello, y con el pretexto de armar una flota que se opusiera á la de aquellos, estableció el duque de Arcos el nuevo impuesto que hemos insinuado sobre las frutas y las legumbres. Esta fue la chispa eléctrica que conmovió al pueblo, quien sobrecargado de tasas, la que últimamente se exigia le era tanto mas insoportable, en cuanto recaia sobre un objeto de primera necesidad, como que las frutas y las legumbres formaban su principal alimento en el verano.

Un parlamento, representado por la nobleza y el pueblo, debia dar su consentimiento para procederse á la imposicion de nuevas gabelas; y este privilegio del reino, que databa del tiempo de Cárlos V (1), no se respetó por el duque de Arcos; ó á lo mas procuró con ocultos manejos que el nuevo impuesto llevase la raquítica aprobacion de una sombra de parlamento constituido contra las prácticas del pais.

Propalábase á la sazon en la corte de Madrid la absoluta y viciosa máxima de que *Nápoles atormentaba á los que no le atormentaban.* Esta infeliz ciudad mostrábase tranquila, y su calma era precursora de la mas desecha tormenta, porque los pobres que sufrian y no querian trabajar mas, toda vez que el sudor de su rostro era para ellos estéril, y el fruto de sus labores no bastaba al preciso sustento de sus familias, atendido el exesivo precio de las frutas y legumbres, estaban resueltos á lanzarse á la lucha contra sus opresores al primer síntoma de insurreccion.

Afirman varios historiadores que un tal Julio Jenovino (2), ó Genuino, hombre de perversa conducta, que antes habia servido á los planes del duque de Osuna siendo empleado en comisiones inicuas, se puso de acuerdo con un fraile lego del convento de Carmelitas, y que ambos esparcieron voces subversivas para animar al pueblo á la revuelta,

(1) *Cárlos V fue el que reunió la Italia á la monarquía española: su hijo Felipe II la mantuvo durante su largo reinado en una estrecha dependencia. Todo el siglo décimo séptimo se pasó con el reinado de los tres príncipes de la misma familia; Felipe III que gobernó desde 1598 á 1621; Felipe IV desde 1621 á 1665, y Cárlos II desde 1665 hasta 1700. Estos monarcas, lejos de mantener ilesos los privilegios que Cárlos V habia concedido á los napolitanos y de respetar la memoria del primer conquistador, los hollaron con la continua creacion de nuevos impuestos.*

(2) *Segun Mr. Defauconpret, Jenovino era un viejo cura, vicioso y turbulento, á quien el cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, habia entredicho de ejercer su sagrado ministerio.*

con el pretexto de que no debian tolerarse los nuevos impuestos exigidos por el virey. Auxiliado Jenovino con la poderosa influencia de los curas, la fuerza del populacho, el ascendiente de la mayoría de la nobleza y de todos los ciudadanos acomodados, no era por cierto dudoso el éxito de la empresa.

Solo faltaba un gefe popular que al valor reuniese el talento necesario para saber entusiasmar las masas. No queriendo, ó no atreviéndose, ningun noble napolitano á ponerse al frente del movimiento, era preciso sacar el gefe de entre el mismo pueblo. Un pobre pescador, hijo de Amalfi, fue el elegido por Jenovino. Llamábase Tomás Anello ó Aniello, mas vulgarmente conocido con el nombre de Masaniello. Este jóven que aun no habia cumplido los veinte y cuatro años, y que no habia recibido clase alguna de educacion, estaba dotado de un talento natural. Poseia igualmente aquella elocuencia hija del corazon que tan mágicamente obra en las conmociones populares; su hermosa fisonomía, robusta constitucion, ardiente carácter y valor á toda prueba, le habian hecho el ídolo del pueblo, que él frecuentaba continuamente como vendedor de pescado. Veiase á menudo crecido número de personas formar corro para oirle celebrar su género. Auxiliado con las sales del dialecto napolitano, oiasele repetidas veces decir con festivo humor, acompañando sus palabras con cierta cómica mímica que realzaba en extremo su esbelta figura: *que su pescado era la comida de los dioses, á quienes lo vendia en secreto, y que aunque todos los príncipes de Europa hubiesen enviado á comprarlo, no hubiera podido complacerles, porque el cielo lo habia devorado todo, y además lo habia pagado muy bien.* Con el continuo roce con las personas superiores á su clase, que no se desdeñaban de hablar con él, y de cuyas casas era el proveedor de confianza, supo adquirirse ciertos modales que le distinguian de la multitud del pueblo. Los chistes y picantes agudezas con que contestaba á menudo á las consultas que le hacian algunos de los muchos que continuamente le rodeaban y seguian sus pasos, eran aplaudidos con entusiasmo. Este conjunto de circunstancias le habia dado una grandísima popularidad, de la cual supieron aprovecharse Jenovino y el lego carmelita.

Masaniello acababa de tener fuertes disputas sobre la venta de sus pescados con algunos colectores de las gabelas, y pocos dias antes su mujer habia sido detenida en el acto de introducir fraudulentamente harina en la ciudad, maltratada por los guardas, puesta en arresto por algunos dias, y condenada á cierta multa. No podia escogerse ocasion mas oportuna para inducir á Masaniello á que se pusiera á la cabeza del pueblo á grito de *¡fuera gabelas!* pues interiormente habia jurado vengar el ultraje; y por lo mismo convino en cuanto se le propuso, porque veia el medio de lavar su afrenta y de que el pueblo napolitano respirase libre de los impuestos que le arruinaban.

Para alentar mas vigorosamente a la muchedumbre, no descuidó

Jenovino de hacer fijar en determinados parajes, pasquines manuscritos, en los cuales se pintaba con los mas vivos colores el deplorable estado del pueblo, se le incitaba á levantarse, se amenazaba al virey, y se exigia la supresion de los impuestos y el respeto á los privilegios concedidos por Cárlos V.

Varios nobles y una multitud de ciudadanos respetables, deseosos de evitar los males que son consecuentes á una revolucion, acudieron respetuosamente al virey pidiéndole que aboliese el nuevo impuesto. Sordo este á toda reclamacion, procuró acallarlos con especiosos pretextos y falsas promesas, que estaba bien distante de cumplir; sin embargo de que debian hacerle mas político y cauteloso las chispas del incendio que empezaban á notarse.

En una de las primeras noches del mes de julio, el turbulento lego carmelita, excitando en la plaza del mercado á un número considerable de gentes del pueblo, á las cuales el general descontento habia reunido para manifestarlo públicamente, logró que fuese entregado á las llamas uno de los despachos de los colectores que estaban en medio de la plaza.

Desde aquella noche el pueblo napolitano, que no veia mas remedio á sus males que la sublevacion, procedió á las vias de hecho. Por una inconcebible falta de prevision, el edicto en el que se publicaba la creacion del impuesto, no se fijaba si el pago del derecho exigido venia á cargo del comprador ó del vendedor. Esta circunstancia promovió el tumulto en el mercado la mañana del 7 de julio. Obligado á intervenir en la cuestion el gefe de policía, la decidió á favor de los compradores. Reuniéronse los labradores con el pueblo, sus cómplices se colocaron á la cabeza, y mientras resonaba por todas partes el grito de *¡Abajo los impuestos!* fueron incendiados los despachos donde se percibian estos.

Aquella misma mañana presentáronse los habitantes de Puzzoles, á las puertas de Nápoles trayendo segun costumbre sus frutas y sus legumbres, que solian colocar en espuertas y canastos con tan delicado gusto, que difícilmente podia imitarlo la inteligencia artística. Irritado uno de los vendedores al ver que se les exigia el impuesto, coge con indecible presteza sus canastos, y en un momento los vuelve de arriba abajo, derrama por el polvo sus legumbres, las pisotea, gritando que queria mas perderlas que pagar el impuesto, y que se le debia dejar en paz, porque ya nada debia, ni tampoco queria entrar en la ciudad. Uno de los pelotones de jóvenes amigos de Masaniello, que desde el mercado habian ido á esparcir el fuego de la sublevacion por todos los ángulos de Nápoles, llega al lugar donde pasaba semejante escena, y armados de fuertes palos hieren á los colectores y á los guardas, recogen con penetrante gritería los frutos, y vuelven en seguida á reunirse con sus compañeros del mercado. Allí se hallaba Masaniello acompañado de su mujer (1), quien secundado por el pueblo,

(1) *Las únicas noticias que hemos podido adquirir acerca la familia de*

acababa de ahuyentar á los empleados y soldados del virey que intentaron sofocar el levantamiento. En medio de la confusion y griteria general descollaban las voces de *¡Fuera gabelas, viva el rey de España, y mueran los que gobiernan mal en su nombre!* Conmovida toda la ciudad, corrió al palacio del virey para pedir la abolicion de los impuestos; empero este, intimidado y conociendo lo inminente del peligro apeló á la fuga. No pudiendo introducirse, como queria, en el castillo del Huevo, refugióse en el convento de san Luis, desde cuya iglesia, logró pasar al castillo Nuevo, que era una de las principales fortalezas de la ciudad.

La precipitada y cobarde fuga del virey, aumentó de tal suerte el número de los sublevados, que en menos de veinte y cuatro horas eran mas de cincuenta mil. En tan corto tiempo Masanielllo se procuró armas y municiones de los arsenales. Las aduanas fueron saqueadas y sus empleados apedreados, proscritos infinidad de nobles que se creian adictos al duque de Arcos, y entregados á las llamas sus palacios. Reinaba en medio de este pillaje el mayor órden, puesto que nadie pensaba en apropiarse las riquezas agenas; antes al contrario, estas fueron fielmente depositadas en el tesoro de los sublevados, para sufragar con ellas á los gastos de la situacion.

En lo mas vivo de la revuelta, abriéronse las cárceles públicas, y fue puesto en libertad cierto capitan de bandoleros llamado Perrone ó Perrona, hombre muy peligroso, y que habia tenido á sus órdenes una gavilla de gente perdida, de la que infestaba á la sazon el reino de Nápoles. Este bandido se unió á Masaniello, ofreciendo auxiliarle en su empresa con un número considerable de sus antiguos camaradas.

Masaniello que despues de haber armado al pueblo entero, contaba ya con cien mil hombres, que posteriormente se aumentaron hasta el número de ciento cincuenta mil; que tenia presente la máxima de Jenovino, á saber de que: *pueblo revolucionado es pueblo ahorcado, si no toma precauciones para asegurar su revolucion*, y que habia atacado á las tropas españolas y á las italianas al sueldo de Madrid, arrojándolas de la ciudad; no quiso contentarse con la mera promesa que le hizo el virey por conducto del cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, de que suprimiria el impuesto de las frutas y legumbres; sino que exigió la abolicion de todas las gabelas; y para conseguirlo sitió formalmente al virey, que permanecia encerrado dentro del castillo Nuevo, defendido por una escasa guarnicion.

Masaniello, son de que tenia cuatro hijos de tierna edad. El fecundo escritor francés Mr. Scribe, en su composicion dramática titulada La Muette de Portici, *supone que Masaniello tenia una hermana muda llamada Fenella, que fue víctima de la seduccion del hijo del virey. A nuestro sentir esto no pasa de una mera suposicion poetica, para interesar y dar mayor realce á aquella pieza lírica que tan delicadamente puso en música el célebre maestro Auber.*

El cardenal Filomarino, querido y respetado por sus virtudes, y que gozaba de la mayor influencia con Masaniello, logró hacer oir al pueblo palabras de conciliacion. Abolióse la gabela de los frutos, enviando el virey una acta que renovaba los privilegios de Cárlos V, de la cual fue portador el cardenal. Creyendo este virtuoso prelado hacer una declaracion útil al sosiego público, añadió que además de la abolicion pedida y de la confirmacion de los antiguos privilegios, el rey perdonaba todo lo que el pueblo habia hecho durante la insurreccion. Furioso el populacho al oir semejantes palabras, exclamó unánimemente: *« No necesitamos perdon ; no somos rebeldes ; guardamos una fe inviolable al rey de España don Felipe IV, y no hemos querido mas que la ejecucion de las leyes. Pues que es así, queremos actualmente libertar á las otras ciudades del reino de todos los impuestos establecidos sin el consentimiento del papa, señor feudal del estado napolitano. »*

Al mismo tiempo que Masaniello á nombre de los sublevados exigia que se le entregase el original de los privilegios que les habia concedido Cárlos V, deseoso de patentizar que el pueblo no era rebelde á su soberano, mandó pregonar, que cualquiera que tuviese en su casa el retrato del príncipe, lo pusiese en su ventana bajo un pabellon, colocando debajo las armas de la ciudad. Fue tanto lo que agradó á la muchedumbre esta idea, que entusiasmada unánimemente proclamó capitan general á Masaniello, cuyo nombramiento consintió el duque de Arcos, tal vez con el siniestro fin de halagar á las masas y sacar todo el partido posible de las negociaciones pendientes. El arzobispo de Nápoles, que como hemos visto las habia comenzado cerca de Masaniello, si bien con poco éxito, no desesperó por medio de su perseverancia de poderlas dar felizmente cima. Tal vez lo hubiera conseguido, á no atravesarse un contratiempo imprevisto, que acrecentó de un modo espantoso el fuego revolucionario que visiblemente iba extinguiéndose.

El duque de Monteleone (1), de acuerdo al parecer con el virey, trató de deshacerse de Masaniello, en cuyo plan entraba tambien Jenovino y el bandido Porrone, que villanamente vendian al que poco tiempo antes habian contribuido á encumbrar. Monteleone que habia fingido entrar en la ciudad al frente de trescientos bandidos para aumentar el número de los partidarios de Masaniello, apostó delante de la iglesia de los carmelitas un número considerable de aquellos, los cuales hicieron fuego sobre el nuevo capitan general, en ocasion que se hallaba arengando á la plebe en el interior de dicha iglesia. Felizmente salió ileso Masaniello de aquella horrible descarga, que fue la señal de muerte para sus asesinos. Perseguidos en todas direcciones por el pueblo, cebóse este haciendo una horrible carniceria por las calles y

(1) *Algunos historiadores dicen que fue el duque de Matalona el que intentó asesinar á Masaniello. Nosotros creemos que una equivocacion de título hace aparecer dos distintas personas cuando todos se refieren á la misma.*

plazas: logrando milagrosamente sustraerse de su venganza un escasísimo número, entre los cuales contóse el duque de Monteleone (1). No fué tan feliz su hermano el príncipe Caraffa, cuya cabeza fijóse en lo alto de un poste, despues de haber sido bárbaramente despedazado y escarnecido su cuerpo por la frenética chusma. El bandido Porrona, que tambien fue cogido en la reyerta, pereció en un suplicio; y su cabeza, como la de la mayor parte do sus compañeros, se clavó en las puntas de las lanzas que rodeaban el terrible tribunal desde donde daba Masaniello sus órdenes sangrientas.

Este inopinado suceso hizo mas poderoso y temible á Masaniello, quien desde luego estableció y mantuvo en Nápoles una justicia rigorosa, pero arbitraria. Se mostraba el pueblo tan adicto á su persona y tan sumamente sometido á sus órdenes, que bastaba hacer el menor ademan para que inmediatamente fuese obedecido de la muchedumbre quo lo acompañaba á todas horas. Entre las varias providencias que dictó son de notar, la prohibicion de llevar armas cortas y capas; el que por la noche estuviesen iluminadas las casas, y que se pusiesen barricadas en los sitios mas frecuentados de la ciudad. En una palabra nada omitió para arraigar la revolucion empezada, y atender á la propia seguridad que tan grave riesgo habia corrido. Humilde siempre el hombre que tan soberana autoridad ejercia, regresaba en seguida á su pobre casa, frente la cual se habia levantado una especie de tribuna, desde donde daba sus audiencias, vestido con el andrajoso traje de pescador, y únicamente adornado con una ligera tela de plata, que le era forzoso ponerse para cumplir la voluntad popular que así lo dispusiera.

El duque de Arcos que como hemos dicho habia tomado por medianero al cardenal arzobispo de Nápoles, consiguió finalmente negociar con Masaniello proponiendo al efecto un tratado definitivo el dia 13 de julio, que firmó este con poderes del *fidelísimo* pueblo de Nápoles. En él se establecia que en lo sucesivo no seria válido ningun impuesto posterior á los privilegios de Cárlos V; que el pueblo tendria tantos votos como los nobles en las administraciones municipales, y que se entregaria al olvido todo lo acontecido de una y otra parte, hasta que su majestad don Felipe IV ratificase las concesiones del virey; durante cuyo tiempo este podria regresar á Nápoles, quedando el pueblo armado.

(1) *Segun supone Mr. Defauconpret en su novela histórica, el duque de Matalone ó Monteleone fue asesinado por los sublevados dentro la iglesia de los carmelitas en el acto de ir á presentar á Masaniello, por encargo del virey, el acta de los privilegios concedidos por Cárlos V á la ciudad de Nápoles; pero lo mas seguro es que el que pereció á manos del populacho, fue su hermano el príncipe Caraffa, al cual supone perdidamente enamorado de doña Mencia, hija del referido virey.*

Leyó públicamente el convenio el mismo Masaniello, en la iglesia de los carmelitas, que era el sitio regular de su permanencia; habló con dignidad, con calma y con prudencia; hizo mil pomposos elogios de la deferencia del virey, de la notoria piedad del cardenal arzobispo, y concluyó pidiendo permiso para ir á dar gracias al duque de Arcos á su propio palacio. El pueblo que con la lectura del tratado estaba lleno de júbilo, y que en él veia el sello que ponia término feliz á tantas y tan desastrosas escenas, no vaciló en otorgar el consentimiento pedido por Masaniello; quien despues de disponer que inmediatamente se cantase un solemne *Te-Deum*, en medio del ruido de los tambores, de los clarines y de las estrepitosas salvas de artillería, se dirigió al palacio, donde le aguardaba el virey acompañado del cardenal Trivulzio, virey de Sicilia. El espacio que medió desde el convento de carmelitas al palacio del virey, fue una verdadera marcha triunfal; pues el pueblo no cesaba de victorear al gefe, que acababa de discutir y firmar el tratado, y que celoso en extremo de los intereses de los napolitanos y de sus derechos políticos habia corregido y modificado á su antojo todos los artículos de aquel, sin que nadie se atreviese á contradecirle. Iba delante el cardenal arzobispo en su coche, siguiéndole Masaniello montado en un brioso caballo blanco, cuyas largas crines barrian el suelo. El gefe del pueblo, despojado del traje de pescador, vestia rica tela de oro y plata, y adornaban blancas plumas su fino sombrero, regalos del virey. Su mano derecha empuñaba una brillante espada, mientras que la izquierda reprimia la fogosidad de su caballo. Ciento diez y seis mil hombres de milicias populares formaban en ala en ambos lados del camino, y saludaban con vivos y entusiasmados aplausos á su capitan general, al cual daban al pasar, los nombres mas tiernos, con aquellos diminutivos tan graciosos y vivas comparaciones que abundan en la lengua napolitana: cada señal de cabeza, cada palabra que de cuando en cuando proferia Masaniello para manifestar su gratitud, eran recibidas con alborozo y repetidas por toda la línea sus expresiones.

Al llegar á la plaza del palacio salió á recibirle desarmado un capitan de la guardia, al cual correspondió con un grave y cortés cumplimiento. En seguida dirigiéndose al pueblo, dijo: «*Napolitanos, voy á dar la última mano al convenio con el virey. Vosotros guardad las armas, hasta que hayamos recibido la ratificacion del rey: en cuanto á mí, quiero solamente una memoria de vosotros despues de mi muerte.*» Al oir el pueblo estas últimas palabras, dictadas seguramente por un negro presentimiento, no pudo menos de estremecerse, y calmarse algun tanto la universal alegría en que poco antes rebosaba. Luego continuó con calor: *Estoy resuelto á ser un vendedor de pescado: he rehusado, ¿me entendeis? doscientos ducados de renta mensuales; yo sabia no tenerlos merecidos, porque la ciudad es quien lo ha hecho todo. El que como yo llena un deber, no tiene derecho á recompensa alguna.* » Despues de hablar así, apeóse lige-

ramente del caballo entró en el palacio. El virey lo estaba aguardando en el patio, á donde habia bajado para recibirle. Al verlo Masaniello, arrojóse rápidamente á sus pies, y le dió gracias por los favores concedidos al pueblo, declarando que no habia tomado las armas por interés alguno personal, y sí solamente por el bien de los napolitanos, del rey y de su patria; por lo cual no queria ninguna recompensa; antes al contrario, estaba en la firme resolucion de volver al estado de pescador que tenia anteriormente. Rasgó sus ricos vestidos, y el virey, alzándole del suelo le dió pruebas de estimacion, insistiendo con el pueblo en que guardase la autoridad que ejercia. Contemplaba el duque de Arcos sorprendido y con cierta ternura á Masaniello; pues le parecia imposible que á un sencillo pescador le adornase un espíritu tan lleno de vivacidad y de prudencia, y una facilidad tan natural en el lenguaje. Subieron juntos á las habitaciones del palacio, y allí conferenciaron largamente sobre la situacion de Nápoles. Entretanto, el pueblo que llenaba la plaza y aguardaba la salida de su gefe, empezó á mostrar su impaciencia viendo que tardaba á presentarse, y temeroso de alguna nueva asechanza, pidiéndolo á voz en grito. Oido el clamoreo desde el paraje donde Masaniello y el duque de Arcos tenian la conferencia, levantóse este, y cogiendo al primero de la mano, le condujo hasta el balcon principal, en dondo puso una mano en el hombro de Masaniello en señal de afecto, interin que con la otra enjugaba el sudor que caia de su frente, consecuencia del calor de tantas fatigas. Una escena de tan tierna intimidad, hizo pasar al pueblo de los movimientos de desconfianza á los extremos de una estrepitosa alegría, mayormente cuando oyeron decir á Masaniello: *« Vedme aqui vivo y libre; gozemos todos de la paz, mi buen pueblo. »* Entonces subió de todo punto el entusiasmo exclamando la multitud: ¡Viva el rey! ¡Viva el duque de Arcos! ¡Viva el cardenal arzobispo! ¡y viva con ellos Masaniello!

Sin embargo de haberse aprobado el convenio que el virey hizo pasar á Masaniello, volviéronse á leer públicamente sus artículos, y de tiempo en tiempo el gefe popular daba gracias á los napolitanos moviendo con una mano su sombrero cubierto de plumas, interin que con la otra invitaba á las milicias á retirarse á cuya indicacion obedecieron al momento. ¡Qué poder no ejerce sobre el pueblo el hombre que valerosamente lo ha conducido á la victoria, y que desinteresadamente se sacrifica por su felicidad!

Masaniello habia llegado al apogeo de su gloria, gozaba toda suerte de consideraciones, y honores, al propio tiempo que el virey le hacia expedir por su secretaría el regular diploma de capitan general, acompañado de un magnífico collar de oro, de valor de tres mil ducados. Masaniello hizo contextar al virey, que el diploma lo aceptaba para el pueblo, y que el collar que era un regalo hecho á su persona, lo rehusaba. *¿ No soy por ventura un sencillo pescador?* decia, *Viviré y moriré*

vendiendo pescado. ¡ Vana ilusion ! ¡ Ignoraba que cuando el hombre nacido de una baja esfera, logra encumbrarse sobre los demás, dificilmente quiere volver á su primitivo estado ! ¡ Desconocia que cuando se sube á tal elevacion, no se baja para confundirse en una modesta clase !

Las consideraciones que el virey dispensaba á Masaniello se extendieron hasta á su mujer, á quien tal vez la vireina por miras políticas llamó á su corte, en la que ocupó uno de los primeros puestos. Tanta gloria, y tan irrecusables muestras de afecto, así como los repetidos y generales aplausos del pueblo, llevaron al mas alto grado el enagenamiento de Masaniello, quien estuvo como en delirio desde que asistió á un espléndido banquete que le dió el virey en palacio. Seguramente, trastornado su juicio con tan rápida fortuna, desde aquel momento dió evidentes señales de locura; y de humilde, desinteresado y generoso, trocóse en altivo, feroz y sanguinario en extremo. En medio de su enagenamiento mental le engreia la elevacion de su mujer, y así es que aplaudió el que un jóven paje del virey la llamara *duquesa.* Varios historiadores desmienten la acusacion que alguno hace al virey de que por su órden se hubiese dado vino mezclado con opio á Masaniello para alterar su razon; pero sin embargo de la probabilidad del hecho, nada extraño seria que alguno de los subalternos del duque para captarse su voluntad, y creyendo servir sus intereses, cometiese tan infame atentado. Por otra parte, no seria extraño que los enemigos que el virey se habia creado por el mero hecho de haberse sublevado el pueblo napolitano durante su mando, creyesen secundar mejor que él las miras de la corte de Madrid perpetrando el crímen. Con todo, si el virey hubiese sido capaz de tan inaudita perfidia, para deshacerse de un hombre á quien habia dispensado tan señaladas muestras de estimacion y deferencia, y cuando acababa de pasar en el balcon de su palacio, á la vista del pueblo entero, la tierna escena que hemos descrito anteriormente, ¿como era posible que continuase gobernando á Nápoles, sin que ese mismo pueblo se sublevase nuevamente contra su persona, y le despojase cuando menos de su autoridad?

Aseguran algunos analistas de los que niegan el envenenamiento de Masaniello, que lo que indudablemente contribuyó á su locura fue la multitud de negocios que tenia que juzgar; la vil lisonja que tan indignamente rodea á los que ejercen alguna autoridad, las terribles amenazas de muerte, el temor de un envenenamiento, y mas que todas estas circunstancias, la malvada hipocresía de Jenovino, que quiso vengar á Perrona, y captarse la benevolencia de España. Lo cierto es que Masaniello en los últimos dias de su reinado recorria furioso las calles y plazas de la ciudad, atropellando á sus mismos partidarios, y castigando caprichosamente á los infelices ciudadanos para satisfacer su insaciable sed de sangre. Si por acaso se dirigia al puerto, arrojaba [illegible] puñados de monedas á la mar, como si con ellas quisiera

alimentar á los peces. Su locura, habia aumentado el odio que profesaba á la nobleza, y sin duda para humillarla mandaba despóticamente á los que pertenecian á esta clase que le besaran los pies. A la mas leve señal de resistencia, decia: *« ¡ Cómo ! ¡ yo soy el monarca universal, y no se me obedece !* Mandaba preparar los mármoles mas preciosos para esculpir en ellos su título de capitan general de *su fidelísimo* pueblo de Nápoles. Confiscaba bienes, y tal vez para iluminar tantos horrores, mandaba entregar á las llamas varias casas y palacios de la ciudad. Tan desgraciado como Cola di Rienzo, segun refiere Artand, que decia en Roma hiriendo al aire con su espada dirigiéndose á las tres partes del mundo: *Esto es mio ;* menos feliz que Miguel di Lando, que fue en Florencia Gonfaloniero, y un señor lleno de valor y sensatez: Masaniello no supo resistir á tantos honores y á tantos trabajos; y por lo mismo fue públicamente un insensato. El pueblo, sin embargo de tales locuras, aun le obedeció cerca de cuatro dias, pues difícilmente podia desprenderse del que hasta entonces habia mirado como su ídolo. Finalmente Jenovino formó en secreto el deseo de asesinarle; y como ya el populacho empezaba á cansarse de las continuas extravagancias de su gefe, no le fue difícil adquirirse gentes que entrasen en el complot.

El dia 16 de julio, en que se celebraba la festividad de la Vírgen del Cármen, Masaniello pereció víctima de ocho arcabuzazos que le dispararon dentro de la misma iglesia (1). Traspasado el infeliz con muchas balas, al espirar solo pudo proferir estas palabras *¡ Ah ! ¡ traidores, ingratos !* Este suceso no causó la menor conmocion, porque la masa general del pueblo se veia libre de un hombre á quien comenzaba ya á mirar como un tirano. Una parte del populacho á quien se habia distribnido dinero, se apresuró á cortarle la cabeza, que clavada á la punta de una lanza, fue llevada en triunfo; mientras que su cuerpo mutilado se arrastraba por las calles y plazas de la ciudad, atado á la cola de un caballo desbocado, á los gritos de *¿ Viva el duque de Arcos ! ¡ muera Masaniello !*

Nápoles, que habia amado tanto al candillo de su revolucion, se mostró impasible, sin dar señal alguna de afecto ni de sentimiento, á la vista de un suceso tan fatal, que debia excitar su horror, pues de un solo golpe se veia herido de locura, y ser exigente, avaro, orgulloso y codicioso, á un hombre que la víspera era humilde en el poder, generoso en la victoria, sumiso en el triunfo y magnánimo en la pobreza.

Al siguiente dia volvió el pueblo á sus primeros sentimientos: com-

(1) *Varios historiadores dicen que Jenovino hizo asesinar á Masaniello el mismo dia 16 de julio en medio de la calle, cuando venia de confesarse del convento del Cármen ; pero la opinion mas general es que murió en el interior de dicha iglesia.*

padeció á su caudillo, le lloró y lamentando su suerte, se echó en cara el no haberle vengado. El desconsuelo casi era general y por todas partes se oian llantos y gemidos. Corrió el pueblo al infame lugar donde habia sido arrojado el cuerpo de Masaniello, y despues de juntarlo con la cabeza, acordándose que aquel habia pedido pocos dias antes una memoria despues de su muerte, colocó el cadáver sobre una camilla vestido con una túnica real, ceñida la frente con una corona de laurel, y con el baston de mando en la diestra. Se obligó á asistir al clero de Nápoles á las fúnebres exequias, de las que formaban séquito mas de ochenta mil personas, asistiendo á ellas los pajes del virey vestidos de luto y con hachas encendidas, el mismo virey quiso que se tributasen al héroe del pueblo todos los honores militares; de modo que al atravesar el acompañamiento toda la ciudad, iba escoltado por tropas españolas llevando armas á la funerala, y que no abandonaron el cadáver hasta que fue sepultado con todas las ceremonias acostumbradas con personas de la mas alta categoría.

Despues de la muerte de Masaniello, el duque de Arcos creyó poder retirar sus promesas, y que se restableceria desde luego la calma en la ciudad. No habian transcurrido tres dias, cuando habiendo los magistrados disminuido imprudentemente el peso del pan, modo directo de aumentar su precio, volvió á renovarse el fuego de la sedicion; y el duque de Arcos tuvo que encerrarse por segunda vez en el castillo Nuevo.

Los sublevados eligieron desde luego por gefe á Francisco Tobaldo, príncipe de Massa; pero habiendo sospechado que tenia inteligencias secretas con el virey, le asesinaron, nombrando en su lugar á un antiguo veterano llamado Januario Annese, armero de profesion, y cuyos conocimientos en la artilleria fueron útiles para rechazar una flota española que acababa de entrar en la rada. Viendo el nuevo capitan general que no conservaria fácilmente su autoridad por prolongarse demasiado la revolucion, y comenzar á circular entre el pueblo las palabras de independencia y de república, trató de dejar el mando, lo que verificó luego que esta se hubo establecido en Nápoles.

Entonces fue cuando se empezó á negociar con los franceses, llamando en su auxilio al hijo cuarto de Cárlos de Lorena, duque de Guisa, llamado Enrique, que en aquel entonces se hallaba momentáneamente en Roma para hacer anular su matrimonio con Honorata de Berghes, viuda del conde de Bossut. Enrique de Lorena duque de Guisa, que descendia por línea materna de la casa de Anjou, tenia pretensiones á la corona de las dos Sicilias, y por lo mismo aceptó el nombramiento de generalísimo que le remitieron los napolitanos á propuesta de Annese, y en poco tiempo llegó á la ciudad de Nápoles atravesando temerariamente la flota española mandada por don Juan. Desde el momento que se posesionó del mando, dió muestras de un valor á toda prueba; pero manifestó poca experiencia de los hombres y de

las cosas. Se aconsejó á Enrique que respetase á las mugeres ajenas, habláse bien de la iglesia, no admitiese hugonotes ni en su corte ni en los ejércitos, condescendiese con el cardenal Filomarino, manifestase afeccion al papa é hiciese esperar al pueblo el apoyo de la Francia. No se acordó por mucho tiempo Enrique de lo que habia prometido, pues entregado á intrigas amorosas indignas de su persona, habló con poco respeto de la religion, trató con despego al cardenal, y no fue sincero con la Francia, porque no creyó necesitarla. Creyendo que sin su auxilio llegaria á reinar, mandó que se acuñase una moneda que en su exergo tuviese *Enrique de Lorena, general de la república napolitana.* Descontentó á todos con su conducta, y para cúmulo de imprudencia ó de poco tacto, no supo conquistar á Annese, cuyo inmenso crédito y aura popular encendia vivamente sus zelos. Irritado Annese al ver la indiferencia con que le miraba el duque de Guisa, quien únicamente parecia que prodigaba sus favores á los aventureros que se habian unido á su fortuna, trató con el conde de Oñate, que habia sucedido al duque de Arcos en el vireinato de Nápoles, para entregarle la ciudad, bajo la promesa de que se concederia una amnistia.

Ocho meses hacia que el duque de Guisa estaba defendiendo vigorosamente la plaza contra los españoles, y la nobleza napolitana que habia empuñado las armas para contrarestar al pueblo, cuando el 14 de abril de 1648 Annese introdujo en dicha plaza las tropas españolas, en el interin que el duque de Guisa verificaba una salida. Hecho este prisionero, fue conducido á España y encerrado en la fortaleza de Segovia. Desde aquel dia se restableció en Nápoles por los españoles la autoridad absoluta, quedando el pueblo sujeto á las disposiciones de los delegados de la corte de Madrid.

Januario Annese, que habia devuelto la corona de Nápoles á Felipe IV, á costa de una traicion, recibió por ella el condigno castigo pereciendo de órden del mismo principe; ¡y el hacha del verdugo hizo rodar igualmente por las gradas del cadalso las cabezas de los principales que tomaron parte en tan sangrienta revolucion.

Al cabo de cuatro años de encierro, el duque de Guisa recobró su libertad, saliendo de la fortaleza de Segovia en 1652. El año 1664 murió en Paris sin dejar sucesion. Sus hermanos tampoco la tuvieron y sus hermanas nunca se casaron. Al dar cuenta de esto Mr. Artaud, dice: « Asi acabó esta rama de la casa de Lorena, que causó tanto daño á « los franceses, y que no empleó siempre en servir la buena causa « las virtudes y los talentos que la naturaleza habia prodigado á una « familia, en la cual se cuentan tantos bravos guerreros y tantos ilus- « tres politicos. »

CAPITULO I.

Aujourd' hui l' on s' assamblo, aujourd' hui l' on conspire.
CINNA.

El 6 de julio de 1647, paseábase por la orilla del mar entre Nápoles y Portici un pescador, ó á lo menos un hombre que por su traje parecia ejercer este oficio. Llevaba un ancho pantalon de lienzo azul, chaleco de la misma ropa, una larga y burda faja de listas encarnadas y azules, que dando varias vueltas, ceñia su cuerpo, y un gorro de lana encarnada, metido hasta las cejas, cubria su cabeza. Se conocia que el cutis de sus manos no estaba endurecido por penosos trabajos, ni su rostro curtido por los ardientes rayos del sol. Su andar era noble, su aire elegante, y su aspecto imponente y lleno de dignidad. Parecia tener unos veinte y cinco años poco mas ó menos; era alto y esbelto, y fijaba de tiempo en tiempo la vista sobre el mar con un aire que anunciaba la mayor impaciencia.

No podia estar aguardando en semejante sitio ninguna embarcacion. La costa se hallaba llena de erizadas rocas que impedian á las naves aproximarse á la misma; de modo que tan solo era accesible á las pequeñas barquillas de los pescadores. Ninguna se distinguia sobre el mar en toda la extension que podia alcanzar la vista; y aun cuando la hubiera, el viento de tierra, que á la sazon soplaba, no la hubiera permitido avanzar hácia la playa. Esta, como hemos dicho, era solitaria y retirada. Una cadena de estériles breñas circuia un pequeño valle, árido y arenoso: ni tan siquiera un bello y pintoresco punto de vista podia indemnizar al observador de una naturaleza muerta, á la cual no animaba especie alguna de vegetacion. Los únicos objetos que se descubrian eran piedras, mar, y arena: en una palabra,

aquel sitio era un desierto que solo podia ser agradable á los amantes desgraciados y á los conspiradores.

Empezaba á declinar el dia, y la impaciencia del jóven pescador (á quien hasta ahora no podemos designar de otra manera) parecia acrecentarse. Mientras que dirigiendo la postrera mirada á las olas, estaba como si escuchase el lejano ruido de los remos, sintió apoyarse sobre sus hombros una pesada mano. Vuélvese de improviso, y se ve rodeado de una docena de hombres, vestidos como él en traje de pescadores.

— Muy temprano habeis venido, camarada, díjole el que acababa de darle el golpe.

— ¿Estais seguro, Arpaya, que es de los nuestros? preguntó á este uno de sus compañeros.

— Á fe mia que no lo sé. Jamás lo habia visto. ¿Alguno de vosotros lo conoce?

— No, no, no, respondieron de todas partes.

— ¿Qué haceis pues aquí? ¿Á qué habeis venido? ¿Quién sois? ¿Cómo os llamais?

— ¿Con qué derecho me dirigís estas preguntas?

— Con el derecho que da á los hombres su propia seguridad.

— ¿Y si mi seguridad exigiese el silencio?

— En este caso, camarada, podríamos tomar los medios que conceptuásemos mas seguros para que nunca pudieseis romper este mismo silencio que ahora pareceis determinado á guardar.

— Poderosos motivos me han conducido á este sitio para aguardar á cierta persona: ha trascurrido la hora en que debia llegar, y voy á retirarme.

— ¡Deteneos un momento! No debeis dejarnos de este modo, y si acaso llega el que aguardais, lo recibiremos tan bien como á vos. Ea, seguidnos sin haceros de rogar.

El desconocido hallábase sin armas, y aunque las tuviera, toda resistencia habria sido inútil, porque á cada instante se aumentaba el número, y en aquel acto veia á su alre-

dedor como unos cincuenta hombres, vestidos todos de pescadores ó de marineros, cada uno de los cuales estaba armado de un grueso palo. Sometióse pues á la imperiosa ley de la necesidad, y echó á andar en medio de aquel singular cortejo.

Seguian la marcha por entre las rocas, cuando al llegar á una estrecha garganta que apenas permitia el paso á dos personas de frente, hicieron pasar el desconocido por un boquete que daba entrada á una caverna, en la que en seguida penetraron los demás. Reinaba en ella la mayor obscuridad, pero pronto con el auxilio del eslabon y el pedernal encendieron algunas lámparas que allí se hallaban. Esto dió á entender al desconocido que aquel lugar era el punto de reunion de las gentes que le habian obligado á seguirles. Mas ¿qué objeto tenia aquella asamblea? Siendo tan considerable su número, no podia ser una reunion de bandidos. Esta se aumentaba á cada instante, y en aquella sazon ascendia ya á mas de doscientos hombres. Las vanas conjeturas á que se entregaba el desconocido se sucedian unas á otras en su imaginacion, sin que ninguna le pareciese verosímil para disipar sus dudas ó incertidumbres.

Se hallaban en una caverna tan vasta, que la claridad que despedian las lámparas, no era suficiente para distinguir toda su extension; pero las concavidades que se divisaban en el lugar mas iluminado, dejaban columbrar que estaba dividida en diversos brazos. Reinaba el mayor silencio, interrumpiéndose tan solo por las conversaciones que se tenian en voz baja. Era evidente que no se habia completado la reunion, ó cuando menos que faltaban los principales gefes de ella; toda vez que Arpaya era el único que parecia tener alguna autoridad sobre toda la gente que hasta entonces se hallaba congregada.

De repente gritaron varias voces salidas de la entrada de la caverna ¡Genuino! ¡Genuino! ¡Genuino!... y todas las miradas se dirigieron sobre el nuevo personaje. Era este un anciano de calva frente, cuyos pequeños y pardos ojos,

hundidos debajo dos negras cejas, respiraban viveza y penetracion; pero rara vez los fijaba por mucho tiempo sobre un mismo objeto, de modo que parecia menos ocupado en descubrir los secretos agenos, que en impedir que penetrasen los suyos. Iba vestido de eclesiástico, de suerte que si se hubiese hallado en un siglo de persecucion, se le hubiera creido un apóstol que venia á predicar el evangelio á los fieles retirados en un subterráneo.

— Muy tarde habeis llegado, Genuino, díjole Arpaya con aire sombrío.

— Á lo que veo no soy el último, contextóle el viejo mirando á su alrededor, y somos todavía muy pocos.

Hallábanse entonces reunidos en la caverna cerca de trescientos hombres.

— Y bien, continuó Genuino ¿ *quid novi fert Africa*?

— Ya os he dicho varias veces, Genuino, dijo Arpaya, que nosotros no entendemos pizca de vuestra jerga. ¿Nos tomais acaso por frailes? Hablad en buen napolitano si quereis que os respondamos.

— *¡Ignarum pecus!* Os pregunto que es lo que hay de nuevo.

— ¿Qué hay de nuevo? Nada. ¡Ah! acabo de detener un espía.

— ¡Un espía! *¡Hoc avertat fortuna!* ¡Dios nos libre de él! ¿Nos habrian vendido? ¿Dónde está? quiero interrogarle.

Al decir esto conducen á su presencia al desconocido.

— ¿Sois vos quien ha venido aquí para espiarnos? ¿De quien teneis este encargo? ¡Responded!

— De nadie. Yo no soy ningun espía. No se adapta á mis sentimientos tan vil encargo.

— ¿Qué veníais pues á hacer á este sitio retirado?

— Á aguardar á un amigo.

— ¿Quién es este amigo? ¿Quién sois vos mismo?

— Esto es mi secreto.

— Vuestras manos nunca han tendido las redes ni meneado el remo. ¿Pretenderiais acaso ser pescador?

— No.

— ¿Diriais que sois marinero?

— No.

— ¿Porqué os habeis disfrazado con este traje?

— Yo no debo dar cuenta á nadie de los motivos que he tenido para tomarlo.

— ¡Arpaya, Cárlos! aproximad una luz á este misterioso personaje. *¡Pro Deum atque hominem fidem!* Señor: no os obstineis por mas tiempo en guardar silencio. Tal vez os arrepentireis de ello demasiado tarde. Es posible que sepais vos cuales son nuestros proyectos, ó á lo menos que los sospecheis. Pensais sin duda que no se habrá verificado esta reunion sin fundados motivos. Es menester pues que nosotros sepamos los vuestros. Así lo exige nuestra seguridad, y por lo mismo por última vez os pregunto: ¿Qué motivos os han conducido aquí? Hablad sin temor alguno, porque tal vez os hallais en medio de vuestros amigos.

Una desdeñosa sonrisa fue la única respuesta del desconocido.

— Tened cuidado, y pensad que mas de una vez se está próximo á gritar: *Oportet unam animam dari pro multis*: que muera solamente uno para salvar á todos. ¿Acaso no temeis la muerte?

— ¿De qué sirven tantas palabras? gritó Arpaya ¿no veis acaso que no quiere decir nada? Su silencio le condena. Es un espía del virey. Es menester que muera, y que muera al instante.

— Sí, sí ¡que muera!..... gritaron muchas voces.

Cárlos no habia dicho palabra, pero llevando la mano á la cintura, sacó un puñal, cuya hoja vióse brillar al resplandor de la luz que tenia en la mano izquierda.

Genuino le detiene el brazo.

— ¿Qué vais á hacer? le dice ¡Os toca á vos decidir de la vida ó la muerte de este jóven? ¿No hemos reconocido por ventura un gefe? ¿No debemos aguardar sus órdenes? Desde ahora prohibo que nadie pueda atentar á sus dias.

Muy bien Genuino, muy bien, dijo Arpaya. No dejais de tener vuestras razones para obrar así, y yo las sé adivinar. Vos quemais una vela al diablo y otra á la Vírgen: pero os juro por San Genaro que ese traidor no se escapará, y que el plazo que le habeis concedido, no será de larga duracion. Cárlos: durante la ausencia de nuestro gefe, me toca á mí dar las órdenes: conducid pues este espía á la cueva pequeña: colocad diez hombres á su entrada, vigilad vos mismo, y si acaso intentare salir..... Ya me entendeis.

Cárlos era hombre de unos treinta años. Tenia el cabello negro, con las cejas y la barba del mismo color. Era bizco, y un chirlo en el carrillo derecho daba á su fisonomía un aire de repugnante dureza. Hablaba poco, pero pasaba entre sus camaradas por el mas atrevido y emprendedor. Habia ocupado toda su vida haciendo de contrabandista, y batiéndose contra los aduaneros recibió la cuchillada cuya honrosa cicatríz conservaba. Solo contextó á Arpaya con un movimiento de cabeza, y cogiendo bruscamente del brazo al desconocido, lo condujo hácia el fondo de la caverna, siguiéndole algunos de sus compañeros.

La que llamaban pequeña caverna, tenia este nombre comparativamente á la primera, con la que comunicaba, por que no tenia mas que unos cuarenta pies cuadrados. Era tan baja y estrecha su entrada, que solo doblando el cuerpo podia pasar uno de frente. Desde la referida entrada hasta la extremidad de la cueva, iba descendiendo el piso por una pendiente muy rápida. Las estaláctitas pendian de la bóveda de esta caverna, y era excesiva la humedad que se sentia en semejante lugar.

Cárlos hizo pasar delante al prisionero, al que siguió, despues de haber hecho seña á sus compañeros para que se quedaran á la entrada. Luego que estuvo solo con aquel, apretóle el brazo de una manera significativa. Vuélvese el desconocido y lo mira con aire sorprendido. Cárlos le pone un dedo sobre los labios, tira de su faja un par de pistolas, las depone en el suelo, deja la lámpara á su lado, y se re-

tira sin pronunciar siquiera una palabra.

Esta escena muda, no pudo menos de causar la mayor admiracion al desconocido, el cual no despreció los socorros que le deparaba el cielo. Levantó con presteza el par de pistolas; despues de asegurarse que estaban cargadas y cebadas, las colocó dentro de la faja, aguardando su suerte con valor y resignacion.

CAPITULO II.

Jamais contre un tyran entreprise conçue
Ne permit d' espérer une aussi belle issue;
Jamais de telle ardeur on n' en jura la mort,
Et jamais conjurés ne fûrent mieux d' accord.

CINNA.

Para poner á nuestros lectores en estado de seguir los acontecimientos de esta historia, es del todo indispensable trazarles un pequeño bosquejo de la situacion en que se hallaba el reino de Nápoles en la época de que se trata.

Desde el año 1504 la corona de Nápoles estaba bajo la dependencia de la de España. Conociendo Cárlos V. el carácter inquieto y turbulento de los napolitanos, habia buscado los medios de ganarse su afecto, concediéndoles varios derechos y privilegios, que consagró en una carta auténtica, cuyo original se guardaba en los archivos de la ciudad de Nápoles. Habíale producido efecto esta política. No solamente reinó la tranquilidad durante su vida, si que tambien su memoria goza todavía de un tributo de amor y respeto. No siguieron igual política sus sucesores los tres Felipes. Jamás ninguno de ellos se presentó en esta parte de sus dominios, y los napolitanos descontentos de la dominacion extranjera á la que estaban sujetos, lo estuvieron mas y mas al verse gobernados por vireyes tambien

extranjeros, que no admitian en su consejo otras personas que las que les habian acompañado, de suerte que todos los empleos honrosos y lucrativos del reino se hallaban ocupados por españoles.

La mayor parte de los vireyes tenian á la vista un doble objeto: á saber, el de hacer la corte á los soberanos españoles llenándoles sus arcas á expensas del país que habian sido llamados á gobernar, y el de aprovecharse de la pasajera administracion para hacer su fortuna. La carta de Cárlos V. fué desconocida y olvidada. Los napolitanos fueron sobrecargados por multiplicadas y arbitrarias contribuciones, mal repartidas, y cobradas de la manera mas vejatoria. A mas de los impuestos que explotaban todas las riquezas del reino, se buscaban las ocasiones de arrancar lo que llamaban *dones gratúitos*, y á la menor señal de guerra, se imponia un tributo extraordinario.

Dejando á parte que el yugo de la España parecia pesar igualmente sobre todas las clases, la política de los vireyes tendia á mantener el espíritu de desconfianza y de animosidad entre el pueblo y la nobleza, entre los ricos y los pobres. Habíanse manifestado ya algunos síntomas de rebelion, pero consiguióse reprimirlos tanto por la fuerza, como por medio de promesas que nunca se veian cumplidas; de manera que si alguna vez se acordaba la disminucion del impuesto que parecia mas gravoso, inmediatamente se desplegaba suma diligencia en substituirlo por otro. La corte de Madrid no oia ninguna queja contra los vireyes. Se calificaban de gritos sediciosos las mas legítimas reclamaciones, y las tropelías quedaban impunes. Si alguno de estos representantes del soberano arriesgaba á abogar á favor de los napolitanos, demostrando la imposibilidad de establecer nuevos impuestos, ó de mantener todos los establecidos, lo acusaban de débil y pusilánime, y se reemplazaba por un hombre á quien creian de carácter mas firme y mas valiente.

Esto mismo aconteció en 1646. El almirante de Castilla,

entonces virey de Nápoles, era persona de mérito y al propio tiempo hombre de bien. Veia con sentimiento reducidos á la última miseria á los habitantes de un país que la naturaleza parecia haber destinado á ser la mansion de la abundancia. Si era su opresor, la necesidad le imponia tan dura ley, y por esto se condolia de ello el primero. Con motivo de un nuevo impuesto que la corte de Madrid le habia obligado á establecer sobre el alquiler de las casas, se generalizaba el descontento, extendiéndose á todas las clases; y seguro de que estaba pronta á estallar una sedicion, tomó sobre sí la responsabilidad de suprimirlo, con cuya prudente medida previno el incendio que amenazaba comenzar. Dió cuenta de ello á su corte, añadiendo que era preciso tener mucho cuidado á fin de que no se perdiese para la corona de España el precioso floron del reino de Nápoles. Despreciése el aviso: dijose que el almirante de Castilla únicamente era bueno para gobernar un convento de frailes, y por lo mismo se resolvió su remocion.

Nunca el gobierno de Nápoles necesitara como entonces manos hábiles y experimentadas. El descontento habia llegado á su colmo: ninguna confianza tenia el pueblo en las promesas del virey; porque la experiencia le habia demostrado, que no cumplia ninguna. Maldecíase públicamente una administracion que tan solo parecia ocupada en abrir nuevas heridas al infeliz pueblo, y todos se preguntaban si el reino de Nápoles seria constantemente la esponja que con avidez exprimirian los tiranos para extraer de ella hasta la última gota de la pública prosperidad.

Felipe IV, ó por mejor decir D. Luis de Haro su favorito, eligió para sucesor del Almirante de Castilla, al Duque de Arcos. Este señor no carecia de espíritu y resolucion. Orgulloso de su nacimiento, de su mérito, y sobre todo de su patria, despreciaba con su poder soberano á los napolitanos, y declamaba fuertemente contra sus antecesores por haber hecho algunas concesiones gérmen de sedicion, que, segun él, debieran haber ahogado. Era perfecto cor-

tesano, y cuando lo exigian las circunstancias nadie mejor que él sabia colorear una negativa, dar esperanzas, y cubrirse con la máscara de la afabilidad. Su política legitimaba todos los medios que podian conducirle al objeto, y al igual que un ilustre griego, no hubiera rehusado oir un consejo útil por que no hubiera podido seguirlo sin injusticia. El amor á las riquezas era su pasion dominante, y con la esperanza de poderlas adquirir habia solicitado el vireinato de Nápoles.

Tan pronto como tomó posesion del gobierno, todo se hizo venal á su alrededor; los empleos se vendieron, por decirlo propiamente, en pública subasta. Los que acababan de obtenerlos buscaron por su parte el medio de resarcirse á expensas del pueblo, del precio que el nombramiento les habia costado, y el virey cerraba los ojos á tamañas exacciones. Decidióse á exigir rigorosamente el atraso de los impuestos; pero una feliz circunstancia le proporcionó nuevamente la creacion de otros, seis semanas despues de su llegada á Nápoles. Amenazaban los franceses hacer una irrupcion en el reino por la parte de la Toscana. Para oponérseles era menester un ejército, y este fue el pretexto para crear una contribucion sobre los granos, y para restablecer la otra sobre los alquileres. De repente apareció una escuadra francesa delante de Orbitello: convenia equipar una flota, y al efecto pidióse un millon de ducados por via de don gratúito, para cuyo cobro era necesario el consentimiento de los estados. Estos no osaron rehusarlo, y toda la dificultad consistia, en el modo de sacar semejante suma. Los diferentes productos de la industria estaban cargados con tan exorbitantes tasas, que era imposible añadirles otras. Entre las producciones de la naturaleza, no habia mas que las frutas y las legumbres que se hallasen excentas de impuestos, y se las sujetó á un derecho considerable.

El edicto de la creacion de esta nueva tasa, que fué publicado el 3 de enero de 1647, produjo una fermentacion ge-

neral en el pueblo: porque en aquel país, el principal alimento consiste en las frutas y legumbres. El dia 9 del propio mes, dirigíase el virey á la iglesia, súbitamente vió rodeada su carroza por una muchedumbre que á voz en grito pedia la abolicion del nuevo impuesto, y que mezclaba en sus vociferaciones amenazas que no se ocultaron al duque de Arcos. Recurrió este al disimulo, hizo parar la carroza, habló á los amotinados, díjoles que se explicasen con calma, oyó sus representaciones, pareció hallarlas razonables, y prometióles que se ocuparia en los medios de suprimir un impuesto que le parecia demasiado oneroso.

Disipóse la multitud, y el duque de Arcos fuése á oir misa: entró luego en su palacio, no se volvió á presentar mas en público sin ir acompañado de sus guardias, y dejó subsistir el impuesto. Mientras tanto aumentábanse las justas quejas, todas las noches se fijaban pasquines por las esquinas llamando al pueblo napolitano á la revolucion; y el duque de Arcos recurrió á otro expediente para calmar la efervecencia de los ánimos. Este fué el convocar una nueva asamblea de los estados, con el encargo de trasladar á otro objeto el impuesto establecido sobre los frutos.

Reuniéronse efectivamente los estados, las discusiones fueron largas, y el virey que no queria otra cosa mas que pasar tiempo mientras provisionalmente se pagaba la tasa, no apresuraba la decision de aquellos.

Convencido por otra parte el pueblo, que se buscaba de buena fe los medios para aliviarle, tomaba paciencia y pagaba sin murmurar. Por fin, despues de haber discutido por largo tiempo los estados, concluyeron declarando al virey que no hallaban medio alguno de reemplazar el impuesto del cual se quejaba el pueblo, y que era indispensable dejarlo subsistir ó renunciar al don gratúito.

Esta alternativa no satisfizo al virey. Hacer al pueblo semejante concesion seria imitar á los vireyes cuya conducta habia reprobado tan á menudo, y dar nueva audacia á los sediciosos, manifestándoles que los respetaba. ¿Qué

debia temerse en lo sucesivo de un populacho sin gefe, sin dinero y sin armas? El impuesto sobre las legumbres, era nada para los ricos y los nobles, y algunas bayonetas bastaban para mantener á raya la canalla. Tales reflexiones decidieron al duque de Arcos á dejar subsistente la tasa.

Fiel en su sistema de política, y no queriendo por lo mismo cerrar la puerta á las esperanzas, anunció que solo provisionalmente y hasta la próxima asamblea de los estados del reino, se conservaria el impuesto de las legumbres: pero esta medida no podia satisfacer al pueblo; de modo que así que llegó á saberla, no conoció mas limites el furor de los descontentos. Casi todos los dias de mercado habia alguna conmocion, y el primero de junio las oficinas donde se percibia la tasa sobre las legumbres fueron reducidas á cenizas.

Otro suceso acontecido al dia siguiente motivó al virey á mas serias reflexiones, porque tocándole mas de cerca, le hizo temer una secreta inteligencia entre la nobleza y el pueblo. Hallábase á la sazon dentro del puerto de Nápoles un bajel cargado de considerables sumas, que se enviaban á España, y cuya mayor parte pertenecian al duque de Arcos. Durante la noche prendióse fuego en el buque, que fué consumido por las llamas, sin que se pudiera salvar nada. Este accidente acarreó una pérdida de trescientos mil ducados, y costó la vida á unas cuarenta personas. La causa jamás llegó á descubrirse del todo; pero el virey la atribuyó á la malevolencia, y ordenó serias pesquisas, cuyo resultado le hizo concebir fuertes sospechas contra el abate Amitrano, que se habia visto á bordo del buque la víspera del incendio, ignorándose los motivos que le habian conducido allí. Por lo mismo, el duque inmediatamente dió órdenes para prenderle.

El abate Amitrano, que habia sido preceptor del duque de Matalone y de su hermano don José Caraffa, continuaba viviendo en el palacio de estos. El duque de Matalone tenia 27 años, y D. José entraba en los 25. Estos caballe-

ros, eran los dos jóvenes mas ricos y amables de Nápoles. El mayor se hallaba próximo á enlazarse con la hija única del príncipe Satriano, y D. José obsequiaba á Dª. Mencía, única hija del virey, de unos 17 años, la cual correspondia al afecto del jóven que le dedicaba sus obsequios. El duque de Arcos creyó que no debia despreciar, á pesar del orgullo castellano, un enlace con la familia mas noble y poderosa de Nápoles. Los acontecimientos de que vamos á ocuparnos, contrariaron las esperanzas de los dos amantes.

Informado el duque de Matalone de que acababan de presentarse en su palacio ciertos esbirros para prender al abate Amitrano, é ignorando la causa de semejante procedimiento, nególes la entrada, resolviendo irse á presentar desde luego al virey. Pero irritado el duque de Arcos por semejante conducta, sospechó que los dos hermanos querian substraer de la justicia á Amitrano, temerosos sin duda de que sus declaraciones pudieran comprometerles. Tanto el duque de Matalone como D. José, eran queridos del pueblo, tenian numerosos partidarios en todas las clases, y estaban emparentados con las principales familias del reino. Si eran enemigos secretos de la España, esta no podia tener otros mas temibles. Envióse pues inmediatamente un numeroso destacamento de guardias, con órden de forzar la puerta, prender al duque de Matalone, á su hermano, y á Amitrano, y conducirlos á la cárcel. Esta órden solo pudo ejecutarse con respecto al duque. Amitrano, inocente ó culpable, fugóse luego que supo que se trataba de prenderle, teniéndose despues noticia de que se habia refugiado en Roma. Hallábase D. José en el campo, dos leguas distante de Nápoles, con uno de sus amigos. Un criado suyo corrió inmediatamente á darle aviso de la prision de su hermano, y del peligro que él mismo corria; pero supo ocultarse tan bien, que á pesar de las diligencias que mandó practicar el virey, fue imposible descubrirlo

La detencion arbitraria del duque de Matalone, encerra-

do en uno de los calabozos de *Castello-Nuovo*, transportó al pueblo en nuevo furor. Renováronse los pasquines sediciosos, los empleados públicos eran insultados en el ejercicio de sus funciones, y los perceptores de los impuestos de las legumbres no se atrevian á pedirlos sin temblar. Pasóse el mes de junio en las mas vivas inquietudes. Temiendo el virey, que reuniéndose el pueblo no conociese y supiese apreciar su fuerza, prohibió la celebracion de la fiesta de san Juan Bautista, que llamaba todos los años un concurso considerable á Nápoles. En el ínterin no se turbó seriamente la tranquilidad pública. Faltábale al pueblo un gefe, y nadie pensaba en el que estaba próximo á serlo.

Tomás Aniello, comunmente llamado *Masaniello*, habia nacido de la mas ínfima clase del pueblo. Hijo de un pobre pescador de Amalfi, no sabia leer ni escribir; pero la naturaleza le habia dotado de una despejada cabeza, una imaginacion ardiente, una alma de fuego y un cuerpo de bronce. Segun todos los historiadores, era de mediana estatura, y de rostro agradable; tenia facciones regulares, los miembros bien proporcionados, y su cuerpo flaco, parecia solamente compuesto de nervios y de músculos. El solo defecto corporal que podia hallársele era el de tener la vista baja. Poseia mas talento y discernimiento del que podia esperarse de un hombre sin educacion, que solo habia vivido entre pescadores y marineros. Su paciencia corria parejas con su valor, y todas sus pasiones eran violentas. Su amistad era ardiente, su resentimiento profundo, su rabia implacable, y su sed de venganza inextinguible. En la época de la cual hablamos tenia 25 años, habia cinco que estaba casado y era padre de cuatro hijos. Ejercia el oficio de pescador, y habitaba una pobre cabaña inmediata á Nápoles, cerca la orilla del mar.

En el mes de diciembre de 1646, los comisionados de la aduana habian sorprendido á su mujer en el acto de querer entrar fraudulentamente una cesta de pescado. Impusiéronle una crecida multa, que fue exigida con el mayor rigor;

de manera que para que la satisfacieran hiciéronles vender los pocos muebles que poseian, reduciéndoles con semejante medida á una extrema miseria. Un hombre ordinario, respirando venganza, la habria hecho caer sobre los que habian ocasionado su reina. Masaniello no vió en estos mas que los instrumentos subalternas de la tiranía; quiso remontarse al manantial de los opresores, y creyó hallarlo en la persona del virey. Desde aquel dia, no dejó perder ocasion de esparcir entre el pueblo el espiritu de sedicion y revuelta. Los dias de mercado, detenia á todos los vendedores de legumbres que iban á él y les decia al oido. *¡No mas impuestos! ¡No mas impuestos!* Fue uno de los que el 9 de enero rodearon la carroza del virey, y el que excitó todos los motines parciales que tuvieron lugar durante el mes de junio.

Frecuentemente reunia á su alrededor una tropa de muchachos, enseñábales algunas frases para pedir la supresion de las tasas, y la disminucion del precio de los víveres, y les mandaba en seguida á repetirlas á voz en grito por toda la ciudad, á fin de esparcir las mismas ideas en el ánimo de las personas de mas edad. De ahí, el nombre de Masaniello se hizo generalmente conocido; pero todavía no inspiraba audacia al pueblo, ni temor al gobierno.

Á mediados de julio celebrábase en Nápoles con mucha solemnidad la fiesta de la Vírgen del Cármen, y este era para el pueblo un dia de grandes regocijos. Desde tiempo inmemorial era costumbre construir para el mismo dia un castillo de madera, que por la mañana se sitiaba. La guarnicion que lo defendia iba vestida en traje de soldados turcos, á la cual llamaban *Alarbes*. Sus adversarios iban vestidos de marineros, y se denominaban *Lázaros*, de lo que seguramente se deriva el nombre de *Lazzaroni*. Estos eran los que debian quedar victoriosos. Tanto los sitiados como los sitiadores, que en número de quinientos hombres por parte, eran escogidos entre la ínfima clase del pueblo, no llevaban otra arma ofensiva y defensiva mas que un palo.

Un mes antes de esta fiesta, reuníanse los domingos por la mañana los dos ejércitos en una vasta llanura inmediata á Nápoles, para ejercitarse en el ataque y la defensa. Desde la primera reunion, cada partido elegia entre ellos un gefe, y Masaniello fue reconocido por el de los *Lázaros*. Un viejo capellan llamado Julio Genuino, de ánimo inquieto y turbulento, devorado de ambicion y de concupiscencia, no teniendo otro Dios que el oro, mas conciencia que su interés, y que habia sido entredicho de sus funciones por el cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, proporcionó á Masaniello algun dinero, del cual se sirvió este para armar á su tropa de nudosos palos mas fuertes y pesados de los que ordinariamente habian usado. Por el hecho siguiente podrá juzgarse hasta que punto los *Lázaros* llevaron su insolencia.

Uno de los primeros dias de julio, viniendo esta tropa por segunda vez del ejercicio, pasó por frente del palacio del virey, marchando en buen órden á cuatro de fondo, llevando el palo como si fuese un fusil, y teniendo á su cabeza á Masaniello. Asomóse al balcon el duque de Arcos, acompañado de una numerosa reunion, con el fin de verlos desfilar. Masaniello ordenó hacer alto, como si llevase la intencion de hacerle un saludo militar: pero de repente la tropa hace media vuelta, da las espaldas al virey, y continua la marcha. En este momento, todavía hubiera sido fácil hacer prender á Masaniello; pero el duque de Arcos creyó debia hacer caso omiso de un ultraje que llevaba tan bajo orígen, y cometió la falta de despreciarlo.

Tal era el estado de las cosas en la ciudad de Nápoles, en el momento en que empieza esta historia.

CAPITULO III.

Souvent d' un grand dessein un mot nous fait juger.
Laissez-moi cher Mathan, je veux l' interroger.

ATHALIE.

Despues de cuanto acaban de leer nuestros lectores en el capítulo anterior, es inútil decir que la reunion en medio de la cual la casualidad habia hecho que se encontrase el desconocido que dejamos preso en la caverna, se componia de *Lázaros*, y que el gefe del cual los mismos habian hablado, no era otro que Masaniello. Este habia elegido para lugarteniente suyo á Arpaya, hortelano que vivia en uno de los arrabales de Nápoles. Era un hombre grosero, feroz, sin principios; pero dotado de alguna penetracion y de un valor á toda prueba; enteramente adicto á Masaniello, empero zeloso de la confianza que este dispensaba á Genuino, al cual parecia haber hecho su consejero secreto, puesto que tomaba á menudo un tono tal de autoridad, á la que no se mostraba Arpaya siempre dispuesto á someterse.

Apenas Cárlos se habia llevado el prisionero, cuando llegó Masaniello. Nada le distinguia de sus compañeros. Llevaba como estos pantalon y chaleco de lienzo azul, una faja, y un mal gorrro de lana, las piernas desnudas y los pies descalzos, y como los demás estaba armado de un fuerte palo. Al entrar, todos formaron círculo á su alrededor, y reinó en la caverna el mas profundo silencio.

— Todo va bien, dijo al llegar: acabo de ver á Pione (este era el gefe de los *Alarbes*). Está dispuesto á secundarnos, y su tropa se halla pronta para reunirse con la nuestra al amanecer. Es preciso que el dia de mañana sea testigo de la muerte de los tiranos, y del nacimiento de la libertad.

— ¡Sí, libertad! ¡libertad! gritaron por todas partes.

— ¡Abajo los impuestos! ¡No mas tasas! exclamaron otras voces.

— Bien, dijo Masaniello: estos son los gritos que mañana debe oir el pueblo; pero acordaos que no se trata de una revolucion contra la legítima autoridad del rey. No debemos pedir mas que el restablecimiento de los privilegios de Cárlos V.

Se hubiera quedado sumamente embarazado, si alguno de la reunion le hubiese preguntado en que consistian estos privilegios; pero esto era una farsa que Genuino le habia enseñado, como la mas á propósito para seducir al pueblo, el cual imaginaba que sus privilegios consistian en una exencion total de los impuestos.

— Sí, dijo Arpaya, y el castigo de los traidores. Y á propósito de traidores, nosotros tenemos uno aquí.

— ¡Un traidor!

— Sí, un espía disfrazado, que sin duda alguna ha venido aquí para saber nuestros proyectos, y en seguida ir á dar parte de ellos.

— ¿Y quién os lo ha dicho? preguntó Genuino. Sabeis acaso si ese desconocido es al contrario una víctima que busca como poderse substraer de la venganza del virey?

Entonces informó detalladamente á Masaniello como el desconocido habia sido preso, su negativa á satisfacer las preguntas que se le dirigieron, y del partido que se habia tomado de encerrarlo en la llamada pequeña caverna, concluyendo con proponer que compareciera para interrogarlo él mismo.

— No, dijo Masaniello; ya sea opresor ú oprimido, no es esta la ocasion oportuna para que ocupe nuestra atencion. Puede permanecer en el sitio donde se halla custodiado por centinelas de vista, sin que nos sirva de incomodidad alguna. Por otra parte, Genuino, podeis volverle á hablar á fin de procurar descubrir su nombre y sus proyectos. En cuanto á mí, debo ocuparme de un asunto mas importante.

¿Cuáles son entre vosotros los que pueden proporcionarse armas?

Solo unos veinte llevaban puñal, cinco ó seis iban armados de pistolas, pero carecian de pólvora y balas, y la mayor parte de aquellas armas estaban inservibles.

— No importa, dijo Masaniello, espero que tendremos á nuestro favor algunos hombres tan bien armados como decididos, y que mañana antes de ponerse el sol no nos faltará armamento. Al rayar el alba, no se olvide cada uno de hallarse en el lugar destinado. Ahora podeis marcharos. Arpaya, seguidme con Cárlos.

— Cárlos guarda el preso, dijo Arpaya, y es conveniente que quede aquí. Es hombre de confianza, é incorruptible.

— Corriente, que se quede. Vitale, seguidnos.

Masaniello partió con estos dos satélites, y los lázaros (que muy bien podríamos llamar conjurados) fueron retirándose con mucha precaucion en pelotones de cuatro á cinco hombres cada uno, tomando diversos caminos á través de las rocas, para no dar lugar á sospechas. Tan solo quedaron en la caverna Genuino, Cárlos y tres hombres encargados de la custodia del prisionero.

— Cárlos, dijo Genuino, parece que nuestro prisionero está condenado á pasar aquí á lo menos todo el dia de mañana. Nosotros no hemos recibido órden de hacerlo perecer de hambre. *¡Procul, procul á nobis ista cogitatio!* Podríais aprovecharos de la obscuridad para ir á buscar algunos víveres.

— Esto habia pensado.

— Bien, Cárlos, muy bien. *Date cibum esurientibus.* Pero no es suficiente pensarlo.

— He mandado á Alonso por ellos.

Esta contextacion pareció contrariar á Genuino, pues guardó silencio por algunos instantes.

— Nada mejor que esto, dijo al fin; pero hacedme lugar, querido Cárlos, *recede paulisper*: es menester que vaya á hablar al prisionero.

— Arpaya me ha dado órden de no dejarle hablar con nadie.

— Y yo la he recibido de Masaniello para que le interrogue. ¿No imaginais de cuanta importancia puede sernos el descubrir quien es, y saber los motivos que lo han conducido aquí?

— Entrad, respondió Cárlos con aspereza.

El desconocido no lo era para Genuino. Cuando su rostro estuvo iluminado por el resplandor de dos lámparas, reconoció el viejo capellan, bajo el vestido de un simple pescador, á uno de los caballeros mas ricos y nobles del reino de Nápoles; y esta vista le habia inspirado nuevos proyectos. Al entrar en la pequeña caverna, tomó la lámpara que Cárlos habia dejado junto á la entrada, y haciendo seña al preso para que le siguiera, adelantóse hasta el extremo opuesto, á fin de que nadie pudiese oirle desde afuera.

— No vengo para preguntaros nuevamente quien sois, díjole; *sol radiis agnoscitur*. Vuestro disfraz no ha podido ocultar á mis ojos á D. José Caraffa. No he querido venderos delante de mis compañeros: puedo seros útil, pero para esto es menester que yo sepa el motivo que esta tarde os ha conducido á este sitio retirado. Sé que sois bien recibido en la corte del virey, que él mismo trataba de daros por esposa á su hija doña Mencía; que de repente, y sin decirse los motivos, él mismo ha hecho encarcelar á vuestro hermano, el duque de Matalone; que ha dado órdenes para vuestra prision, y que en este momento os hace buscar por todas partes. Hablad. ¿No habeis venido aquí para hallar un abrigo contra la persecucion?

— Ya que estais tan bien informado, señor cura, no os ocultaré nada. Al oscurecer, debia venir á buscarme una barquilla en este desierto lugar para conducirme á Ostia. Desde allí habia pensado escribir al duque de Arcos pidiéndole me dijese de que crímen se me acusaba, ofreciéndole al mismo tiempo venir á justificarme, si me concedia un salvoconducto que me pusiese al abrigo de todas las medi-

das arbitrarias. La barquilla que aguardaba habrá retardado su venida, y la detencion que me han hecho sufrir, pone en peligro mi libertad y tal vez mi vida.

— Decid mas bien que ambas estan en salvo, y dad gracias á Dios, *gratias amplissimas*. Os hallais aquí en medio de amigos seguros y fieles.

— Por la manera como me han tratado, debo dudarlo.

— Escuchad, D. José, seré breve: *verbum sapienti sat est*. El dia de mañana será derrocada la autoridad del virey, tal vez el poder de la España sobre este desgraciado pais. El pueblo es como un jumento que lleva sin quejarse un cierto peso; pero si le agobian de una manera superior á sus fuerzas, se indigna, cocea, y concluye tirando al suelo toda la carga. Esto es lo que va á suceder. El pueblo de Nápoles ha sufrido por largo tiempo, se ha apurado su paciencia, y el dia de la venganza por fin ha de llegar.

— ¿Esta habrá sido sin duda la causa de la reunion que he presenciado en este sitio?

— Efectivamente.

— ¿Y podeis imaginar que un puñado de miserables sin armas, sin dinero, sin talento y sin medio alguno podrá efectuar una revolucion en el reino?

— *Vis unita fortior*, D. José: el pueblo entero no tendrá mas que una voluntad, los ricos y los nobles napolitanos abrazarán su partido, ó á lo menos observarán una rigurosa neutralidad: no le quedará al virey mas que su guardia española. ¿Y qué podrá hacer esta contra todo un pueblo? Solo falta una cosa: un gefe: un gefe que por su rango y fortuna merezca la confianza del país: un gefe que pueda reunir á su alrededor el amor del pueblo, la estimacion de los grandes, y el sufragio general. Sed vos este gefe, D. José: colocaos á la cabeza de la insurrecccion que va á estallar, sed....

— ¿Qué osais proponerme? Yo....

— El destino mas glorioso, el titulo de libertador de vuestra patria: tal vez la diadema, *sic itur ad astra*.

— Nuestra conferencia se ha acabado, padre cura: nada mas quiero oir.

— ¿Rehusais pues cooperar á tan brillante proyecto?

— Rehuso ser cómplice en los complots, tan absurdos como criminales, de viles sediciosos.

— *Tua res agitur*, D. José: pero si no quereis secundar nuestros designios, os vigilaremos, al objeto de que no podais dañarnos. No saldreis de este lugar hasta que se haya decidido la suerte de Nápoles.

— Pasaré en él si fuere menester toda la vida.

— ¿De qué sirve vuestra vida? Habeis olvidado por ventura que á no ser por mí, dos horas hace se habria sacrificado á la seguridad del pueblo?

— Decid mas bien al furor de despreciables facciosos. Si es menester morir, moriré como he vivido: con honor, y sin dejar una memoria manchada con el título de rebelde.

— D. José: os abandono á vuestras reflexiones. Espero que el cielo os inspirará mejor: si mudais de propósito, *quod faciat Deus*, pedid el poder hablar á Genuino, y uno de los encargados de vuestra custodia vendrá á avisarme.

— ¿Y bien, preguntó Cárlos cuando volvió á entrar Genuino en la gran caverna, os ha dicho su nombre?

— ¿*Quiá ad te*? No, no me lo ha dicho. Vigiladlo bien, y si pide hablarme, participádmelo en seguida.

Luego que hubo partido, entró á su vez Cárlos, en la que nosotros podemos llamar cárcel subterránea de D. José. Llevaba una cesta en una mano y en la otra una botella. Destapa la última, echa aceite en la lámpara, deja la cesta en el suelo, y mirando á su prisionero, le dice: —Aquí teneis provisiones, D. José: comed y bebed sin temor, yo respondo de vos.

— ¿Quién sois, que, segun parece tambien me conoceis?

— ¿No reconoceis á Cárlos?

— No.

— No lo estraño, gracias á este maldito chirlo con que

me gratificaron, desde que no nos hemos vuelto á ver. ¿No os acordais de un contrabandista que conducian á las galeras, acompañado de su mujer y de sus cincos hijos, para el cual obtuvisteis el perdon del almirante de Castilla dos años hace?

— Sí.

— Pues, ese soy yo, y Cárlos nunca ha olvidado un servicio, ni perdonado una injuria. Al momento os he reconocido: he visto el riesgo que corríais: he resuelto salvaros, y para alcanzarlo mejor, me he mostrado mas animado que los otros contra vos. Temo á ese bribon de Arpaya, y por esto os he dado las pistolas. Son buenas y os respondo de ellas: jamás me han faltado, y todavía me quedan otras para defenderos si fuere menester.

Y al mismo tiempo le hizo ver dos pistolas que guarnecian su cintura.

— Los de mi oficio, añadió, siempre vamos prevenidos.

— ¡Hombre generoso! díjole D. José, toma este bolsillo, y espera que mi reconocimiento....

— ¡Oh! verdaderamente no rehusaré vuestro dinero, porque lo necesito; pero dejemos pasar este alboroto. Aguardad para cuando esteis fuera de aquí, y en seguida me dareis cuanto querais. Ahora veamos: ¿qué puedo yo hacer por vos?

— Darme la libertad.

— Nada es mas fácil. Solo hay cuatro hombres que os guarden conmigo, y entre todos tenemos únicamente cuatro pistolas. Yo respondo de derribar dos de los mismos, y el otro par vos podeis despacharlos.

— No, Cárlos, no: esto seria comprar muy cara la libertad.

— Pues bien: dadme un par de ducados para hacer que compren vino; haré que beban, se emborrachen y duerman, luego os advertiré, y os escapareis. Pero aguardad á que os avise.

Ejecutóse todo puntualmente, á excepcion de que Cárlos

fue el primero que se emborrachó, y el único que se quedó dormido. Admirado D. José al cabo de algun rato, de no volverlo á ver, adelantóse hácia la entrada de su calabozo, y á la luz de las lámparas que habian tenido el cuidado de alimentar, vió á Cárlos tendido en el suelo, roncando á pierna suelta, y á sus cuatro centinelas perfectamente dispiertos, sentados inmediatos á aquel, charlando y mirando con lastimosos ojos las botellas que acababan de vaciar.

CAPITULO IV.

Malheur donc à celui qu' un affaire imprévue
Engage un peu trop tard au détour d' une rue;
Bientôt quatre bandits lui serrant les côtés,
— La bourse! Il faut se rendre; ou bien non resistez.
A fin que votre mort de tragique memoire,
Des massacres fameux aille grossir l' histoire.

BOILEAU.

El reino de Nápoles hallábase desolado por un azote poco temible para las clases inferiores, pero muy formidable para las ricas. Devastaban todas sus provincias numerosas y bien disciplinadas hordas de bandoleros. Las montañas de los Abruces, de la Calabria, de la Puilla, y el pais de Labor, les ofrecian seguras madrigueras que era imposible descubrir á la mas activa persecucion. Calculábase su número á mas de quinientos hombres, bien armados y de un valor á toda prueba. Pero lo que tal vez no tiene ejemplo en la historia de los bandoleros, es que todas estas hordas, aunque se hallasen considerablemente distantes la unas de las otras, y obrando separadamente, todas obedecian á un mismo gefe, el cual las mandaba delegando su poder á los lugartenientes que nombraba para cada una de dichas gavillas, que cumplian ciegamente sus órdenes. Este gefe supe-

rior, era conocido en todo el país bajo el nombre de rey de los bandoleros.

Era este un soldado veterano llamado Perrone, que siendo condenado á la pena capital por haber muerto un gefe que lo castigó con el palo, por cierto acto de insubordinacion cometido en una parada, habia hallado medio de forzar las puertas de la cárcel, fugándose con tres desertores detenidos en la misma, logrando en seguida ganar con ellos los Apeninos y formar una partida de bandidos, que no tardó en engrosarse.

Estaban tan bien concertadas las empresas de estos malhechores, y era tan conocida su audacia, que las demás partidas de bandoleros, que de vez en cuando sufrian reveses imprevistos, quisieron aprovecharse de los consejos de tan experimentado gefe, quien al cabo de poco tiempo llegó á ser comandante general de todos los bandidos regularmente organizados del reino de Nápoles. Tenia su banda particular, y desde entonces no se sabia de fijo el paraje que habitaba: hallábase siempre en el sitio desde el cual se trataba de emprender alguna difícil é importante expedicion; de modo que parecia tener la virtud de poderse hallar á la vez en muchos lugares; porque apenas se oia decir que estaba en los Abruces, se sabia que habia entrado en la Calabria ulterior.

La gente que estaba á sus órdenes, rara vez se entretenia en despojar á los viajeros, á no saber que fuesen portadores de considerables sumas. Imponia contribuciones á los nobles dentro de sus mismos castillos, á los abades y priores en sus monasterios, y á los labradores en el recinto de sus casas. Algunas veces exigia de los pueblos cierta cantidad de dinero, y á menudo atacaba los carruajes que trasportaban á la capital el producto de las contribuciones de las provincias, á no ser que estos fuesen acompañados de la suficiente escolta para intimidarles. Si se obedecian prontamente sus exigencias, no se entregaban á ningun acto de violencia; pero la muerte y el incendio eran la inevitable

consecuencia de la menor oposicion. Añádese que una parte de estos bandoleros se hallaba bien montada; cuya circunstancia les facilitaba trasladarse rápidamente de un lugar á otro.

Acababa Perrone de sufrir un descalabro en una expedicion que personalmente habia mandado. Merced á un criado del príncipe de Monte-Leone, habia llegado su audacia hasta el punto de intentar sorprender á este dentro de su mismo palacio situado en el centro de la capital. Queriendo dirigir tan arriesgada empresa, se introdujo disfrazado en la ciudad, acompañado de doce de sus mas intrépidos compañeros. Presentóse á la puerta del palacio y á una señal venida abrióse al momento; pero el criado con el cual confiaba le habia vendido, ó por mejor decir habia permanecido fiel á su amo. Apenas Perrone penetró en el zaguan, cuando una partida de soldados que se hallaba escondida dentro del palacio, le saludó con una descarga, que le mató tres hombres, hiriéndole dos. Conoció entonces que no le quedaba otro partido que batirse en retirada, y por la primera vez de su vida emprendió la fuga. Persiguiéronle, hiriéndole otros cuatro compañeros; y hallando casualmente abierta la iglesia de capuchinos, á la sazon en que los religiosos estaban reunidos cantando maitines, refugióse en ella con los otros tres bandidos.

Esta iglesia era un asilo inviolable, y el mismo virey no hubiera osado recurrir á la fuerza para arrancar á Perrone de tan sagrado recinto. En aquel tiempo era tanta la fuerza de las ideas supersticiosas, que el mas atroz criminal podia substraerse de la justicia de los hombres llegando á tocar el pie de los altares: como si Dios que castiga el crímen pudiese ser su protector. Apresuráronse pues á colocar una fuerte guardia á la puerta de la iglesia, circunvalaron el convento, custodiando cuidadosamente todas sus salidas; porque sucedia á menudo que los frailes, celosos de que se respetase el derecho de asilo que gozaban sus iglesias, favorecian la fuga de los criminales que se refugiaban en ellas.

Sabiendo los capuchinos de cuanta importancia era para el virey la captura de Perrone, no se atrevieron á practicar los medios de salvarlo; pero procuraron darles tanto á el como á sus compañeros cuantos alimentos necesitaran. Tanto de dia como de noche dejaban abierta la puerta de la iglesia, esperando que se evadirian y serian capturados, pero Perrone era demasiado astuto para caer en este lazo, y por lo mismo aguardó del tiempo y de la paciencia, los medios de poderse salvar.

Habian trascurrido cerca de dos dias desde que se hallaba dentro de la iglesia, ocupado continuamente en buscar el modo de poder salir de la misma: acababan los religiosos de cantar los maitines, y se habian retirado ya á sus celdas, despues de cerrar cuidadosamente todas las puertas interiores del templo que comunicaban con el convento. Aquel vasto edificio únicamente estaba iluminado por el débil resplandor de una lámpara, y los tres compañeros de Perrone empezaban á dormirse, mientras que su gefe sentado en un confesonario permanecia sumergido en continuas y profundas reflexiones. De repente vió abrirse la puerta de la sacristia: un hombre, en medio de la obscuridad, entra con precaucion en la iglesia, se adelanta hasta debajo de la lámpara, mira á todos lados, y por último se arriesga á pronunciar en voz baja la palabra.

— ¡ Perrone!

— ¿ Quién me llama? respondió el bandido en el mismo tono.

— Masaniello.

— ¡ Masaniello! repitió Perrone corriendo hácia él: ¿y por qué casualidad, y como te hallas aquí?

— Es menester que yo dé la libertad al reino, dijo con centelleantes ojos el gefe de los lázaros, ó que muera sobre un cadalso.

— Que tú seas ahorcado algun dia, esto es muy posible; pero que libertes el reino..... ¡ ha! ¡ ha! ¡ ha!.....

La gran risotada del bandolero fué mas que suficiente

para dispertar á sus tres compañeros, que luego vinieron á reunirse con los dos interlocutores.

— Riete cuanto quieras; pero si tú y la valerosa gente que mandas quereis fielmente uniros conmigo, juro en nombre de Dios que haré ver al virey quien soy yo, y cuanto puedo emprender.

Este acento de seguridad admiró á Perrone, quien despues de oir atentamente los detalles del proyecto de Masaniello y los medios que contaba emplear para ejecutarlo, mostróse dispuesto á secundarlo.

— ¿Cuanta gente puedes tú aprontar, preguntóle Masaniello, y dentro que término?

— Si me hallase fuera de esta maldita iglesia (que no obstante bendigo de corazon), despachando uno de estos valientes camaradas, tendria dentro diez horas treinta hombres á mis órdenes, y doscientos dentro veinte y cuatro, todos bien armados y en estado de hacer fuego y de batirse al arma blanca.

— Y bien, yo puedo hacer que salgas de aquí al momento.

— ¡Bravo! exclamó Perrone con un exceso de alegría, que no dejaron de participar sus tres compañeros. ¿Y seria posible?

— Te lo aseguro, por vida de San Genaro. ¡Nuestra consigna será libertad!

— Y saqueo, añadió Perrone sonriéndose.

— No: ¡cuerpo de Cristo! gritó Masaniello alterado. Entendámonos, Perrone, se trata de la libertad napolitana, y el vil interés no debe mancharla.

— Mi gente, dijo Perrone meneando la cabeza, no está acostumbrada á batirse por el humo. Son menester razones palpables.

— Se la pagará con liberalidad: tú mismo fijarás el precio.

— Perfectamente.

— Basta: sígueme ahora.

Masaniello salió del coro, entró en una de las naves colaterales de la iglesia, abrió con una llave que llevaba en la mano, una puertecita que estaba al pie de la escalera que conducia al campanario, y subió por ella seguido de Perrone y de los otros tres bandoleros. Despues de haber subido unos treinta escalones, detúvose frente una pequeña ventana, que abrió, y luego de pasar por ella dijo á sus compañeros que hicieran lo mismo. Halláronse entonces sobre una especie de terrado que cubria parte de un edificio construido detrás de la iglesia, que servia de invernadero dependiente de la huerta.

— Una vez nos hallemos dentro de esta cerca, dijo Masaniello, será fácil escaparnos. La azotea tendrá unos quince pies de elevacion.

— El brinco no deja de ser arriesgado, contextó Perrone, pero no importa.

— ¡Un momento! dijo Masaniello, y entró en la escalera de la cual volvió á salir al cabo de algunos minutos llevando una cuerda que habia cortado de las campanas, con cuyo auxilio fueron bajando al huerto deslizándose succesivamente por ella. Inquietóse sobre manera Masaniello, porque al último que quedase en la azotea nadie podria sostenerle la cuerda.

— Tranquilizaos, dijo Perrone, yo me quedaré el postrero, y os enseñaré como sabemos asaltar las murallas sin escaleras ni cuerdas.

Así que estuvo solo en la azotea, dirigiéndose á sus compañeros, díjoles.

— Camaradas, formad la escalera.

Al momento dos de ellos se arrimaron de espaldas á la pared, el tercero subió sobre sus hombros, y Perrone dejándose deslizar por la ventana, á la cual tenia fuertemente agarradas á las manos, pone un pie sobre el hombro del que estaba sostenido por los dos bandoleros de la huerta, coloca el segundo, encuentra otro escalon en los brazos cruzados del mismo individuo, alcanza desde allí los

hombros de los dos primeros, y de este modo llega á tocar el suelo.

Ahora nos falta explicar como Masaniello habia podido introducirse en la iglesia y libertar á los cuatro bandidos.

Se acordarán nuestros lectores de haberle visto salir de la cueva, acompañado de su cuñado Arpaya y un pescador llamado Vitale. Sabia que la noche anterior, Perrone se habia refugiado enla iglesia de los capuchinos, y conociendo cuan útil le seria tener el auxilio de semejante hombre, resolvió hacer una tentativa. Ya hemos dicho que Arpaya era hortelano. Habia trabajado por el fraile que cuidaba de hacer cultivar la huerta del convento de los capuchinos, y contraido mucha familiaridad con este: circunstancia que creyó Masaniello aprovechar. La habitacion del hermano hortelano, se hallaba separada del convento, y se entraba á ella por una puerta de la huerta, custodiada aquella noche por centinelas, que no teniendo mas órden que la de reconocer á los que salian dejaron entrar á Arpaya y á sus compañeros.

— Buenas noches, hermano Gregorio, dijo Arpaya al fraile. He aquí dos amigos mios, cultivadores de la Calabria, que tienen para vender algunos toneles de vino excelente. Si haceis que el padre Cillerero lo compre, os quedarán sumamente reconocidos, y para que podais juzgar de su buena calidad os traemos esta pequeña muestra.

Al mismo tiempo colocaron sobre la mesa dos botellas.

— Con mucho gusto, con mucho gusto, dijo el hermano hortelano; cuyo rostro encendido revelaba su aficion al jarabe de pámpano.

— Pero segun parece aguardabais compañía, continuó Arpaya. Estos dos cubiertos y este pastel sin duda alguna que no estaban sin motivo sobre la mesa. ¡Hermano Gregorio, esto huele á contrabando!

— No, no, dijo el fraile con acento de gazmoñería; todo es conforme á la regla. Es un pastel de atun en escabeche, y aguardo al padre sacristan que debe venir á hacer cola-

cion conmigo despues de maitines.

—¿El padre Ignacio? tanto mejor: es hombre naturalote y divertido. Creo pues que nosotros no estaremos de mas.

—No, á la verdad. Sentaos.

Así que tomaron asiento llegó el padre sacristan. Hallaron muy sabroso el pastel así como exquisito el vino, que el padre Ignacio prometió recomendar al cillerero. Haciendo Massaniello recaer la conversacion sobre Perrone, dijo:

—Por esta vez si que no se escapará de la tropa.

—Vaya, replicó el padre sacristan, ¿y que no lo tiene bien merecido?

—Y bien, si yo tuviese el honor de ser capuchino, se me romperia el corazon si viese prender á un hombre que se hubiese refugiado dentro de mi iglesia ¡ea bebed, reverendo padre! vos no bebeis.

El padre Ignacio exhaló un profundo suspiro, y vació su vaso.

—¡Un asilo tan sagrado! dijo Arpaya.

—Y que deberia ser inviolable, añadió Vitale.

El sacristan suspiró otra vez.

—Yo no me duelo de Perrone, dijo Masaniello, poco me importa su suerte; pero si yo fuese prior del convento, por el honor mismo de mi iglesia, moveria todos los resortes para salvarle.

Y diciendo estas palabras llenó el vaso del padre Ignacio.

—¿Y cómo pudiera salvarse, preguntó Arpaya, cuando todas las puertas del convento se hallan custodiadas por la tropa?

—Eso no seria difícil, contextó el sacristan con aire maligno, pero nuestros reverendos padres han tenido capítulo al mismo objeto; y como el duque de Arcos da suma importancia á la prision de ese bandolero, á fin de hacer en él un ejemplar castigo, han determinado no facilitarle la fuga, por temor de que el virey no se indisponga contra él convento.

—Esto está puesto en el órden, dijo Arpaya; pero aun

cuando quisierais salvarlo, apostaria que no lo podriais alcanzar. Vamos á ver: ¿qué medio emplueariais para ello?

—¿Qué medio? dijo el padre Ignacio, cuya cabeza empezaba á calentarse, helo aquí. ¿Veis esta llave? Con ella se abre la puerta de la escalera del campanario. Por una ventana de esa misma escalera se pasa á una azotea que da al huerto de las ursulinas. No es difícil bajar á él, y una vez está uno dentro, no hay mas que saltar una pared que lo cerca.

Masaniello hizo una seña á sus compañeros, que se precipitaron sobre el sacristan: agarróle la barba con la mano izquierda, apoyándole con la derecha la punta de un puñal sobre el pecho:

—Dadme esta llave, le dijo: no os resistais, no metais ruido, ni pronuncieis una sola palabra, de lo contrario, sois hombre muerto.

Mientras hablaba de esta manera, Arpaya hacia igualmente brillar la hoja de un puñal delante los ojos del hermano hortelano; y Vitale, que habia sacado el suyo, se hallaba pronto á obrar segun lo exigiesen las circunstancias.

—Muy bien, dijo Masaniello, despues que el padre Ignacio le hubo entregado temblando la llave que debia poner á los bandoleros en libertad: esto es darse al buen partido. Vitale quitó las sandalias al reverendo. No temais nada, padre Ignacio, os necesito para que me conduzcais á la sacristía de la cual debeis tener la llave, y no quiero que el ruido de vuestras sandalias turbe el sueño de los buenos religiosos. Arpaya haz que este borracho beba cuanto quiera: por san Genaro, que si llega á desplegar los labios para otra cosa mas que para beber, no has de dejar una sola gota del vino que circula por sus venas. ¡Adelante, reverendo padre! Vitale, síguenos.

Cogió de un brazo al sacristan, que temblaba viéndose de continuo amenazado por la afilada punta de un puñal. Entraron en el huerto, despues de haber atravesado el claus-

tro, se introdujeron en la sacristía. Desde allí encargó Masaniello á Vitale que acompañase al padre Ignacio al mismo sitio en que habian dejado al hermano hortelano, recomendándole particularmente que no les dejase en libertad hasta al cabo de dos horas, al efecto de que no pudiesen dar el grito de alarma, y hacer que persiguiesen á los fugitivos.

Ya hemos visto que Masaniello, Perrone y sus tres compañeros bajaron sin accidente alguno al huerto de las ursulinas. Solo añadiremos que salieron del mismo sin el menor contratiempo.

CAPITULO V.

De toutes parts pressé
Sans espoir de secours, tout prêt d' être forcé,
....
....
Il n' a plus aspiré qu' à s' ouvrir des chemins
Pour eviter l' affront de tomber dans leurs mains.

MITHRIDATE.

El dia 7 de julio antes de amanecer, los aldeanos de las cercanías de Nápoles, empezaron, segun su costumbre, á llegar al mercado y á poner en venta las frutas, legumbres, y verduras que acababan de traer los unos sobre jumentos, y los otros en carretones. Los revendedores fruteros de la capital no tardaron en presentarse para efectuar sus compras, asi como cierto número de ciudadanos que por efecto de economía, se habian levantado al despuntar la aurora para poder comprar de primera mano los comestibles que necesitaban. Pero lo que debiera parecer extraño, si se hubiese fijado la atencion, era un considerable número de personas que se hallaban aisladas las unas de las otras, ó bien divididas en grupos de dos ó tres. Esparcidas por todo el mercado, tan pronto hablaban con los labradores, como con los vecinos de la ciudad, sin anunciar la menor inten-



cion de turbar la tranquilidad pública Los perceptores de la tasa sobre las frutas y legumbres habian llegado y abierto su despacho, y tomando los registros, empezaron sus funciones, sin que se turbase hasta entonces el buen órden.

Por una inexplicable negligencia, en el edicto en que se establecia esta tasa no se decidió si debia pagarla el comprador, ó el vendedor. Parecia imposible que mas pronto no se hubiese suscitado y resuelto semejante cuestion; pero este es un hecho histórico, y nosotros no podemos variarlo. Este mismo dia la mujer de Arpaya, que era hermana de Masaniello, y habia traido al mercado una cesta de higos no quiso pagar el impuesto, pretendiendo que venia á cargo del comprador. Esto fue una una chispa eléctrica que en un momento se comunicó por todo el mercado. Ningun labrador quiso pagar la tasa, y los amigos de Masaniello, comenzando á presentarse, les exhortaron á mantenerse firmes.

Hízose tan considerable el alboroto, que el electo Andrés Nauclerio, hechura del virey, adicto enteramente á la corte y por esta misma razon detestado del pueblo, tuvo que presentarse en el mercado. El principal encargo de este magistrado era velar sobre la conservacion del órden público Esplicáronle la cuestion que acababa de suscitarse, y pronunció su fallo en favor de los compradores. Los vendedores levantaron el grito, acusándole de injusto, llegando al extremo de amenazarle. Irritado á su vez Nauderio, amenazó mandar á presidio al primer insolente que se atreviese á levantar la voz, y que rehusase pagar la tasa. La mujer de Arpaya, digna sangre de su hermano, lejos de amedrentarse por esto, haciendo oir su voz chillona entre el tumulto que reinaba en el mercado, dijo, que ya que no podia ganar nada con su fruta, queria que el pueblo se aprovechara de ella, y al mismo tiempo vaciando su cesta de higos, gritó:

— ¡Tomad, amigos, recogedlos, que os los doy!

Semejante ejemplo fue contagioso, porque en pocos minutos todos los canastos, espuertas y cestas de frutas y legumbres fueron derramados. Los unos hicieron este sacrificio voluntariamente por efecto del entusiasmo del momento, y los otros violentados por los compañeros de Masaniello, que se reunian al rededor de su gefe y recorrian el mercado gritando desaforadamente:

— ¡Abajo los impuestos! ¡Abajo los impuestos!

El electo quiso hacer oir su voz, pero á una señal de Masaniello fue alcanzado por una lluvia de frutas y legumbres: obligado á buscar su salvacion en la fuga, corrió al palacio del virey. Los perceptores del impuesto fueron en seguida atacados de la misma manera, y debieron igualmente su salvacion á las piernas. Este fue el momento en que Masaniello dió el primer paso que lo establecia de un modo el mas ostensible, primer gefe de la revuelta. Rodeado de Genuino, Arpaya, Perrone, y un gran número de sus partidarios, saltó sobre una de las mesas mas altas del mercado, y fijó con un fuego casi sobrenatural sus centelleantes ojos sobre el pueblo, cuyas crecientes oleadas se comprimian á sus pies.

— ¡Valor, napolitanos! exclamó, ¡valor! ved en mí al nuevo Moisés que ha elegido Dios para salvar á su pueblo. Pedro libró de la esclavitud del demonio á Roma pagana y al mundo entero; Masaniello, pescador como aquel, eximirá á los habitantes de Nápoles de los insoportables impuestos, les dará la libertad. Que me arrastren por las calles, que fijen mi cabeza sobre una pica, que expongan mi cuerpo sobre una rueda (1), estoy pronto á sufrirlo todo, si puedo libertar á mis conciudadanos.

Este discurso produjo un admirable efecto. Pione y sus alarbes se habian reunido á los secuaces de Masaniello, y el número de los sediciosos se aumentaba visiblemente. Toda la escoria de Nápoles venia á engrosar las filas del ejército

(1) Suplicio antiguamente usado en Francia.

de este extraño general, si es que pueda darse el nombre de ejército á una muchedumbre desordenada y sin gefes, compuesta de hombres casi desnudos, cuya mayor parte no tenia otras armas mas que el palo; pero inflamados todos de un valor sin límites, no experimentando resistencia alguna, deducian que era irresistible su fuerza.

Empezaron incendiando el despacho que se habia construido en medio del mercado para la percepcion de la tasa sobre los frutos y legumbres, y fue consumido con todos los registros y muebles que se hallaban dentro, sin permitir extraer el corto dinero que se habia recaudado aquella mañana.—Es el precio de la sangre, decia Masaniello, y nadie debe tocarlo.—Todas las demás oficinas esparcidas por la ciudad sufrieron la misma suerte. Forzáronse las puertas de una cárcel en la que se hallaban detenidos los deudores insolventes, y diéronles la libertad. En fin, un populacho inmenso, cuyo número ascendia á unos doce ó quince mil hombres, emprendió la marcha hácia el palacio del virey llevando por estandarte un pan al extremo de una pica, y haciendo retumbar los aires con los gritos de ¡viva el rey Felipe IV! ¡Muera la regencia! ¡Abajo las gabelas!

Mientras tanto, habíase presentado al duque de Arcos el electo Nauclerio, con el rostro ensangrentado, los vestidos manchados por los higos y demás frutas que habian arrojado; pero los aduladores que hacian la corte al virey, solo pensaron en reirse del estado en que veian al pobre magistrado, y lo tomaron por blanco de sus sarcasmos, burlándose, tanto de su persona, como de la relacion que hacia de cuanto pasaba. Esforzáronse igualmente en persuadir al virey que el espanto de que se hallaba poseido Nauclerio y tal vez el deseo de disculparse de no haber cortado los desórdenes, le conducian á exagerar los males.

Fácil le hubiera sido al virey reprimir la sedicion en el primer momento. Tenia en Castello-Nuovo una guarnicion compuesta de viejos soldados españoles, aguerridos y acostumbrados al fuego, con cuya fidelidad podia contar. Si

se les hubiera mandado marchar al momento á la bayoneta contra los sublevados, probablemente hubiera bastado tan solo su presencia para disipar la muchedumbre indisciplinada. Pero se reunian varios motivos para hacerle mirar el peligro mucho menor de lo que era en realidad. Uno de ellos era el excesivo desprecio en que tenia á los napolitanos, á quienes no creia con suficiente valor para hacer una revolucion; y otro la certeza en que estaba de que esta efervescencia popular tendria los mismos resultados que los movimientos sediciosos del mes anterior, que se calmaron por sí mismos, sin otro efecto que haber suspendido durante un dia la percepcion del impuesto sobre los frutos. En aquellas circunstancias la falta de pago era del menor interés para el virey. Habia arrendado esa tasa, cobrando de los arrendatarios un año adelantado; de modo que estos eran los únicos que sufrian la pérdida dimanada de la falta de percepcion del impuesto. Cerró el duque de Arcos los oidos á los consejos de Nauclerio, y se entregó á las seguridades que le inspiraban sus aduladores.

Sin embargo, mudó de modo de pensar cuando supo que una de las cárceles de la ciudad habia sido allanada. Mientras dictaba á su secretario una órden para el comandante de la guarnicion de Castello-Nuovo, llegó á su noticia que una inmensa multitud se dirigia hácia su palacio, despidiendo gritos de furor. Sobrecogido de espanto, no pensó en otra cosa mas que en libertarse de la rabia de los sediciosos, y dió órden para que inmediatamente preparasen tres carruajes, el uno para su mujer y su hija, y los otros dos para él y las personas de su séquito. La vireina, señora pusilánime, subió al momento á la carroza, y viendo que doña Mencía, de la cual era madre política, se hacia aguardar, dió órden al cochero de partir con direccion á Castello-Nuovo, á donde sabia que el duque de Arcos tenia intencion de refugiarse.

El amor filial, fue la causa del retardo de doña Mencía. Arrojándose á los pies de su padre, suplicóle que partiese

al instante. Pero el virey temiendo que saquearan el palacio, no queria abandonar su plata, sus joyas y su dinero. Hizo empaquetar todos los efectos mas preciosos y portátiles para llevárselos dentro del coche. Á fin de ocultar el riesgo á que le exponia su avaricia, le ordenó que subiese al punto al carruaje. Obedeció doña Mencía; mas viendo que su madre habia ya partido, entró en otro coche con una de sus damas. No estaban todavía concluidos los preparativos de marcha del duque de Arcos, cuando los gritos que hirieron sus oidos le hicieron conocer que era demasiado tarde para pensar en fugarse. Adelantóse hácia una ventana, de la cual se retiró sobresaltado, al ver que la plaza en que se hallaba situado su palacio, y las calles que conducian á ella estaban llenas de una inmensa multitud, que bendecia y victoreaba al rey, vomitando las mas profundas imprecaciones contra la regencia, y gritando desaforadamente: *Abajo las gabelas! ¡abajo las gabelas!* Habíanle dicho que el número de los amotinados casi llegaba á unos quince mil; pero en aquel entonces ascendia á mas de cincuenta mil hombres.

Buscaba un sitio retirado para esconderse dentro del palacio, cuando oyó los fuertes golpes que descargaban á la puerta con los picos y las hachas: al cabo de algunos instantes un grito general de alegría reveló que acababan de derribarla. Temblando de miedo aguardaba la llegada de los sublevados, y se preparaba para morir. Mientras tanto, habia cesado el horrible tumulto que oyera dentro del palacio, cuando compareció delante de él un hombre solo. Era el mariscal, príncipe de Bisignano.

Este caballero, tan venerable por su edad como por su ilustre nacimiento, se habia conciliado por sus virtudes, y sobre todo por su beneficencia, el amor y respeto de todo el pueblo. Su palacio hallábase situado en la misma plaza que el del virey. Así que vió llegar las turbas de amotinados precipitóse en medio de ellos, y dirigiéndose á los que parecian sus gefes, informóse de sus pretensiones, ofreciendo servirles de mediador entre ellos y el virey.

Promételes en seguida emplear todo su ascendiente para obtener el restablecimiento de los privilegios concedidos por Cárlos V, y obrando sobre aquel populacho desenfrenado el efecto de *si forte virum quem*, de Virgilio, obtuvo que permaneciese tranquilo, mientras que él entraba solo á avistarse con el duque de Arcos.

No fue larga la conferencia. Al cabo de algunos momentos el principe de Bisignano se asoma á una de las ventanas del palacio, teniendo un crucifijo en la mano, pide silencio, y anuncia en alta voz que el virey consentia en la abolicion de los impuestos sobre las frutas y las legumbres.

Esta concesion hubiera cortado el alboroto si se hubiese verificado la víspera anterior; empero arrancada al miedo por la fuerza, fue del todo inútil. El genio de Masaniello se habia esparcido por todo el pueblo, y se levantaron mil voces á la vez para pedir igualmente la abolicion de la tasa sobre los granos. El príncipe de Bisignano dijo que iba á dar parte al virey de esta nueva peticion. — ¡Qué comparezca él mismo! gritó Masaniello ¿Porqué no se presenta? ¿Cree por ventura que somos asesinos?

— ¡Sí, sí, que comparezca! ¡qué comparezca!!.. repitieron de todas partes.

Salió el virey á la ventana, y el pueblo tomando mayor audacia con este segundo acto de debilidad, gritó á una voz ¡No mas impuestos! el duque de Arcos hizo seña de que queria hablar, y habiéndose restablecido el silencio, dijo que la era imposible absolutamente abolir todos los impuestos; pero que los disminuiria.

Esta respuesta fue seguida de aullidos de rabia y furor del pueblo, que se precipitó impetuosamente dentro del palacio. Durante la corta suspension de hostilidades, se habia trabajado en levantar barricadas en las puertas interiores del mismo; y mientras que los sublevados se ocupaban derribándolas, el duque bajó por una escalera secreta, subió á la carroza que le aguardaba en el segundo patio del palacio y salió por la puerta trasera.

Esto fue ir de Sila á Caribdis. Pione y sus alarbes ocupaban la misma calle, habiéndoseles unido otro destacamento de furiosos. Apenas acababa de salir de palacio la carroza del virey, cuando súbitamente vióse rodeada, derribando al cochero de su pescante. Cortaron los atelajes de los caballos, y abriendo la portezuela, precipitáronse dos ó tres facciosos al interior de la carroza. Colmaron de injurias y denuestos al virey, amenazando coserle á puñaladas, si al momento no acordaba la abolicion de todos los impuestos. Uno de aquellos, que era Pione, llevó la insolencia hasta el extremo de tirar al virey de los bigotes, ultraje el mas atroz que puede hacerse á un noble español. Pocos dias despues todavía enseñaba como trofeo algunos de los pelos que le habia arrancado.

El duque de Arcos, que habia sido sacado de su carroza, acudió al medio eficaz, que rara vez deja de producir efecto. Llevaba en su bolsillo algunos centenares de ducados, y los arrojó á la muchedumbre que le rodeaba. Oyéronse entonces gritar un gran número de voces: ¡nada de dinero! ¡la abolicion de las gabelas! No obstante, cuantos estaban á su alrededor ocupáronse en recogerlo, mientras que los que acompañaban al virey aprovecharon este momento para transportarlo sin capa y sin sombrero, y casi privado de conocimiento, dentro la iglesia de san Luis, frente á la cual pasaba esta escena cerrando en seguida la puerta.

Este asilo inviolable, no habria sido entonces respetado. Empezaban á atacar su puerta, cuando súbitas aclamaciones vinieron á anunciar algun nuevo suceso. Las habia despertado la llegada del cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles. Este prelado, mas respetable por sus virtudes que por su dignidad, era un anciano adorado por el pueblo, puesto que por su intercesion muchas veces el virey habia disminuido el peso de los impuestos. Al presentarse, las oleadas del populacho se abrieron para dejarle el paso libre, del mismo modo que las del mar rojo se dividieron en otro tiempo para el pueblo israelita cuando huia de la tiranía de

Faraon. Llegó sin obstáculo á la puerta de la iglesia, habló al pueblo con moderacion y dulzura, y logró hacerse escuchar. Ofreció su mediacion, y fue aceptada; pero no queriendo dejar al pueblo entregado á sí mismo en aquellos momentos de efervescencia, permaneció en su puesto, y envió á decir al virey por un archidiácono que le habia seguido, que era de absoluta necesidad contener al pueblo, y darle positivas garantías por escrito. Siguió aquel su consejo, y el archidiácono no tardó en volver, trayendo una acta que el duque de Arcos habia redactado y firmado apresuradamente.

— ¡Ahí teneis concedida vuestra peticion! gritó el cardenal levantando la mano para enseñar el papel: vámonos ahora á la plaza mayor para verificar la lectura á la faz de todo el pueblo. La muchedumbre emprendió la marcha despidiendo gritos de alegría. — ¡Se abolieron los impuestos! — repetian por todas partes. Pero cuando se acabó la lectura del escrito, vieron que no contenia mas que la promesa de reducir á la mitad el impuesto de las legumbres y de los granos.

De repente cambia la escena: todos gritan *¡traicion!*: el sedicioso fuego se enciende con mas viveza que nunca, y el populacho se precipita de nuevo hácia la iglesia de san Luís: la puerta estaba abierta; pero el virey habia salido, porque aprovechando unos momentos de calma, y auxiliado por algunos clérigos, habia escalado una pared de detrás de la misma iglesia, entrando en una casa vecina, de la que salió á la caida de la tarde para refugiarse en Castello-Nuovo despues de cambiar de traje.

CAPITULO VI.

Hélas! si jeune encore,
Par quel crime ai-je pu meriter mon malheur?
Ma vie à peine a commencé d' éclore.

ESTHER.

Del pescador niño hermoso,
Duerme en sueño angelical,
Duerme y goza de reposo
En el seno maternal.

No sientes tú la miseria,
Ni conoces los traidores,
Que todo nos lo robaron
Sin que oyesen mis clamores.

Del pescador niño hermoso,
Duerme en sueño angelical,
Duerme y goza de reposo
En el seno maternal.

Yo ví robar en mi choza
Mi pan, mi vino, mi lecho,
Sin dejarte, pobrecito,
Mas que el humor de mi pecho.

Del pescador niño hermoso,
Duerme en sueño angelical,
Duerme y goza de reposo
En el seno maternal.

Tus ojos bellos no vieron
Los infames opresores
Que á tu padre le quitaron
El fruto de sus sudores.

Del pescador niño hermoso,
Duerme en sueño angelical,
Duerme y goza de reposo
En el seno maternal.

¿ Qué premio obtendrás un dia
Por tan triste y cruel vivir ?
Pagarás nuevas gabelas.
No tendrás de que existir.

Beatríz, mujer de Masaniello, cantaba esta cancion con sosegado y lánguido tono meciendo sobre sus rodillas un niño de ocho ó nueve meses, ínterin que sus otros tres hijos dormian en un rincon de la cabaña echados sobre la paja, sin tener sábanas ni manta alguna para cubrirse, ni otra ropa mas que algunos harapos. El lecho nupcial del pescador y su consorte, lo formaban unos cuantos manojos de paja, y estos eran los muebles que guarnecian el dormitorio. La pieza de entrada se hallaba algo mejor amueblada. Las paredes estaban tapizadas de redes y demás enseres de pescar: veíase un pequeño y viejo cofre sin cerradura, que servia de guarda ropa á toda la familia; una mesa de álamo colocada en medio del cuarto, y una tabla fija sobre dos estacas, que sostenia algunos platos y jarros de tierra, y servia al propio tiempo de despensa. Añádase á todo esto un banco y tres escabeles de madera, y se tendrá una completa descripcion de todos los muebles. Esta cabaña se hallaba situada á la orilla del mar, casi distante una legua de Nápoles, camino de Puzol.

Tenia Beatríz veinte y dos años, pero los fatigosos trabajos á los que habia tenido que dedicarse desde su infancia la habian ajado de tal suerte, que cualquiera hubiera dicho que rayaba en los treinta. La naturaleza la habia dotado de un corazon bueno y sensible; mas la miseria le habia hecho adquirir un tono áspero y ese humor acre que naturalmente lo acompaña. Iba á calocar el niño que acababa de dormirse al lado de los otros tres, cuando oyó que varias personas se paraban á su puerta.

— ¡ Beatríz ! ¡ Beatríz !

Reconoció la voz del que la llamaba, que era un jóven pescador amigo de su marido.

— ¿Sois vos, Domingo?

— Sí, yo soy.... Venid pronto, venid.

Apresuróse á trasladarse á la primera pieza, y abriendo la puerta de la cabaña vió con sorpresa á Domingo acompañado de diez hombres montados, de rostro feroz, y armados de pies á cabeza. Pero lo que le admiró mas fue el reparar entre ellos en una tierna jóven de hermoso rostro, tan rica como elegantemente vestida, pero pálida como la muerte, y sobrecogida al parecer de terror.

— Aquí os conducimos una prisionera, dijo Domingo.

— ¡Una prisionera! ¿Qué quereis decir?

— Me parece que esto lo esplica todo. ¿Acaso no sabeis lo que pasa?

— ¡Lo que pasa!

— Y bien, si vos no lo sabeis, tendreis tiempo para enteraros. Mientras tanto aquí teneis una señorita que Masaniello encarga trateis bien, hasta que se decida su suerte.

— Sí, dijo el que parecia gefe de los otros diez, hasta que tengamos tiempo de llevárnosla á los Apeninos.

— Ó hasta que nos paguen un buen rescate, Neri, dijo uno de sus compañeros.

— Con lo que lleva en el cuello y en los orejas hay para pagarlo, repuso un tercero, y no sé porque....

— ¡Quietos! dijo Domingo, ya sabeis las órdenes de Masaniello.

— Basta, basta, vivamos para ver.

— Sentaos, señora, dijo Beatriz, ofreciendo un escabel á la jóven dama: un año atrás hubiera podido daros una buena silla de paja, pero sabed que ese pícaro virey ¡qué Dios confunda! hizo vender todo lo que....

— Vamos, vamos, dijo Domingo, esta no es la ocasion de cantar misereres. Preparad la cena para la señora.

— ¡La cena! Diantre! Á fe mia que no serán largos los preparativos. Decid, señora, ¿quereis pan y agua, ó agua y pan? No teneis mas que escoger. ¡Oh! ¡tengo una casa bien montada, gracias á los impuestos y á ese demonio de virey!

Era tanto lo que sufria la señorita que parecia hallarse sobre espinas. Esta seria oportuna ocasion de introducir aquí una escena de desmayo, segun costumbre novelesca; pero la verdad histórica se opone á ello, y no podemos sacrificarla al deseo de adornar nuestras páginas con una descripcion tierna y patética. Podemos sin embargo decir para satisfaccion de los corazones sensibles, que los grandes y rasgados ojos negros de la jóven derramaban copiosas lágrimas que surcaban sus frescas y bellas mejillas.

Acababa Beatriz de colocar sobre la mesa un mendrugo de pan seco y un jarro de agua, y al ver que la jóven señora, en vez de probarlo, permanecia absorta en sus profundas reflexiones.

— ¡Pobre criatura! dijo en voz baja á Domingo, no está acostumbrada á semejantes banquetes. Voy á darle un poco de leche que reservaba para el desayuno de mis niños.

Y al mismo tiempo, habiendo tomado una taza medio llena de leche, púsola delante de la jóven.

— Bebed, señora, le dijo, esto os sentará bien. Pero ahora ¿sabeis lo que significa todo esto, añadió volviéndose hácia Domingo?

— ¿Y sabeis vos tambien, dijo uno de los hombres de la comitiva, si pasarémos toda la noche sin beber ni comer?

— Id á buscarlo donde querais, porque yo no tengo nada que poderos dar.

— Tiene razon, dijo Neri, vamos á buscar lo que nos falta.

— Sí, sí, repitieron los demas, vamos á buscarlo.

— ¿Hay algun arrendador en estas cercanías? preguntó el gefe.

— Sí, dijo Beatríz, Mateo Pulci, en la aldea que dista trescientos pasos de aquí.

— Basta, basta. Vamos, camaradas: ¡adelante!

— Un momento, dijo Domingo: acordaos que tenemos órden de custodiar á la señora.

— ¿Y acaso son menester diez hombres para guardar

una muchacha? Paolo y Leonardo se quedan aquí, y dentro un cuarto de hora nosotros estaremos de vuelta.

Luego que se hubieron marchado, Domingo satisfizo la curiosidad de Beatríz, contándole brevemente todas las ocurrencias de Nápoles durante aquel dia, y le descubrió que la prisionera que acaban de conducir era D.ª Mencía la hija del virey, lo que dejó nuevamente sorprendida á la mujer de Masaniello.

Nada oyó doña Mencía de esta conversacion, pues parecia abismada en tristes reflexiones. No podemos decir cuales fuesen estas, porque no habiéndonoslas confiado, no queremos imitar á esos romanceros, que no perdonan á sus lectores un solo pensamiento de los personajes que ponen en escena, como si tuviesen el don de poder leer hasta los mas secretos pliegues de sus corazones, y el de presenciar las mas misteriosas operaciones de su cerebro. Por otra parte no es dificil figurarse las ideas que podian ocupar á una jóven de diez y ocho años cuyo amante acababa de proscribir su padre, que se veia sola en poder de los sublevados y que ignoraba que suerte la reservaban.

Los dos compañeros de Domingo eran bandoleros de la gavilla de Perrone. Los ocho que habian ido al pillaje, no tardaron en volver trayendo huevos, manteca, queso, y una gran cántara de vino, sin haber desembolsado mucho dinero por estas provisiones. Comenzaban apenas la comida, cuando entraron en escena dos nuevos personajes, uno de los cuales era nuestro antiguo conocido Cárlos, y el otro un pescador.

— Buen provecho, amigos mios, dijo Cárlos al entrar. ¡Caramba, Beatríz! ¡parece que hoy es dia de fiesta en esta cabaña! ¿Habrá lugar para mí, y para mi compañero?

— ¡Don!... exclamó doña Mencía, fijando la vista en el compañero de Cárlos, á quien reconoció al momento por D. José Caraffa, á pesar de su disfraz. Pero acordándose al mismo tiempo de que este tenia poderosas razones para no querer ser reconocido, tuvo bastante presencia de ánimo para reprimirse.

— Sin duda, sin duda, que habrá lugar para vosotros, respondió Beatríz á Cárlos. No faltan aquí personas que tienen el talento de proveerse de todo á despecho del virey y los impuestos.

— ¿Qué vienes á hacer aquí, Cárlos? preguntó Domingo.

— Masaniello nos ha enviado para decir á estos valientes muchachos que inmediatamente regresen á Nápoles. La mitad de la ciudad está ardiendo, y se preparan para atacar á Castello-Nuovo. Masaniello necesita toda su gente.

— ¡Justo cielo! exclama doña Mencía mirando por una pequeña ventana que daba al lado de Nápoles, ¡es cierto!

Efectivamente, veíanse subir por los aires grandes columnas de fuego en diversos cuarteles de la ciudad y espesas nubes de humo ocultaban las estrellas que brillaban en el firmamento.

— ¡Sangre y muerte! gritó Neri, que parecia el gefe de los diez bandoleros: partamos al punto.

Y tomando el jarro de vino, echó un largo trago, lo dió en seguida á uno de sus camaradas, que hizo otro tanto, y el jarro pasó de este modo de mano en mano hasta llegar al último.

— ¡A caballo! ¡A caballo! dijo Leonardo.

— Y á escape, añadió Paolo, ya no encontraremos nada que hacer.

— Callad, callad, dijo Domingo: ¿y quién custodiará la prisionera?

— Mi camarada y yo, respondió Cárlos. Así nos lo ha ordenado Masaniello, teniendo el cuidado de armarnos bien: mirad.

Y al mismo tiempo enseñó sus dos pistolas, haciendo D. José otro tanto.

— Y bien, dijo Domingo; pero es á mí á quien Masaniello ha confiado la prisionera, y no quiero absolutamente dejarla.

— Esto es muy justo, respondió Cárlos: tú serás el gefe y nosotros seremos tus guardias.

Los bandoleros montaron á caballo, y volvieron á tomar el camino de Nápoles.

— Ahora me toca á mí, dijo Cárlos, tomando el jarro de vino; vamos á ver si es bueno; porque tengo una sed que parece que por espacio de seis semanas no haya comido otra cosa mas que pesca salada.

— Sí, sí, bebe; los pícaros borrachos, ni siquiera te han dejado una gota, y yo tengo el gaznate seco como el parche de un tambor. Ni aun he podido catarlo.

— Pues bien es menester ir por mas. ¿Sabes donde lo hay?

— Sin duda: yo sé una taberna que no está lejos de aquí. Haré levantar la muchacha; pero es el caso que ignoro el secreto de estos malditos tunantes, y como no tengo dinero, sin este no querrán darme el vino.

— Toma, dijo D. José dándole un ducado.

— ¡Oro! exclamó Domingo mirándole con aire de sorpresa. ¿Donde diablos has cogido semejante pescado, amigo mio?

— En Nápoles, respondió Cárlos: no hay mas que tomarse la molestia de agacharse para recogerlo.

— Yo no le conozco, dijo Domingo mirando á D. José con aire de sospecha.

— ¡Pardiez! lo creo muy bien: es mi primo Diego, que habita cerca de Salerno, y esta mañana ha llegado á Nápoles. Pero despáchate Domingo; ve á hacer que te llenen el jarro con mejor vino, y te prometo pagar otro, si mañana por la mañana queda dentro de él una gota.

— Ahora tenemos el campo libre, dijo Cárlos á D. José luego que Domingo hubo partido, pero no perdamos tiempo porque sentiria á la verdad verme en la precision de tener que hacer saltar el cráneo á ese pobre diablo, lo mismo que si fuese el de un guarda de la aduana. Beatriz, he aquí una jóven dama que es menester salvar, y vos vais á ayudarla prontamente á mudar de traje, cubriéndola con algunos guiñapos de vuestro marido: sé que teneis buen corazon y no titubeareis.

— A fe mia Cárlos, que yo no lo pediria mejor de lo que tú me lo pides, pero mi marido.....

— Le direis, respondió enseñándole una pistola, que Cárlos os ha dicho que os abrasaria los sesos sino obedeciais, y ya sabe vuestro marido que Cárlos es hombre que cumple lo que dice.

Los escrúpulos de Beatriz desaparecian á la vista del arma formidable. Abrió el cofre, y tomó un pantalon, un chaleco una faja de su marido, y pasó en seguida al cuarto inmediato con doña Mencia para ocuparse de su metamorfosis. El pantalon era demasiado largo, y lo acortó con dos tijeretazos, el gorro era ancho, el chaleco un poco estrecho de arriba y algun tanto ancho de la parte inferior: se hubiera necesitado demasiado tiempo para remediar estas faltas, y por lo mismo fué menester contentarse dejándolas como estaban. Doña Mencía dejó á Beatriz los vestidos que acababa de quitarse en cambio de los que se llevaba, metióse en la faltriquera los pendientes y collar de diamantes, le dió un bolsillo que contenia mas ducados de los que la buena mujer habia visto en su vida, y compareció al cabo de algunos minutos tan bien disfrazada, que el mismo D. José apenas pudo reconocerla.

Partieron luego, dejando á Beatriz sobrecogida y admirada de todo cuanto le habia pasado en el espacio de algunas horas; pero viendo el bolsillo que todavía tenia en la mano, en lugar de quejarse, se alegraba de los sucesos que habia presenciado.

En el capítulo inmediato verémos como D. José y Cárlos pudieron llegar tan á tiempo.

CAPITULO VII.

Déjà dans des torrents de flammes
Déiphobe à grand bruit voit son palais crouler,
Vers les palais voisins le vent les fait rouler
Et leur lumière affreuse éclaire au loin la plage.
VIRGILE, *trad. de Delille.*

Habia por fin D. José cedido á su grave fatiga, y aunque echado sobre el duro suelo, dentro de la caverna pudo gustar las dulzuras del sueño. Algunos pretenden que el alma no puede estar un momento en la inaccion; por consiguiente tuvo algunos sueños, y como estaba enamorado, es tambien otra consecuencia probable que estos sueños le representaban la imágen de doña Mencía. Esto es cuanto podemos decir sobre el particular, porque amamos demasiado la verdad para fabricar un sueño y presentarlo á nuestros lectores como una realidad.

Sea lo que se fuere, toda vez que se durmió necesariamente debia dispertarse. La luz se habia apagado hallábase en la mas negra oscuridad, porque los rayos del sol no podia penetrar en esta caverna, y por lo mismo no sabia que hora era. No obstante divisó un débil resplandor á través de la estrecha abertura de la entrada, y no oyendo el menor ruido, se aproximó poco á poco para ver si sus guardias estaban en continua vigilancia, cuando descubrió á Cárlos con una luz en la mano. Venia á encender la que se habia apagado por falta de aceite, y el aire receloso y de mal humor con que entraba, nada añadia de agradable á la natural belleza de sus facciones.

— Yo mismo me he metido en el berengenal, y es una desgracia, porque es preciso aguardar y tomar paciencia. Examinó la cesta de las provisiones, vió aun que habia bastantes, y se retiró sin decir nada mas.

Serian las ocho de la mañana, y el dia pareció muy largo á D. José. Aproximóse varias veces á la entrada del subterráneo, pero veia que estaba cuidadosamente guardado. Llegó la tarde, y oyó que hablaban en la primera caverna con acento muy animado. Escuchó atentamente; el que hablaba era un compañero de sus guardias que acababa de llegar de Nápoles, y que les referia todo cuanto habia pasado en esta ciudad. No perdió casi nada de aquella conversacion, que no pudo menos de sorprenderle en gran manera, pero esta sorpresa se cambió en sentimiento cuando supo que los sublevados se habian apoderado de la hija del virey, y que la habian hecho conducir á casa de Masaniello.

Cuando Perrone formó el audaz proyecto de sorprender al príncipe de Monte-Leone dentro de su palacio, temiendo que si salia con la suya, una fuerza armada iria á su alcance, habia hecho esconder en las cercanías de la montaña del Vesubio treinta bandoleros bien montados y armados, con los cuales contaba poder reunirse despues de su atrevida empresa. Estaba convencido que á pesar de saber aquellos el mal resultado de su expedicion, no se alejarian antes al contrario habrian permanecido por aquellos alrededores buscando los medios de libertar á su gefe, y por lo mismo, fiel á las promesas que habia hecho á Masaniello, el primer uso que hizo de su libertad fué despachar uno de los suyos para informar á Neri, que mandaba aquella gente, del proyecto de insurreccion, y darle órden de pasar á Nápoles al momento para favorecer los designios de los sediciosos, y enviar expresos bien montados á las diferentes gavillas de bandoleros, al efecto de que marchasen con toda rapidez hácia la misma ciudad.

Neri no perdió un momento en ejecutar la órden. Al llegar á Nápoles supo que la revolucion habia estallado. Pasando por delante del Castello-Nuovo vió entrar en él el carruaje de la vireina, y encontrando algo mas distante otro guiado por un cochero con la librea del virey, creyen-

do que el duque de Arcos se hallaba dentro, concibió el proyecto de apoderarse de su persona rodeando la carroza, abrió la portezuela y quedó sorprendido al encontrar dos mujeres; pero sabiendo que una de ellas era la hija del duque de Arcos, resolvió prenderla. Hizóla bajar del carruaje, colocóla delante de su caballo, é informado por el pueblo que llenaba todas las calles del lugar donde encontraria á Masaniello, la condujo delante de este.

Hallábase á la sazon en la iglesia de san Luis, de la cual segun hemos dicho, acababa de fugarse el duque de Arcos, y celebraba consejo con sus principales partidarios acerca de las medidas que debian tomarse para aprovechar la ventaja que acababan de obtener. Decidióse que era necesario ocuparse al punto en armar al pueblo: que para conseguirlo se atacaria durante la noche el fuerte de san Telmo, donde segun noticias, existia un depósito considerable de armas y municiones; y que provisionalmente se apoderarian de la pólvora, plomo y armas que hallasen en todas las tiendas de la ciudad. El pueblo empezaba á dividirse en numerosos pelotones cuando llegó Neri con su partida y su prisionero.

Massaniello frunció las cejas.

— No es para hacer la guerra á las mujeres, dijo este, para lo que el pueblo de Nápoles ha tomado las armas; es para vengarse de los opresores. No temais nada, señora, estais entre nosotros con tanta seguridad, como si os hallaseis dentro del palacio de vuestro padre, y tal vez en este momento correis menos riesgo en este sitio que en aquel.

Doña Mencía, reponiéndose algun tanto y con una voz trémula por la emocion, le pidió que la condujesen cerca de su madrastra en Castello-Nuovo, y Masaniello se disponia á dar la órden; pero todos sus consejeros fueron de contraria opinion.

— Es mi prisionera, gritó Perrone, y no saldrá de mis manos sin rescate.

— Es la sangre de nuestros enemigos, dijo Arpaya con

furor. ¿Han tenido acaso ellos piedad de nuestras mugeres y de nuestros hijos?

—¿No hemos hecho el juramento de odio y de venganza? añadió Pione.

— *Favete linguis*, dijo el viejo Genuino moviendo su calva cabeza. Oidme un instante. La prision de esta jóven es un golpe maestro. Es un rehen que garantiza nuestra seguridad personal, y que obligará á suscribir al virey á todas las condiciones que queramos imponerle. Es menester guardarla cuidadosamente, tratarla con respeto, y no tocar tan siquiera un cabello de su cabeza.

Este dictámen, fué generalmente adoptado, hasta por Masaniello, que reconoció desde luego su utilidad. No se trató de otra cosa mas que de saber donde podria colocarse la prisionera. Perrone propuso hacerla conducir á una madriguera inaccesible, habitada por una de sus gavillas en los montes Apeninos; pero Masaniello que no queria dejar á doña Mencía en las manos de unos bandoleros sin fe y sin ley, hizo valer la necesidad de conservarla á poca distancia de la escena de la insurreccion, á fin de presentarla al momento, si la libertad de la misma llegase á ser una de las condiciones de un tratado con su padre. Genuino pidió que se la condujese en algun convento de religiosas; pero Arpaya se opuso á ello só pretexto de que las beatas favorecerian su fuga; y Pione añadió que en la incertitud de los sucesos que podian ocurrir durante la noche, seria mas á propósito hacerla salir de Nápoles. En fin, Masaniello decidió que la encerrarian en el fuerte de san Telmo, así que el pueblo se hubiese apoderado de él, lo que esperaba poder ejecutar durante la noche, y que en el ínterin enviaria la jóven á su cabaña acompañada de una buena escolta. Encargó á Domingo que lo verificase con una partida mandada por Neri, ordenando que se dispensasen á la prisionera todos los cuidados debidos á una mujer. Para librarse de espías, salieron de Nápoles tomando una direccion opuesta; y marchando al galope, llegaron á la cabaña del

pescador por caminos desviados. Ya hemos visto cuanto pasó despues de su llegada á ella.

Don José no pudo oir circunstanciadamente todos estos detalles, pero le bastó saber que doña Mencía estaba cautiva y expuesta á toda suerte de peligros, para que ardiese en deseos de poderla libertar. No dudo un momento, y saliendo de su prision, se lanzó en medio de sus guardianes teniendo una pistola en cada mano, y escapóse de la caverna antes que estos se hubiesen repuesto de la sorpresa. Cárlos era el único entre ellos que tuviese armas de fuego, y es presumible que no tenia ganas de servirse de ellas. Por lo mismo, empezó la persecucion del fugitivo haciendo sus compañeros lo mismo, tan luego como salieron del estado de estupor en que les habia dejado la audacia de su cautivo; pero Don José y Cárlos se les escaparon por las sinuosidades de las rocas, y despues de haber pasado una hora entera buscándolos inútilmente, renunciaron á su persecucion.

Mientras huia D, José, apercibióse que le perseguian, y que el que iba á su alcance estaba casi encima de él. Viéndose pues próximo á ser cogido, vuélvese con presteza, arma sus pistolas, y amenaza al que creia su enemigo.

— Soy yo, soy Cárlos, díjole el atrevido contrabandista, no temais nada. ¿Porqué diablos correis de este modo?

— Para salvar á doña Mencía ó morir.

— ¿Y como creeis poder obtenerlo?

— La arrancaré á viva fuerza de entre las manos de sus perseguidores, ó pereceré para defenderla.

— ¿Sabeis dónde la podreis encontrar?

— En casa de Masaniello.

— ¿Y dónde vive?

Esta pregunta era bien sencilla, pero don José no pudo satisfacerla. En el tumulto de sus ideas no habia reflexionado que para socorrer á la hija del virey era preciso saber el lugar en que se hallaba.

— ¿Vos no sabeis nada? Ya veis pues que necesitais un

guia, y yo quiero serviros de tal. Tened resolucion y prudencia, y la libertarémos.

— ¿Qué medios pensais emplear?

— No sé ninguno. Las circunstancias decidirán si hemos de usar la fuerza, la astucia, ó el dinero, ya que vos lo teneis.

La habitacion de Masaniello se hallaba á la otra parte de Nápoles, y para ir á ella era menester atravesar la ciudad. Apenas entraron en esta, cuando fueron detenidos por un tropel inmenso que estaba reunido frente al palacio del duque de Caivano, ocupándose en incendiarlo.

— ¡Qué lástima, quemar una casa tan hermosa! dijo un paisano que estaba al lado de Cárlos.

— ¿Quién habla de este modo? gritaron cien voces á la vez. ¡Al fuego el traidor!

El imprudente, no tuvo mas tiempo que el necesario para perderse entre la multitud; pero todos los ojos se volvieron hácia el lugar del cual habian salido las indiscretas palabras, y al resplandor de las antorchas de los incendiarios Vitale, que se hallaba á corta distancia, reconoció á Cárlos.

— ¿Tú por aqui, Cárlos? ¿Qué has hecho del prisionero?

— Se ha salvado.

— ¿Favoreciste su fuga?

— ¿Te atreverias á acusarme? ¡Por vida de san Genaro! Yo he sido el único que ha tenido valor para perseguirlo á pesar de sus pistolas. ¡Pero tenia excelentes piernas!

— ¿Qué importa que se haya escapado? Ahora no puede descubrir nuestros planes, porque son bien conocidos.

— Ya se ve. ¿Pero, porqué incendian este palacio.?

— Es que este es un fuego de alegría, y habrá tambien otros muchos. Se ha resuelto pegar fuego á las casas de todos los consejeros del virey, de todos los señores conocidos por partidarios suyos, y de todos los arrendatarios de los impuestos. Tenemos una lista que sube á mas de cincuenta.

— Adios, adios, que me voy á tomar parte en ello.

— Sí, pero acuérdate de que Masaniello ha pronunciado la sentencia de muerte contra cualquiera que robase la menor cosa. Acaban de prender en este momento á un bandolero llamado Leonardo, que habia robado una caja de joyas dentro del palacio del conde del Parco, y la caja ha sido arrojada en medio de las llamas.

— ¡ Diantre ! Es bueno saber esto. Adios.

Atravesó Cárlos la mchedumbre con bastante trabajo, seguido de D. José, pero á medida que iban adelantando encontraban en cada calle semejantes obstáculos. Nápoles se hallaba iluminada por el fuego de los incendios. La mayor parte de los palacios estaban aislados, y esta circunstancia hizo que el fuego no se comunicase á las casas vecinas: por fortuna tampoco la atmósfera estaba agitada por viento alguno, lo que probablemente hubiera reducido á cenizas toda la ciudad. Hombres armados de teas y cubiertos de andrajos recorrian las calles. Un rojizo resplandor reflejaba sobre sus rostros animados por el espíritu de odio y de venganza, é inflamados por el triunfo que habian obtenido, se les hubiera podido tomar por espíritus infernales encargados de esparcir sobre la tierra los fuegos encendidos por la cólera celeste. Otros llevaban heno, paja, haces de leña y demás materias combustibles, elevando sus gritos de triunfo hasta el cielo cuando las llamas devoradoras se habian emposesionado de uno de esos edificios que hacian la gloria y la belleza de Nápoles.

La mayor parte de los dueños de los palacios entregados al incendio, é igualmente los de otros muchos que todavía no lo habian sido, en el primer momento del tumulto se fugaron de ellos, refugiándose en diversos conventos con todas las riquezas que pudieron salvar. Los que á la llegada de los incendiarios se encontraban dentro de sus palacios no experimentaron ningun obstáculo para salir; pero no se les permitió sacar nada de ellos. Tales eran las órdenes de Masaniello, y aunque todavía los sublevados no le hubiesen revestido de la menor autoridad, nunca las órdenes de

monarca ó déspota alguno habian sido ejecutadas con tanta prontitud y puntualidad.

Al pasar por la plaza mayor fueron detenidos por otra reunion, cuyo carácter era totalmente distinto. Veíase á su cabeza un destacamento de cincuenta bandidos á caballo, mandados por Perrone, y seguidos por cerca doscientos mas, perfectamente armados, marchando á cuatro de fondo. Venia en seguida Masaniello en medio de Genuino y Arpaya, y los gritos de *¡ Viva Masaniello! ¡Viva el salvador de Nápoles!* les saludaban por toda la carrera que transitaban. Seguíales una confusa multitud de gente del pueblo, sin órden ni concierto, cuyo número era de unos veinte y cuatro á treinta mil hombres, armados la mayor parte con gruesos palos, llevando alguno que otro de ellos un fusil, una pistola, sable, ó puñal, que habian adquirido por la mañana en el saqueo que se habia verificado en las casas de los armeros. El cuerpo que cerraba este cortejo era lo que podia parecer mas singular: este era un regimiento de amazonas compuesto de mil doscientas á mil quinientas mujeres, que marchaban en buen órden llevando cada una del brazo una cesta llena de piedras: precedíalas una de las mas hermosas mujeres de Nápoles, que era frutera, la que llevaba un estandarte de seda negro en el cual se leian en grandes letras rojas: *¡ Viva el rey! ¡Muera la Regencia ¡Libertad al pueblo!!..*

Esta muchedumbre venia de posesionarse del fuerte de san Telmo, defendido por unos veinte soldados inválidos, que no viendo ningun medio de resistencia, á la primera intimacion que se les hizo habian abierto las puertas; pasando en seguida á ocuparle Pione con sus alarbes, tanto para guardarlo, como para distribuir al pueblo las armas y municiones que se habian encontrado allí. Pero la mayor parte del pueblo, orgulloso con este triunfo y creyéndose con una fuerza irresistible, pidió marchar al punto contra Castello-Nuovo, donde sabian que se habia retirado el duque de Arcos, y allá se dirigian á la sazon entusiasmados.

D. José y Cárlos pudieron por último salir de la ciudad, llegando sin el menor obstáculo á la cabaña de Masaniello, de la que ya hemos visto como pudieron sacar á doña Mencía.

CAPITULO VIII.

Aucun gémissement à son cœur echappé
Ne le montre en mourant digne d' être frappé.
LA MORT DE POMPEE.

Le premier qui fut roi fut un soldat heureux.
VOLTAIRE.

— ¿Á dónde nos dirigimos? preguntó Cárlos al salir de la cabaña de Beatríz.

— Á Castello-Nuovo, respondió doña Mencía sin titubear, solo al lado de su padre es donde una hija debe buscar un refugio.

— ¡Ola, ola! ¿Y sabeis vos si no se halla á estas horas dentro de ese fuerte Masaniello?

— ¡No lo permita Dios!

— En este caso yo os aseguro que el castillo estará bloqueado de tal suerte, que no podreis entrar en él. ¿Deseais por ventura volver á caer en las mismas manos de que os acabamos de salvar?

— ¡Antes morir!

— Querida Mencía, dijo D. José, consentid en seguirme á Fondi. Mi tia es abadesa del convento de la Anunciacion. Vos os quedareis á su lado hasta que terminen las turbulencias que acaban de estallar; y si las circunstancias lo exigen, desde allí nos será fácil pasar á los estados Romanos.

— No, no, D. José; yo no puedo ni debo abandonar á mi padre en el momento del peligro; antes al contrario, debo

procurar unirme con él, para calmar las inquietudes que estoy segura le están devorando en estos momentos. No quiero alejarme de Nápoles. Por otra parte, añadió bajando la vista, ya sabeis las órdenes rigurosas de mi padre: yo no puedo permanecer en vuestra compañía mas que el tiempo que la necesidad me lo prescriba.

— Nada en este mundo, repuso D. José con viveza, me obligará á dejaros, antes que pueda veros en seguro lugar.

— Vamos, vamos, dijo Cárlos, esta no es ocasion oportuna para malograr el tiempo en majaderías, y sí la de tomar un partido. Si la señorita quiere, la acompañaré á casa de mi hermana, que vive cerca la montaña del Vesuvio hácia la parte del mediodía. No estará lejos de Nápoles, y sabrá al pie de la letra cuanto ocurra, quedando en libertad de tomar la resolucion que la acomode, cuando las circunstancias se lo permitan.

Doña Mencía aceptó este ofrecimiento, con la condicion de que D. José se retiraria así que ella hubiese llegado á casa la hermana de Cárlos, y de que por todos los medios posibles procuraria instruir á su padre del lugar de su residencia.

— Solo una cosa me da escozor, dijo Cárlos; y es que para ir á donde os he dicho es preciso que pasemos por Nápoles. Ahora me arrepiento de no haber hecho saltar el cráneo á ese bribonazo de Domingo.

— ¿Y por qué te ha de saber mal no haber dado la muerte á un hombre? preguntó D. José.

— Porque mi vida no es menos preciosa que la suya. Cuando habrá enterado á Masaniello de la pieza que le hemos jugado, sabed que mi pellejo corre un gran peligro si llegan á descubrirme en Nápoles, y este maldito jabeque.... Pero no importa, yo he corrido otros mayores. Si podemos salir de Nápoles antes de amanecer, yo respondo de todo.

Marcharon pues con paso largo, apoyándose D.ª Mencía en el brazo de D. José. Empezaba á despuntar la aurora

cuando entraron en la ciudad. Buscaron las calles mas retiradas, pero se hallaban tan llenas de gente, que pudiera decirse que nadie se habia acostado en Nápoles aquella noche. Era menester no obstante que atravesasen una de las calles mas frecuentadas. Á medida que se aproximaban á ella, se aumentaba el gentío, y cuando menos lo pensaron halláronse cerrados de tal suerte entre dos masas del pueblo, viniendo de los dos lados de la calle, que se vieron obligados á seguir el torrente que les arrastraba á la iglesia de nuestra señora del Cármen.

Esta iglesia era la mas grande de Nápoles, pero no lo era bastante para contener la muchedumbre que se precipitaba á ella, y así es que mas de treinta mil personas se quedaron á la puerta y en las calles inmediatas. Nápoles no era tan solo habitado por sus vecinos, si que tambien por los labradores de las cercanías, que acudian á la misma, los unos por curiosidad, y los otros para secundar los designios de los sublevados.

La casualidad, de la cual Cárlos se hubiera muy bien pasado en aquel entonces, hizo que se encontrase al lado de un marinero conocido suyo.

— Y bien, Cárlos, díjole este, he aquí que tenemos buenas noticias.

—Sin duda, sin duda, respondió Cárlos, que sin saber lo que aquel queria decir, no queria dar á conocer que lo ignoraba; no es sin motivo que se halla reunida aquí tanta gente.

—Á la verdad que no, porque la paz es una cosa muy buena.

—¡La paz, gritó involuntariamente D.ª Mencía!

—Sí, hijo mio, la paz. Cuando el viejo bribon del virey se ha visto batido dentro de Castello Nuovo ha conocido bien que el pueblo seria mas fuerte que él, y ha cedido de buen ó mal grado. No tendremos ya mas tasas, ni mas impuestos. Nos va á enviar aquí la Carta de Cárlos V. cuya observancia jurará. Ahora se aguarda á Masaniello. ¿Sabes tú

Cárlos si esta Carta permite hacer el contrabando?

— Qué importa: si ella lo prohibe, nosotros nos tomaremos el permiso.

—Muy bien, Cárlos, muy bien dicho. Todavía trabajaremos juntos.

Los gritos de ¡viva Masaniello! interrumpieron esta conversacion, y anunciaron la llegada del principal motor de la revuelta. La multitud que estaba apretada, se estrecha todavía mas para hacerle plaza, y le vió entrar con su acostumbrado acompañamiento de Genuino, Perrone y Arpaya. Adelantóse hasta las gradas del altar mayor, y apenas habia llegado, cuando una voz, que Cárlos reconoció perfectamente, gritó desde la puerta: ¡Plaza! ¡plaza! es menester que yo hable al instante con Masaniello.

Una nueva agitacion, semejante á las oleadas del mar, se notó en la multitud, y don José conoció que Domingo era el que se adelantaba. Volvióse al instante para advertirlo á Cárlos, pero este habia desaparecido. Aprovechando del flujo y reflujo que conmovia el gentío encerrado en la iglesia, se habia alejado de sus dos compañeros; y encontrándose sin duda muy mal para su gusto, buscó otro lugar donde pudiese respirar mas libremente. Don José y D.ª Mencía hubieran querido seguir su ejemplo, pero se hallaban en el centro de la iglesia, y les hubiera sido imposible atravesar por la multitud sin exponerse á aparecer sospechosos queriendo dejarla, cuando todos se apresuraban á acudir allí. Tomaron pues el partido de aguardar con paciencia el fin de la escena que se preparaba.

Mientras tanto habia llegado Domingo al lado de Masaniello. No podia oirse lo que decia, pero era fácil conjeturar que le daba cuenta del modo como Cárlos habia libertado á D.ª Mencía. Genuino, Arpaya y Perrone tomaron parte en esta conferencia, y despues de una corta deliberacion, durante la cual Masaniello pareció algun tanto acalorado, Domingo salió de la iglesia seguido de Vitale. Súpose en seguida que habian recibido órden de buscar á Cár-

los y de prenderlo sin cumplimientos si llegaban á descubrirlo, cuando oyéronse nuevos gritos á la puerta de la iglesia. —¡El duque de Matalone! ¡El enviado del virey! ¡Plaza! ¡plaza!

Antes de adelantar mas lejos en nuestra historia, bueno será dar cuenta de los motivos que determinaron al duque de Arcos á humillarse hasta el punto de entrar en negociaciones con los rebeldes, y de enviarles un plenipotenciario. Nada agradable era la situacion del virey en Castello Nuovo. Es verdad que la plaza era fuerte, no faltaban en ella municiones ni artillería, y que tenia una guarnicion de cuatrocientos hombres con la cual podia contar. No temia pues que los rebeldes se apoderasen á viva fuerza del castillo; pero tenia otro motivo para recelar, porque este se hallaba mal aprovisionado, y apenas cuando se refugió á él encontró víveres para tres dias. Habia enviado dos mensajeros, el uno á torre del Greco para hacer marchar un cuerpo aleman de quinientos hombres que estaban de guarnicion; y el otro á Capua para que al mismo tiempo viniese un regimiento español. Pero estos mensajeros podian ser detenidos por los sublevados, y suponiendo que ningun obstáculo les impidiese de llenar su mision, era posible que el socorro llegase demasiado tarde, ó que á lo menos antes de tiempo el hambre les obligase á rendirse á discrecion. En este caso, ¿qué debia esperarse por parte de los facciosos, de los cuales habia recibido ya tan atroces insultos?

Todavía otro motivo le hacia desear un arreglo con los sublevados. Sabia que su hija se hallaba en poder de los mismos, y temblaba pensando en los ultrajes á que pudiera verse expuesta. Cuando vió pues llegar la multitud delante de Castello Nuovo, hizo salir un corneta encargado de pedir á los habitantes de Nápoles que enviasen una persona de confianza á fin de tratar con ella las condiciones para el restablecimiento de la paz. Millares de voces resonaron á un mismo tiempo para pronunciar el nombre de Masaniello, y Masaniello osó aceptar tan arriesgada mision.

Siguió al corneta y este pescador lleno de andrajos, y que no habia recibido la menor educacion, pero que poseia de la naturaleza un excelente temple de alma, y un genio extraordinariamente vigoroso, compareció delante del virey rodeado de sus cortesanos, sin temblar, sin bajar los ojos, y sin intimidarse por el aparato del poder y del esplendor. Descubrióse no obstante la cabeza, y habiéndole preguntado el duque de Arcos cuales eran las pretensiones del pueblo, respondióle, que este no pedia otra cosa mas que el restablecimiento de los privilegios concedidos por Cárlos V, y que si el virey queria presentar la carta al pueblo y jurar su ejecucion, la paz se restableceria al instante. El duque acceptó desde luego estas condiciones, prometió hacer buscar la carta, que la enviaria al dia siguiente por la madrugada á la iglesia de nuestra señora del Cármen, para verificar su lectura al pueblo, y que él pasaria al mismo local á prestar en manos del arzobispo el juramento de hacerla ejecutar. Dijo en seguida que se hallaba falto de víveres: Masaniello prometió enviárselos, y durante la noche cumplió su palabra. En fin, el duque de Arcos habló de su hija, y Masaniello le afirmó que se hallaba en seguro lugar, tratada con el respeto que le era debido, y que le seria devuelta tan pronto como se habrian ejecutado las condiciones del tratado.

La desaparicion de D.ª Mencía colocaba á Masaniello en la imposibilidad de llenar su promesa, y temia que el virey le acusara de haber querido engañarle, por cuya razon se habia transportado de furor contra Cárlos.

Así terminó esta conferencia; y al salir Masaniello de Castello Nuovo, dió una prueba de su buena fe, prohibiendo el incendio de trece palacios que se habian libertado de las llamas durante el curso de la noche.

Nada difícil fué encontrar la Carta: no se trataba mas que de elegir una persona para llevarla á la iglesia del Cármen. Ningun cortesano del virey ambicionaba este favor, y él mismo recelaba conferir tal mision á uno de ellos porque

sabia muy bien que no existia ninguno que dejase de ser odioso al pueblo. Pensó pues en el duque de Matalone, que, como hemos dicho, habia cerca de un mes que se hallaba detenido en un calabozo de Castello-Nuovo. Hízolo venir á su presencia, y le dijo, que habia sido engañado por falsas acusaciones, que reconocia su inocencia, que le rogaba escribiese á su hermano don José que podia regresar sin temor alguno á Nápoles, añadiéndole, que para darle una prueba de su confianza y estimacion, lo habia elegido para encargarle una mision importante. Entró en seguida en la explicacion de los detalles para instruirle de lo que se trataba, porque el duque de Matalone desde el fondo de su calabozo nada sabia de cuanto pasaba en Nápoles. Aceptó este sin titubear el honroso encargo de pacificador de su país, y se dirigió á la iglesia de nuestra señora del Cármen con tanta mas confianza, en cuanto sabia que era querido del pueblo. Pero el virey, en lugar de entregarle la Carta original de Cárlos V, no le dió mas que una copia, sea porque temiese deshacerse de la escritura auténtica, sea porque quisiese, como pretenden algunos historiadores, suprimir algunas cláusulas demasiado favorables para el pueblo. Séase lo que se fuere de todo esto, lo cierto es que adelantándose el duque de Matalone hácia Masaniello, le entregó el pliego cerrado y sellado del que era portador, y no sabiendo él de leer, lo dió á Genuino para que hiciese su lectura en voz alta.

Abrió Genuino la carpeta, desplegó el papel, y echando una ojeada al final de la última página, reconociendo que aquello no era mas que una informe copia de la Carta, hizo un gesto de sorpresa gritando: —*¡ Nusquam tuta fides!* ¡De quien podremos fiarnos en adelante, si el mismo duque de Matalone se presenta al pueblo para engañarle!

Un sordo murmullo de descontento, que parecia el precursor de una furiosa tormenta, se hizo oir en medio de la reunion, y todos se apretaron al rededor de los gefes.

—Mal me conoceis, señor cura, respondió el duque con

energía. Nadie tiene derecho para dirigirme semejante inculpacion.

—¿Cuál es el acta que acabais de traernos?

—La Carta de los privilegios concedidos por Cárlos V. al pueblo de Nápoles:

—*Ex ore tuo te judice*. Vos mismo os condenais. Se engaña al pueblo: esta acta no es absolutamente la Carta, es una copia de ella; ¿y quién nos asegura que lo sea fiel?

—¡Es un traidor! ¡es un enemigo del pueblo! ¡que muera! gritaron á la vez mil y mil voces.

Unos veinte miserables se precipitaron sobre el duque y lo derribaron. Masaniello, que hasta entonces no habia anunciado un carácter sanguinario, corrió hácia él para salvarle, pero ya no era tiempo: el golpe fatal se habia dado, y el desgraciado duque de Matalone espiró bañado en su sangre.

Don José habia visto brillar la hoja del puñal que acababa de cortar los dias de su hermano. Hubiera sacrificado cien veces su vida para socorrerle; pero era imposible moverse del sitio en que se hallaba, y tan solo pudo gritar:

—¡Deteneos! ¡es inocente! ¡yo respondo de su inocencia!

Todas las miradas se dirigieron al instante hácia él.

—¡Será tambien un traidor! gritaron ¡que sufra la misma suerte!

—¡No! exclamó Masaniello, ¡no! Lo pongo bajo salvaguardia del pueblo. Precipítase en seguida hácia él, acompañado de Arpaya y Genuino, y el pueblo se aprieta para dejarle el paso libre. Reconoce Arpaya en don José al desconocido que habia interrogado en la caverna, é informa de ello á Masaniello.

—¿Quién sois vos, preguntóle el rebelde?

—Don José de Caraffa, hermano del desgraciado que acaba de perecer, y que recibirá la muerte como un beneficio.

La atencion de Masaniello fue distraida por Genuino. El viejo clérigo se admiró de ver al lado de don José un desconocido jóven pescador, circunstancia muy rara entre las

gentes de su estado, y que se hallaba en pie sostenido por la multitud que se apretaba á su alrededor. Descubrió que era una mujer, y acordándose que habia visto á D.ª Mencía, la reconoció al punto.

—Masaniello, dijo, he aquí D.ª Mencía, la hija del virey. *Nihil certius*. No dudeis de ello, que mis ojos no me engañan.

Las circunstancias no permitieron ocuparse en tal momento de este doble negocio. Masaniello encargó á Arpaya la custodia de don José, ordenando á Genuino que hiciese transportar á doña Mencía en algun convento de religiosas, á las cuales diria que quedaban responsables de su persona.

La prontitud con que se ejecutaron estas dos órdenes fue una dicha para don José, porque le evitó el dolor de ver la cabeza de su infeliz hermano separada de su cuerpo por la cuchilla de un cortante, clavada al extremo de una pica con esta inscripcion: «*El duque de Matalone, traidor al fiel pueblo de Nápoles*» y paseada en seguida por todas las calles de la capital.

En medio de este terrible espectáculo fue cuando por grito general proclamaron á Masaniello gefe del pueblo napolitano, confiriéndole todos los poderes civiles y militares. Nombró por sus lugartenientes á Genuino, Arpaya, Perrone y Pione, y fueron á incendiar desde luego los trece palacios que se habian salvado durante la noche, así como el de la familia de Caraffa, no pensando mas que en dar un nuevo ataque contra Castello-Nuovo.

CAPITULO IX.

Quel spectacle à nos yeux timides!
Qui l' eut cru qu' on dût voir jamais
Les glaives meurtriers, les lances homicides,
Briller dans la maison de paix?

ATHALIE.

Nos es del todo imposible seguir á un mismo tiempo á D.ª Mencía y á D. José, y como es indispensable elegir entre los dos, las reglas de galantería nos obligan á ocuparnos de la hija del virey. Aunque la hayamos dejado desmayada, rogamos á nuestros lectores que no la miren como una de esas mujeres vaporosas que va á perder el conocimiento en cuantos capítulos de esta historia se debe tratar de ella. D.ª Mencía tenia tanta fuerza de ánimo y valor, cuanto puede esperarse de una jóven de diez y ocho años, que nunca habia salido de su casa, y cuyo padre era uno de los primeros grandes de la corte de España. Pero todos convendrán en que el espectáculo que acababa de pasar ante sus ojos podia producir algun efecto en sus nervios, sin que nadie pueda acusarla de tenerlos demasiado susceptibles.

Sacáronla fuera de la iglesia, y al momento el aire libre le volvió el uso de sus sentidos. Al abrir los ojos fue sobrecogida de terror viéndose rodeada por una inmensa turba del populacho, cubierta de harapos, en cuyas facciones buscaba en vano un sentimiento de compasion y de humanidad, y que parecian respirar odio, furor y venganza. Reparando que estaba á su lado Genuino, su edad y el hábito eclesiástico que llevaba le dieron cierta confianza.

— ¡ Protegedme, padre mio! ¡ Salvadme! gritó plegando las manos.

— *Noli timere*, hija mia, dijo Genuino; estais con toda seguridad. Bajo mi proteccion nada teneis que temer, y voy á conduciros á un asilo que vos misma elegireis.

— Será tal vez á Castello-Nuovo.

— Es un retiro mas tranquilo y mas seguro. Elegid entre los muchos conventos que se hallan en esta ciudad. ¿Quereis ir á las ursulinas, á las damas de Santa María, á las carmelitas, á las...?

— Si no puedo ir con mi padre, poco me importa el lugar donde me conducireis.

— *Macte animo*, hija mia, tened valor. Ya que me dejais el derecho de elegir vuestro provisional retiro, voy á conduciros al convento de las damas de santa Clara. Conozco á la abadesa, y os hallareis bien allí.

D.ª Mencía no manifestó su consentimiento, porque esto hubiera sido ocultar la verdad: pero tampoco rehusó seguirlo, puesto que conocia que toda resistencia hubiera sido inútil, y no haria mas que exasperar á los furibundos que la rodeaban. Marcharon pues hácia el convento de las damas de santa Clara, seguidos siempre de un numeroso concurso. Genuino entró con la jóven en el locutorio de la abadesa, y pidió hablar con esta.

— Madre mia, le dijo así que ella llegó, *ausculta paucis*. Reconoced bajo este traje de pescador á la hija del duque de Arcos, la cual por órden de Masaniello, gefe del pueblo de Nápoles, confio á vuestras manos. Hacedla tomar los vestidos de su sexo: que sea tratada aquí con todo el respeto y miramientos que se le deben; pero acordaos que tanto vos como toda la comunidad sois responsables de su persona; que debereis presentarla cuando seais requerida para ello, y sobre todo que únicamente me la entregareis á mí. ¿Me entendeis? A mí tan solo.

La abadesa atestiguó su obediencia con una inclinacion de cabeza; Genuino se retiró, y D.ª Mencía prorumpió en un mar de lágrimas.

— Consolaos, hija mia, le dijo la abadesa, consolaos. Te-

ned confianza en Dios, é implorad la proteccion de santa Clara. Ayer empezamos un novenario en honor suyo, suplicándola intercediese por nosotros delante el trono de la celestial misericordia, y vos podeis tomar parte en nuestras devociones.

Diciendo esto hizola entrar en el interior del convento, y reparando que muchas religiosas parecian escandalizarse de ver penetrar á un jóven en un recinto probibido á su sexo, se apresuró á informarles que era D.ª Mencía; y dió la órden á la madre instructora de novicias de hacerla vestir con el traje de estas, toda vez que no tenia otros vestidos para darle.

— Virgen pura, respondió la religiosa, si yo acompaño á la señora á la enfermería, tal vez....

— Teneis razon, dijo la abadesa, ya no pensaba en ello. Hija mia, dad gracias al cielo porque vais á hallaros con personas conocidas vuestras.

— ¡Será posible! exclamó D.ª Mencía.

— Sí, hija mia: durante la última noche, varias señoras han venido á buscar un asilo en esta santa casa; entre ellas hay la princesa de Monte-Miletto, la duquesa de Santa Cruz, y varias otras.

— ¡Oh! ¡Qué felicidad para mí! dijo D.ª Mencía.

Condujéronla á la enfermería, edificio que formaba una de las alas del claustro, y que la digna abadesa habia destinado enteramente á las desgraciadas señoras que el temor ó el incendio habian hecho salir de sus casas durante la noche anterior, para refugiarse en el convento con todo lo que habian podido salvar de sus riquezas. D.ª Mencía reconoció las dos señoras que acababan de nombrarle, y muchas otras de la principal nobleza. Entre ellas se encontraba D.ª Isabel Dolce, esposa del receptor general de los impuestos de Nápoles. La casa de su marido habia sido de las primeras incendiadas, pero como el jardin de la misma era limítrofe con el del convento, habian tenido tiempo para hacer pasar por encima de la pared que los separaba,

no solamente toda la plata que tenian en casa, si que tambien los demas efectos preciosos, inclusa una partida de ropa blanca y varios vestidos. D.ª Isabel, tuvo una gran satisfaccion en poder ofrecer á D.ª Mencía todo lo que esta necesitase de cuanto habia salvado de su guardaropas, y el cuidado de asistir al tocador de la hija del virey, proporcionó á todas aquellas señoras una ocupacion que las entretuvo hasta la hora de comer. Al levantarse de la mesa, toda la comunidad se trasladó á la iglesia para cantar las vísperas, y despues de las completas la abadesa hizo invitar á todas las fugitivas, paraque se reuniesen á sus religiosas á fin de rezar el novenario de santa Clara. Bajaron pues las señoras, y ya la voz de la sincera piedad se elevaba hácia el cielo para obtener el término de los males que afligian á la capital, cuando la hermana portera, acudiendo al coro, pálida, desfigurada, y con los ojos desencajados, interrumpió el sosegado y solemne canto de las religiosas.

— ¡Santa Clara nos proteja! gritó con acento penetrante. ¡Qué será de nosotras! ¡La abominacion y el crimen están dentro del santo lugar!

— ¿Qué decís? dijo la abadesa.

— ¡Todavía nuevas desgracias! exclamó dolorosamente D.ª Mencía.

— ¿Qué es lo que ha sucedido? preguntaron á un mismo tiempo las religiosas y las señoras refugiadas.

— La puerta del convento ha sido derribada, dijo la hermana portera respirando con dificultad. Todo el populacho ha entrado en el monasterio, yo no he tenido mas tiempo que el preciso para salvarme. He oido proferir unos juramentos y blasfemias tan horribles, que hacen erizar los cabellos sobre la frente. ¿Ois?... ¿Ois?...

Todas escucharon con atencion, y el mas profundo silencio reinaba en la iglesia, mientras que se oia un estrepitoso tumulto en el resto del convento. Percibíase un contínuo ir y venir, correr y gritar, y las paredes acostumbradas á resonar con las fervientes oraciones y las humildes

—

acciones de gracias, no repetian mas que blasfemias y horribles imprecaciones.

Al silencio sucedió la consternacion general, el terror y la desesperacion.

— ¿Qué va á ser de nosotras? ¿Qué partido tomar? ¿Qué harémos? se preguntaban en voz baja las religiosas. La una lloraba, la otra se golpeaba el pecho, otra levantaba los ojos y las manos al cielo. Algunas invocaban el socorro de Dios, otras imploraban á la Vírgen Santísima, mientras que la mayor parte habia acudido á su patrona santa Clara. Solamente una novicia que estaba en la víspera de proferir los votos que su corazon desechaba, no sabia si debia entregarse á la alegría ó á la tristeza.

— Hermanas, dijo la abadesa con aire de dignidad, la voz de Dios nos ha hecho renunciar al mundo, y nosotras debemos estar prontas á renunciar del mismo modo la vida, si esta es su soberana voluntad. Empleemos para defendernos las únicas armas que podemos usar, á saber: las plegarias, y las lágrimas. Roguemos, hermanas mias, quedémonos en el lugar santo, supliquemos al cielo que nos libre del furor de los malvados, y que perdone á los impíos que profanan la casa del Señor.

Todas cayeron arrodilladas al pie del altar. El entusiasmo religioso que inflamaba el corazon de la digna abadesa, se comunicó á sus hermanas, y á las señoras que se habian refugiado en aquel sagrado asilo. Permanecieron ocupadas en el santo ejercicio de la oracion durante dos horas, sin que nadie viniese á interrumpirlas.

Ya hemos visto que los incendios que tuvieron lugar la noche del 7 de julio, no fueron acompañados del robo, y que los palacios, habian sido entregados á las llamas con todas las riquezas que contenian. Masaniello, simple pescador, sin experiencia en los negocios del mundo, creyó que para asegurar la libertad del pueblo de Nápoles no se necesitaba mas que valor y brazos. Pero pronto reconoció que para llegar á este punto era indispensable el dinero. Perro-

ne exigia que su tropa fuese pagada; y los bandoleros declararon que sino recibian su sueldo, ellos se cobrarian robando las casas mas ricas de Napoles. La gran masa de los sublevados se componia de gente que no tenia otro recurso para subsistir y sostener á sus familias que el trabajo de sus manos. Hacia dos dias que estaban ocupados en la insurreccion: sus mujeres y sus hijos empezaban á sentir la falta de lo mas necesario: era menester pues remediar esta necesidad; y el solo medio de conseguirlo era asegurándoles una paga regular. Para esto faltaba establecer una caja pública, y buscar los medios de llenarla. Sabíase generalmente que los nobles cuyos palacios habian sido entregados á las llamas se habian llevado á los conventos todo cuanto pudieron salvar de sus riquezas, y que este ejemplo lo habian seguido los mas ricos ciudadanos, que temian correr la misma suerte. Masaniello determinó la confiscacion de todo el dinero y alhajas de oro y plata que habian sido depositadas en las casas religiosas. Al mismo tiempo procuró cubrir con una sombra de justicia el fallo riguroso contra los que habian querido aprovecharse de un modo semejante del derecho de asilo que disfrutaban los edificios consagrados á la religion. Los unos, dijo son culpables de traicion contra el pueblo, y no deben gozar de la proteccion que habian creido encontrar; y los otros, que dudaron de la justicia del mismo pueblo, merecen ser castigados. En seguida mandó que se procediese á un escrupuloso registro en todos los conventos de ambos sexos de la ciudad, con órden de apoderarse de todo el dinero, joyas, y demás efectos de oro y plata que encontrasen, llevándolo todo sin distraer nada, bajo pena de muerte, á la sacristia de la iglesia de nuestra Señora del Cármen, que hasta cierto punto se habia transformado en su cuartel general. Pero al mismo tiempo prohibió que se cometiese el menor insulto ó violencia con los frailes, religiosas y personas que se refugiaron en el interior de los conventos.

Dividióse el pueblo en diferentes fracciones, y cada una

tomó un cuartel para teatro donde operar. Domingo estaba á la cabeza de la que se habia encargado de la parte de la ciudad en que se hallaba situado el convento de santa Clara. Desgraciadamente los furiosos sublevados empezaron sus depredaciones por el convento de Benedictinos, en el que, segun noticias, debian hallar un considerable botin. Las paredes de este monasterio eran muy altas, su puerta de sólida construccion y reforzada con planchas de hierro. Contando con estas circunstancias, y creyendo los religiosos que no se atreveria nadie á usar la fuerza para penetrar en el convento, cometieron la imprudencia de negar la entrada á Domingo y á los suyos. Los sediciosos, despues de haber empleado mas de media hora para poder forzar la puerta, echáronse dentro del convento transportados de un ciego furor, que se cambió en rabia cuando vieron que no encontraban un solo escudo en toda la casa, y que el prior rehusaba firmemente indicar el lugar en que estaban escondidos los tesoros que sabian haberse depositado en el convento. Pegaron fuego á una ala del claustro, y amenazaron echar el prelado á las llamas con todos sus religiosos, sin que por esto pudiesen ablandar su constancia. Pero un fraile lego, que probablemente conservaba todavía algun resto de mundano amor á la vida, los condujo á una cueva, cuya puerta rompieron, y encontraron lo que buscaban. Lleváronse al prior, dejando en libertad á los demás religiosos; pero no se retiraron hasta que hubieron completamente incendiado el edificio. Al regresar de esta expedicion, fue cuando se presentaron encendidos todavía de furor delante de la puerta del convento de santa Clara. Ni siquiera se tomaron la pena de llamar á ella, y trabajaron desde luego para quebrantarla, lo que lograron casi sin resistencia alguna. Esparciéronse en seguida por toda la casa como furiosos, y habiendo hallado dentro de la enfermeria sumas considerables, cuya mayor parte habian sido traidas por doña Isabel, no cuidaron mas que de apoderarse de ellas, y ni siquiera pensaron entrar en la iglesia. Semejantes á las hordas bár-

baras que en otro tiempo devastaban el imperio romano, dejaron impresas en el convento las huellas terribles de su tránsito. Hacia dos horas que la abadesa y sus compañeras estaban postradas al pie del altar cuando espesos torbellinos de humo se esparcieron por el interior de la iglesia, situada en uno de los ángulos del claustro, cuya puerta principal daba á la calle. Este humo salia de la sacristía, que á la sazon estaba ardiendo. Algunas religiosas intentaron salir por una puerta que conducia á la enfermería; pero las llamas que devoraban todo el convento y amenazaban consumir tambien la iglesia, les hicieron retroceder. Entonces llegó al mas alto grado el terror y la consternacion. Solo la madre abadesa conservó la calma de la resignacion, y aquella especie de sangre fria que nace de la prudencia. Dió sus órdenes, y casi al mismo tiempo la muchedumbre que se habia reunido frente al convento, y que con feroz alegría contemplaba la destruccion de aquel monumento, vió abrirse las puertas de la iglesia, quedando sobrecogida de un involuntario respeto, á la vista del espectáculo que se ofreciera á sus ojos. La abadesa llevando una pesada cruz, que habia tomado del altar, marchaba á la cabeza de la congregacion. Tras de ella seguian dos religiosas llevando sobre sus espaldas la urna de las reliquias de santa Clara, las demás seguian en dos hileras, en cuyo centro habian colocado las desgraciadas señoritas á las cuales concedieron un asilo, como si en aquella sazon quisieran hacerles con sus cuerpos una muralla mas sólida que las paredes del convento que habian buscado por refugio.

Esta impononte comitiva se adelantaba con lento paso, sin denotar temor ni debilidad, entonando el solemne cántico de accion de gracias, que dirigieron al cielo los tres niños que se salvaron milagrosamente del horno encendido. Dirigiase la procesion hácia el convento de las monjas de la misericordia, en el que creia la Abadesa poderse refugiar, y probablemente lo hubiera conseguido, á no interponerse uno de esos acontecimientos imprevistos, consecuencia de los desórdenes de aquel dia.

Tenian que pasar las infelices fugitivas por delante de la cárcel principal de Nápoles; esto es, en la que se hallaba mayor número de presos. En ella encerraba á los contrabandistas, á los rateros, á los vagabundos, en una palabra, á todos los condenados á sufrir una detencion temporal; ó bien á los que estaban acusados de delitos por los cuales no debian sufrir la pena capital. El pueblo acababa de hacer trizas las puertas de los calabozos; las familias de los encarcelados acudian de todas partes para ver á sus parientes, aumentando de tal modo la multitud agolpada al rededor de la cárcel, que la procesion se vió obligada á estacionarse delante del edificio.

De repente, cerca unos doscientos presos se precipitan fuera de sus encierros, forman un torrente al cual nadie puede resistirse, y repartiendo puñadas y codazos, se abren paso á través de los mas cerrados pelotones, no pensando en otra cosa mas que en alejarse, como si temieran que las puertas de sus calabozos volviesen á abrirse para recibirlos. Este fue un momento de confusion general: interrumpióse la procesion; la caja de las reliquias de santa Clara fue derribada; estas, las novicias, y las señoras que estas protegian, fueron separadas las unas de las otras y arrastradas en diferentes direcciones por las irresistibles oleadas de la multitud. D.ª Mencía fue llevada lejos de sus compañeras por un tropel de gente que se dirigia hácia la iglesia del Cármen, sin que le quedase la menor esperanza de volverse á juntar con ellas. En aquel entonces la idea de su padre se presentó á su imaginacion, y ganando una de las calles laterales, así que pudo escaparse de aquel gentío, tomó el camino que conducia á Castello-Nuovo.

CAPITULO X.

Arrête! arrête! atrape!
Ah! c' est mon prisonnier sans doute qui s' échappe.
LES PLAIDEURS.

La torre de san Lorenzo podia mirarse como uno de los puestos mas importantes de la ciudad de Nápoles, porque dominaba el mercado, y una gran parte de la poblacion. Sus paredes eran de un formidable espesor, y llenas de numerosas troneras y barbacanas: las estrechas ventanas por las cuales entraba la luz estaban defendidas con enormes barras de hierro. Terminaba en una plataforma, sobre la cual habia varias piezas de artillería; en su centro se elevaba una especie de atalaya con una gruesa campana, que podia servir para dar la señal de alarma. Se llegaba á ella por un pasadizo abovedado que se cerraba exteriormente con una fuerte reja de hierro, é interiormente con una puerta maciza del mismo metal.

Esta torre servia de cárcel para los criminales condenados á muerte, y para los que estaban acusados de crímenes que merecian la pena capital. En aquella ocasion, por una inexcusable negligencia no habia otra guarnicion que doce esbirros á las órdenes del alcaide que llenaba las funciónes de llavero.

Desde el primer dia de la sublevacion, se habian apoderado de este punto los amotinados sin experimentar la menor dificultad, porque el alcaide les habia abierto la puerta á la primera intimacion. Por lo mismo Masaniello le habia confirmado en su honroso empleo, mas no queriendo dar la libertad á los malechores cubiertos de crímenes, le habia mandado vigilase mas que nunca sus prisioneros, enviando al mismo tiempo á la torre una guarnicion compuesta

de cincuenta hombres, nombrando comandante de ella á un contrabandista llamado Petronio.

En la madrugada del dia que se incendiaron trece conventos de Nápoles, y se saquearon los restantes, almorzaban tranquilamente Petronio y el alcaide sentados juntos á una mesa sobre la cual habia algunas botellas de vino, pan y queso, cuando oyeron llamar á la puerta. Vió el Alcaide por entre la reja un rostro que no le era desconocido: abrió, y deseoso de satisfacer su curiosidad, invitó al recien-venido á que se sentase á la mesa, para saber lo que habia de nuevo.

Este era un bandolero llamado Luís, que hacia algunos años habia sido condenado á muerte, pero que habia obtenido el perdon con la condicion de que ejerceria las funciones de *ginete de gaznates,* lo que hacia que estuviese en frecuentes relaciones con el alcaide de la torre de san Lorenzo, en la que tenia su domicilio.

—¡Viva Masaniello! gritó al entrar.

—Y bien, ¡viva Masaniello! dijo el alcaide con mucha cachaza. ¿Pero que es lo que hay de nuevo?

—¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo os lo diré? Lo que yo contaré como nuevo es ya viejo, porque no se pasa una hora sin que haya alguna novedad. Pero lo mas importante es que nosotros dentro de poco vamos á nadar en oro y plata. Se han confiscado los bienes de los nobles, van á depositarlo todo en el tesoro público, y esta noche la gente armada recibirá una paga.

—¿Y dónde encontrarán armas? preguntó Petronio.

—¿No sabes que han encontrado para diez mil hombres, dentro del fuerte de san Telmo? Pero esto no es nada; se desarmarán todos los barcos que se hallan dentro del puerto de Nápoles apoderándose de sus municiones; de modo que vamos á tener unas cincuenta piezas de artillería.

—¡Bravo! dijo el alcaide.

—En un solo buque genovés se han encontrado cuatro mil mosquetes. Esto lo puedo asegurar: he aquí uno.

—¿Y qué hace el virey? preguntó Petronio.

—Permanece todavía en su Castello-Nuovo creyéndose muy seguro; pero paciencia, se halla bloqueado de cerca, y cuando nosotros tendremos cañones.... ¡Maldito bribon! ¿Pues, no habia hecho proponer á Masaniello una pension de 2.400 escudos si queria inducir el pueblo á la sumision? *No*, respondió Masaniello, *yo no engañaré á mis conciudadanos. Que el duque de Arcos satisfaga las justas pretensiones del pueblo, y solo encontrará dentro de Nápoles personas fieles.* ¿Y esto no se llama hablar bien? Estoy seguro de ello, porque Vitale que lo oyó me lo ha contado.

En este momento llamaron de nuevo á la puerta con redoblados golpes. El alcaide corrió á ella al instante, y reconoció á Arpaya seguido de una numerosa escolta.

—Aquí os traigo un prisionero, dijo Arpaya sin entrar en la torre; acordaos que sois responsable de él al pueblo con vuestra cabeza, y vigiladlo bien, porque es un atrevido que ya nos ha escapado otra vez.

—Muy bien, contextó el alcaide, fiad en mí, los palomos que yo guardo no vuelan tan fácilmente.

Hizo entrar el prisionero en la torre, llamó á dos llaveros, y pidióles los grillos y cadenas. Acercándose para ponérselos en los pies y manos, observólo detenidamente, y retrocedió sorprendido. —¡Don José Caraffa! exclamó; ¡Y en este traje!

Nada contextó don José.

— Perdóneme V. E, pero es preciso llenar los deberes de mi oficio. En este concepto.... ¿V. E. lleva armas?

Don José puso sobre la mesa las dos pistolas que tenia ocultas en su faja.

—Muy bien, dijo el alcaide. Ahora si V. E. me da su palabra de honor de no hacer tentativa alguna para fugarse, me evitará la necesidad de tomar ciertas precauciones de costumbre....

—Cumplid vuestro deber, contextó don José.

—En este caso V. E. no tendrá de que quejarse conmi-

go. —¿Qué es esto? preguntó examinando los hierros que le habian traido: dadme los de número uno.

Trayéronle estos, que consistian en dos aros de hierro que se colocaban en las muñecas por medio de un pequeño candado, cuya llave tenia el alcaide, uniéndose ambos por una delgada cadena. Púsoselos en los brazos y colocóle otros iguales en las piernas, que no impedian caminar y servirse de sus manos al que los llevaba.

—Ahora V. E. tendrá la bondad de seguirme. No creais que quiera colocaros en el calabozo con los bribones que están bajo cerrojo. No, no; sé muy bien lo que es debido á cada uno, y vos tendreis un cuarto de honor.

Hizole subir por una escalera secreta que habia en la pieza de entrada, y que iba á terminar en la otra que el alcaide llamaba cuarto de honor.

Estaba situada sobre la bóveda que formaba la entrada de la torre, y no tenia otra luz que la que recibia por una pequeña ventana, que daba al mercado; y estaba cerrada con una sólida reja. Tendria la pieza unos diez pies cuadrados, y estaba regularmente amueblada.

Colocado D. José en esta habitacion, tuvo el tiempo suficiente para entregarse á sus profundas reflexiones las cuales regularmente serian muy serias. Las desgracias públicas, su propia situacion, la trágica muerte de su hermano, y la incertidumbre de la suerte de doña Mencía, le ofrecian suficientes motivos de afliccion. No recibió mas que una visita del alcaide, y esta fue á la hora de la comida. Iba á anochecer cuando oyó una gran explosion semejante á una descarga cerrada de fusilería. Oyó igualmente una terrible gritería, y aproximándose á su ventanilla, vió llenarse la plaza del mercado de una multitud inmensa que perseguia con encarnizamiento á algunos hombres solos, los unos montados á caballo, los otros á pie, que buscaban como sustraerse del furor del populacho. Vió detener á algunos, que fueron al momento degollados en medio de las aclamaciones de una feroz alegría, dispersándose en seguida la

multitud para correr en todas direcciones al alcance de los fugitivos. Entró otro grupo en el mercado compuesto de hombres armados conduciendo un prisionero con direccion á la cárcel. Reconoció inmediatamente en el preso al gefe de los bandoleros Perrone, que habia visto con Masaniello en la iglesia del Cármen, y cuyo nombre sabia de Cárlos. Vitale que mandaba la escolta, entró con aquel; y oyendo hablar D. José bastante alto en la pieza de entrada que se hallaba debajo de su habitacion, acercóse á la puerta que daba á la escalera para escuchar lo que pasaba.

—No temais nada, dijo una voz que reconoció ser la del alcaide, voy á equiparlo de manera que se encontrará aquí demasiado bien para querer salir. ¡Ea, vosotros! dadme las cadenas número seis, los pilones para los pies, las esposas, la cintura. ¡Muy bien! Todo esto pesa doscientas cuarenta libras; pero todavía no estamos listos; falta registrarlo.... ¡Ola! ¡dos pistolas, un puñal, una lima! ¡Ha, ha! todo esto es buena presa: ahora al calabozo.

El ruido que hicieron al abrirse y cerrarse las puertas dió á entender á D. José que se retiraba la escolta.

—¡Será posible, dijo al mismo tiempo el *ginete de gaznates*, que yo sea el mortal destinado para poner el último corbatin á mi antiguo capitan!

—¿Qué quieres Luís? dijo Perrone, cada *artista* ejerce su profesion. Además mis piernas y mis brazos estan bien asegurados, pero mi garganta no experimenta todavía ninguna mortificacion.

En este momento volvió á entrar el alcaide.

—Por vida de mil demonios, espero que no ireis á echar á mi antiguo capitan en un calabozo.

—¿Y dónde quieres que lo meta?

—Por vida mia, esto no importa nada, dijo Petronio sonriéndose, las alas del pájaro estan cortadas á cercen, y no es posible que eche á volar.

—Sin duda: colocadlo en una de las habitaciones de arriba.

—No, no: no hay mas que una que sea bien segura, y esta se halla ya ocupada.

—Es bastante capaz para dos.

—No daré yo semejante bandido por compañero de habitacion á D. José Caraffa.

—¡Por vida del chápiro! Mi capitan vale mas que todos los *dones* de Nápoles y de España.

—Preguntadle si consiente en ello, dijo Petronio.

El alcaide subió á lo que él llamaba cuarto de honor, y preguntó á D. José si tenia inconveniente en que echasen en un rincon del cuarto unos cuantos puñados de paja para colocar sobre ellos al gefe de los bandoleros Perrone. Esta proposicion le incomodó, y se hallaba próximo á contextar de una manera dura y negativa, cuando vió detrás del alcaide un rostro patibulario que le hacia señales de inteligencia. Cambió prontamente de designio.

—Yo siempre habia creido, contextóle, que los alcaides no necesitaban consultar con sus prisioneros para el arreglo interior de las cárceles.

—El caballero tiene muchísima razon, contextó Luís, ya veis que consiente, y por lo mismo voy á hacer subir al capitan.

—Como gusteis, dijo el alcaide.

Pronto volvió Luís cargado de tres haces de paja que desató, y con los cuales hizo una especie de cama en un extremo del cuarto. Dos llaveros trajeron á Perrone, mientras que otros dos sostenian los pesados hierros de los cuales se hallaba cargado; echáronlo en el suelo, cerraron con estrépito tres gruesos cerrojos, y los dos prisioneros quedaron solos.

No tenia muchas ganas D. José de entablar conversacion con su compañero; pero este parecia no hallarse dispuesto á guardar silencio.

—Y bien, caballero ¿pareceis muy inquieto?

—El aire de una cárcel no es á propósito para inspirar alegría.

—¿Y porqué? ¡¿Qué teneis que temer?... ¿La muerte? es negocio de un instante. Vos no estais destinado como yo para sufrir la tortura mañana por la madrugada.

—¡La tortura! ¿De qué crímen os acusan?

—De una bagatela, de haber querido hacer asesinar á Masaniello. Voy á contároslo todo; pero acercaos, no es menester que nos oigan de afuera: mas cerca. ¿Qué temeis? Muy bien, ahora escuchadme. Esta tarde habia en la iglesia del Cármen una reunion del pueblo para oir las nuevas proposiciones de arreglo que el cardenal Filomarino debia traer de parte del virey. Hallándose Masaniello en el púlpito para arengar al pueblo á su manera, siete hombres de los mios, bien montados se pararon delante de la puerta, é hicieron fuego sobre él. ¿Creeriais que ni una sola bala le tocó? Dicen que fueron rechazadas por una imágen de la Vírgen del Cármen que llevaba sobre el pecho; pero en cuanto á mí estoy seguro que á los bribones les ha temblado la mano no obstante que eran mis mejores tiradores los que se habian elegido para este golpe.

—¿Qué motivo habia para ello?

—Es muy sencillo. Masaniello daba por toda paga á mi tropa tres escudos cada dia, y los hacia prender cuando se tomaban la libertad de hacer alguna pequeña adicion á la misma. Yo no tenia otro beneficio que el de ser uno de sus tenientes, en compañía de ese bribon de Arpaya, de ese hipócrita Genuino y de ese imbécil Pione. Habiéndome hecho ofrecer el virey doce mil zequíes, y prometídome amnistiarme para que le desembarazase de Masaniello, no tenia yo que dudar para decidirme.

—¡Verdadero cálculo de bandolero!

— Sin duda, siempre fiel al que paga mejor. Pero la rabiosa canalla ha gritado traicion. Treinta hombres de los mios, que eran tan inocentes en el hecho como vos mismo, han sido despedazados dentro de la iglesia; luego han ido cazándolos otros por la ciudad como si fueran bestias feroces; y si me han respetado, ha sido porque quieren tener el placer

de aplicarme mañana por la mañana á la tortura, para hacerme declarar cuales son mis cómplices. Por otra parte quien probará que yo haya dado la órden de..... ¡Chiton! oigo subir.

— He aquí vuestra cena, caballero, dijo el alcaide á D. José, poniendo sobre la mesa un pastel frio y una botella de vino. Aquí teneis la vuestra, capitan, añadió dejando en el suelo junto á Perrone un mendrugo de pan y un jarro de agua. Voy á dejaros libres las manos por un cuarto de hora.

— No tengo hambre, respondió Perrone con tono brusco.

— En este caso conservad vuestras pulseras. Deseo á V.E. buenas noches.

— Ahora ya somos dueños del campo, dijo Perrone en voz baja, luego que hubo partido el alcaide: ¿ deseais salir de la cárcel?

— ¡Ojalá hallase los medios para verificarlo!

— Pues voy á dároslos. Vos teneis libres las manos: buscad en la cintura de mi pantalon entre la ropa y el forro, y hallareis una pequeña lima sorda, la mejor que existe en Nápoles. No es aquí; mas á la espalda. Perfectamente. ¿La tocais? ahora descosed, cortad, rasgad..... hacedlo con los dientes, y apoderaos de este instrumento de salvacion.

D. José llegó á sacar la lima de su escondrijo, y Perrone le dijo que se sirviera de ella en seguida para desembarazarse él mismo de sus prisiones; pero no despachaba tan pronto la faena como deseaba el bandolero.

— ¡Por vida de san Genaro! dijo Perrone, vos no sois mas que un novicio: no sabeis manejar este instrumento. Empezad dando la libertad á una de mis manos, y haré mas trabajo en una hora que no hariais vos en toda la noche.

Siguió D. José ese consejo, y al cabo de una hora de fatiga puso á Perrone en estado de servirse de sus manos, em-

pezó desde luego este su tarea, y la lima fiel, reconociendo á su dueño, cortaba el hierro con la misma rapidez que una sierra divide la madera.

— Henos aquí dueños de nuestras acciones, dijo Perrone cuando fueron limados todos los hierros: esto ya es algo. No se trata mas que de desembarazarnos de estas malditas barras, y dos de las que habia en la reja de la ventana cayeron á su vez al cabo de un ratito.

— ¡Diantre! dijo en seguida mirando por la abertura, hay mucha gente en la plaza del mercado: esto nos contraria; pero no importa, es preciso arriesgarlo todo. Ahora es menester cortar las sábanas de vuestra cama, hacer tiras con ellas, unirlas, atar el extremo á la tercera barra de hierro que he conservado al efecto, y servirnos de ellas en lugar de escala para bajar.

— Pero nosotros no tenemos tijeras ni cuchillo.

— ¿Acaso no tengo yo mi lima? Tomad esta sabana. Tirad fuerte con las dos manos. Bravo. Ahora coloco en medio mi instrumento. ¡No veis como la incision toma buen sesgo!

Pero antes que se hubiese terminado, oyó descorrer con precaucion uno de los cerrojos de la puerta.

— ¡Silencio! ¡dijo á D. José y arrimándose al lado de la puerta en la misma actitud de un tigre que va ha echarse sobre la presa, aguardó la llegada del enemigo.

Descorriéronse succesivamente los otros dos cerrojos, abrióse la puerta, y vieron entrar un hombre llevando sobre el brazo izquierdo algunas ropas y en la mano derecha una linterna sorda. Perrone agarróle por la garganta, y apretándosela con las dos manos lo hubiera estrangulado, si á la luz de la linterna no hubiese reconocido al que venia á visitarlo.

— ¿Eres tú Luís?

— Sí, capitan, soy yo; caramba, segun vuestras disposiciones artísticas, conozco que no necesitarias cuerda para ejercer mi profesion. Os traia limas, pero veo que no las

habeis menester. Tanto mejor. He aquí los vestidos de dos llaveros nuestros. Colgad esta escala de cuerda á la ventana. ¡Aguardad un momento! No es para bajar por ella. Está lleno de gente el mercado, y os detendrian. Seguidme, he trazado mi plan.

Bajaron á la sala de entrada, y Luís habiéndoles dicho que lo aguardasen cerca la puerta, subió al cuarto donde dormia tranquilamente el alcaide.

— ¡Alerta! exclamó ¡alerta! ¡Los prisioneros se han escapado!

— ¿Que dices de los prisioneros? gritó el alcaide dispertándose sobresaltado.

— Que se han salvado. Tenian limas y una escala de cuerda; yo los he visto desde mi ventana cuando bajaban al mercado. Es menester correr á su alcance.

— ¡Las llaves, pronto, las llaves!

— Búscalas sobre la mesa, Luís. No pierdas un instante, da el grito de alarma. Ya te sigo al momento.

Mientras el alcaide buscaba azorado la ropa para vestirse, Luís bajaba la escalera corriendo, en la sala de entrada encontró á D. José y á Perrone que se habian puesto ya la ropa de los dos llaveros. Abrióles la puerta, y dirigiéndose á la reja exterior descorrió el cerrojo, al mismo tiempo que apretándoles la mano se despidió de ellos diciéndoles que procurasen ponerse al momento en salvo.

Así que los hubo perdido de vista levantó la voz, gritando que Perrone y D. José Caraffa se habian fugado de la cárcel, á cuyas voces acudió el pueblo que se hallaba reunido en la plaza, y al momento corrió en varias direcciones tras de los fugitivos.

CAPITULO XI.

Oui, puisque je retrouve un ami si fidele,
Ma fortune va prendre une face nouvelle;
Et deja son corroux semble s' être adouci,
Depuis qu' elle a pris soin de nous rejoindre ici.

ANDROMAQUE.

Estaba ya muy adelantada la noche cuando D. José se halló libre. Corrió por algun tiempo á la ventura por las calles de Nápoles, no atreviéndose á detenerse en ninguna parte, por temor de hacerse sospechoso; pero mezclábase algunas veces entre la multitud, para oir las noticias que contaban. El principal objeto de la conversacion era su fuga y la de Perrone. Parecia que daban poca importancia á la suya, pero estaban furiosos por la del gefe de bandoleros. Tomaban las armas en aquel momento diez ó doce mil hombres para correr al encuentro de quinientos á seiscientos soldados alemanes, que se decia iban á llegar de Torre-del-Greco. Tratábase así mismo de dar un asalto á Castello-Nuovo, pero no hablaban palabra de lo que á él le interesaba mas. Nadie pensaba en D.ª Mencía, mientras que él se ocupaba en ella de continuo. Resolvió por lo mismo arrostrar cuantos peligros pudieran amenazarle, y no abandonar Nápoles antes de saber lo que se habia hecho de la hija del virey, y si se hallaba en lugar seguro.

Pasó por delante del palacio que habia sido por espacio de dos siglos residencia de su familia, y que ofrecia entonces á la vista un monton de ruinas. Aprovechó la oscuridad que todavía reinaba, para pasearse por aquellos escombros y descubrió que una cueva abovedada en la que se encerraban sumas considerables, no se habia hundido al desplomarse el edificio. Nadie podia entrar en ella mas que su hermano y él, los únicos que sabian este secreto, y vió que

separando algunas piedras, le seria fácil abrirla. No hizo por entonces uso alguno de este descubrimiento, y continuó recorriendo las calles.

Amanecia ya, cuando al pasar por delante de la catedral, vió salir una gran procesion, compuesta de todas las órdenes religiosas de la ciudad, llevando seis cruces y banderas, y cantando himnos y salmos. El clero secular los seguia, y el cardenal Filomarino iba debajo palio, llevando en la mano la botellita que contiene la sangre de san Genaro, la que solamente sale con motivo de grandes calamidades públicas. Dirigióse la procesion hácia la iglesia del Cármen, y oyó decir á algunas personas que estaban á su lado que el arzobispo, por encargo del virey, era portador de nuevas proposiciones de paz. Parecióle imposible que el duque de Arcos hablase de paz, sin pedir á su hija; y la esperanza de saber algunas noticias de D.ª Mencía le decidió á seguir á la multitud que acompañaba la procesion.

Entró en la iglesia, y no sin trabajo pudo llegar á penetrar hasta el coro. El cardenal acababa de depositar la santa reliquia sobre el altar mayor. Rezó una oracion para el restablecimiento de la paz, y colocándose á la izquierda del altar, á la cabeza de su clero, dirigió la palabra á Masaniello, que estaba á la otra parte, rodeado de sus consejeros. Era tan grande el tumulto que nada podia oirse.

— ¡Silencio, pueblo fiel de Nápoles! gritó Masaniello; y al mismo tiempo cerráronse todas las bocas

El arzobispo empezó la lectura de una acta, en la cual el duque de Arcos le conferia poderes ilimitados para tratar con el pueblo y con los gefes que este habia elegido, bajo las condiciones que juzgase mas convenientes. Anunció en seguida que era portador de la carta original de los privilegios concedidos por Cárlos V. al pueblo de Nápoles; pero apenas habia leido algunas líneas, cuando fué interrumpido por los murmullos.

— ¡Tal vez será tambien una nueva treta! gritaron ¿Quiere igualmente engañarnos su Eminencia?

— ¡No! gritó Masaniello, ¡no! ¡Esto es imposible! Yo respondo con mi cabeza de la probidad de su Eminencia.

El cardenal dióle las gracias por su confianza, y pidió para satisfaccion del pueblo, que examinase el acta de que era portador.

Todos nombraron para ello á Genuino; pero antes que le entregasen la misma acta para cerciorarse de su autenticidad, dijo Arpaya que era menester convenir en algunas condiciones preliminares, y que ante todo pedia, que para dar el virey una prueba de sus pacíficas intenciones, volviese á habitar su palacio, y confiase al pueblo la custodia de Castello-Nuovo. Masaniello tenia demasiado talento para dejar de conocer cuan útil era á su causa semejante proposicion. Esto era hacerle dueño absoluto, y someterse el virey enteramente á discrecion. Insistió pues en que se concediese semejante peticion.

Hallábase el arzobispo sumamente embarazado. Era del todo imprevista una pretension de tal naturaleza. Si consentia, el virey tal vez rehusaria su ratificacion; y si la negaba, despues de los plenos poderes que tenia, tomaba sobre sí toda la odiosidad del rompimiento de las negociaciones.

Genuino hizo seña de que queria hablar.— Es para la defensa de su libertad, dijo, que el fiel pueblo de Nápoles ha tomado las armas. Se le puede acusar hoy de rebelion con mas motivo que cuando en 1547 se opuso de la misma manera al establecimiento de la inquisicion (1) *Hoc est vero*

(1) Reinando en España en 1504 Fernando V, mandó el 30 de junio al *Gran Capitan* Gonzalo Fernandez de Córdoba que auxiliase con todas sus fuerzas al inquisidor mayor D. Pedro Velorado, arzobispo de Mesina y delegado del inquisidor general D. Diego Deza, para que se plantificase la inquisicion en el reino de Nápoles, á tenor del decreto dado en Sevilla en 17 de junio de 1500, en cuyo artículo primero de los siete que contenia aquella especie de constitucion, se mandaba establecer el tribunal del Santo Oficio en los dominios de España donde no lo estuviera. Todos los tribunales de aquel reino recibieron la misma órden, y se escribió igualmente al embajador español residente en Roma, para alcanzar de Su Santidad las competentes bulas.

verius. La Carta de Cárlos V le permite usar la resistencia cuando se ataquen sus derechos. Pero atentar contra los dominios de la corona, y estipular que se evacuen las pla-

Supieron los napolitanos oponer tan vigorosa resistencia al establecimiento de la inquisicion en el reino, que conociendo el virey los graves resultados que acarrearia llevar adelante por medio de la fuerza aquel espinoso negocio, creyó prudente sobreseerlo, manifestando al monarca de España que consideraba peligrosísimo para los intereses de su corona el insistir en el establecimiento de la Inquisicion en Nápoles.

Habian discurrido unos siete años y medio, cuando el rey Fernando quiso llevar adelante la empresa que habia intentado anteriormente; pero á mas de no poder dar cima á la misma, pasó por el bochorno de verse precisado á declarar que se daria por contento si expelian de Nápoles á todos los cristianos nuevos convertidos del judaismo, que huyendo de España se habian refugiado en aquel pais.

El emperador Cárlos V pensó en 1546 introducir en el mismo reino la inquisicion, no obstante de no haberlo podido obtener en las dos épocas de 1504 y 1510 los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel, quienes á pesar de su constancia y teson se vieron en la necesidad de ceder á los prudentes avisos del *Gran Capitan*. Creia Cárlos V que su dignidad de emperador y la fama de sus empresas, podrian doblar la cerviz de los napolitanos; pero equivocóse completamente, porque experimentó igual odio y resistencia en aquellos naturales contra el establecimiento de la inquisicion. El recelo, segun varios historiadores, de que se propagase en Nápoles el Luteranismo, como en Alemania, fue lo que estimuló al emperador á llevar adelante su proyecto, que se vió frustrado en su principio; porque apenas se supieron algunas prisiones, el pueblo se amotinó gritando: *¡Viva el emperador, y muera la inquisicion!* Armados los napolitanos contra la tropa española, la pusieron en la necesidad de correr á encerrarse dentro de los castillos de la ciudad para salvar sus vidas; de modo que verificándose una guerra formal de sublevacion, fue forzoso á Cárlos V desistir de tan temeraria empresa.

A esta época se refiere el autor de la presente obra Mr. Defauconpret.

Era tanto el empeño de los monarcas españoles para establecer el tribunal del Santo Oficio en todos sus dominios, que Felipe II habiendo intentado igualmente plantificar en 1563 la inquisicion en Nápoles, sin atender á que habian sido inútiles anteriormente y para igual objeto todos los esfuerzos empleados por su bisabuelo Fernando V y su padre el emperador Cárlos V, salió tan mal de su empeño como aquellos; pues los napolitanos nunca quisieron doblarse al yugo tiránico é inhumano de la inquisicion española. (N. del T.)

zas fuertes, es usurpar los derechos del soberano, es enarbolar el estandarte de la rebelion.

Sin duda deben sorprendernos tales palabras en boca de uno de los principales confidentes de Masaniello, de un anciano cura que por espacio de 40 años habia sido la tea de todas las discordias civiles de Nápoles. Pero es preciso saber que el duque de Arcos, aunque se hallase encerrado en Castello-Nuovo, tenia sus emisarios fuera de aquel recinto. Habia ganado á Genuino á fuerza de promesas, y este todavía fingió pertenecer al partido de la insurreccion para acarrearle con mas seguridad repetidos golpes mortales, dando falsos avisos á sus gefes, desviándoles de escuchar útiles consejos, y últimamente sembrando con destreza la zizaña y la division entre las masas.

Una de las cualidades que dan mas bello colorido al carácter de Masianello, es que á pesar del odio que habia jurado al virey, del celo que le inflamaba por los intereses del pueblo, no bien llegó á sus oidos la palabra rebelion, cuando gritó :—¡Nadie hable mas de esta peticion! ¡Perezcamos todos antes que cometer un acto de rebelion ¡Viva Felipe IV, rey de España y de Nápoles! Y todo el pueblo, participando de su entusiasmo, repitió súbitamente el mismo grito.

De este modo el hombre que habia ordenado el saqueo y el incendio de tantos palacios y conventos, que habia proferido sentencias de muerte, que ejercia el poder soberano, que tenia bloqueado al virey dentro de un castillo, no queria absolutamente pasar por gefe de rebeldes, y todavía se consideraba como un súbdito fiel. Nunca pronunciaba el nombre del rey sin descubrirse la cabeza; y habiéndole alguno aconsejado que abriese el puerto de Nápoles á los franceses, contestó que al que se atreviese á hacerle semejante proposicion, le costaria la vida.

Pero si de pronto la palabra rebelion habia sido buena para el virey, no tardó mucho en serle funesta. Habiendo declarado Genuino que el acta de la cual era portador el vi-

rey, era la carta auténtica firmada por Cárlos V, escucharon su lectura con un respetuoso silencio; despues de la cual dijo el cardenal que iba á leer al pueblo una acta que contenia las promesas bajo las cuales consentia el virey en jurar el cumplimiento de aquella.

Hallábase entre otras esta frase:

« S. E. promete al pueblo de Nápoles la abolicion de to-
« das las gabelas establecidas despues del reinado de Cár-
« los V, de feliz memoria, y consiente en olvidar, y cubrir
« con el velo de una completa amnistía, cuanto ha ocurrido
« durante esta rebelion. »

— ¡ Rebelion ! gritaron de todas partes: ¡ nosotros no somos rebeldes! ¡ Somos fieles súbditos del rey ! ¡ No pedimos mas que el restablecimiento de nuestros privilegios!

No bien se hubo proferido esta desgraciada palabra, que se desvaneció todo espíritu de conciliacion.

Los habitantes del campo repararon que el duque de Arcos no comprendia en la amnistía mas que á los de la ciudad de Nápoles, y que no hablaba de los de las villas y lugares que á diez leguas á la redonda habian tomado parte en la insurreccion.

Pione, dijo que el virey habia de renunciar formalmente á la facultad de establecer ningun impuesto sin consentimiento del pueblo. Arpaya se adelantó á decir que era menester que el duque de Arcos hiciera su dimision, y regresase á España. En una palabra, la conferencia concluyó en medio del tumulto, y si el cardenal no fue personalmente insultado, lo debió á la proteccion de Masaniello. Decidióse que no se proporcionarian mas víveres al virey, y para reducirle mas pronto á la necesidad de rendirse á discrecion, se ordenó cortar los conductos por donde recibian el agua en Castello-Nuovo.

Antes se babia determinado ya que nadie pudiese salir de Nápoles, sin ser escrupulosamente registrado é interrogado, para poder descubrir á Perrone y á los bandoleros que podian permanecer todavía ocultos dentro de la pobla-

cion. Añadióse al efecto una nueva precaucion, reducida á que nadie pudiese presentarse por las calles con vestido talar, y desde aquel momento no se vió ya ningun religioso con hábito, ningun clérigo con sotana, ni ningun noble con su capa. Las mujeres mismas no se atrevieron á presentarse, sin llevar el guardapies corto de las aldeanas.

Disolvióse la asamblea sin que se hubiese adelantado un solo paso para el restablecimiento de la paz; y D. José tuvo el desconsuelo de salir de la iglesia sin haber adquirido la menor noticia del paradero de D.ª Mencía. Se hallaba rendido de fatiga, atormentado por el hambre, por la sed y por la necesidad de entregarse al sueño. Resolvió pues buscar á todo trance una cama en una de las posadas mas retiradas y obscuras de las calles menos frecuentadas, y pasar en ella por un campesino de los alrededores, que habia acudido á Nápoles para tomar parte en la insurreccion.

Con este designio fuése á uno de aquellos barrios habitados solamente por el populacho, pero no era tan fácil hallar el retiro que buscaba: sentia una invencible repugnancia de entrar en uno de esos chiribitiles ocupados por la hez del pueblo, y temia igualmente hacerse sospechoso presentándose en las fondas donde las clases mas elevadas que la que el representaba recibian la hospitalidad pagando. Mientras se hallaba indeciso acerca el partido que tomaria, aproximósele un mendigo.

— ¡ Una limosna á un pobre desgraciado que ha sido herido por un bandolero, y que rogará á san Genaro por la conservacion de vuestros dias!

Diòle D. José un ducado, olvidándose que el vestido que llevaba no le permitia ser tan liberal.

— Mil gracias excelentísimo señor, dijo el mendigo siguiéndole.

Conoció D. José la imprudencia que acababa de cometer, y dobló el paso para desembarazarse del mendigo; pero este deteniéndole por el brazo, díjole:

— ¿No reconoceis á Cárlos?

Difícil era poderlo conocer. Cárlos en lugar de vestidos, no llevaba mas que cuatro harapos, que apenas le cubrian las carnes, y ocultaba su ojo derecho un gran parche sostenido por una sucia venda, que rodeándole la cabeza, le pasaba por debajo de la barba y le cubria todo el carrillo derecho.

Este inesperado encuentro le causó tanta sorpresa como placer. Iba á demostrarlo á Cárlos, pero este, mas prudente, le dijo que se mantuviera á cierta distancia y le siguiese hasta la casa en que viese que entraba.

— Una palabra no mas. ¿Sabeis lo que se ha hecho de D.ª Mencía?

— Sí.

— ¿En donde se halla?

— En lugar seguro.

— ¿En Castello-Nuovo?

— No.

Y al mismo tiempo dobló el paso, para no tener que contextar á nuevas preguntas.

D. José creyó perder su guia en medio de una multitud de gente que se habia reunido para oir un bando, en el cual Masaniello prometia la recompensa de treinta mil ducados á cualquiera que le entregase al gefe de los bandoleros Perrone, y otra de doce mil al que le descubriese donde se hallaba la hija del virey. Nada se hablaba de D. José Caraffa, ni de Cárlos.

Despues de haber caminado algunos minutos, Cárlos entró en una casa de pobre apariencia, en una de las calles mas miserables de Nápoles, situada junto al puerto ;y D. José le siguió sin titubear. El piso bajo de ella anunciaba la mas asquerosa miseria. Un canasto lleno de pescado y algunas redes daban á conocer que los que la habitaban ejercian el oficio de pescadores.

— Subid al cuarto principal, y entrad en el primer aposento á la derecha.

— Pero decidme....

— Subid al instante y lo sabreis todo.

Obedeció D. José, y quedó sorprendido al encontrar un cuarto amueblado con bastante decencia, donde no vió mas que á una jóven vestida de aldeana. Hallábase vuelta de espaldas á la puerta, y arrodillada delante de un crucifijo. Volvióse para ver al que entraba. ¡Cuál fue la admiracion, la alegría y el éxtasis de D. José, al reconocer en la jóven á D.ª Mencía!

CAPITULO XII.

Souvant la peur d' un mal nous conduit dans un pire.
BOILEAU.

Hemos dejado á doña Mencía, que separada por las oleadas del pueblo, de las religiosas cuyo convento habia sido entregado á las llamas, procuraba llegar á Castello-Nuovo. Esperaba conseguirlo transitando por calles poco frecuentadas; pero á cada paso encontraba reuniones, las cuales tan pronto como las divisaba procuraba evitarlas tomando otro camino. Aunque bastara para esto su natural timidez, otro motivo la obligaba. Al hacerle D.ª Isabel cambiar de traje se habia hecho un deber de vestirla con sus mas bellos adornos, y D.ª Mencía no ignoraba que esto la exponia á ser reconocida por algun malhechor, que no tendria otro objeto que el de despojarla de sus joyas. El caso es que dió largos rodeos, que se perdió varias veces sin atreverse á preguntar el camino, y en fin que casi anochecia cuando llegó en frente de Castello-Nuovo.

El puente levadizo se hallaba levantado, y la plataforma estaba guarnecida de piezas de artillería, junto á las cuales habia los artilleros con las mechas encendidas. Veíanse centinelas en todas las garitas: en una palabra, se habian hecho todos los preparativos necesarios para defenderse vigo-

rosamente en caso de ataque. Pero, lo que pareció todavía mas formidable á los ojos de doña Mencía fue una masa impenetrable de doce á quince mil hombres, estacionada delante del castillo, haciendo resonar el aire con sus gritos é imprecaciones.

Este espectáculo la llenó de la mayor consternacion, haciendo que por un momento se detuviera á cierta distancia á fin de reflexionar sobre lo que convendria hacer. Conoció la imposibilidad de reunirse con su padre, y nada temió tanto como volver á caer en manos de los rebeldes. Resolvió pues retroceder para ir á pedir hospitalidad á alguno de los conventos de religiosas que no hubiese sido incendiado.

Determinada á ejecutar este partido, habia dado ya algunos pasos, cuando un hombre del pueblo, al cual le habia chocado el traje de doña Mencía, la fue al alcance, cogióla bruscamente por el brazo, la obligó á detenerse, y examinóla escrupulosamente.

Era Domingo.

— ¡Hola, hola! ¡Señora! le di , con que os vuelvo á encontrar! Esta vez sí que no me escapareis.

— ¡Perdon, piedad!... exclamó D.ª Mencía, ¡no me detengais! Y quitándose su collar de brillantes que D.ª Isabel le habia obligado á ponerse en el convento de las damas de santa Clara, tomad, añadió, tomad esto, y dejadme en libertad.

— No, no, respondió Domingo, yo no tengo necesidad de vuestras baratijas. Es preciso que me sigais. Voy á conduciros á mi casa, á donde Cárlos no vendrá á buscaros. Está á dos pasos de aquí, y cuando os habré dejado asegurada, iré á dar parte de mi captura á Masaniello. Vamos, ¿quereis caminar? ¿Ó será preciso que llame gente para llevaros?

Esta amenaza decidió á D.ª Mencía á ceder á la necesidad; y Domingo, que no la dejaba del brazo, la hizo entrar despues de haber caminado algunos minutos, en una estrecha, obscura, y retirada calle donde habitaba.

— Por fin hemos llegado, la dijo; pero apenas habia pro-

nunciado estas palabras, que un fuerte garrotazo que le sacudieron por la espalda en la cabeza le tumbó en el suelo sin conocimiento.

— No temais nada, señora, le dijo su libertador, soy yo, soy Cárlos. Seguidme.

Doña Mencía creyó recordar su voz, pero la obscuridad y el disfraz que aquel habia tomado hicieron que no reconociese sus facciones, y por lo mismo vacilaba.

— Pronto, señora, pronto; este bribon puede que no esté mas que aturdido, y podria.... Al fin y al cabo será mejor acabarlo.

Y diciendo esto levantó el palo para doblar la dosis.

— Ya os sigo, contextó doña Mencía, pero huyamos sin perder un momento. Probadme solamente que sois Cárlos diciéndome donde os he visto la última vez.

— En la iglesia del Cármen.

Estas pocas palabras bastaron para tranquilizarla, y siguió confiada á su nuevo guia. Dijola mientras caminaban que tan pronto como pudo disfrazarse para que no le conocieran, habia recorrido sin cesar las calles de Nápoles con la esperanza de encontrar á ella y á D. José Caraffa; y que habiéndola descubierto en el momento en que la sorprendió Domingo, les habia seguido á lo lejos hasta el sitio donde pudo atacar ventajosamente á aquel. Cárlos tuvo buen cuidado de no pasar mas que por calles retiradas, y la condujo á la misma en donde la encontramos al fin del capítulo precedente.

Esta casa, miserable en el exterior, pero cuyas habitaciones, á excepcion del piso bajo, se hallaban en buen estado, pertenecia á Pedro Pucci. Este era un hombre que rayaba en los cincuenta años, estaba casado, tenia tres hijos y una hija de 18 años.

Era pescador, pero ejercia otro comercio mucho mas lucrativo, y no continuaba su primer oficio mas que para que le sirviera de velo con que ocultar el segundo. Su casa era un depósito para muchos contrabandistas, entre los cuales

Cárlos era uno de sus mejores tratantes. Sus tres hijos conducian la barca al mar, y regresaban llevando grandes espuertas ó barriles llenos de pescado; pero este pescado cubria los géneros de contrabando, del cual sacaba en seguida gran provecho.

En esta casa fue donde se refugió Cárlos cuando se hubo escapado de la iglesia del Cármen; y Pedro fue el que le dió los medios para disfrazarse. Presentóle D.ª Mencía como una jóven libertada de un convento incendiado, cuyos padres acababan de huir de Nápoles, y que sin embargo recompensarian generosamente á Pedro la hospitalidad que dispensase á su fugitiva hija. Este hombre, cuya alma solo era sensible al interés, le habia dado con mucho placer un asilo, aconsejándola al mismo tiempo que tomase los vestidos de su hija.

Aquí dejamos un claro que podrá muy bien llenar á su gusto la imaginacion de nuestros lectores, y por lo mismo nos ahorramos el trabajo de entrar en los pormenores de la entrevista que tuvo lugar entre D.ª Mencía y D. José. Ambos tenian poderosos motivos para estar afligidos, y por consiguiente la reunion fue tan triste como tierna.

Tratábase de resolver el partido que tomarian. Cárlos fue llamado para consultarle. Su dictámen era que se quedase en casa de Pedro, pero D. José, que habia oido el bando del cual hemos hablado, creia que D.ª Mencía no estaria segura hasta que se hallase fuera de Nápoles. Cárlos pues propuso disfrazarse los tres de labradores, presentarse la mañana siguiente en el mercado, y salir de la ciudad en medio de la gente del campo que regresaba á sus casas. Nada era mas fácil. D. José tenia el bolsillo bien provisto, y Pedro, con el dinero, les encontraria los trages necesarios. Este plan fue adoptado, pero convinieron prudentemente en que no lo participarian á Pedro, hasta el momento de ejecutarlo.

Acababan de tomar esta resolucion, cuando la mujer de Pedro vino á preguntarles si querian participar de la cena

de la familia. Consintieron en ello, y bajaron al comedor. Pedro, que no estaba en casa cuando llegó D. José, quedó sorprendido de encontrar un forastero, que le presentó Cárlos como primo suyo, que habia llegado aquella mañana de Torre-del-Greco, á donde debia volverse al dia siguiente, y por el cual pedia hospitalidad.

— ¿De Torre-del-Greco? dijo Pedro, ¿por consiguiente sabreis las noticias?...

— ¿Qué noticias? preguntó Cárlos: nosotros no sabemos nada.

— ¿Qué? vuestro primo no os ha dicho que han hecho salir de Torre-del-Greco un cuerpo de tropas para venir á auxiliar al virey?

— ¡Ah! sí, verdaderamente: lo habia olvidado. Una compañía de soldados españoles.

— ¿Una compañía de soldados españoles, llamais á un regimiento entero de tropas alemanas? No podeis ignorarlo, porque la tropa ha debido partir antes que vos: un cuerpo de ejército marcha tan aprisa como un viajero solo. Yo puedo responder de esto, porque á Dios gracias he servido.

— Es que yo no he venido direct mente á Nápoles, dijo D. José.

— Lo creo así, dijo Pedro, mirándolo con aire sospechoso.

— ¿Y bien? dijo Cárlos, queriendo distraer la atencion del pescador contrabandista. ¿Qué se ha hecho este famoso regimiento?

— ¿Qué se ha hecho? Nuestra gente ha salido á su encuentro en número de quince ó veinte mil hombres; se les ha dicho que escogiesen entre los tiros y sablazos, y buenos escudos y excelente vino, y la eleccion al instante se ha hecho. Todos han gritado: ¡Viva el pueblo de Nápoles! ¡Viva Masaniello!... y han tomado nuestro partido. Acabo de verles entrar en la ciudad.

— Estas bandas mercenarias dijo D. José, siempre se venden al que las da mas precio....

— Esto es muy natural, contestó Pedro. Cada uno mira

para sí en este mundo. El interés es el móvil de todo. Si el rey de España conociera el suyo, nombraria á Masaniello virey, y todo iria mejor para él y para nosotros. ¡Si supierais como administra justicia! Acaba de hacer echar dentro de su propio horno á un panadero que engañaba al pueblo vendiéndole el pan á un peso falso.

— ¿Será posible? dijo D.ª Mencía.

— Y tan posible, señora, como que es cierto y positivo. Lo he sabido por el que estaba encargado de la ejecucion, por Domingo.

— ¿Por Domingo? dijo Cárlos.

— Sí por Domingo. ¿Qué tiene esto de extraño?

— Me habian dicho que habia muerto.

— Ca, no, no. Se halla tan bueno y tan guapote, lo mismo que vos y yo.

— ¡Alabado sea Dios! dijo entre sí D.ª Mencía.

— Es menester que el bribon tenga el alma enclavijada en el cuerpo, pensó Cárlos.

— Pero en cuanto á vuestro primo, añadió Pedro, siento mucho no tener ni cama ni cuarto para darle, y á no ser que quiera acostarse con Diego....

— No, no, dijo Cárlos, mi primo acaba de salir de una enfermedad, le cederé mi cama, y yo me echaré en el suelo sobre una manta, dentro del mismo cuarto.

— Estos son negocios vuestros: arregladlo como querais.

Esta conversacion tuvo lugar durante la cena, que sin ser espléndida, fue mucho mejor de lo que podia esperarse en semejante casa. Sentáronse temprano á la mesa, pero permanecieron en ella mucho tiempo. Pedro invitaba á beber á sus convidados, procuraba hacer hablar á D.ª Mencía y á D. José, del cual no podia arrancar mas que monosílabos, y tenia constantemente fijos los ojos sobre ellos siempre que podia verificarlo sin demasiada afectacion. En fin D.ª Mencía pidió permiso para retirarse, y esta fue la señal de hacerlo todos. Alice, mujer de Pedro, la acompañó á su cuarto: los cuatro hijos subieron al segundo piso: D. José y

Cárlos se quedaron todavía allí algunos instantes, y no se retiraron hasta que hubo bajado Alice.

— Nuestro huésped no me gusta mucho, dijo D. José á Cárlos cuando estuvieron solos. ¿Habeis visto como nos examinaba á D.ª Mencía y á mi? No me acostaré en toda la noche. Quiero estar pronto para todo lo que pueda suceder. Por desgracia me hallo sin armas.

— Yo tengo mis dos pistolas, dijo Cárlos, tomad una; pero aquí no tendremos necesidad de ellas. Conozco á Pedro, le he dicho que seria bien recompensado, y esto basta para garantirnos su fidelidad.

Duraba todavía la conversacion sobre este particular, cuando al querer Cárlos despabilar la única luz que les alumbraba cometió la torpeza de apagarla.

— Voy abajo á encenderla, todavía estan allí nuestros huéspedes, porque no los he oido subir.

Bajó efectivamente, pero cuando estuvo á la puerta, la conversacion que oyó dentro le determinó á quedarse en el mismo sitio.

— Te digo, Alice, que tengo sospechas, decia Pedro, y si son fundadas, nuestra fortuna está hecha.

— ¡Nuestra fortuna! dijo Alice.

— Oye. Acabo de ver á Domingo. Habia cogido ayer á la hija del virey, y la llevaba á su casa cuando se la arrebataron despues de haberle descargado sobre la cabeza un garrotazo que lo desvaneció. Esto acababa de suceder, precisamente á la misma hora en que Cárlos condujo aquí á esta hermosa dama, que iba vestida como una princesa, y yo estoy mas que seguro que habrá sido el mismo Cárlos el que ha jugado esta pieza, y que la tal jóven no es otra ni mas ni menos que la hija del virey.

— A la verdad, esto es muy posible. Llevaba pendientes ¡y unas camisas!... unas camisas, mas finas que la mejor tela de Holanda que jamás haya entrado de contrabando en Nápoles. ¿Porqué habrá pedido ponerse los vestidos de mi hija?

— No está todo aquí. Ese otro desconocido que acaba de presentar Cárlos, que llega de Torre-del-Greco, que no sabe lo que pasa allí, que tiene las palabras tan metidas en el buche, que nada puede sacárselas: ¿piensas tú que efectivamente sea primo suyo?

— Yo no creo de todo esto ni una jota.

— ¿Y es posible que el primo de Cárlos necesitase antes de cenar estar encerrado con esa hermosa señora?

— Pues bien, ¿tú no adivinas quien puede ser?

— No ¿cómo lo he de saber?

— Yo sospecho que es el famoso gefe de bandoleros Perrone.

— ¿Perrone?

— El mismo. ¡Esto es un favor del cielo! Treinta mil ducados por un lado, y doce mil por otro! ¡Á la verdad lo siento por Cárlos. Tal vez pagará sus travesuras, pero peor para él. Cada uno debe mirar para sí. Este es mi tema.

— Y es excelente, Pedro; ¿pero qué piensas hacer?

— He aquí mi plan. Mañana al rayar el dia me levanto y dispierto á mis hijos; les recomiendo que custodien bien la casa, y que á nadie dejen salir de ella, exceptuando noobstante á Cárlos, si es que su buena suerte hace que salga solo, pues que no hay nada que ganar deteniéndolo. Que se escape si puede, pero en cuanto á lo otros dos, es preciso decirles. ¡Alto ahí! Durante este tiempo, iré á ver á Masaniello, y despues de hacerle mi declaracion, hará prender á los dos personajes. Si son los sujetos que busca, recibiré la recompensa prometida. En el caso contrario, dará libertad á los detenidos, y yo me quedo como antes, sin el premio.

— Muy bien, pensó Cárlos, he hecho perfectamente en apagar la luz; pero á buen seguro que no la volveré á encender.

Subió otra vez con precaucion, y en lugar de ir á su cuarto, llamó ligeramente á la puerta de D.ª Mencía.

— ¿Quién llama?

— Cárlos.... Bajad la voz.

— Estoy acostada.

— Levantaos sin hacer ruido, y estad pronta para partir al primer aviso. No estamos con seguridad en esta casa.

Mientras que D.ª Mencía, sobrecogida de susto por tal noticia, se vestia precipitadamente, sin tener mas luz que el resplandor de la luna, Cárlos fue á encontrar á D. José y contóle cuanto acababa de oir.

— No hay que dudar, dijo don José, es menester salir de esta casa esta misma noche.

— ¿Pero á dónde irémos?

— Esto es lo que me embaraza.

— Si pudiéramos colocar por algunas horas á D.ª Mencía en lugar seguro, compraríamos mañana al amanecer vestidos de labradores, y podríamos ejecutar en seguida el proyecto que hemos formado.

D. José reflexionó por algunos momentos. — Tengo un retiro seguro, dijo al fin; un retiro impenetrable; no pensemos ahora mas que en salir de aquí. Aguardaron algunas horas para asegurarse que toda la familia dormia. D. José empleó este tiempo en discutir con Cárlos el nuevo proyecto que hacia poco habian formado; previeron los inconvenientes, se ocuparon en los medios de evitarlos, y á la una de la noche, habiendo Cárlos llamado á D.ª Mencía, bajaron sin rumor, abrieron la puerta de la calle, y salieron sin que fuesen oidos de nadie.

CAPITULO XIII.

Il faut qui je l' enlève, ou bien qui je périsse,
Le dessein en est pris, je le veux achever,
Oui je le veux.

ANDROMAQUE.

A veces coloca la historia á nuestra vista ciertos personajes, cuyo nombre y memoria quisiera borrar ella de sus páginas; pero la justicia y la verdad la obligan á eternizar su recuerdo. Sin embargo de ser Perrone un bandolero, no podemos del todo perderlo de vista; y antes de seguir á D.ª Mencía y sus dos compañeros en su fuga nocturna, conviene informar á nuestros lectores de lo que se hizo despues de haber escapado de la torre de san Lorenzo.

Luego que salió Perrone de la cárcel, estuvo tranquilo por su seguridad, pues tenia dentro de Nápoles muchos confidentes en cuyas casas hallaria un asilo, lo mismo que armas, caballo y demás medios necesarios para poder efectuar su retirada á las montañas; mas como le convenia saber cuanta gente de la suya habia perecido víctima del resentimiento del pueblo, y estaba seguro de enterarse de todo en casa Mateo Udaldi, marchó directamente á ella.

Ubaldi tenia una de las mejores posadas de Nápoles, y gozaba de una grande reputacion en el oficio. Servia perfectamente, sin quejarse las gentes de que las desollara, y nunca se habia extraviado la menor cosa en su posada; de modo que en cierta ocasion, habiéndose olvidado en ella un viajero una preciosa sortija, la volvió á encontrar al cabo de seis meses. De este modo siempre estaba llena su casa, y muchos viajeros que no encontraban alojamiento en la misma sentian tenerlo que ir á buscar á otra posada. Ubaldi y sus dos principales mozos eran tres bandidos, que ha-

cia mucho tiempo que habian pertenecido á la cuadrilla de Perrone. Conociendo este la necesidad de tener en Nápoles un punto de reunion, que no diese lugar á la menor sospecha habia puesto este establecimiento colocando á la cabeza del mismo á Ubaldi, que anteriormente habia sido fondista de Benavento, exigiéndole una probidad sin límites en todas las relaciones con el público.

Era allí donde tenia las conferencias secretas con los gefes de diferentes cuadrillas que mandaba; y á excepcion de sus tres confederados, nadie le conocia en la casa, mas que bajo el nombre de Geraldi.

Ubaldi le hacia además otros servicios, porque se apresuraba á informarle de la salida de los viajeros que se alojaban en su posada cuando iban cargados de ricas mercancías ó de dinero, así como del camino que debian seguir, y la parte del botin que recibia le indemnizaba de la honradez forzada que usaba en el ejercicio de su profesion.

Cada noche velaban por turno los tres bandoleros; aparentando que lo hacian por el mismo interés de la posada; pero en realidad solo era para que uno de los mismos se hallase siempre dispuesto á recibir á Perrone ó á sus subalternos, que á menudo llegaban cuando menos se creia y casi siempre de noche. Hallábase aquel dia de guardia el mismo Ubaldi, y reconociendo al capitan, cerró la puerta sin hacer ruido y le acompañó al cuarto que ocupaba en el piso bajo.

— ¡Qué dichoso soy de volveros á ver, capitan! Creia que....

—Al hecho, Ubaldi, al hecho: dadme noticias de mis camaradas. ¿Qué se ha hecho de Neri, Rolandi, Accursi, Sacripianti?

—Neri todavia vive, Rolandi y Accursi ya no existen. Han sido asesinados un centenar de vuestros compañeros. Nada sé de Sacripianti.

—¿Dónde está Neri?

—En Nápoles. Habia jurado no salir de la ciudad sin ha-

ber hecho una tentativa para salvaros.

—En esto lo reconozco bien. Es el mas valiente de mis tenientes. ¿Y qué pensaba hacer?

—Un acto de desesperacion. Probar de libertaros á viva fuerza, cuando os hubieran sacado de la cárcel para llevaros á la tortura. Habria reunido unos treinta hombres de los que se hallan ocultos en diferentes parajes de Nápoles. Yo tengo tres de ellos aquí, y los que se han escapado de la mortandad se han reunido al salir de la capital detrás de la montaña del Vesubio.

—Muy bien, es menester participarles que estoy aquí, y que venga á verme.

—Voy á enviarle á Rinaldo.

Al rayar el dia, llegó Neri, y convinieron en que la noche inmediata todos los bandoleros bien armados se reunirian en un lugar convenido, bajo las órdenes de su gefe; saldrian de la ciudad por el camino del Vesubio, y se abririan paso á la fuerza si intentaban detenerlos. Faltaba solamente fijar el lugar de la cita, que era menester fuese lo mas cerca posible á uno de los extremos de la ciudad; á fin de no dar la alarma en el interior de la misma.

Neri propuso las ruinas del palacio Caraffa. Hallábase situado en la calle mayor, por la que se salia de Nápoles dirigiéndose al Vesubio, y era muy fácil ocultarse entre las ruinas que cubrian el solar. Habiendo adoptado Perrone este plan, Neri se separó, despues de haber fijado la hora de la partida para las dos de la madrugada, y empleó todo el dia en los preparativos que debian preceder á la ejecucion del proyecto.

Aunque la marcha se habia fijado á las dos, Neri, como gefe experimentado, llegó una hora antes á la cita, para reconocer el lugar donde podria ocultar su gente á medida que fuese llegando. Hacia algunos instantes que se paseaba entre las ruinas vomitando imprecaciones contra la luna, que despendia mas resplandor del que era menester, cuando vió entrar tres personas en el mismo sitio. No po-

dian ser tres compañeros suyos, porque entre ellos habia una mujer. ¿Qué buscaban á semejantes horas en aquel lugar? Agazapóse detrás de una pared que le ponia al abrigo de los importunos rayos de la luna, y examinó atentamente á los recienllegados.

Acercáronse estos, y mientras los dos hombres se ocupaban en remover algunas piedras, Neri reconoció en la mujer, que á la sazon tenia el rostro vuelto hácia él, y expuesto á la luz del astro que acababa de maldecir, á la hija del virey, que él mismo habia arrebatado del coche el primer dia de la insurreccion, y que en seguida se habia encargado de conducir á casa de Masaniello. Puso mas atencion, y cuando los dos hombres hubieron desembarazado un espacio de dos pies cuadrados, vió á uno de los dos apretar fuertemente el pie contra la tierra; y abriéndose al momento una trampa de hierro, se descubrió la entrada de un subterráneo. El que la babia abierto bajó el primero, dió la mano á Dª. Mencía, y el tercero le siguió. Al cabo de algun rato volvieron á subir los dos hombres, y cerraron la trampa. El uno de ellos salió de las ruinas, y el otro se tendia sobre la misma trampa, en acto de ir á dormir.

Muy lejos estaba Cárlos de pensar en ello. Apenas D. José hubo marchado, vió entrar en las ruinas muchos hombres que se habian ocultado en distintas partes, y no solamente para escapar de sus miradas, sino tambien para vigilar mas cómodamente sus acciones, fingió que dormia. Pero ya hemos visto que Neri le habia descubierto, y de consiguiente, luego que este tuvo reunidos una docena de sus compañeros, dió un ligero silbido, y Cárlos se vió súbitamente rodeado de una docena de bandoleros con puñal en mano. Es verdad que él tenia una pistola; pero ¿qué hubiera sacado de usarla? No podia matar mas que á uno de sus enemigos, y él hubiera quedado expuesto á la venganza de los demas. Fingió dispertarse sobresaltado y poniéndose de rodillas: —¡Señores, señores, exclamó, perdonad á un pobre mendigo, que nada posee en este mundo!

—¿Qué haces aquí? preguntóle Neri.

—No tengo asilo, y queria pasar la noche en este sitio.

—¡Mientes, bellaco!

—Si miento quiero que el cielo....

—¡Calla!

—¿Será preciso matarle, teniente? preguntó uno de los bandoleros.

—No: no se resiste, y ya sabeis las órdenes del capitan; pero es menester ponerlo fuera de estado de charlar.

Pusieron á Cárlos una mordaza, atáronlo de pies y manos, y echáronlo á algunos pasos de distancia dentro de las ruinas. Ápenas se habia terminado esta operacion, cuando llegó Perrone, y Neri le dió cuenta de todo lo que acababa de pasar. Reflexionó algunos instantes el capitan, rascóse la cabeza, y dijo:

—Este es un caso imprevisto, Neri. Es preciso arrebatar á la hija del virey. Cuando la tendremos en nuestras montañas, su padre nos pagará por ella el rescate que bien nos parezca. ¿Qué arriesgamos en ello? Si podemos pasar sin dificultad la puerta, el golpe está dado; si es menester hacer fuego, es verdad que puede alcanzarla un balazo, pero al cabo y al fin habrá una mujer menos en el mundo.

Esta reflexion hizo reir mucho á los bandoleros. Perrone les impuso silencio; y Neri, que habia reparado el lugar en que D. José habia apretado el pie para mover el resorte, abrió sin trabajo la entrada del subterráneo, y bajó en él con el capitan.

¡Cuál fue el terror y la consternacion de Dª. Mencía, viendo entrar dos desconocidos en el asilo donde se creia con tanta seguridad!

—Es menester seguirnos, señora, díjole Perrone.

—¡Seguiros! exclamó. ¿Y á dónde quereis conducirme? ¿Quién sois vosotros?

—Somos enviados de vuestro padre, y os vamos á conducir á sus brazos.

Dª. Mencía pasó repentinamente del temor á la alegría.

—¡Qué felicidad! dijo adelantándose hácia la escalera; pero un movimiento de desconfianza la detuvo. ¿Dónde está Càrlos? preguntó.

—¿Cárlos? dijo Neri ¡Oh! se ha adelantado.

—¡Ha partido! Pero podríamos aguardar la vuelta del que me ha proporcionado este asilo. ¡Qué inquietud será la suya cuando al regresar no me halle aquí!

—Nosotros no podemos aguardarnos un solo momento, señora, respondió Perrone. Corremos grandes riesgos para conduciros á vuestro padre, y á cada instante se aumentan. Además, las órdenes son terminantes, y es menester que las ejecutemos.

Dª. Mencía, incierta ó irresoluta, no sabia que hacerse; pero Perrone tomóla del brazo, y la arrastró hácia la escalera. Siguióle la infeliz casi á la fuerza; pero luego que estuvo fuera del subterráneo, y al resplandor de la luna reconoció entre sus conductores á uno de los bandoleros que se habian apoderado de ella otra vez; y no le quedó ninguna duda acerca del carácter de sus pretendidos libertadores, recurriendo al llanto, á las súplicas y á los gemidos.

Los bandoleros eran hombres á toda prueba para resistir á semejantes armas, y al objeto de que no produjesen efecto alguno sobre los otros, Perrone la tapó la boca con un pañuelo bien apretado; y asegurándose de que se habia reunido ya toda la cuadrilla, dió la órden de marchar.

Tenia entonces bajo su mando diez hombres bien montados, uno de los cuales le cedió su caballo; y quince peones armados de pies á cabeza. Arregló la caballería á tres de frente, colocó en medio á Neri, y echando sobre Dª. Mencía una gran capa, la hizo subir en el mismo caballo de aquel, que la sostenia sobre la silla. El destacamento de infantería marchaba igualmente á tres filas, poniéndose entonces Perrone á la cabeza de su gente.

—¡A la montaña del Vesubio, dijo, y á los Apeninos!

Partieron á un paso regular, al efecto de que los peones

pudiesen seguir á los que iban montados; y al ver el órden y tranquilidad que reinaba en esta tropa, nadie pudiera imaginarse que fuese una cuadrilla de proscritos, que procuraban escaparse.

Una barahunda de quinientos á seiscientos hombres estaba á la puerta de la ciudad, con encargo de reconocer á todos los que salian de ella. Así que Perrone se halló cerca, gritó en alta voz:

— ¡Plaza! ¡Plaza! ¡Llevamos un preso de órden de Masaniello!

Unas tropas regulares, y unos soldados acostumbrados á cumplir su consigna, no se hubieran dado por satisfechos con aquella moneda; pero nadie debe sorprenderse de que un populacho que solo habia tres dias que empuñaba las armas, que veia un prisionero en medio de una tropa que marchaba en buen órden, y para el cual el nombre de Masaniello era un talisman, se dejase engañar con semejante astucia, y abriese en seguida paso á la atrevida turba, que salió sin tener que quemar un cartucho.

Á un cuarto de hora de la ciudad mandó Perrone hacer alto. Dirigiéndose luego á D.ª Mencía, le dijo:

— Señora, nada teneis que temer; antes de acabar el dia el duque de Arcos sabrá donde estais, y lo que debe practicar para volveros á ver cuando las circunstancias le permitan llamaros á su lado. Esto no le costará mas que algunos zequíes, en recompensa del trabajo que nos hemos tomado de guardaros. Voy á desembarazaros de ese pañuelo que os ahoga; pero ¡por vida de san Genaro, que si dais un grito, si pronunciais una sola palabra!... ¿veis esa pistola? ya os digo lo bastante.

D.ª Mencía, mas muerta que viva, nada contextó á semejante cumplimiento. Neri le desató el pañuelo, los peones recibieron órden de reunirse con los compañeros que hallarian en las cercanías de la montaña del Vesubio; y Perrone, haciendo marchar al galope su caballería, tomó con esta y la prisionera el camino de los Apeninos.

CAPITULO XIV.

Je confie à tes soins mon unique tresor.
ANDROMAQUE.

Al salir de la casa de Pedro habia D. José explicado á D.ª Mencía los motivos que les obligaban á buscar otro asilo, aunque no quisiesen permanecer mas que algunas horas en la ciudad antes de ejecutar el proyecto que habian formado para salir de ella.

— ¿Y hasta que llegue este momento, en qué retiro nos ocultarémos? preguntó D.ª Mencía.

— En las entrañas de la tierra, contextó D. José es donde quiero confiar lo que ella tiene para mí de mas precioso: debajo las ruinas del palacio de mis antepasados pretendo esconder á la que un dia será su mas precioso adorno. ¿Tendriais valor para permanecer algunas horas en un subterráneo?

— Solo temo caer en las manos de los revoltosos, en cuyo poder si me hallara, podrian arrancar á mi padre condiciones contrarias á su deber y á su honor. Pero si este asilo es seguro, ¿porqué nos hemos de exponer á nuevos peligros? Porqué no puedo permanecer en él hasta que terminen las conmociones que agitan esta desgraciada ciudad?

— ¡Es imposible! dijo D. José; este subterráneo, jamás ha sido destinado para habitarse. Nuestra familia le llama *el Tesoro*. No hay en él otros muebles mas que dos arcas de hierro, en las cuales siempre tenemos el producto adelantado de dos anualidades de nuestras rentas, y un gran armario, tambien de hierro, que contiene los títulos de nuestra propiedad. La luz del dia solo penetra en aquel sitio por dos lumbreras que dan sobre un pequeño patio interior y que tal vez estarán tapadas por las ruinas. No podeis pues

pensar en quedaros en aquel lugar mas tiempo que el de absoluta necesidad. ¿Quién puede saber por otra parte lo que durará esta insurreccion, y cuales serán sus resultados?...

Llegaron á las ruinas, y bajaron en *el Tesoro*, que verdaderamente lo era entonces para D. José. El local se reducia á una pieza de unos seis pies cuadrados, y que no tenia mas elevacion que la necesaria para que un hombre de alta talla pudiese estar en pie. Para preservar aquel sitio de la humedad, perjudicial á los interesantes papeles que estaban en él archivados, habían tenido la precaucion de colocar un entarimado de madera á medio pie del suelo.

Á mas del armario y las dos arcas de hierro, habia una silla, y la luz entraba en aquel recinto por una sola lumbrera, por hallarse obstruida otra por los escombros del edificio.

Para dar cima á su proyecto, les faltaban los vestidos necesarios. Cárlos queria encargarse de buscarlos; pero D. José, temeroso de que un mendigo cubierto de harapos, comprando dos vestidos no pareciese sospechoso, resolvió emprender por sí mismo semejante aventura. Dejó á Cárlos, diciéndole que lo aguardase en las ruinas, y que si acaecia algun accidente durante su ausencia, vigilase sobre todo por la seguridad de D.ª Mencía.

Las tiendas situadas al rededor del mercado de Nápoles abríanse siempre antes de amanecer, para facilitar á la gente del campo que traia sus comestibles el medio de comprar lo necesario antes de marcharse. Allá fue donde se dirigió D. José, pero tuvo que aguardar mas de tres horas antes de hallar una prendería abierta. Entró en ella, cuando los vendedores de legumbres apenas empezaban á llegar; escogió dos vestidos iguales á los que ordinariamente llevan los labradores, pagó sin regatear, no sin admirarse el prendero, el precio que le pidieron por ellos, y se marchó con la misma rapidez que si hubiese robado cuanto acababa de comprar.

Comenzaba á rayar la aurora, cuando entró en las ruinas de su palacio, lleno de esperanza de poder salvar á la que adoraba. Llamó en voz baja á Cárlos, á fin de mudarse ambos los vestidos, antes de hacer salir á D.ª Mencía del subterráneo. Sorprendido por aquel silencio, se adelantó hácia la trampa, y quedó herido como de un rayo hallándola abierta.

Su primer pensamiento fue acusar á Cárlos. Habia dicho delante de él que aquella cueva encerraba considerables sumas, y sospechó que se habia aprovechado de su ausencia para apropiarse una parte de ellas. Pero tal vez todavía se hallaba dentro D.ª Mencía. Bajó con precipitacion los once escalones, vió que no estaba dentro, mas las dos arcas se hallaban intactas, y parecia que no habian hecho tentativa alguna para forzarlas.

Volvió á subir á las ruinas, y sentóse sobre un monton de escombros, cuando le pareció oir cierto rumor á alguna distancia.

Escuchó atentamente, y aseguróse de que no se engañaba. Acercándose al lugar donde le parecia haber oido el ruido, encontró á Cárlos, que no teniendo libre mas que el uso de sus oidos, lo veia y escuchaba todo, y hacia grandes esfuerzos para hacerse ver y oir. Echóse en cara las injustas sospechas que habia formado contra Cárlos, y luego que le hubo devuelto la libertad de sus miembros, y el uso de la palabra, supo cuanto acababa de acontecer.

— ¡Desventurada D.ª Mencía! Dijo D. José. ¿Sabeis dónde la conducen esos malechores?

— Sí: he oido decir á Perrone cuando daba la órden de marchar, *¡á la montaña del Vesubio y á los Apeninos!*

— ¡Vamos! es preciso seguirlos; es menester libertarla, ó perecer en la empresa.

— Si, es menester libertarla, y guardarnos de perecer, porque si perecemos, ¿quién la salvará? No debemos emplear la fuerza, sino la astucia y el dinero. Y á propósito de dinero, ¿no me habeis dicho que vos lo teneis dentro de esta cueva?

— Sí.

— Pues bien, tomemos una porcion de él, porque podemos necesitarlo.

Acabando de decir esto, bajaron de nuevo los dos en el subterráneo.

— He aquí unas arcas endemoniadamente sólidas, dijo Cárlos. Será preciso quebrantarlas. ¿Teneis la llave de ellas?

— No es menester, respondió D. José y tocando un resorte que habia detrás de cada una de las mismas, levantóse por sí sola la cobertera.

— ¡San Genaro! exclamó Cárlos retrocediendo asombrado á la vista del oro. ¡He aquí una cosa capaz de dar terribles tentaciones! Vamos, vamos, despachaos.

— Llenad vuestras faltriqueras, Cárlos. Si algun suceso imprevisto nos separase, es menester que podais trabajar sin mí, para libertar á D.ª Mencía.

— Bien dicho. Pero antes de todo conviene mudar de vestido para que no nos olvidemos el oro sobre los que llevamos puestos, aunque yo no creo mi memoria capaz de semejante descuido.

Pusiéronse los vestidos que D. José habia comprado; llenaron sus bolsillos completamente de oro; cerraron el arca, y en seguida la trampa, y permanecieron ocultos entre las ruinas, hasta que viendo un grupo numeroso de campesinos que venian del mercado, y que regresaban á algun lugar inmediato á la montaña del Vesubio, mezcláronse con ellos, y salieron de Nápoles sin excitar la menor sospecha.

Caminaron silenciosos sin poder trazar plan alguno para libertar á D.ª Mencía, porque para ello era preciso saber de fijo el sitio donde se hallaba detenida; quienes eran los guardianes encargados de vigilarla, y que precauciones habian tomado para conservarla prisionera: no siendo fáciles de adquirir todas estas noticias preliminares, pensaba cada uno por su parte los medios de procurárselas.

Conversando con los labradores acerca los negocios públicos, supieron cuanto ocurria en Nápoles.

— Esto era demasiado bueno, dijo uno de aquellos, y yo sabia bien que no duraria. ¡Abajo los impuestos! ¡Fuera gabelas! Si, esto es bueno para decir, y ya tenemos uno restablecido.

— ¿Y cuál es? ¿Cuál es? dijo otro. ¿La tasa que Masaniello acaba de imponer sobre los comestibles que entran en Nápoles? Esto no monta la vigésima parte de lo que pagábamos la última semana.

— Todo tiene principio, replicó el primero. Cuando plantais una col, no tiene mas que tres hojas, y con el tiempo se hace cogollo.

— ¡Vaya! ¡vaya! dijo un tercero, rogad á Dios que gobierne siempre Masaniello, y estaremos mejor que nunca.

— ¿Y quien le impide poder gobernar siempre? No tiene acaso treinta piezas de artilleria asestadas contra Castel-lo-Nuovo? ¿Porqué no lo ataca pues?

— Teneis razon: es Genuino quien se lo impide, pretende que esto seria una rebelion.

— ¡Una rebelion! El virey es el que se ha rebelado. La autoridad de Masaniello está reconocida, y el Almirante de la flota que acaba de llegar de España le ha dado el título de gefe del pueblo.

— ¿Estás seguro de ello?

— Me hallaba en la iglesia del Cármen cuando han leido su carta. Pedia á Masaniello el permiso para hacer comprar provisiones para los marineros.

— ¿Y ha consentido en ello?

— Sí, con la de condicion que no entraria dentro del puerto.

— ¿Y acaso con esta flota envian socorros al duque de Arcos?

— ¡Vaya una idea! Como si ya pudiesen saber en España lo que aquí pasa! No, no.....es..... ¿qué sé yo? es para probaros que él es gefe y que tiene razon para serlo.

Los aldeanos tomaron una encrucijada, para ir á su pueblo. D. José y Cárlos se quedaron solos, y continuaron siguiendo el camino real.

Hallábanse dos horas distantes de Nápoles, y á punto de llegar al pie de la montaña del Vesubio, cuando vieron á poca distancia un cuerpo de infantería que se adelantaba en buen órden; y como la carretera hacia un recodo en aquel sitio, no lo repararon hasta que estuvieron á treinta pasos.

—No me gusta este encuentro, dijo Cárlos, el cual al salir de Nápoles se habia desembarazado del parche y de la venda que le tapaba la mitad del rostro. Si quereis creerme continuemos á través de los campos.

—Esto seria hacernos sospechosos, respondió D. José, y vale mas demostrar valor. ¿Qué podemos temer con el traje que llevamos?

El cuerpo de ejército era de quinientos hombres españoles, que venian de Capua y que el virey habia hecho venir sobre Nápoles.

A la verdad no hubieran pensado en arrestar á dos pacíficos labradores que viajaban solos; pero desgraciadamente D. José reconoció en el coronel de aquel cuerpo uno de sus amigos el conde de Moncada. Acudióle súbitamente la idea de que podria determinarle á perseguir con su tropa á los bandoleros que habian robado la hija del virey, y fuese directamente á él, diciendo á Cárlos que le siguiera.

Quedó sorprendido Moncada al ver que se le acercaban dos labradores; pero, suponiendo que podian tener que darle alguna noticia importante, mandó hacer alto, y al momento reconoció al que se le presentaba.

—¿Será posible? exclamó: ¡quien me hubiera dicho que debiese sentir el hallarme á la presencia de D. José Caraffa! ¿Que fatalidad os ha conducido aquí?

Refirióle brevemente D. José el peligro que amenazaba á D.ª Mencía y la necesidad de socorrerla.

—D. José, dijo Moncada, vos sois hombre de honor,

y por consiguiente creo muy bien cuanto acabais de decirme, pero un militar no debe obedecer mas que su consigna. La que yo he recibido me llama á Nápoles para cooperar al restablecimiento del órden, de concierto con un regimiento de tropas alemanas que ya debe haber llegado allí.....

— Y que ha hecho traicion al virey, tomando el partido de los rebeldes.

— No importa: mi deber es dirigirme á Nápoles, y lo efectuaré. Pero todavía debo llenar otro mas cruel. Ya sabeis, D. José, que existe contra vos una órden de arresto, y me veo obligado á declararos que sois mi prisionero.

D. José se arrepintió vivemente de no haber seguido el consejo de Cárlos, ó á lo menos de no haber continuado el camino sin hablar al coronel; pero ya era tarde. Respondió que se hallaba pronto á seguir preso, pero instóle de nuevo para que destacase una partida de soldados á la persecucion de los bandidos. Moncada fue inmutable, y no quiso consentir en disminuir el número de su tropa.

— A lo menos espero, dijóle D. José enseñándole á Cárlos, que permitireis á este hombre que siga las huellas de los bandoleros, y que procure descubrir el sitio donde ocultan la hija del virey.

— No hay inconveniente. Si al mismo tiempo desea una escolta de un cabo y cuatro fusileros, yo tomaré sobre mi...,

— No, no, no,..... dijo Cárlos: esta escolta me seria mas dañosa que útil. Así pues, ¿me es permitido marchar?

— Sí.

— Mil gracias, caballero. Adios, Sr. D. José, confiad en mis buenos servicios. ¡Os juro por san Genaro que ya vereis como no salvasteis del presidio á un ingrato!

Diciendo esto, tomó el camino de la montaña del Vesubio, y la tropa emprendió la marcha hácia Nápoles. No habria llegado esta á media legua de la ciudad, cuando se vió llegar una inumerable multitud, despidiendo grandes gritos, precedida por tres piezas de artillería. Mandó el coronel

hacer alto á la tropa, y formóla en batalla.

Creyendo que tendria que habérselas con una muchedumbre indisciplinada, á la cual pondrian en vergonzosa fuga unos cuantos fusilazos, hizo sus preparativos para la carga; pero al mismo tiempo vió abrirse las masas del pueblo y formar dos alas inmensas, que extendiéndose por la campaña, amenazaban envolverlos; mientras que el centro se hallaba ocupado por el regimiento de tropas alemanas que estaban entonces al servicio de Masaniello.

Tan lleno de bravura como de honor, el conde de Moncada, quiso probar á abrirse paso por entre aquella coluna para avanzar hácia Nápoles. Dió la órden de atacar, pero no fué obedecida. Sus soldados se desbandaron, los unos tomando la fuga por los campos, y los otros hácia la montaña del Vesubio; pero casi todos cayeron prisioneros y fueron desarmados. Viéndose el coronel batido, no queriendo huir, y no pudiendo defenderse, rompió su espada para no tenerla que rendir; y despues de haber tirado lejos sus pedazos, fué hecho prisionero por Arpaya.

No es menester decir que Masaniello habia recibido aviso de la marcha de aquel cuerpo, y que al mismo instante habian salido de Nápoles á su encuentro veinte mil hombres. Nadie debe admirarse de que tuviese á su disposicion tan considerables fuerzas, si se atiende á que todos los historiadores contemporáneos, dicen que en aquella época habia en Nápoles mas de cien mil hombres armados, una parte de los cuales eran habitantes de los pueblos de los alrededores.

Esta derrota fue obra de pocos momentos. Verificóse con tanta prontitud, que D. José, que habia marchado siempre al lado del coronel, no tuvo tiempo para reflexionar lo que debia hacer, y estaba junto al mismo, cuando llegó Arpaya.

Este le reconoció al punto.

— ¡Hola! ¡hola! ¡otra vez os encuentro! ¡y en las filas de nuestros enemigos! dejadme hacer. Ya os habeis escapado



dos veces, pero la tercera pagará por todas. Hízole maniatar y colocarlo en medio de una escolta de soldados alemanes regresando en seguida á Nápoles con mas de cuatrocientos prisioneros.

CAPITULO XV.

C' est un double plaisir de tromper un trompeur.
LA FONTAINE.

Al dia siguiente, dispertóse Pedro á las tres de la madrugada, y creyendo profundamente dormidos á sus huéspedes, hizo levantar á sus tres hijos, colocándolos de centinela á la puerta, la que habia cerrado cuidadosamente, y pensando como emplearia la recompensa prometida, que ya contaba en su poder, fuese á casa de Domingo. Tuvo que llamar largo rato á su puerta antes que se dispertara, y asomóse á la ventana.

—¿Qué es lo que te trae tan de mañana por aquí? preguntóle.

—Abre pronto, Domingo, abre pronto: tengo que participarte grandes novedades: el negocio es urgente.

El tocador de Domingo no fue largo, y en menos de dos minutos abrió su puerta.

—¿Y qué novedades son estas?

—Es menester que me procures el poder hablar al momento con Masaniello.

—¿Con Masaniello? ¿Y para qué?

—Para que haga contar á mi favor cuarenta y dos mil ducados.

—¿Tan de mañana estás borracho?

—No, no; pero esta noche he ganado con que poderme emborrachar todos los dias de mi vida.

—¿Querrás explicarte mas claro?

—Puedo hacer pescar en una sola red al gefe de los bandoleros Perrone, y á la hija del virey.

—¿Sabes acaso donde se hallan?

—Sí, y puedo entregarlos sin riesgo.

—¿Y dónde están?

—Despacio, amigo Domingo, despacio, con mucho gusto te lo diria. Ya sabes que para tí no tengo nada oculto; pero como yo mismo me conozco algo charlatan, y he temido encontrar algun diestro bribon, que despues de haberme sonsacado mañosamente fuese á dar parte antes que yo, y asegurase de este modo la recompensa que se me debe, he hecho voto á san Genaro de no revelar este secreto á otro que á Masaniello; yo soy demasiado concienzudo para faltar á mis promesas, y tú no lo querrás tampoco, querido Domingo.

—Pues bien, partamos. No sé precisamente donde poderle hallar á esta hora; pero yendo á la iglesia del Cármen nos dirán donde se halla.

Fueron allí, y Masaniello ya se hallaba en ella. Este hombre extraordinario parecia tener una cabeza de fuego sobre un cuerpo de yerro. Nada eran para él las necesidades de la naturaleza.

Habia tres dias que no tenia otro lecho mas que las tablas de la sacristía, sobre las cuales dormía dos ó tres horas con interrumpido sueño. Revestido á la vez de todos los poderes civiles y militares, se mostraba experimentado general, hábil administrador é íntegro juez. Nacido en otra clase, y con distinta educacion, hubiera probablemente sido uno de los hombres mas célebres que el universo hubiese visto jamás. No conocia las leyes, ni procuraba saberlas; pero sus fallos nunca eran injustos, aunque comunmente fuesen rigurosos en extremo.

Su excesiva severidad parecia aumentar progresivamente, y al cuarto dia de su usurpado poder, la muerte era el castigo ordinario del robo ó de la contravencion á alguno de sus reglamentos de policía, en una palabra del menor de-

lito. Si hubiese publicado un código, sus leyes se hubieran escrito con sangre como las de Dracon. Habia dividido Nápoles en ocho cuarteles tenia un gefe que recibia las órdenes de él, ó de sus cuatro lugartenientes. El pueblo estaba regimentado por compañías de cien hombres cada una, los que nombraban entre ellos cuatro oficiales, que eran pagados puntualmente cada tarde. Supo durante la noche, que un cuerpo de tropas españolas se habia puesto en marcha desde Capua para Nápoles, y acababa de dar las órdenes oportunas para hacer salir una fuerza suficiente que lo destruyera, cuando Domingo le presentó á Pedro, quien le refirió su historia. Masaniello no estaba seguro de que las dos personas sospechosas fuesen precisamente los dos sujetos que buscaba; pero diversas circunstancias se reunian para hacérselo probable, y por lo mismo dió órden á Vitale que inmediatamente acompañase á Pedro á su casa con una fuerte escolta, y se llevasen á las dos personas que habian ido á refugiarse en ella, como y tambien al que los habia conducido.

—Y bien, dijo Pedro á sus hijos que se hallaban de faccion en el misma sitio en que los habia dejado, ¿qué hacen nuestros prisioneros?

—Duermen tranquilamente, contextó el mayor, por que he ido varias veces á escuchar á la puerta de su cuarto y no he oido el menor ruido.

—Subamos, subamos, dijo Vitale, yo sabré perfectamente dispertarles.

Pedro los condujo desde luego al cuarto de D.ª Mencía, y habiendo llamado Vitale á la puerta, nadie respondió.

—¡Señora! ¡señora! ¿Pero de qué sirven tantos cumplimientos? Y al decir esto derribó de una patada la puerta, y halló desocupado el cuarto. Fueron en seguida al otro en que dormian D. José y Cárlos: la cama no estaba desarreglada, la vela se conservaba casi entera, y era evidente que los tres sujetos sospechosos habian abandónado la casa mucho antes que Pedro saliera de ella.

Cuando Masaniello oyó esta relacion, inclinóse á creer que los fugitivos eran efectivamente doña Mencía y Perrone, aunque su natural inteligencia le demostrase la imposibilidad de una asociacion de intereses entre la hija del virey y el gefe de los bandoleros.

Dió inmediatamente órden para que se redoblase la vigilancia en todas las puertas de Nápoles, é hizo publicar nuevamente su bando.

Disponíase Pedro á salir de la iglesia sumamente descontento de haber perdido la recompensa que creia segura, cuando fue repelido por una muchedumbre que se precipitaba dentro gritando: —¡El arzobispo! ¡el arzobispo!

Este digno prelado, respetado igualmente por los dos partidos, habia obtenido de Masaniello el permiso de entrar y salir libremente de Castello Nuovo cuantas veces lo creyese oportuno. Por este medio era á la vez el embajador de las dos potencias beligerantes, ó si se quiere, una potencia neutral que llenaba con integridad, y sin el menor interés personal, las nobles funciones de mediador, cosa sumamente rara en política.

En aquel momento llegaba de Castello Nuovo, y venia á participar á Masaniello que el virey habia reunido su consejo para deliberar acerca de todas las concesiones que pudiese hacer al pueblo, y que durante el dia le haria saber su resultado.

—El pueblo no solicita concesion alguna respondió Masaniello, y lo que pide, no debe sujetarse á deliberacion. Quiere lo que le pertenece, los privilegios concedidos por Cárlos V, es menester que el virey jure en vuestras manos, y á la faz de todo el pueblo, que sus privilegios nunca serán violados.

—Tal vez esta será la resolucion. Tomad un poco de paciencia. En nombre del Dios de paz y de misericordia, os pido que no os precipiteis con acciones hostiles, que podrian concluir haciendo imposible toda conciliacion. El plazo de algunas horas no es muy largo; pero ínterin,

el virey se halla enteramente desprovisto de agua y de víveres, y he prometido que abogaria cerca de vos para que se los procureis. La caridad cristiana os obliga á ello.

Espero que vuestra Eminencia me perdonará si le digo, que la caridad cristiana me impone el deber de impedir que el duque de Arcos pueda en lo sucesivo hacer morir al pueblo de hambre y de sed, sobrecargándolo con impuestos y tasas arbitrarias. Si en este momento sufre, no acuse mas que á su loca obstinacion. Pasadas veinte y cuatro horas....

En aquel instante dejáronse oir fuera la iglesia unos gritos tan penetrantes de alegría y ardientes aclamaciones, que Masaniello se vió obligado á interrumpir su discurso. Nuevas masas del pueblo se precipitaron en el templo, y no sin muchísimo trabajo penetró en él Arpaya seguido de una escolta de soldados alemanes, en medio de los cuales marchaba el conde de Moncada y D. José, quienes á duras penas pudieron llegar hasta Masaniello.

—Cuatrocientos prisioneros, dijo Arpaya: el resto ha huido; no se ha quemado un cartucho, ni ha muerto un solo hombre, á no ser que querais ahorcar á estos dos: el uno es coronel de esos perros españoles, y el otro es el que se ha escapado dos veces: la una de la caverna, y la otra de la torre de san Lorenzo.

—¡Es Perrone! exclamó Pedro, le reconozco: es e que anoche estuvo en mi casa.

—¡He, no! dijo Domingo, es el que de concierto con Cárlos sacó la hija del virey de la cabaña de Masaniello, á donde con órden suya la habia acompañado con Neri.

—¡Silencio! gritó Masaniello: le reconozco. Es el que se hallaba con la hija del virey cuando Genuino la reconoció dentro de esta iglesia. Pero antes de todo tengo que terminar un negocio con el cardenal.

Decia pues á vuestra Eminencia que hace veinte y cuatro horas estoy resistiendo á los deseos del pueblo que pide el ataque de Castello Nuovo; pero, si hoy antes de medio dia

no nos ha satisfecho el virey, juro en nombre de Dios que mandaré el asalto. ¡Y que nadie me diga que esto sea un acto de rebelion! Hablad, napolitanos. ¿Sois rebeldes?

— ¡No, no! gritaron de todas partes.

— ¿Sois fieles á Felipe IV, rey de España y de Nápoles?

— ¡Sí, sí, lo somos!

— Ya le oye vuestra Eminencia. Al marchar contra el duque de Arcos, tomarémos por bandera el retrato del rey. Cada descarga de artillería dirigida contra Castello-Nuovo, irá acompañada de un grito general de ¡Viva el rey Felipe IV! ¿Quién se atreverá á decir que somos rebeldes? Ruego pues á vuestra Eminencia que vayan desde luego á participar al virey mi determinacion y la del pueblo de Nápoles. Traednos antes del medio dia la confirmacion de los privilegios de Cárlos V., y no estaremos mas en guerra, reconociendo desde luego la autoridad del virey. Que no se duela pues, de la falta de víveres que experimenta, cuando está en su mano el hacerla cesar al momento. Arpaya, conducid á los soldados prisioneros al fuerte de san Telmo. Que nadie les maltrate; pero encargad á Pione que los vigile cuidadosamente. Coronel, sin duda sois hombre de honor: quedais prisionero bajo vuestra palabra; vais á ver nuestras armas, nuestros pertrechos y municiones, nuestras tropas y las disposiciones que hemos tomado para atacar á Castello Nuovo, á donde en seguida ireis con su Eminencia, y dareis el parte que querais al virey; pero si este rehusa la paz, regresareis aquí. ¿Me lo prometeis?

— Os doy mi palabra.

— Ahora, D. José, adelantaos. La familia Caraffa ha sido siempre amiga del pueblo. Vuestro hermano ha perdido la vida por un primer movimiento de efervecencia popular. Hubiera querido salvarle, del mismo modo que os he salvado á vos. ¿Es el deseo de vengaros que os ha conducido entre las filas de nuestros enemigos? ¿Porqué os han encontrado con los españoles?

— Era su prisionero, nadie ignora en Nápoles que el vi-

rey habia decretado mi prision, y el coronel Moncada esta mañana ha ejecutado la órden al tiempo que yo iba á socorrer á doña Mencía la cual al amanecer habia sido robada por Perrone.

— Es verdad, dijo el coronel.

— ¡ Perrone! repuso Masaniello.

— ¿ El qué se hallaba anoche en casa de Pietro?

— No. Era yo que tuve la fortuna de hacerla salir de la casa de un vil delator, pero mi mala estrella hizo que Perrone descubriera el asilo en el cual la creia segura, y que la arrebatase durante mi ausencia.

— ¿ Y dónde se halla ahora?

— En marcha para los Apeninos.

— Juro en nombre de Dios que el infame será castigado de todas sus maldades; pero antes de todo es menester cuidar de que se reconozcan los derechos del pueblo. D. José, ¿ os hallais en estado de perdonar á los que han manchado sus manos con la sangre de vuestro hermano?

— Es obligacion de todo buen cristiano, dijo al cardenal Filomarino.

— Esto es penoso, dijo D. José, mas sabré cumplirlo. Sí, los perdono; ¡ y ojalá les perdone Dios como yo!

— D. José, sois libre; pero vais luego á acompañar á su Eminencia á Castello-Nuovo. Dareis cuenta al virey de la suerte de su hija y de los peligros que la amenazan. Tal vez el deseo de socorrerla contribuirá á inspirarle sentimientos pacíficos. Vitale, haced que abran paso á su Eminencia el cardenal arzobispo de Nápoles, y acompañadlo hasta Castello-Nuovo.

Acercóse al arzobispo, besóle respetuosamente la mano, y en seguida lo vió salir de la iglesia precedido por Vitale, y acompañado de D. José y del coronel Moncada.

Genuino no estaba presente en esta asamblea. Ocupábase en aquel momento nombrando por órden de Masaniello un electo ó magistrado de policia en cada uno de los ocho cuarteles de Nápoles, y en hacerlos reconocer bajo esta calidad.

Para ocupar estas plazas buscó cuidadosamente personas aparentemente adictas á la causa del pueblo; pero que como él favoreciesen el partido del virey.

Mientras Masaniello aguardaba el regreso del cardenal Filomarino, tomó todas las disposiciones necesarias para atacar al medio dia Castello-Nuovo, si antes de esta hora no recibia una pacífica y decisiva contextacion.

CAPITULO XVI.

Aux armes, citoyens,
Formez vos bataillons,
Marchez, qu' un sang impur
Abreuve vos sillons.

La Marseillaise.

Algunos consejeros y nobles de la corte del virey habian buscado, lo mismo que este, un refugio en Castello-Nuovo, desde los primeros momentos de la insurreccion. Hallábase deliberando con ellos sobre el partido que debia tomar en tan difíciles y críticas circunstancias, cuando partió el cardenal para proponer á Masaniello una especie de armisticio de veinte y cuatro horas, y obtener provisiones.

Pensó que el fuego de la sedicion se extinguiria por sí mismo, como habia acaecido varias veces en tiempo de sus predecesores. ¿ Qué podia temer de un populacho indisciplinado, sin gefes, sin armas, sin seguir otros movimientos que los de un ciego furor incapaz de formar un plan combinado, y de ejecutarlo con perseverancia? Temia únicamente que alguno de los principales nobles del reino se colocase á la cabeza de la insurreccion, y por lo mismo vió con un secreto placer el incendio de los palacios de la misma nobleza, cuyos intereses se hallaron separados por este medio de los del pueblo. Pero cuando supo la toma del fuer-

te de san Telmo, y de la torre de san Lorenzo, puestos importantes, que hacian dueños de la capital á los sublevados; cuando supo el pillaje de su palacio, de los monasterios y arcas públicas, que ponia á disposicion de los mismos considerables sumas, el desarme de todas las embarcaciones que se hallaban en el puerto, que les proporcionaba una formidable artillería, la defeccion de tropas alemanas que ponia á las órdenes de los revoltosos hombres capaces de darles ejemplos y lecciones de disciplina; y en fin, el nombramiento de un gefe, al cual todos obedecian, y que no obstante de parecer un hombre despreciable, daba incontestables pruebas de su extraordinario talento natural, le hizo pensar que su situacion exigia serias reflexiones.

El fuego de la insurreccion podia esparcirse desde Nápoles por todas las provincias; el ejemplo del regimiento aleman le hacia sospechar de las otras tropas asalariadas que se hallaban en el reino, y no podia aguardar socorros de España sino despues de mucho tiempo.

El dia primero de la insurreccion se le permitió introducir víveres, y pudo despachar algunos mensajeros; pero desde el dia inmediato bloqueáronle tan estrechamente, que ni un solo hombre habia podido salir del castillo; y le fueron negadas todas las provisiones, despues de veinte y cuatro horas, así como obstruidos los acueductos que conducian el agua á la fortaleza; no teniendo otra que la de un pozo poco abundante que tuvo que mandar custodiar por centinelas para hacerla distribuir económicamente. La víspera se vió forzado á reducir su tropa á tres cuartos de racion; y empezando á murmurarse, los oficiales le participaron que temian una sedicion militar.

A estos motivos de general inquietud, se añadia una causa que particularmente le tocaba de cerca. Esta era la incertidumbre que sufria por la suerte de su única hija D.ª Mencía. El cardenal Filomarino, de cuya veracidad no podia dudar, le habia asegurado que no estaba en poder de Masaniello; pero se ignoraba que se habia hecho de la misma. La

idea de los peligros á los cuales podia verse expuesta, le ocupaba sin cesar y le despedazaba el corazon; pero conocia que nada podia hacer, ni menos recibir noticia alguna mientras permaneciese en tan crítica situacion.

Para salir de ella, deseo concluir á todo trance un arreglo con los insurreccionados. Tal vez no dejaba de pensar que las concesiones que podia otorgar al pueblo no serian obligatorias, pues que las arrancaria la fuerza; pero no queria cargar solo con la responsabilidad, y cabalmente por este motivo acababa de reunir su consejo para obrar segun su resolucion.

Los consejeros que tomaron primeramente la palabra, opinaron que las circunstancias imponian la ley de ceder al pueblo, y era indispensable restituirle los privilegios que le habia concedido Cárlos V. ¿Y en qué consistian estos privilegios? Principalmente en no poderse imponer ninguna tasa sin el consentimiento de los estados. Poco despues de un siglo que los estados no habian rehusado un don gratúito. ¿Porqué rehusarian las tasas que era necesario imponer? ¿Acaso un virey carecia de medios para que su voluntad prevaleciese en semejantes asambleas? D. Luis de Haro, jóven español, lleno de fuego y de valor, declamó vivamente contra este dictámen, que calificó de pusilanimidad. Los sublevados, dijo con fuego, son fuertes por nuestra debilidad; son atrevidos por que no experimentan la menor resistencia. Haced disparar contra ellos los cañones del castillo, verifiquemos en seguida una salida á la cabeza de nuestras tropas: les vereis huir en todas direcciones, y bastará para restablecer la tranquilidad en Nápoles, mandar ahorcar algunos cabecillas de la insurreccion.

Este dictámen fue combatido con bastante calor, y cuando avisaron la vuelta del cardenal Filomarino, todavía duraba la discusion. Entró este en la sala del consejo seguido del coronel Moncada y de D. José. Nadie reparó en este último, al que por el traje que vestia le creian un diputado de los sediciosos; y así es que no se ocuparon mas que de

enterarse del mensaje que estaba á cargo del arzobispo. El conde de Moncada tomó en seguida la palabra, dió cuenta del estado de la ciudad de Nápoles, de las fuerzas de los rebeldes, del órden que reinaba entre ellos, de la ciega obediencia á su gefe, y declaró, bajo palabra de honor, que creia que toda resistencia no conduciria á otra cosa que á una inútil efusion de sangre.

Su discurso habia hecho alguna impresion, hasta en aquellos miembros del consejo que parecian mas decididos á no acordar al pueblo concesion alguna, cuando se oyó un ruido extraordinario en la plaza inmediata al castillo. Hacian retirar la muchedumbre confusa que la llenaba, gentes armadas con fusiles, que marchando en buen órden, tomaban una posicion militar. Una batería de seis piezas de artillería estaba asestada contra la puerta. Detrás de aquella hallábase formado el regimiento de tropas alemanas, y veíase á Masaniello recorrer las filas infundiendo un nuevo entusiasmo.

Esta vista, terminó la discusion. D. Luis de Haro se convenció que no era posible triunfar contra semejantes fuerzas, y ya no se trató mas que de redactar una declaracion que pudiese satisfacer al pueblo.

Acababan de dar las doce de la mañana en el reloj del castillo. El cardenal se precipitó hácia una gran ventana que daba sobre la plaza, arrimóse al antepecho, y extendiendo los brazos llevando en la mano un pequeño crucifijo, hizo seña de que queria hablar. Masaniello impuso silencio, y esta órden fue ejecutada al instante.

—¡La paz! ¡la paz! exclamó en alta voz el arzobispo, se han acordado al pueblo todas sus peticiones se está redactando el acta de ellas, yo mismo os la traeré dentro de algunos instantes.

—Á la iglesia de nuestra señora del Cármen, gritó Masaniello. Es menester que la lectura se verifique solemnemente delante del pueblo y á presencia de Dios.

Suspendióse el ataque, pero no por eso dejaron de conti-

nuarse los preparativos con igual actividad; de modo que se vió claro que no eran suficientes vanas promesas para calmar al pueblo. Fue preciso pues redactar el acta de modo que se le diese completa satisfaccion. El duque de Arcos declaraba en ella formalmente, que desde aquel dia se restablecian en el pueblo de Nápoles todos los privilegios que le habian sido acordados por Cárlos V; que se suprimian todos los impuestos establecidos posteriormente al reinado de este monarca; que se concedia una completa amnistía para todo cuanto habia pasado desde el 7 de julio (evitándose emplear la palabra sublevacion ó rebelion) que se obligaba á obtener el que por parte de la corte de España, se ratificase el tratado; y hasta verificarse reconoceria á Masaniello como gefe del pueblo, dejándole en posesion del fuerte de san Telmo, y de la torre de san Lorenzo. Por último: que al dia siguiente iria á la iglesia de nuestra señora del Cármen acompañado de su consejo, para jurar el cumplimiento de este tratado. En seguida el virey lo entregó al arzobispo, no solamente autorizado con su firma, si que tambien con la de todos sus consejeros, y dirigiendo desde lejos la palabra á D. José, al cual todavía creia un plebeyo:—Buen hombre, le dijo, manifestad á vuestros compañeros lo satisfecho que me hallo de ver restablecida la paz.

—¿Es decir, que V. E. no me reconoce? dijo D. José.

Acercóse entonces á él el virey, y examinándole mas detenidamente.

—¡D. José Caraffa! exclamó, ¿y porqué llevais este disfraz?

—Daré cuenta de ello á V. E., cuando conoceré los principales acusadores que os han conducido á decretar mi prision, siendo así que pudiera justificarme de sus deposiciones. Aqui teneis á vuestro prisionero; pero en este momento tengo que hablaros de un negocio mas importante. Vuestra hija....

—¡Mi hija! ¿acaso teneis noticia de ella? ¿sabeis donde se halla?

Interrumpieron esta conversacion unos gritos tumultuosos que se oian en la plaza. El pueblo impaciente, viendo que no salia el cardenal, creyó que lo querian engañar: asomóse este segunda vez á la ventana, enseña desde allí el papel que tenia en la mano, y pide permiso al duque de Arcos para partir inmediatamente.

El coronel Moncada y D. José se quedaron en el castillo. El uno estaba libre de su palabra por la declaracion que el virey acababa de firmar, y el otro no habia empeñado la suya.

Entonces D. José refirió detalladamente al duque de Árcos todos los peligros que habia corrido Dª. Mencía, asi como el que á la sazon le amenazaba. Moncada dijo que si le daban dos ó trescientos hombres de la guarnicion del castillo, iria en seguida en busca de los bandoleros, y que los perseguiria hasta en sus propias guaridas. D. José apoyó vivamente esta resolucion; pero el duque despues de reflexionar un momento, rehusó adoptarla. Todavia no estaba bien cimentada la paz para debilitar de la mitad de sus fuerzas la guarnicion del castillo. Si se hubiese verificado una completa pacificacion, se hubieran puesto en libertad los soldados prisioneros dentro el fuerte de san Telmo. Resolvió pues, no sin sentirlo muchísimo D. José, aguardar hasta al dia siguiente.

En seguida pidió D. José que se le manifestase la acusacion que le habia hecho perder la gracia de S. E.; y el virey no dejó de hallarse muy embarazado, porque no existia acusacion alguna, y tan solo por vagas sospechas habia ordenado la prision del duque de Matalone y de su hermane. Díjole titubeando que al ver síntomas de insurreccion y conociendo la popularidad que gozaba la familia Caraffa, temia que los descontentos no encontrasen en ellos dos gefes, y que esta habia sido la causa para quererse asegurar de sus personas. Habia devuelto toda su confianza al duque de Matalone antes de la desgraciada ocurrencia que le privara de la vida, y no podia manifestar mejor su reconoci-

miento á D. José, por todo lo que habia hecho á favor de su hija, que renovándole la promesa de darle su mano, luego que aquella hubiese recobrado su libertad.

Mientras tanto, el cardenal en medio de una multitud inmensa habia llegado á la iglesia de nuestra señora del Cármen. Acababa de leer la declaracion del virey, la que fue seguida de grandes aclamaciones de alegría mezcladas con los gritos de: *¡ Viva Felipe IV ! ¡ Viva Masaniello ! ¡ Viva el cardenal Filomarino !* Masaniello mandó que desde luego llevasen víveres á Castello-Nuovo y que se reparasen los conductos que conducian el agua al mismo; pero al propio tiempo no quiso que nadie dejara las armas hasta que el virey hubiese prestado el juramento prometido. Encargó al arzobispo que participara al duque de Arcos, que desde aquel momento no debia considerarse como sitiado dentro de Castello-Nuovo, que la entrada y salida en el mismo en adelante seria libre, y que cuando quisiera presentarse en Nápoles, seria recibido con el respeto que se debia al representante del soberano.

El cardenal partió gozoso para llevar esta nueva mision, y Masaniello dirigiéndose al pueblo pronunció un discurso bien extraño.

—He obtenido el restablecimiento de vuestros privilegios, dijo; la paz y la libertad van á renacer. En todo cuanto he hecho, no he tenido á la vista otra cosa mas que el bien del pueblo. Si hubiese obrado por interés propio, habria aceptado la pension de dos mil cuatrocientos escudos que me habia hecho ofrecer el duque de Arcos, si queria abandonaros; pero no, yo no he trabajado mas que para vosotros. ¿ Y cómo me recompensareis por ello ? Entregándome á mis enemigos. No pasarán ocho dias antes que yo muera, y vosotros mismos arrastrareis mi cuerpo por las calles como el de un malvado. Acordaos bien que os lo he dicho.

—¡No ! ¡ no ! ¡ jamás ! ¡ jamás ! gritaron unánimemente mil voces. Nadie quiso escuchar mas. Por la primera vez no pudo obtener silencio, y el pueblo no quiso separarse de

9

él, sin haberle formado una guardia escogida de trescientos hombres, que desde aquel momento no le abandonase.

CAPITULO XVII.

Je ne puis rien nommer si ce n' est par son nom,
J' apelle un chat un chat, et Rollet un fripon.

BOILEAU.

Si tardásemos mas tiempo en acompañar á Dª. Mencía en su violento viaje con Perrone y sus bandoleros, nuestros lectores tal vez se pondrian de mal humor. Siguiendo pues la pista á esta gavilla, desde luego la encontramos á la puerta de una granja aislada, situada á poca distancia de la pequeña villa de Arrienzo, en cuyo lugar despues de algunas horas de rápida marcha, juzgó conveniente Perrone detenerse, tanto para dar descanso á los caballos, como para tomar algunos refrescos.

La entrada de diez caballeros en el corral sembró en él la alarma y consternacion. Los palomos, á los cuales acababan de echar el grano, volaron sin tocarlo. Las gallinas, los patos, y los gansos emprendieron una desordenada fuga. Dos grandes perros que se hallaban atados empezaron á ladrar, y parecian querer romper la cadena para echarse encima de los forasteros. Un mozo de carreta, que llevaba á abrevar dos caballos, detúvose á la puerta de la cuadra sin atreverse á dar un paso; y la arrendataria, saliendo de la casa para hacer un reconocimiento, no bien hubo visto al gefe de la gavilla, cuando se arrodilló plegando las manos.

—¡Señor Perrone, exclamó, señor Perrone, apiadaos de una desgraciada viuda! Yo misma he llevado fielmente al lugar que me indicasteis los doscientos escudos que hace tres meses me pedisteis. Si todavía exigís otra cosa mas, soy una mujer arruinada.

—Nada temais, buena mujer, contextó Perrone: no quiero otra cosa mas que descansar un rato en vuestra casa, y solamente os pido algunos refrescos para nosotros, y comida para los caballos.

—Disponed de cuanto se halla en mi casa, dijo temblando la arrendataria: entrad, señor, entrad: os recibiré lo mejor que pueda. ¡Jacobo, mete los caballos en la cuadra, dales la avena, estríllalos y cúidalos bien! Juana, mira de coger algunas gallinas y algunos patos, córtales la cabeza, y mata el cochinillo. No será muy tierno porque contaba engordarlo; pero diantre, yo no puedo ofreceros mas que lo que tengo.

—Buena mujer, no tenemos tiempo de aguardar todos estos preparativos. Pan, huevos, queso y vino, he aquí todo lo que os pedimos.

—Y lo tendréis al momento señor Perrone; pero entrad, entrad.

— Acordaos que prohibo que ninguno de los habitantes de esta granja salga de ella antes que yo haya partido de la misma. Si me desobedeceis tendrá igual suerte que la que tuvo el año pasado la de Gerónimo Tocca.

— ¡La Madonna de la santa casa me proteja! Aquí no hay nadie que se atreviese á desobedeceros, señor Perrone.

La pobre mujer extendió sobre la gran mesa de la cocina unos blanquísimos manteles, sacó de una olla un trozo de cerdo destinado para la comida de su familia, y lo sirvió á los bandoleros, mientras que una de sus muchachas hacia cocer huevos, y las otras cubrian la mesa de queso, manteca, leche y sobre todo de vino.

— Señora, dijo Perrone á Dª. Mencía, ¿vos no comeis? Tened presente que vamos á caminar seis leguas sin detenernos.

— La señora parece muy fatigada, dijo la arrendataria, mirándola con aire compasivo: creo que mas bien necesita descansar, que comer. Si no lo hallais á mal, la acompañaré á mi cuarto, y podrá echarse sobre mi cama hasta que marcheis.

— ¿Os parece bien esto, señora?

Dª. Mencía no contextó mas que levantándose para seguir á la arrendataria. Perrone no recomendó que la custodiasen. Sabia que el terror que él inspiraba era garante seguro de una exacta vigilancia.

Efectivamente, la arrendataria llamó á su hija mayor, y viendo que D.ª Mencía no queria meterse en la cama, la determinó á echarse en la misma sin desnudarse, marchándose luego, y dejando junto á ella á su hija.

— Amable jóven, dijo D.ª Mencía, la cual descubrió que aquella tenia un aire dulce y compasivo: ¿podrias proporcionarme los medios de escaparme de estos malhechores? Me hallo en el caso de poderos recompensar bien.

— ¡Vírgen santísima! exclamó la jóven, vos sereis sin duda la hija del virey, y nosotros no nos atrevemos á exponernos á la venganza del señor Perrone.

— Mucho le temes pues.

— Nuestra granja seria incendiada antes de tres dias, si nosotros le desobedeciamos.

— Tranquilizaos, no quiero que por mí os expongais á semejante desgracia.

La arrendataria volvió á entrar trayendo un vaso de vino caliente azucarado y una tostada. — Tomad, señora, esto os probará, y os dará fuerzas. ¡Ay de mí! vos las necesitais.

D.ª Mencía se deshizo en un mar de lágrimas.

— Tened valor, hija mia, é implorad el socorro celestial. Dios solamente puede protegeros, porque yo no puedo ofreceros mas que mis pobres oraciones.

La compasiva mujer sabia bien que muy á menudo conducian los bandoleros á sus montañas algunos prisioneros para pedir por ellos grandes rescates. Desde luego conoció que D.ª Mencía no viajaba voluntariamente con los foragidos. Hubiera deseado poderla salvar: fácil hubiera sido hacerla salir por la ventana de su cuarto que daba al campo; pero exponerse con toda su familia á la terrible venganza de Per-

rone, esto era una idea en la cual no podia pensar. Contentóse pues con prodigar estériles consuelos á la prisionera, la que al cabo de una hora volvió á emprender el camino con los bandoleros. No se detuvieron estos hasta las ocho de la noche, en una casa solitaria, en la cual vivia un leñador, íntimo amigo de Perrone; y era aquella casa hasta cierto punto uno de sus puestos avanzados.

— ¿Sois vos? dijo con acento repugnante una vieja y apergaminada mujer que se hallaba á la puerta. ¿Con qué no os han muerto con los otros? Qué bien dice el refran que el animal mas dañino nunca es el primer cogido.

— ¡Siempre de buen humor, Bárbara! dijo Perrone, siempre estais de broma. ¿Dónde se halla vuestro hijo?

— ¿Acaso sé yo lo que hace el pobre muchacho, desde que lo habeis desbaratado y hecho un pillo como vos? Si no hubiese sido por él.... ¿Pero qué es lo que venis á hacer aquí? ¿Teneis por ventura en estos alrededores alguna granja que robar ó incendiar?

— No, Bárbara: venimos á cenar y á dormir aquí.

— ¿A cenar? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Teneis buen apetito? me alegraria porque en casa no hay ni pan ni harina. ¡Y dormir! ¡esto todavía es mejor! En una casa en que no hay mas que dos camas.

— Mi gente dormirá en la cuadra, ya sabeis que es grande, como que yo la mandé hacer. Tomaré la cama de vuestro hijo, y vos cedereis la vuestra á esta jóven.

— ¡Yo! ¡yo cederos mi cama! ¿Y á quien? ¿á la querida de un bandido? Pero no. Es imposible: ¡Pobre criatura! Ya caigo en quien pueda ser. Está detenida á la fuerza. Pues bien. ¿La dejareis bajar de caballo, perro bandido? No temais nada, hija mia, no temais nada. Sí, sí, tendreis mi cama, sábanas limpias, una buena cena, y Bárbara velará por vos toda la noche.

Tranquilizada D.ª Mencía con la brusca bondad de la vieja, la siguió á un aposento del primer piso, en el cual su huéspeda la hizo varias preguntas para asegurarse si verda-

deramente se veía detenida contra su voluntad, y habiéndose convencido de ello, fué á buscar á la cocina un pollo asado y todo lo demás que faltaba para cenar. En seguida sentándose sin cumplimiento á la mesa con D.ª Mencía; que segun su traje la tomaba por una aldeana como ella, la invitó á comer, exhortándola á que siguiese su ejemplo, despues de haber cerrado la puerta bajo llave, sin pasar el menor cuidado por lo que harian los foragidos.

— Parece que os sorprendeis, dijo Bárbara, de oirme hablar con tanta libertad á esos tunantes. ¿Pero qué pueden hacermo? ¿Matarme? no se atreverian. Saben que Tomasi no les perdonaria; porque ellos no le han dejado mas que una buena cualidad, á saber, la de armar á su madre, y necesitan tener una persona de confianza en esta casa solitaria, y que no sea sospechosa en los alrededores. Por otra parte, no les hace mella cuanto yo les diga, porque saben bien que no puedo denunciarlos, sin poner yo misma el dogal al cuello de mi hijo. De manera que nosotros nos detestamos cordialmente, sin temernos. Muchas veces he pensado abandonar esta maldita morada, é ir á vivir con mi hijo segundo, que habita en las cercanías de Nápoles; pero de continuo espero decidir á Tomasi á dejar esta infernal gavilla, lo que me hace permanecer aquí. Por otra parte tengo una gran satisfaccion en poderles cantar las verdades. Hace un año que salvé á una infeliz mujer, que conducian con la esperanza de poder conseguir por ella un buen rescate. ¿Y bien, qué me sucedió? Por eso me hallo ahora lo mismo que antes, pronta á practicar por vos lo mismo, si se presenta ocasion.

Esta no se ofreció, porque Perrone, que conocia las disposiciones de Bárbara, colocó dos centinelas debajo de la ventana del aposento en que dormia Bárbara, y pasó la noche en la pieza de entrada con sus compañeros, en vez de dormir en la cuadra; de manera que no pudieron realizarse las buenas intenciones de la vieja.

Mientras tanto, apenas Bárbara se habia retirado con D.ª

Mencía, cuando llegó Tomasi, y aunque su madre afirmó que no tenia pan ni harina en la casa, encontró en la alacena un jamon casi entero, y otras provisiones, que necesitaba continuamente tener para los bandidos, que á menudo iban de paso á visitarla.

— ¿De dónde vienes tan tarde, Tomasi? preguntó Perrone.

— De *Il segreto*, capitan. Habiendo sabido hoy el desastre que acaeció en Nápoles, quise enterarme de si tenian noticias vuestras. He hallado á todos en la mayor consternacion. Decíase que estabais preso, y encerrado en la Torre de san Lorenzo, y aguardaban esta noche el resto de todas las bandas, á fin de deliberar lo que podria practicarse para salvaros.

— Ya ves que he tomado el mejor partido, á saber, el de salvarme yo mismo.

— ¡Qué alegría van á tener nuestros valientes compañeros! Casi estoy tentado á volverme inmediatamente para anunciarles tan placentera noticia.

— No, no; todavía viene en pos de mí un cierto número de gente que se ha escapado de la mortandad. No sé cuando llegarán, y no creo se arriesguen á venir juntos. Es menester que tú te halles aquí para recibirles, y participarles que el punto de reunion general es *Il segreto*. No saldrás pues de tu casa hasta nueva órden.

— Basta, capitan, basta; descansad en mí. Espero que ahora ireis á ocupar mi cuarto y mi cama.

— No: pasaré la noche en esta habitacion. Desconfio de tu madre, y tengo aquí una prisionera en cuya custodia quiero ocuparme yo mismo.

— ¡Una prisionera! ¡Es una buena jugada! Es decir que el preso se lleva una cautiva.

— ¿Y quién es esta?

— La hija del virey, en substancia.

— ¡Cáspita! es un tesoro!

— Así lo espero. Pero á propósito; ¿tienes tú aquí un caballo descansado y corredor?

— *Vivace* no ha salido de la cuadra dos dias hace, y se halla en estado de ir hasta Nápoles de una carrera.

— Este es el que necesito. Dame recado de escribir.

No sin mucho trabajo encontró Tomasi un pliego de papel un poco limpio. Perrone escribió algunas líneas, dobló la carta, puso en ella el sobre, y llamando á uno de los suyos:

— Paulo, le dijo, vas á partir al momento para Nápoles. Corre sin pararte toda la noche, aunque revientes tu caballo. Te apearás en casa Ubaldi, y de acuerdo con él, tomarás todas las medidas para que esta carta llegue al virey sin dilacion. Es preciso que la reciba mañana durante el dia. Te quedarás en casa Ubaldi, ó bien en los alrededores de Nápoles, mañana y pasado mañana, y la noche siguiente, á las once en punto, estarás echado en la zanja que hay á lo largo de la pared del jardin que termina el pueblo de Rívolo, al lado de la montaña del Vesubio, delante de una gran pradera, en la cual hay un álamo solo, y aguardarás mis órdenes, observando todo cuanto pase allí.

— ¿Entiendes?

— Perfectamente, capitan.

— Entonces, parte en seguida.

Pronto fué ensillado el caballo, y Paulo volvió á tomar el camino de Nápoles á todo escape; pero sin armas, y de modo que su exterior no lo diese á conocer por un bandido.

La noche se pasó sin mas novedad que dos ó tres visitas que bajo diferentes pretextos hizo Bárbara á la cocina, de donde no salia sin proferir en voz alta algunas imprecaciones contra los bandidos y su gefe.

Al despuntar el dia, Perrone fué á llamar á la puerta del cuarto donde se hallaba D.ª Mencía.

— Bajad, señora, pues debemos marchar.

— Todavía duerme, contextó Bárbara, con cascarrona voz.

— Y bien, dispertadla.

— ¿Qué la dispierte? ¡Bravo! ¿Acaso soy yo de vuestra

gavilla? ¿Por ventura debo recibir órdenes de un bandido?

— Aguardad, aguardad. Yo mismo la despertaré.

Quiso abrir la puerta y encontrándola cerrada, empezó á dar fuertes golpes.

— Vamos, señora, despachaos: no tengo tiempo para aguardarme.

D.ª Mencía, que tan solo habia disfrutado un ligero sueño, interrumpido á cada paso, se habia despertado al primer ruido, y conociendo que seria inútil toda resistencia, se vistió precipitadamente. Pero Bárbara no se rendia con tanta facilidad.

— ¡Llama, llama! pícaro perro, dijo: la puerta es sólida. Cerca de aquí hay muchas cabañas de leñadores, oirán el ruido, llegarán, y entonces veremos lo que saldrá de todo esto.

— ¡Bruja infernal! gritó Perrone, si me obligas á derribar la puerta, te juro que pondré fuego á tu casa, y te quemaré en ella con tu hijo.

— ¡Ya voy! gritó D.ª Mencía, ¡ya voy! Os doy las gracias, buena mujer, pero no quiero que os expongais inútilmente á la venganza de estos malvados. Yo no confio mas que en Dios, y tan solo él puede salvarme.

Abrió en seguida la puerta, y dijo:

— Basta de violencia: estoy pronta á partir.

Montáronla como en la víspera sobre el caballo de Neri, quien se colocó en la grupa. Rompióse la marcha, y poco tiempo despues empezaron á trepar la cordillera de los montes Apeninos.

CAPITULO XVIII.

Sur le dos hérissé de cet antre sauvage,
Un roc séjour chéri des viseaux de carnage,
En pyramide aiguë allongé vers les cieaux,
Cachoit dans le nuage un front audacieux.

VIRGILE, *trad. de Delille.*

Nada nuevo participarémos á nuestros lectores, diciéndoles que los Apeninos son una cordillera casi no interrumpida de montañas que dividen la Italia en toda su longitud, extendiéndose desde los Alpes hasta la Basilicata; en cuyo punto dividiéndose en dos brazos, continuan por una parte hasta el confin de la Calabria, y de la otra hasta el pais de Otranto.

De estas montañas, las unas son fértiles y bien cultivadas, las otras áridas y estériles. Las vides, los morales y los olivos, cubren gran número de ellas con los tesoros de una lozana vegetacion, al paso que una nieve eterna es cuanto se descubre en la cúspide de las otras. Aquí se elevan gradualmente bellas colinas, cuya pendiente es suave y fácil, pobladas de aldeas y cabañas; y mas allá vense escarpadas rocas suspendidas sobre precipicios casi inaccesibles al hombre. En tales sitios parece muerta la naturaleza, y apenas se hallan algunos animales salvajes.

En los parajes mas desiertos de estas montañas, cuyo acceso era dificilísimo, fue donde las gavillas de bandoleros que reconocian por gefe á Perrone, habian establecido sus guaridas. Su cuartel general, que así se puede llamar el ordinario domicilio del gefe, se hallaba situado en medio de escarpadas rocas, entre Ariano y Bobino. Consistia en una montaña, cuya circunferencia seria de unas tres le-

guas, formada por la reunion de un gran número de peñas áridas y perpendiculares, enteramente inaccesibles, y cuyo límite por la parte del medio dia, estaba defendido por unos precipicios tan profundos, que apenas osaba medirlos con la vista.

La naturaleza habia no obstante colocado en el centro de estas masas de piedra un manantial de cristalina agua, que formando un pequeño riachuelo despues de haber serpenteado cerca de trescientos pasos, se perdia en la abertura de una de las rocas.

Atravesaba toda su longitud una especie de garganta de unos cincuenta pasos. Jamás sus aguas reflejaron los rayos del sol que iluminaba este retiro, por no poder penetrar allí su luz, á causa de la grandísima elevacion de las rocas.

Muchos años antes, cuando Perrone no era mas que capitan de una partida de bandoleros poco numerosa, viéndose perseguido por un destacamento de soldados que habia dispersado á sus compañeros; buscando un refugio entre estas montañas, y huyendo á lo largo de uno de los precipicios de los cuales acabamos de hablar, vió un puente natural, formado por un árbol que el viento habia arrancado, y cuyas ramas descansaban en la orilla opuesta. No titubeó en atravesarlo, y descubriendo á poca distancia una estrecha hendidura en la peña, entró en ella, sin otra intencion que la de ocultarse momentáneamente. Apenas habia adelantado algunos pasos, siguiendo aquel recodo, cuando apercibió luz, y pronto se encontró en una vasta caverna, que daba salida al pequeño valle del que acabamos de hablar. Resolvió desde luego hacer su domicilio principal en aquel lugar, en el que se hallaba establecido cuando llegó conduciendo á D.ª Mencía.

Así que estuvieron á las inmediaciones de los Apeninos Perrone mandó hacer alto, y vendando con un pañuelo los ojos de D.ª Mencía, dijo:

— Señora; nuestra seguridad y la vuestra exigen esta precaucion. Si supiérais donde se halla nuestro domicilio

no podríamos permitiros que saliéseis nunca de él; y yo no he pensado deteneros por toda una eternidad.

Despues de haber trepado lentamente las montañas, cerca de una hora, á través de sitios salvajes los mas pintorescos, detúvose Perrone sobre el borde de un precipicio, en cuya parte opuesta no se veian mas que masas de rocas de caprichosas formas, entre las cuales la vista no alcanzaba ver la menor abertura. No obstante era allí donde se hallaba la única entrada por la cual no podia penetrar en el recinto interior. Un agudo silbido dado por Perrone, cambió de repente la escena, y D.ª Mencía hubiera quedado extraordinariamente sorprendida, si hubiese podido ver abrirse la peña.

Habian ensanchado la abertura formada por la naturaleza, de suerte que pudiese pasar un caballero ó un caballo cargado; y para hacerla imperceptible, la habian cerrado con un fragmento de roca tosco y exteriormente sin labrar, pero adelgazado por la parte opuesta á fin de disminuir su peso. Estaba suspendida de fuertes cadenas pasadas en poleas, por cuyo medio podian dos hombres levantarla fácilmente, al oir la señal convenida.

Tratábase de pasar por la puerta que acababa de abrirse tan inopinadamente. El precipicio que circuia la montaña, parecia interponer un obstáculo insuperable, que no tardó en desvanecerse. Salieron cuatro hombres por ambos lados de la roca, llevando una especie de puente volante formado con tres tablas de roble, unidas por tiras de hierro. Levantáronlo arrimado á la peña; y dos de ellos, subiendo á una especie de pequeña plataforma, lo echaron sobre el precipicio por medio de cadenas fijas á la parte superior, las que dejaron correr poco á poco, mientras que el extremo opuesto se apoyaba en la roca. Los caballos estaban acostumbrados á pasar por el puente, y ninguno de ellos se asustó. Interin cada bandolero echó pie á tierra y condujo el suyo del cabestro, hicieron desmontar á D.ª Mencía. Perrone y Neri la tomaron cada uno por un brazo, colocáronla entre los

dos, y marchando de este modo á tres de frente, costearon el borde del abismo, sin demostrar la menor inquietud. Luego que la comitiva hubo pasado, retiraron el puente, metiéronlo en la parte interior, y dejaron caer la piedra que servia de puerta.

La caverna en que D.ª Mencía acababa de entrar, y en la cual Perrone le quitó el pañuelo que cubria sus ojos, no estaba muy iluminada; pero bastaba para que viese su gran capacidad. Era al mismo tiempo salon, comedor y dormitorio de los bandoleros: igualmente servia de almacen de provisiones de toda especie, y de depósito general de los productos de las correrías. En las paredes de la misma, veíanse hendiduras que parecian obra de las manos del hombre. Eran otros tantos aposentos particulares que pertenecian á varios bandidos, que en sus momentos de ocio se habian tomado el trabajo de abrirlos.

No queria empero Perrone alojar á D.ª Mencía en este sitio. En el pequeño valle del cual hemos hablado, habia hecho construir un gran edificio en forma de tejadillo arrimado á la peña; y que no tenia mas que un piso bajo, pero contenia muchos aposentos, que servian para habitar él, su teniente, y tres paisanas que habian robado, y retenian en aquel sitio, para llenar cerca de los bandoleros todos los quehaceres domésticos.

Despues de haber contextado con la conveniente dignidad á las felicitaciones de estas personas (que estaban sumamente satisfechas, puesto que no esperaban volverle á ver) el rey de los bandidos salió de la caverna con D.ª Mencía y Neri, dejando á los que con él acaban de llegar, el cuidado de referir á sus camaradas todos los detalles de su milagrosa fuga.

Al entrar en el pequeño valle, Perrone vió á cuatro hombres de los suyos ocupados cavando la tierra, ó por mejor decir, azadonando en la roca.

— ¿Qué estais haciendo ahí? preguntóles.

— Una hoya, respondió uno de ellos.

— ¡Una hoya! ¿Y para quién?

— Para Sacripianti.

— ¿Y cómo se encuentra aquí?

— No ha muerto del todo, capitan, pero poco le falta para ello, y como no puede curarse, nos adelantamos á prepararle la cama. El teniente se ha roto una pierna y un brazo en el bureo de Nápoles; y es lástima que no lo hayan acabado, porque aun cuando cure, no será bueno para nada. No obstante, ha tenido valor para venir hasta aquí con dos camaradas nuestros que llegaron anoche. Tenia una fiebre como un caballo. Pacone le ha hecho la amputacion de los dos miembros, y ha perdido tanta sangre durante la operacion, que nadie cree que viva tan siquiera dos horas.

— ¡Lo siento! era un valiente, pero quedan otros: ¿No es verdad Neri?

— Sin duda, sin duda, capitan.

— He aquí vuestra habitacion, señora, dijo Perrone haciendo entrar á D.ª Mencía en una casa, cuya pared del fondo era de roca viva, la delantera y los tabiques de tablas mal unidas, y el techo de haces de paja sostenidos sobre delgadas vigas. — Bien venida seais al *Segreto*. Este es el nombre que he dado á mi habitacion. No es tan hermoso mi palacio como el de vuestro padre, y sin embargo, en este soy mas poderoso que él en el suyo, y no temo que Masaniello venga á sitiarme.

— ¿Y con qué derecho pretendeis retenerme prisionera?

— ¿Con qué derecho? con el derecho mas universalmente reconocido entre los hombres; con el derecho del mas fuerte. Sin embargo, solo permanecereis aquí hasta que quiera vuestro padre; y si él gusta, podreis salir dentro de tres dias. Así pues, consolaos y tened paciencia. ¡Leonor!

A este grito, presentóse al momento una muchacha de unos veinte á veinte y cinco años, de mejillas sumamente encarnadas, y ojos ribeteados del mismo color.

— Conducid la señora al aposento de los presos. No temais nada, señora, porque no es ningun calabozo. En él no

hay grillos, ni rejas de hierro. Estais libre aquí: podeis ir á todas partes: á la caverna, al valle, y á la orilla del riachuelo. Aquí se encuentran paseos para todos los gustos, y no temo que os fugueis: nadie os custodiará. Leonor: mientras que la señora permanezca entre nosotros, estais á su servicio, y la obedecereis en todo lo que no sea contrario á á nuestras reglas. ¿Me comprendeis?

— Sí, capitan, contextó con enronquecida voz. Si la señora quiere ver su habitacion, añadió haciendo una reverencia á D.ª Mencía, yo la conduciré.

Nada mas deseaba D.ª Mencía que verse libre de la presencia de los bandidos, y por lo mismo siguió á su conductora sin dilacion, esperando despues de cuanto acababa de decirle Perrone que su permanencia entre ellos no seria larga. Sabia que su padre, no rehusaria ningun sacrificio para darle la libertad.

El aposento en el cual la condujeron nada tenia de horrible; y si bien la puerta se hallaba guarnecida de una reja, podia cerrarse interiormente.

Habia una cama al parecer bastante buena, algunas sillas y una mesa: en una palabra, nada de lo necesario faltaba. Entrábase por otro aposento, cuya puerta daba al vallecito; y Leonor le dijo que dormiria allí á fin de estar pronta á oirla si durante la noche necesitaba alguna cosa.

Habeis hecho un largo viaje, señora, dijo Leonor, por que he oido decir que venís de Nápoles. Debeis estar agitada. ¿Quereis tomar un refresco antes de la comida? Por otra parte el aire de estas breñas seca el gaznate.

Habiendo contextado D.ª Mencía que beberia con mucho gusto un vaso de agua, le hizo con los ojos una seña expresiva, salió por un momento, y le presentó para beber una gran copa de plata llena hasta el borde. Aproximándola á sus labios D.ª Mencía, y colocándola en seguida sobre la mesa preguntó admirada: — ¿Qué es lo que me dais?

— Excelente aguardiente, señora; no lo encontrariais mejor en Nápoles. ¡Oh! Lo que es aquí, no lo echaréis á menos, porque no nos falta.

Habiendo reiterado D.ª Mencía su peticion para que le trajesen un vaso de agua, fuese de nuevo Leonor, y volvió en seguida con él. La ronca voz de esta muchacha, su tez barrosa y sus ojos inflamados le habian ya infundido sospechas, y examinando con mas atencion su andar, se convenció de que estaba embriagada, no quedándole la menor duda así que la vió apurar de un solo trago el vaso de aguardiente que ella habia rehusado. Pero la borrachera era un estado tan habitual en aquella mujer, que no le impedia el libre ejercicio de todas sus facultades. Disgustada de semejante compañía, dijo que queria estar sola, y al momento se retiró Leonor.

Hacia una hora que estaba entregada á sus reflexiones, cuando Perrone entró en el aposento.

— Señora, es medio dia, y la hora en que comemos. Si quereis acompañarnos, no os digustará nuestra compañía. Vereis que sabemos disipar la tristeza, y os aseguro á fe de gefe de bandoleros, que no oireis nada agradable. Si por lo mismo preferís quedaros en vuestro cuarto, os haré servir en él la comida.

Es inútil decir que D.ª Mencía tomó este último partido; pero en seguida preguntó si habia allí otra mujer además de Leonor.

— Ya caigo en ello, y comprendo de que se trata. ¿Pero qué quereis? cada uno de nosotros tiene sus defectos, y me acuerdo perfectamente de haber oido decir á cierto predicador, y por cierto que no era ayer, que es preciso perdonarnos mutuamente nuestras faltas. Nosotros no tenemos aquí mas que tres mujeres, ya habeis visto la una: la otra no puede pronunciar una sola palabra sin blasfemar y maldecir hasta el punto de hacerme temblar á mí mismo, ¡y cuidado que no es poco! En cuanto á la tercera, es una.... es una.... es una mujer que no os puede convenir por ningun estilo. Así pues, señora, os aconsejo que no cambieis de camarera, si no quereis encontrarla peor.

D.ª Mencía siguió este consejo. Perrone se retiró, y algu-

nos instantes despues le hizo servir una buena comida. Su cautiva no tenia ningunas ganas de jugarle la treta de dejarse morir de hambre para impedirle que cobrase el cuantioso rescate que contaba recibir por su persona. Comió pues, sino con mucho placer, á lo menos con bastante apetito.

— ¡Una heroina tener apetito! esto es contra todas las reglas del romanticismo; pero lo que escribimos es una historia.

CAPITULO XIX.

La mort a des rigueurs à mille autre pareilles
On a beau la prier,
La cruelle qu' elle est se bouche les oreilles,
Et nous laise crier.

Le paubre en sa cabane, on le chaume le couvre
Est sujet a sés lois,
Et la garde qui veille aux barrieres du Louvre
N' en défend pas nos rois.

MALHERBE.

El reino de *Il-segreto* contaba una poblacion bastante numerosa á la llegada de D.ª Mencía, de modo que se habrian reunido en aquel entonces cerca unos ciento veinte bandidos, y añadiendo otros treinta poco mas ó menos, que durante aquel dia llegaron de Nápoles, era todo lo que restaba de las cinco gavillas mandadas por Perrone, y cuyo número algunos dias antes excedia de quinientos hombres. Habíanse reunido para conocer sus fuerzas, enterarse de sus pérdidas, buscar medios de socorrer á su comandante general, y escoger provisionalmente gefes particulares, toda vez que de los cinco tenientes de Perrone que habian tomado parte en su expedicion de Nápoles hasta entonces solamente habia regresado Sacripianti, y ya hemos visto que lo verificó en un estado tan desesperado, que no contándole

ya en el número de los vivientes, trataban de su entierro antes que hubiese exhalado el último aliento.

La llegada de Perrone les aligeró de la mayor parte de sus cuidados, porque este rey de bandoleros, que de nadie tomaba consejo mas que de sí mismo, dejaba poco que hacer á sus ministros. Su autoridad era absoluta y despótica: su voluntad la sola ley; pero esta ley una vez promulgada era inmutable, y en sus estados nadie veia esta veleidad de legislacion tan notable en nuestros tiempos en la mayor parte de las naciones.

De sus cinco tenientes, Neri era el único que le quedaba. Dióle la plaza de Sacripianti, á quien no contaba ya como si viviese, y el cual era su primer teniente, y en su ausencia comandante de la gavilla que tenia su ordinario cuartel genaral en *Il segreto*. Habiendo reunido en seguida toda su gente en la caverna, cuya extension era algo mayor que la del pequeño valle, dió órden á cada partida de colocarse en lugar separado á fin de reconocer la fuerza de cada una. Vió que la suya era la que habia padecido mas, de manera que tan solo le quedaban quince hombres, sin contar el comandante y el teniente. No obstante, no quiso disminuir las otras para reforzar la suya; pero decidió incorporar en ella los primeros reclutas que se hicieran.

Adelantándose entonces hácia una de las partidas, mandó á los que se creyeran tener algun derecho á la plaza de teniente que saliesen de las filas, y al mismo tiempo se adelantaron tres individuos.

— ¿Qué méritos has contraido tú para mandar á los demás? preguntó Perrone á uno de ellos.

— Hace tres años capitan, que os salvé la vida, cuando fuimos atacados, junto á la *Rochetta*, por un destacamento de infantería.

— No lo he olvidado, Gasparo; sé que eres un valiente, y que nadie maneja como tú el sable y la pistola. ¿Y tú, Gerasti? me pareces todavía muy jóven para aspirar á semejante plaza.

—Mi capitan sin duda habrá olvidado que diez meses atrás me introduje vestido de mujer en el convento de Benedictinas de Benavento, que saqué un buen botin.

—Tres mil piastras y muchas cruces de oro. Sí, sé que eres un refinado pilluelo. Pero veamos que es lo que Diabolo nos dirá.

—No os diré una gran cosa, capitan. Solamente que el año pasado di al teniente Neri el plan de sorpresa del castillo del príncipe de Forteguerra.

—Sí, dijo Neri, y gracias á la inteligencia de este plan y al valor que demostró al ejecutarlo, nos apoderamos del castillo, habiéndolo saqueado sin perder un solo hombre.

—La cabeza y el brazo, dijo Perrone, he aquí lo que necesita un gefe de bandoleros. Diávolo, tú eres mi segundo teniente.

Del mismo modo hizo el nombramiento de los otros tres tenientes, y despues de haber reorganizado sus cinco divisiones, fuése como hemos visto en el anterior capítulo á visitar á D.ª Mencía. Iba Perrone á sentarse á la mesa, cuando le avisaron que Sacripianti, al que no le quedaban mas que algunos momentos de vida, pedia ver á sus camaradas antes de morir.

—No debe rehusarse á un valiente este último consuelo, dijo Perrone, y fuese con Neri al cuarto de su teniente, acompañado de su partida. Hallábase Sacripianti tendido sobre una cama cuyas ropas estaban todavía mojadas con la sangre que habia perdido. Tenia la vista errante, el rostro pálido, y la frente bañada de un sudor frio. Miró á Perrone y pareciendo reunir las pocas fuerzas que le quedaban, para pronunciar algunas palabras.

—Capitan, le dijo con desfallecida voz, deseaba veros para.... deciros que.... me arrepiento.

—¿De la insubordinacion que cometiste quince dias atrás, Sacripianti? No pienses mas en ello, amigo: ya te la perdoné.

—No es esto, capitan.... la muerte cercana....

—No es capaz de asustarte, lo creo valiente compañero. Tú mueres como has vivido, sin miedo y sin remordimientos.

—Siento.... aunque tarde.... que mi conducta....

—Ha sido siempre ejemplar. ¿Qué quieres decir?

Sacripianti hizo un nuevo esfuerzo para hablar. Levantó la cabeza para ver mejor á Perrone, pero cayó otra vez sobre la almohada. Acercáronse á él, acababa de exhalar su último aliento.

—Vamos, dijo Perrone, nada tenemos ya que hacer aquí. Es menester pensar en la comida. El entierro vendrá despues. Padre Pacone, he aquí trabajo para vos.

El padre Pacone, era un fraile que habia colgado los hábitos, robando la caja de su convento; y temiendo la persecucion de la justicia secular y eclesiástica, habia cuatro ó cinco años que se habia alistado con los bandoleros. Perrone conoció al punto que su nuevo asociado no tenia una miaja de valor, y que al contrario era cobarde á toda prueba; pero lo habia conservado en la gavilla, por tener algunos conocimientos en la cirujia, y se divertia á menudo llamándole su capellan. Todos los bandidos sentáronse al rededor de una gran mesa dentro de la caverna, y á pesar de la reciente muerte de Sacripianti, y de la de mas de trescientos compañeros suyos, la orgía se hizo completa, entregándose á la mas estrepitosa broma.

—Padre Pacone, dijo Perrone, al fin de la comida, entonad una cancion antes de separarnos.

—Con mucho gusto, capitan, y empezó la siguiente.

Sacripianti en el sepulcro
Vamos pronto á colocar.
¿Mas por caer una hoja
Nos hemos de incomodar?
¡Ea! muchachos,
Todos bebamos,
Que la memoria
Del muerto honramos.
Y pues él se batió bien,
Requiescat in pace: Amen.

Los bandoleros repitieron en coro los dos últimos versos, y despues de estrepitosas y largas carcajadas, el secularizado fraile entonó la segunda copla.

Nada importa que la muerte
Me pille con seca mano,
Si mi vida siempre alegre
Fue en invierno y en verano.
Con tal que muera
En vuestros brazos,
De vino tinto
Llenad los vasos.
Cantando para mi bien,
Requiescat in pace: Amen.

El coro general se repitió dos veces, y lo empezaban ya por tercera vez cuando Perrone gritó: —¡Silencio! ¡Silencio! ¿No veis que nuestro capellan tiene otra antífona para cantar? Y el capellan continuó.

Olvidar debe un bandido
Que cual Rey ha de finir,
Y gozar de aquesta vida
Sin temer el porvenir.
Digan que supo
Reir, cantar,
Y beber siempre
Hasta espirar.
Y por él rezen tambien,
Requiescat in pace: Amen.

Levantáronse de la mesa, y celebraron en seguida los funerales del teniente, antes que el frio glacial de la muerte se hubiese apoderado enteramente de su cuerpo. Todos los foragidos se pusieron sobre las armas, para hacerle los honores militares.

El padre Pacone entró en el cuarto del difunto acompañado de dos hombres que se llevaron el cadáver envuelto en una de las sábanas sobre las cuales habia muerto.

El titulado capellan les presidia, siguiéndoles Perrone

acompañado de sus cinco tenientes, marchando detrás de estos las demás gentes á tres de fondo.

Cuando llegaron al borde de la zanja que tenia cinco pies de profundidad, Perrone mandó hacer alto á su tropa y dejar las armas á tierra, porque la prudencia no permitia hacer en semejante sitio estrepitosas descargas de mosquetería. Echaron sin cumplimiento alguno el cadáver dentro de la zanja. A un lado de ella habia un gran monton de cal viva, y al otro un barril de aguardiente. El padre Pacone tomó una pala de madera, y con ella echó cal sobre el difunto presentándola en seguida á Perrone que hizo lo mismo. Mientras tanto llenando un vaso de aguardiente lo apuró, exceptuando algunas gotas que dejó en el fondo, y con las cuales salpicó la sepultura. En seguida dió el vaso al capitan, que hizo lo propio, ínterin que Neri echaba su paletada de cal, y cumplian igual ceremonia desde el primero al último de los bandoleros, con la sola diferencia de que cuando se hubo concluido la cal, arrojaron dentro de la zanja, los trozos de roca que habian arrancado para abrirla, reservando para la superficie la poca tierra que se encontró. Despues de haber cada cual desempañado su papel, volvió á colocarse frente al sitio en donde habia colocado su mosquete, y cuando todos estuvieron alineados, Perrone mandó levantar las armas, y regresar á la caverna.

Durante la tarde, se separaron los bandoleros. Las cuatro gavillas forasteras partieron la una despues de la otra bajo las órdenes de sus nuevos tenientes, y no quedaron en *Il segreto* mas que Perrone, Neri y quince hombres de cuyo número era el padre Pacone.

Era ya de noche cuando se oyó un silbido. Dos bandoleros que siempre se quedaban de guardia junto al pedazo de roca que servia de puerta, la levantaron en seguida, echaron el puente, y condujeron á Perrone un mensajero que Ubaldi le enviaba desde Nápoles, para avisarle que unos ricos viajeros que se alojaron en su posada debian partir al rayar el dia, y atravesar los Apeninos con direccion á Guidone.

—Neri, es menester que te encargues de esta expedicion, dijo Perrone, porque yo mañana debo regresar á Nápoles. ¿Dime, Reinaldo, cuántos son esos viajeros?

—Cuatro señores, con otros tantos criados, armados completamente.

—¿Y estás seguro de que llevan mucho dinero?

—Todo induce á creerlo. Son ingleses que viajan por diversion, han hecho el gasto como príncipes, y yo mismo fuí á nombre de ellos á cobrar en casa de un banquero de Nápoles mil quinientos cequíes.

—Vamos, Neri, es menester tomar diez hombres, y partir mañana al amanecer á apoderarte de los desfiladeros y ver lo que podrá hacerse. Todavía queda bastante fuerza aquí para la guardia. Á mi vuelta de Nápoles, me darás parte del resultado de la empresa.

—Que espero, capitan, será satisfactoria. Á la verdad estoy admirado de que penseis en volver á Nápoles. Masaniello es vuestro enemigo capital, y tampoco debeis temer menos al virey, habiéndole robado su hija.

—Tranquilízate; no tengo ánimo de entrar en la ciudad. Me quedaré en las cercanías. Se trata del golpe mas atrevido é importante que habré dado en toda mi vida, y no quiero deberlo mas que á mí mismo.

Sirvieron á Reinaldo algunos refrescos, y el resto de la noche se pasó en *Il segreto*, en el mas completo silencio.

CAPITULO XX.

J' ai peur, j' ai peur en vérite.
AZEMIA.

Ya hemos dicho á nuestros lectores que Cárlos tenia una hermana, que vivia al pie del Vesubio. Estaba casada con un labrador del lugar de Rívoli, y su cortijo se hallaba al

extremo de este á la parte del volcan. No tenian hijos, y sin ser ricos, gozaban de ciertas comodidades. Egidio Donati, era un hombre de treinta años. La naturaleza le habia dotado de formas hercúleas, pero habiéndose aparentemente fatigado construyéndole un cuerpo atlético: no habia tenido ningun cuidado del interior de esta bella máquina; de modo, que Egidio era cobarde, pusilánime y de una simplicidad infantil. Su mujer Carlina, al contrario, era á pesar de su pequeña talla y delicado aspecto, un verdadero marimacho. No hay necesidad de decir que era la dueña de la casa. Ella solamente daba todas las órdenes, y si hubiese querido zurrar á su marido, este sin la menor resistencia se hubiera sometido á la correccion.

Cuando Cárlos se separó del coronel Moncada, que se llevaba prisionero á D. José Caraffa, resolvió dirigirse á la casa de su hermana. Recordó haber oido gritar á Perrone mientras partia con D.ª Mencía: *¡Á la montaña del Vesubio, y á los Apeninos!* Esperaba pues poder adquirir en aquel sitio algunos indicios de la marcha de los bandoleros, que estaba resuelto á seguir.

Para llegar al cortijo era menester atravesar todo el lugar, que consistia en un corto número de casas de labradores, separadas las unas de las otras, formando una sola calle. Reparó que todas las puertas y ventanas estaban cuidadosamente cerradas. Durante su tránsito no encontró ni una sola persona; de modo que creyera que el lugar estaba desierto de todos sus habitantes, si de trecho en trecho no hubiera reparado que se abria el postigo de una que otra ventana, y se asomaba con precaucion una cabeza para mirar á la calle con aire de sobresalto.

Llegó finalmente á casa de Donati. La puerta de la entrada hallábase cerrada como las demas, y no la abrieron hasta que se hubo nombrado. No se detuvo á preguntar á la criada del corral la causa de todas estas precauciones, y atravesando rápidamente el patio, fue á llamar á la puerta de un aposento bajo, que servia al mismo tiempo de sa-



la y cocina, y su hermana fue á abrirle al momento.

— ¡Eres tú, Cárlos! tiempo hacia que no te habíamos visto.

— ¿Mucho tiempo? Sí, cerca seis meses. El dia en que los aduaneros por poco no me cogieron veinte y cinco toneles de aguardiente de Francia que acababa de desembarcar.

— Han ocurrido desde entonces en Nápoles muchas cosas. ¿Vienes tú de allí?

— En este instante acabo de salir.

— ¿Los han encontrado?

— ¿A quiénes?

Apenas Cárlos acababa de hacer esta pregunta, cuando oyeron una sorda voz que salia de un gabinete contiguo á la cocina, y que decia con miedoso acento: ¡Carlina! ¡Carlina! ¿se han marchado ya?

— Grandísimo cobarde, ya te he dicho que hace mas de un cuarto de hora.

Mientras que Carlina hablaba de esta manera, su hermano abrió la puerta del cuartito, y vió levantarse lentamente la cobertera de una grande artesa, de la cual salió un espectro gigantesco, lleno de pies á cabeza de la harina en la cual se habia agazapado.

— ¡Qué veo! ¿Eres tú Egidio? dijo Cárlos; ¿y porqué diablos te has zambullido dentro de la artesa?

— Buenos dias, Cárlos, buenos dias. ¿Está bien atrancada la puerta? ¿No sabes que los bandoleros llevan el pais á sangre y fuego?

— No han hecho mas que atravesarlo, dijo Carlina.

— Toda la gavilla se hallaba aquí: que se yo cuantos cientos hombres.

— Rosa los ha contado, y no eran mas que quince.

— Y seguramente todavia estarán aquí.

— Hace media hora que pasaron.

— ¡Silencio mujer, silencio!... me parece oir ruido.

— Pues bien, vuelve á acurrucarte en tu artesa.

— Ea, muchachos, explicaos con mas claridad. ¿Los

10

bandoleros han pasado por este lugar?

— Efectivamente han venido, dijo Egidio.

— Y bien, ¿qué han hecho? ¿Qué han dicho? Cuéntamelo todo detalladamente.

— ¿Y como puede contártelo, interrumpió Carlina, si no ha visto ni oido nada? Desde que oyó pronunciar el nombre bandido, se ha zampado valerosamente dentro de la artesa, sin pasar cuidado de lo que pudiera sucederme á mí.

— Es que contaba contigo para defender su casa, mi querida hermana; pero tú que eres el valor personificado, que tienes buenos ojos, mejor oido, y una lengua bien cortada, me referirás cuanto ha pasado.

— La historia no es larga. Hace media hora que unos labradores que trabajaban en el campo han regresado al lugar gritando: ¡Los bandidos! ¡Los bandidos! Se ha creido que venian á exigir contribuciones: todos han tenido miedo, cada uno ha cerrado su puerta, Egidio ha perdido la cabeza, lo que no es una gran pérdida, y los bandoleros han seguido su camino sin detenerse y sin pedir nada á nadie.

Durante esta breve esplicacion, habia tomado Carlina una escobilla, y se servia de la misma para cepillar con bastante rudeza la harina que cubria la cara y manos de su marido, despues de lo cual tomando una varilla sacudió de la misma manera sus vestidos, mientras que de cuando en cuando se contentaba Egidio con exclamar:

— Menos recio, Carlina, menos recio.

— ¿No me dijiste que eran quince? preguntó Cárlos.

— Estoy segura de ello. Rosa, que es una muchacha mas valiente que tu cuñado, se colocó á la ventana del granero para verlos pasar.

— ¿Eran de á pie ó de á caballo?

— Todos de á pie.

— ¿Iba con ellos un prisionero ó prisionera?

— No.

— Es bien singular. He encontrado cerca de Nápoles quince bandoleros á pie, pero iban precedidos por diez

hombres montados, uno de los cuales parecia llevarse una mujer jóven.

— Ni tan siquiera habia uno de caballería entre los que han pasado por aquí.

— ¿Y qué camino han tomado?

— A la verdad no lo sé. Parece que quieren dar la vuelta á la montaña del Vesubio. Sin duda buscarán algunos compañeros suyos que se han visto divagar por estas cercanías, y que son de la gavilla de Perrone.

— ¿De Perrone? ¿Del rey de los bandoleros? Quisiera saber dónde tiene su corte este monarca.

— Seguramente en la torre de san Lorenzo.

— No, no, esta noche se ha fugado.

— ¡Cielos! exclamó Egidio con un acento de marcado terror.

— ¿Temes que te trague? preguntóle su mujer. Siento que se haya escapado; y de veras hubiera preferido verle ahorcar.

— Paciencia, Carlina, esto podrá muy bien sucederle. Mientras tanto es menester que yo trabaje en descubrirle. Sé que tiene su domicilio en los Apeninos; pero dicen que estas montañas tienen doscientas y tantas leguas de longitud. ¿Como diablos se encuentra en ellas un hombre?

— ¿Y qué negocio tienes tú con ese bandido?

— Estoy seguro que si te lo cuento, no podrás menos de admirarte.

— No importa, habla, que no me parezco á las otras mujeres.

— Pues bien, Carlina, voy á alistarme en su partida.

— ¡Cómo! gritó Egidio poniéndose pálido, y dando involuntariamente algunos pasos hácia la artesa.

— ¡ Será posible, Cárlos! Que hagas el contrabando, nada tengo en ello que decir; es una ocupacion honrada, y que á nadie daña. Pero no creo que quieras hacerte bandido.

— No obstante estoy decidido á ello.

— Oye, Cárlos; nosotros no somos ricos, pero si necesitas algunos escudos, no tienes mas que hablar. Daria todo lo de este mundo antes que verte salteador de caminos. Basta ya con tener uno en la familia.

— ¿Uno en la familia? repitió Cárlos.

— ¡Qué! no, no, dijo Egidio con aire confundido y cortado, es.... es que.. . es preciso que las mujeres siempre suelten la sin hueso.

— ¡Cómo! dijo Carlina, ¿por ventura no eres tú el hermano de Tomasi Donati, leñador de las cercanías de Ariano? ¿y por ventura Tomasi no se halla unido con ese facineroso Perrone? ¿Por ventura no vino hace mas de seis meses á proponerte que la casa sirviera de madriguera á los bandidos cuando tuviesen que dar algun golpe en estas cercanías? ¿y por ventura el miedo no te hubiera hecho ceder, si yo no te lo hubiese impedido?

— ¡Bueno! ¡bueno! dijo Cárlos restregándose las manos.

— Sin duda que es bueno, porque gracias á mí, nadie podrá echar en cara á tu hermana de ser la mujer de un encubridor de ladrones. Pero yo no quiero menos que mi hermano sea uno de estos; así que, Cárlos, habla, y si necesitas algun dinero....

— No me falta dinero, dijo Cárlos, vaciando una de sus faltriqueras, y echando sobre la mesa un centenar de zequíes de oro.

— ¡Caramba! gritó Egidio, abriendo sus rasgados ojos.

— ¿De dónde has sacado todo este oro, Cárlos? Tú no puedes haberlo ganado honrosamente con tu trabajo.

— ¡Ciento veinte zequíes! dijo Egidio que acababa de contarlos: dos años cabales de mi arriendo.

— No sé bien si son mios, dijo Cárlos, pero han salido de D. José Caraffa.

— De nuestro amo, repuso Carlina.

— ¿Cómo de vuestro amo? Este cortijo es de D. Ambrosio Naldi.

— Hace tres meses que murió, dejando por herederos al duque de Matalone y á D. José Caraffa sus sobrinos.

— ¡Perfectamente! dijo Cárlos. Oye, hermana; ya que D. José es tu amo, desearás servirle.

— ¿Si deseo servirle? me meteria por él en el fuego. D. Ambrosio era un viejo roñoso, que no buscaba mas que estrujarnos, y desde que dije la primera palabra á sus dos excelentes sobrinos, nos disminuyeron veinte zequíes del arriendo. ¿Creo que no habrás robado su palacio?

— ¡Ea, no, no, este dinero me lo ha dado D José, y quiero servirme de él para hacerme bandolero.

— Yo no te entiendo, Cárlos.

— Es preciso pues en confianza instruirte de todo. Y bien, has de saber que Perrone tiene un prisionero por el cual se interesa mucho D. José; y es para buscar los medios de libertarlo, que quiero entrar en la cuadrilla de aquel.

— Muy bien, Cárlos; pero no sé como podrás conseguirlo.

— Nada mas fácil con el auxilio de Egidio.

— ¡Bah! dijo este abriendo una boca ancha hasta las orejas.

— ¿Y cómo lo hará? preguntóle Carlina, sin reparar en la exclamacion de su marido.

— No tiene mas que conducirme á casa de su hermano Tomasi, del cual acabas de hablar, y recomendarme á él como un hombre que reune las mejores disposiciones para salir un excelente bandido.

— ¡Naranjas, naranjas! dijo Egidio.

— Bien pensado, añadió Carlina.

— Pero es menester partir al punto.

— Yo no sé, volvió á repetir Egidio.

— ¡Rosa! ¡Rosa! siempre te haces aguardar cuando te llamo, gritó Carlina. Dí á Georgino que luego ensille dos caballos. Mientras tanto, Cárlos, bebe un traguito y come un bocado.

— Os digo otra vez que no iré.

— Vamos, Egidio, calzaos las espuelas, y mudaos el vestido, á no ser que querais que por segunda vez os sacuda la harina.

— No quiero ir á meterme á la boca del lobo, dijo Egidio sin resistir á su mujer que le quitaba el vestido: esto es enviar al matadero un inocente y manso corderillo.... y diciendo esto pasaba el brazo en las mangas de un vestido nuevo..... ¿y que es lo que pensará de mí mi madre?..... Ya no le faltaba mas que calzarse las espuelas.

— Vamos, Egidio, despachaos, le dijo su mujer trayéndoselas.

Egidio sabia por experiencia que todas las veces que Carlina no le tuteaba, era señal de que queria ser obedecida, por lo mismo calzóse las espuelas, pero con lentitud, y exhalando profundos suspiros.

— Muy bien, Egidio; vamos, una vez en vuestra vida habeis demostrado que sois hombre; bebed este vaso de vino, que os dará valor.

— ¡Ay de mi! tal vez es el último que bebo.

— Escucha, Egidio, dijo Cárlos, ¿ves este oro? has dicho que con él habia para pagar dos años de tu arriendo: pues bien, te daré la mitad de él si haces que me reciban en la cuadrilla de Perrone.

— ¡Bah! ¿cuánto es preciso dar para poderme quedar aqui?

— Los caballos estan prontos, dijo Rosa entrando.

— Vamos, Egidio, vamos, á caballo, dijo Carlina; cuidaos mucho, aunque no tengo necesidad de recomendároslo.

— Un momento, replicó Cárlos, es menester examinar cuanto dinero tengo. Vació todas sus faltriqueras, contó los zequíes, y encontró cuatrocientos treinta y nueve.

— Es demasiado, dijo el mismo; por otra parte dicen que no es prudente llevar todos los huevos en una misma cesta. En caso de un accidente imprevisto debo saber donde encontrar dinero; asi que, Carlina, me guardarás dos

cientos zequíes, mientras que yo me llevo lo restante. ¡Ah! se me olvidaba una cosa importante. Mañana lleva frutas ó legumbres al mercado de Nápoles, y si es posible procura ver á D. José, é infórmale del proyecto que intento ejecutar.

— No pases cuidado, y dalo por hecho, respondió Carlina.

Cárlos montó á caballo. Egidio quedóse delante del suyo sin hacer movimiento alguno para montarlo.. Su mujer le levantó la pierna izquierda, colocóle el pie en el estribo, y sintiendo Egidio que le atormentaban la derecha pellizcándosela, sentóse de un brinco en la silla, temiendo caer al suelo. Cárlos partió, y el caballo de Egidio siguió á su camarada sin cuidarse de si esta era la intencion del que lo montaba.

CAPITULO XXI.

Voilá quel est mon caractère,
Quan je parle il faut obeir.
La belle Ariene.

— Mi esposa es una buena mujer, dijo Egidio á su compañero de viaje, mientras iban marchando, sin duda, es una buena mujer, pero cuando se le mete una cosa en el magin.....

— Todas son lo mismo, respondió Cárlos, y he aquí por que mejor es quedarse soltero.

— No me arrepiento de haberme casado. ¡Dios lo sabe bien! porque si fuera así no te lo diria; solamente que uno desearia poder ser el amo alguna vez.

— Sin duda, sin duda.

— Por ejemplo, este malhadado viaje que ella me hace

emprender contigo, estoy seguro que me acarreará alguna desgracia.

— ¡Qué! no temas nada.

— Esto es fácil de decir: tú estás acostumbrado á soplar sendos tiros á los aduaneros; pero un hombre tímido y pacífico como yo....

— Siempre teme por su pellejo. Ya te he dicho que te respondo de todo.

— Tu hablas muy bien, Cárlos, pero es una tontería mezclarse en los asuntos de Perrone. Esto nos acarreará algun daños. Pero nosotros vamos muy despacio; no llegaremos de dia, y yo no soy aficionado á viajar á obscuras.

— ¿Quereis por ventura reventar nuestros caballos?

— ¡Que desgracia! los dejariamos para volvernos á Rívolo.

— Nada de esto: alquilaríamos otros, ó bien continuaríamos á pie nuestro camino.

Viajaron de este modo algunas horas, Egidio procurando de contínuo hacer variar la resolucion de Cárlos; y este mostrándose constantemente inmutable. Al efecto de dar algun descanso á sus caballos, viéronse obligados á entrar en una posada cuyo dueño era conocido de Egidio.

Mientras comian los dos á solas un bocado, animado Egidio por algunos vasos de vino, y hallándose en país amigo, armóse de la firmeza necesaria para declarar á Cárlos que no seguiria mas adelante, y que iba á volverse á Rívolo.

— ¡Ola! díjole Cárlos, es preciso pues que te hable serio. Oyeme: soy tu cuñado, te he tomado por el lado de la dulzura, te he prometido cincuenta zequíes por el servicio que te pedi, pero ¡por san Genaro! si rehusas conducirme á casa de Tomasi, si hallándonos en ella me vendieses con una palabra ó con una seña, ¿ves esta pistola? te hago saltar los sesos como si fueras un aduanero.

— ¡Oculta, oculta por Dios esta pistola! articuló Egidio temblando: la vista de las armas de fuego ha producido en

mi un efecto que no soy dueño de contener.... He querido reirme un rato.... Haré todo cuanto querais.

— Muy bien, pero ten presente que yo no me chanceo y que si esta pistola vuelve á salir de mi cintura, se acabó todo para ti.

Egidio callóse como un muerto. No se hizo de rogar ni esperar para volver á subir á caballo, pero no habló palabra en todo el resto del viaje.

Iban á dar las dos de la mañana, cuando llegaron á casa de Tomasi. Egidio llamó ligeramente á la puerta, y viendo que nadie respondia, dijo.

— Ya ves que no hay alma viviente: yo no tengo de ello la culpa. Sin duda habrán ido á vivir á otra parte. Lo mejor que podemos hacer, es volvernos.

— Aguarda, dijo Cárlos, y empezó á dar fuertes golpes á la puerta, como si quisiera derribarla.

Abrióse una ventanilla de lo alto de la casa. — ¿Quién llama de este modo? preguntó una mujer, con voz áspera.

— Soy yo, madre mia, respondió Egidio.

— No es verdad, no es verdad, replicó Bárbara, esta no es la voz de Tomasi.

— No soy Tomasi madre, soy Egidio.

— Y en verdad es él, dijo Bárbara. Aguarda ¡pobre muchacho! aguarda: voy á echar una yesca, y á vestirme.

— Pasó un cuarto de hora antes que abriese la puerta.

— No te aguardaba, Egidio, en semejante hora.

— Lo creo, madre mia, porque sabeis que soy bueno y prudente; pero he sido....

— ¡Ah! ¿tú no estás solo? le dijo al descubrir á Cárlos. Entrad, señor entrad. ¿Qué es lo que te conduce por nuestras cercanías?

— Es que.... dijo Egidio rascándose la cabeza.

— ¿Y bien?

— Cárlos.... este es el hermano de mi mujer....

— No es menester tartamudear tanto, dijo Cárlos, para decir que necesito hablar con Tomasi.

— ¡ Hablar con Tomasi ! dijo Bárbara mirándolo con aire desconfiado. ¿Y qué negocio podeis tener con él?

— Vengo á ofrecerle mis servicios.

— ¿Para cortar leña?

— ¡No votová!... no, acaso vuestro hijo no tiene otra ocupacion? Quiero que me presente á su gefe.

— ¿Y eres tú Egidio, quien ha acompañado este buena pieza? Me constaba que eres un imbécil, un idiota, pero ignoraba que fueses un reclutador de ladrones. Por lo demás podeis volveros por donde habeis venido. Tomasi no está en casa.

— ¿Cuando volverá? preguntó Cárlos.

— No lo sé.

— Lo aguardaremos.

Y sentándose Cárlos, hizo una seña á su compañero para que hiciera otro tanto.

— Parece que vosotros no os mortificais; pero os aseguro por todos los ángeles del paraiso, que yo no me incomodaré menos. Y tomando la luz, iba á subir á su cuarto dejándolos en una completa obscuridad, cuando llegó Tomasi.

— Todavía sin acostar, madre mia? ¡Ah! teneis compañía. ¿Eres tú Egidio? Buenos dias, señor.

— Buena hora de volver, dijo Bárbara; pero deberia estar ya acostumbrada á ello.

— Vamos, vamos, madre mia, no gruñais, he venido expresamente para sacaros de inquietud. Voy á ausentarme por dos ó tres dias y es menester que me vuelva inmediatamente.

— ¡Yo inquietarme! inquietarme por un bribon como tú! de ninguna manera. Ya me figuro lo que va á sucederte el dia menos pensado, si rehusas como siempre, oir los consejos de tu madre. ¿Qué vas ha hacer durante estos tres dias? Nada bueno, segun pienso. ¿Y de dónde vienes ahora? Sin duda de *Il*....

— ¡Silencio, madre mia....!

— ¿Y porqué? Tu hermano sabe ya en lo que te ocupas, y este otro bergante tampoco lo ignora.

— ¿Y quién se lo ha dicho? Estoy seguro que no habreis sido vos, madre mia. ¿Serias tu Egidio? Si estuviese cierto de ello, por vida de mil diablos, que te cortaria la lengua.

— Corta mas bien la de mi mujer, Tomasi, porque ha sido ella la que lo ha dicho todo. ¡Oh la lengua de una mujer!... ¡la lengua de una mujer!...

— Dices tantas mjaderías, como eres capaz de hacer.... ¿Y porqué ha charlado?

— Es que.... es que....

— Y bien, es que... es que.... ¿acabarás de una vez?

— Es que Cárlos que ves aquí.... Cárlos es su hermano, como tú eres el mio, de manera que....

— ¿Y esta era razon para hablarle de mis negocios, para venderme?

— Voy á explicároslo todo señor Tomasi, dijo Cárlos. Hace mucho tiempo que deseo entrar en la partida de Perrone, y como yo hablase de ello esta mañana delante de mi hermana, esta me ha dicho que su marido tenia un hermano que podia facilitarme los medios, y este es el motivo de nuestro viaje aquí.

— ¿De veras? ¡Muy bien! Tienes una excelente fisonomía para el oficio, y llegas á buena ocasion, porque el capitan necesita reclutas. Pero ¿como podré saber yo si tú eres ó no un traidor, un hermano fingido, ó un espía? ¿Quién me responde de tí?

— Egidio.

— ¿Es cierto esto Egidio? ¿Me respondes de él?

— Egidio titubeaba en contextar. Cárlos le miró fijamente, frunció las cejas y llegó su mano derecha á la cintura.

— Sí.... yo.... sí, yo respondo, contextó Egidio temblando. No me harias esta pregunta si le conocieras.... Me mataria como una mosca, á mí que te estoy hablando, á pesar de ser su cuñado.

— Muy bien. ¿Es decir, camarada, que quereis ser de los nuestros?

— Sí.

— Perfectamente: vamos á partir luego. Dentro de dos horas te presentaré al capitan, y examinará si le convienes.

— El cielo te castigará, Tomasi, dijo Bárbara. ¡Ojalá te conceda el tiempo necesario para arrepentirte! Pero dime: ¿qué se ha hecho esa jóven ó infeliz señora, que Perrone condujo cautiva, y que durmió aquí antes de anoche?

— ¿Qué se ha hecho? ¿Creeis que la han descuartizado y comido? Se halla buena. La he visto en la ventana de su cuarto.

— Y bien, partamos, dijo Cárlos, al cual daba una nueva esperanza cuanto acababa de oir.

— Ten paciencia. Es menester advertirte que voy á llevarte á nuestra capital, á *Il segreto*; y como no puedes saber donde se halla situada antes de ser definitivamente de los nuestros, te advierto que al llegar al pie de las montañas te vendaré los ojos.

— No importa.

— Además es probable que Perrone deje pasar un cierto tiempo, antes que te permita tomar parte en sus expediciones. No dispensa tan ligeramente su confianza.

— Bien.

— Vamos: montemos á caballo y partamos.

— ¿Y mi caballo? dijo Egidio, ¿por ventura quereis hacerlo tambien bandolero?

— Te se devolverá, dijo Tomasi. No puede convenirnos el caballo de un cobarde.

— Tanto mejor, dijo Egidio. Esto es una satisfaccion.

Luego que se hubieron marchado Cárlos y Tomasi, Egidio quedó á solas con su madre.

— ¿Y no te avergüenzas de lo que acabas de hacer? dijo Bárbara.

— Que quereis, madre mia, me hubiera muerto.

— ¡Muerto! tú tienes doble fuerza que él.

— Tal vez será así, pero vos sabeis que yo no soy pendenciero, y que á buenas, cualquiera hace de mi lo que le

da la gana. Mi mujer os lo diria. Pero á propósito de mi mujer, madre mia, si vos no fueseis tambien mujer os diria algunas cosas, y no estariais mas enfadada conmigo. La lengua de una mujer, como lo iba diciendo á Cárlos durante el camino....

— La lengua de una mujer es menos perjudicial que la de un bestia. Dime pues algo: quiero saberlo.

Un *yo quiero*, pronunciado con energia, nunca dejaba de asegurar la obediencia de Egidio, y por lo mismo, contó de cabo á rabo á su madre todo lo que sabia de los proyectos de Cárlos.

— ¡La Vírgen Santísima y todos los santos le protejan! exclamó la vieja. Al verlo no le habia creido capaz de tan buena accion. ¡Con tal que no suceda alguna desgracia á Tomasi! ¡Hágase la voluntad de Dios! Pero tú no marcharás á esta hora, Egidio?

— No, no. Yo no viajo de noche, mas que en casos de absoluta necesidad. Voy á subir al cuarto de mi hermano, y á echarme sobre su cama, mientras aguardo que sea de dia.

— Mientras tanto, nuestros dos viajeros se adelantaban hácia *Il segreto*, hablando sobre diversos objetos que no ofrecen ningun interés, para que nosotros traslademos á nuestros lectores aquella conversacion. Al llegar al pie de los Apeninos, Tomasi vendó los ojos de su compañero, y cuando se los destapó, hallóse Cárlos dentro de la caverna en presencia de Perrone y de otros dos ó tres bandoleros.

La casualidad favoreció singularmente á Cárlos sin que lo supiera, porque un cuarto de hora antes de su llegada, habia partido Neri con su destacamento, para la expedicion que le estaba encargada, y si el teniente se hubiese hallado en la caverna, el rostro de Cárlos era demasiado marcado, para que hubiese dejado de conocerle, por uno de los dos hombres que habia visto en la cabaña de Masaniello, y que sacaron de ella á D.ª Mencía. Tomasi presentó á Cárlos á su capitan como un hombre que deseaba vivamente alistarse en su cuadrilla.

Pero ahora que hemos conducido á *Il segreto* á D.ª Mencía y á Cárlos, antes de dar cuenta de la entrevista de estos, es indispensable que retrocedamos á Nápoles, para saber lo que pasaba allí durante este tiempo.

CAPITULO XXII.

Par là finit la guerre et la paix lui succede.
HORACE.

Al medio dia de aquel en que Cárlos habia entrado en *Il segreto* debia ir el virey vestido de gran gala á la iglesia de la Vírgen del Cármen, para proceder á la redaccion definitiva de los artículos del tratado con el pueblo, y jurar en manos del arzobispo su cumplimiento. Por la mañana temprano el duque de Arcos envió á Masaniello el regalo de un brioso caballo magnificamente enjaezado, y dos grandes cajas llenas de ricas telas y preciosos vestidos, de hombre y de mujer, empero Masaniello rehusó cambiar de traje, y con el mismo de pescador, las piernas y los pies desnudos, llevando en la cabeza su gorro encarnado, montó el arrogante corcel para ponerse á la cabeza del cortejo que debia ir á buscar al virey á Castello-Nuovo. Nunca se habia visto en Nápoles tan grande afluencia de gente. De diez leguas á la redonda todos los habitantes de aquellas campiñas habian acudido á la capital, los unos para ver el hombre estraordinario que en el espacio de cinco dias habia roto el cetro de hierro de la España, y devuelto al pueblo napolitano los derechos de que la tiranía le habia privado mas de un siglo antes, los otros para gozarse en la humillacion del virey, y oir á este hombre orgulloso hacer pública confesion de su falta, y de su impotencia.

Masaniello rompió la marcha á las once de la mañana. Todas las casas de las calles por donde debia pasar el corte-

jo, estaban adornadas de tapices y guirnaldas de flores como en los dias de solemne procesion. Todas las ventanas estaban llenas de espectadores tan sumamente apretados que unicamente se veian tres ó cuatro hileras de cabezas colocadas las unas sobre las otras. El aire resonaba con mil y mil aclamaciones, siendo la multitud tan grande, que casi era imposible abrirse paso.

Montado Masaniello en el caballo que el virey le habia regalado, iba á la cabeza del cortejo, precedido por sus guardias de corps, que trabajaban para hacer plaza entre el inmenso gentío. Su mano derecha empuñaba una espada desembainada, llevando en la izquierda la Carta de Cárlos V que el cardenal le habia entregado; despues de él marchaba Arpaya tambien á caballo, enseñando al pueblo el tratado cuyos artículos habian sido redactados por Genuino, y que por consiguiente no podian sufrir oposicion alguna, puesto que era el alma de los dos partidos. Venia en seguida dicho Genuino en una litera, á causa de padecer un ataque de gota, Pione, Vitale, Domingo, y los demas gefes del pueblo, cerrando la marcha una multitud inmensa.

Todavia se hallaba reunida mayor número de gente en la plaza de Castello-Nuovo. Todos procuraban llegar á las primeras filas para ver salir al virey, resultando por lo mismo un contínuo flujo y reflujo que obstruia la marcha, y ponia en peligro la vida de los ciudadanos.

Masaniello todavia dió en esta ocasion una prueba del imperio que ejercia sobre el espíritu del pueblo. Habiendo impuesto silencio, prohibió que nadie se moviese del puesto que ocupaba, y millares de hombres permanecieron inmóviles.

El virey no hizo aguardar un momento al gefe del pueblo. Luego que le avisaron la llegada de Masaniello, subió al coche con D. José, el duque de Aversa, y el coronel Moncada, siguiéndole todos sus consejeros, y la mayor parte de los nobles que se habian quedado en Nápoles, y que habian ido aquella misma mañana á Castello-Nuovo. Este nuevo

acompañamiento, que consistia en unos cuarenta carruajes, unióse al primero. Masaniello se quitó el gorro para saludar al virey, y le hizo con la espada los honores militares, de una manera bastante torpe, despues de lo cual colocándose delante de su carroza, dió la señal de partida.

Todo respiraba paz en Castello-Nuovo. Solamente se veia sobre las armas el corto número de soldados que comunmente entraban de guardia. Los otros colocados sobre la plataforma, ó arrimados á las troneras figuraban tan solo como espectadores. El duque de Arcos no quizo hacerse acompañar por un destacamento de tropa. Conocia que toda su guarnicion no era bastante para defenderlo, si habia algun siniestro designio contra su persona, y prefirió dar una prueba de confianza al pueblo y picar la generosidad de aquel que habia sido declarado su gefe, presentándose desarmado y sin guardias.

El cortejo se dirigió hácia la catedral. Delante cada parroquia y de cada convento, los presbíteros y religiosos, cantaban himnos y salmos. Por todas partes se oia retumbar el sonido de las campanas, el eco de los instrumentos de música, y sobre todo los gritos de alegría del pueblo: ¡Viva Felipe IV! ¡Viva Masaniello! ¡Viva el duque de Arcos! pero á estos gritos acompañaban los otros que superaban á los primeros, de: ¡Abajo los impuestos! ¡abajo los impuestos!

El cardenal Filomarino al frente de todo el clero, aguardaba el cortejo á la puerta de la iglesia Metropolitana, desde donde se trasladó procesionalmente á la de nuestra señora del Cármen. El pueblo la llenaba ya, pero Masaniello habia mandado que nadie entrase en el coro antes de llegar la comitiva, y esta órden fue puntualmente cumplida, aunque no se hubiese encargado vigilar acerca su ejecucion. Pero asi que el virey y él se hubieron sentado, asi como las demas personas que formaban sus respectivos séquitos, llenóse al instante esta parte de la iglesia lo mismo que las otras.

El arzobispo subió al altar mayor y entonó el *Veni Creator*. El virey rodeado de su corte, se puso á su derecha, y Masaniello con los otros gefes del pueblo á la izquierda. Cuando se terminó la invocacion al Espíritu Santo, Donato Copola, secretario de estado, leyó en alta voz los artículos del tratado. Masaniello los sabia ya, y no obstante escuchaba su lectura con suma atencion. De tiempo en tiempo la interrumpió pidiendo algunas variaciones y correcciones. Todo se le concedió. ¿Qué se hubiera podido rehusar al gefe absoluto de un inmenso pueblo armado, sublevado, y que le era enteramente adicto? El artículo mas importante, y del que eran accesorios todos los demás, ocultaba un lazo que escapó á su penetracion.

Este artículo redactado mañosamente por el astuto Genuino, contenia la abolicion general de todos los impuestos *á escepcion de los que ya subsistian en tiempo de Cárlos V, y de los que se hubiesen dado en pago á los particulares*. Ahora bien: no existia en todo el reino de Nápoles un solo impuesto cuyo producto no fuese concedido á las compañias que adelantaban la entrada, y por consiguiente esta accepcion anulaba completamente la concesion hecha al pueblo por el virey. Es verdad que la frase asustára á Masaniello cuando habia discutido los artículos del tratado con Genuino, pero este, que como hemos dicho, estaba ganado por el virey, se la habia esplicado de un modo conforme á sus ideas.

—*Suum cuique*, dijo Genuino, hay algunos individuos á los cuales el gobierno ha pedido prestadas algunas considerables sumas, y á quienes se obligó devolverlas sobre el producto de tal ó cual impuesto. No se trata mas que de conservar sus derechos; sin esta cláusula, podria el virey rehusar su satisfaccion, y vos no querreis autorizar tal injusticia. *Tuum animum novi.*

El menos versado en los negocios, hubiera contestado victoriosamente á esta objecion; pero Masaniello á pesar de todas sus buenas disposiciones, no conoció la artimaña de Genuino, ó para decirlo mejor se dejó cejar por la confian-

za sin límites que tenia en su consejero, del cual estaba bien léjos de sospechar traicion. El artículo pasó pues sin discutirse mas, y en adelante sirvió de pretesto para conservar todos los impuestos cuya abolicion esperaba el pueblo.

Concluida la lectura, se levantó el duque de Arcos, adelantóse hácia el altar delante el que el cardenal se hallaba revestido de su traje pontifical, y prestó sobre los santos Evangelios, y sobre la sangre de san Genaro, el juramento de ejecutar fielmente todos los articulos del tratado que acababa de concluirse, y el cual en seguida firmó. Todos los consejeros de la regencia hicieron individualmente otro tanto, los unos despues de los otros. No sabiendo Masaniello escribir, Genuino se encargó de firmar por el pueblo de Nápoles, y el secretario de estado concluyó poniendo el sello del consejo.

Esta ceremonia terminó con un *Te-Deum*, himno solemne en accion de gracias que el arzobispo hizo cantar, para agradecer al cielo el restablecimiento de la paz. En seguida Masaniello dirigió un larguísimo discurso al pueblo hablando con la elocuencia natural que le habia dado el cielo. Hizo la pintura de los males que sufria el pueblo cuando estaba cargado de insoportables impuestos, y le felicitó por hallarse libre de ellos. Contábase dichoso por haber contribuido á esta mudanza. Cuanto habia hecho, era el cielo que lo habia obrado por sus manos para la salud del pueblo, la gloria del soberano, y el bien del virey. Nunca habia pensado en sus intereses personales, y no deseaba ni gloria, ni riquezas ni poder. Ya que la obra de la paz se habia concluido, obteniendo el pueblo cuanto habia reclamado justamente, coloca otra vez á sus redes, y abdicando la autoridad que le habia confiado aquel, no debia recibir mas órdenes que las del virey. Los gritos tumultuosos de *¡No! ¡no! ¡sed nuestro gefe! ¡Viva Masaniello! ¡mueran los traidores!* le interrumpieron de repente. El virey no los oyó sin temor, y creyó, que para el bien del estado, como por su seguridad personal, debia desear que mientras el pueblo

estuviese en aquella efervescencia, conservase por gefe el solo hombre que parecia poseer el don de calmar la irritacion general de los animos. Acercóse al cardenal, habló un momento con él, y adelantándose los dos hácia Masaniello, y haciendo señal al pueblo de que guardase silencio, le invitaron que no dejase imperfecta su obra, y que cooperase con ellos al mantenimiento del órden y tranquilidad en la capital y que continuase llenando las funciones de gefe del pueblo, hasta que hubiese llegado de la corte de España la ratificacion del tratado que acababan de firmar.

La autoridad suprema, tiene ciertos hechizos á los cuales es dificil renunciar despues que se han experimentado una vez. No fueron pues necesarios grandes esfuerzos, para decidir á Masaniello á que permaneciese dueño absoluto de Nápoles. Entonces hizo muchas y estraordinarias peticiones al virey las que probaban que el resultado que acababan de obtener, no hacia mas que acrecentar su ambicion. Pidió que no se cerrasen nunca las puertas de Castello-Nuovo, que se permitiese á los gefes del pueblo presentarse al virey, cuando lo creyesen oportuno, que no se colocase en Nápoles ninguna fuerza armada mas que por órden del mismo Masaniello, que pudiese aumentar el número de sus guardias, y que se prohibiese á los nobles y á los ricos el salir de la ciudad. Todo le fue concedido al momento. El virey anunció al pueblo, que Masaniello consentia en quedarse su gefe, y las bóvedas de la iglesia resonaron con mil repetidas aclamaciones de: ¡Viva Masaniello! ¡Viva el duque de Arcos! Masaniello acompañó á este hasta la puerta principal, y el virey antes de dejarlo, le tomó la mano, le dijo que estaba sumamente satisfecho de haberle conocido, que iba á regresar, no á Castello-Nuovo, sino á su palacio, para darle una prueba de su confianza; y que le invitaba fuese á verle por la noche. Llevó la condescendencia hasta decirle que esperaba que la señora Masaniello iria tambien á visitar á la vireina.

Este inesperado convite, ocasionó tanta sorpresa como



embarazo á Masaniello. Articuló algunas escusas para dispensarse de aceptarlo, pero el cardenal habiéndole insinuado en voz baja, que si rehusaba, seria infundir sospechas acerca sus pacíficas intenciones, contestó al punto que no faltaria á visitarle.

El duque de Arcos experimentó algun trabajo para poder llegar á la carroza, tanta era la multitud que se agolpaba á su alrededor. Pero esta multitud, no tenia nada de desagradable, porque no buscaba mas que poderle besar la mano, ó la orla de su vestido. La accion que acababa de usar invitando á Masaniello á que permaneciese gefe del pueblo, le habia adquirido en un momento una popularidad de la cual nunca habia disfrutado.

Mientras se hallaba detenido por una multitud llena de entusiasmo, D. José Caraffa, que le seguia, reparó en una jovencita vestida de aldeana, de unos veinte á veinte y cinco años, que hacia treinta saludos en un minuto, cuyos cumplimientos conoció que le dirigia. No le era del todo desconocido su rostro; hízole una seña paraque se acercara, y al momento se adelantó la muchacha, diciéndole:

— ¿Por ventura no me reconoce nuestro amo? soy la arrendataria de Rívolo.

— ¡Ah! si, ya me acuerdo. Sois la mujer de.... Donati..

— Si señor, y la hermana de Cárlos, añadióle mirándolo con aire expresivo.

— ¡De Cárlos!

— Sí, señor, y.... me ha encargado una comision para vos, dijo en voz baja.

— Seguidme.

El pueblo salia atropelladamente de la iglesia, D. José entró en ella con la jóven, y la condujo á un lugar en el cual no habia nadie. Allí ella le dió cuenta de la llegada de Cárlos á su casa, de su viaje con Egidio, y del objeto que se proponia con el mismo.

D. José la escuchó con tanto placer como atencion, y el afecto de Cárlos, quien le habia dado tantas pruebas de des-

treza y sagacidad, le hizo concebir las mas lisongeras esperanzas.

— Ahora, dijo D. José, convendria saber si ha salido con la suya. ¿Cuando aguardais á vuestro marido?

— Podria llegar esta noche: pero conozco á Egidio, sé que ama sus conveniencias y no se arriesga á viajar á obscuras; por lo mismo no le aguardo hasta mañana por la tarde.

— Luego que esté de regreso, no falteis á darme aviso, sin perder un solo instante. Estaré en el palacio del virey, porque no tengo domicilio en Nápoles. Tomad esta sortija: daré la órden para que me conduzcan inmediatamente al que la presente.

— ¡Oh! yo misma vendré, amo mio, y no la entregaré á nadie, porque tengo una buena jaquita, que no la cambiaria con ninguna otra, para correr á galope. Salieron de la iglesia, y Carlina regresó á su lugar.

Luego que el duque de Arcos pudo desembarazarse de la multitud que le rodeaba, subió á su carroza con el duque de Aversa y el coronel Moncada. No viendo á D. José, creyó que habia sido separado de él por la muchedumbre, y pensando que podria hallar asiento en uno de los coches del séquito, habia dado órden al cochero de partir. Pero la conferencia de D. José con Carlina fue algun tanto larga, y no hallándose ni un solo coche á la puerta de la iglesia cuando llegó á ella, se vió obligado á marcharse á pie al palacio del virey.

CAPITULO XXIII.

Aux usages reçus il faut qu' on s' accomode,
Una femme surtout doit tribut à la mode.

BOILEAU.

Á las cuatro de la tarde del mismo dia, hallábase la mujer de Masaniello sentada en su cabaña, remendando las redes de su marido, y conversando con una vecina que habia traido su labor allí, para disfrutar del placer de picotear mientras trabajaban.

— No hablaremos tan familiarmente juntas por mas tiempo, Beatriz.

— ¿Y qué es lo que nos lo impedirá, Inés?

— Vais á ser una gran dama y ya no nos mirareis.

— ¡Una gran dama! ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... ¡Beatriz Masaniello una gran dama! Á la verdad que si. Y bien, Inés, cuando esto suceda tu serás una dama del tocador (1). ¿No es así como esto se llama?

— No riais tanto vecina. No hace dos horas que Tadeo ha visto al virey dar la mano á Masaniello en la iglesia. Es preciso pues que sea un gran señor, y por consiguiente, que vos seais una gran dama. Y por otra parte ¿no ha sido confirmado gefe del pueblo?

— ¡Gefe del pueblo! ¿Qué le dará esto de mas? ¿Cogerá mas peces? Hace seis dias que no ha salido con su barquilla á la mar. Es verdad que me ha enviado una vez tres escudos, y cuatro ayer: y ha hecho bien, porque sin ellos, ¿cómo hubiera vivido yo con mis cuatro hijos? Sin embar-

(1) *Dame d' autours*. En la corte de España se llama Azafata á la camarista de la reina que tiene el cargo de asistir á su tocador. (N. del T.)

go de todo esto, si la pesca hubiese sido buena, hubiéramos ganado mucho mas.

Mientras hablaba de esta suerte, una brillante carroza, en la cual se veian los escudos de armas del duque de Arcos, con un cochero y dos lacayos, vistiendo la librea del virey, se paró delante la puerta de la cabaña. Domingo en traje de pescador, bajó de la carroza, y entró seguido de los dos lacayos, quienes despues de haber colocado en el suelo una gran caja se retiraron.

— ¿Qué quiere decir todo esto? dijo Beatriz, sin dejar su ocupacion; mientras que Alice hacia con aire desmañado multitud de cortesias á los dos lacayos.

— Esto quiere decir, D.ª Beatriz.... dijo Domingo.

— ¡D.ª Beatriz! ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... ¿Y desde cuando soy una *doña?*

— El virey es quien os ha dado este título, y yo vengo de parte del Sr. Masaniello....

— ¡Del Sr. Masaniello! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Caramba! ¿Domingo, tú quieres pues que reviente de risa?

— Reid cuanto querais, pero despachaos pronto, porque es menester que vayais esta noche á hacer una visita á la vireina.

— ¡Una visita á la vireina! ¡Yo! Vaya ¿Tienes la cabeza trastornada Domingo?

— No, no; pero no tardeis mucho tiempo. El Sr. Masaniello os aguarda en la sacristía de la iglesia del Carmen.

Con mucho gusto iré á ver á mi marido, pero no á casa de la vireina.

— Estos son vuestros cuidados y los suyos. Los mios son de sacaros de aquí. Con que, vestios prontamente.

— No tardaré mucho. No tengo mas que ponerme mi zagalejo encarnado y mi corsé verde.

— ¡No, no! abrid esta caja, y encontrareis con qué hacer vuestro tocador.

Abrieron la caja, y Beatriz y su vecina quedaron sumamente admiradas viendo lo que contenia. Finísima ropa

blanca, bellos encajes, vestidos de seda, de terciopelo, de brocado de oro y plata, y un collar, brazaletes, y pendientes de perlas; en una palabra, cuanto podia ser necesario para presentarse una dama en la corte.

La aficion al tocador es innata en la mujer, y Beatriz no pudo ver tan ricas galas, sin desear ponérselas. La dificultad estaba en la eleccion, y dió la preferencia á lo que le pareció mas brillante, sin cuidarse si las diferentes partes de sus vestidos guardaban armonía entre sí. La vecina desempeñó en efecto, las funciones de dama de tocador, y D.ª Beatriz, pronto estuvo espléndidamente vestida: de modo que nada hubiera faltado á su metamórfosis, si se hubiese lavado el rostro, los brazos y las manos; pero este fue un cuidado en el cual ni ella ni Alice atinaron.

Subió á la carroza, y pronto llegó á la puerta de la iglesia del Cármen. El duque de Arcos habia enviado un piquete de honor á Masaniello mandado por un capitan de su guardia que interiormente rabiaba por tener que prestar este servicio, que sin embargo debia cumplir.

Masaniello montó á caballo, y tomó el camino del palacio del duque de Arcos. Iba vestido con un traje bordado de plata, porque el cardenal le habia hecho conocer, no sin mucho trabajo, que no podia presentarse en la corte del virey cubierto con tales harapos.

Así que entró en la plaza mayor, donde estaba situado el palacio del duque de Arcos, se esparció entre el pueblo que la llenaba, que el virey no lo habia arrastrado á su casa mas que para hacerlo asesinar. Esta noticia circula rápidamente, ocasionando un terrible tumulto. Vitale corre á dar parte de ello á Masaniello. El audaz pescador, no cambió por esto de resolucion, pero enderezándose sobre la silla del caballo, dirigió un nuevo discurso al pueblo.

— Pueblo mio, dijo (esta era la primera vez que se servia de semejante expresion) ya que me manifestais tanta estimacion, sabed que todavia no ha llegado mi hora. Cuando esta llegue, no os pido otra cosa, que una parte de vues-

tras oraciones. ¿Me lo prometeis?

— ¡Sí, sí! ¡Ojalá tarde en llegar cien años!

— Yo no soy mas que un pobre pescador, pero he pescado la libertad de Nápoles. ¿Quién es hoy dia, vuestro señor? Respondedme todos: ¿es Dios?

— ¡Sí! ¡es Dios! ¡es Dios!...

— Y despues de él, la Vírgen Santísima, Felipe IV, el cardenal Filomarino y el duque de Arcos.

— ¡Y Masaniello! prorumpieron millares de voces.

— ¡No! Ya os he dicho que yo no soy mas que un pescador, y quiero volver á mis redes. No he tomado este traje, mas que por respeto á su eminencia, y lo dejaré tan pronto como sea posible, para volver á vestir el que conviene á mi estado. Pero si los traidores me arrancáran la vida, acordaos de no deponer las armas antes de haber recibido de la corte de España, la ratificacion del tratado.

— ¡Vos vivireis! vivireis para nosotros y para nuestros hijos!

— Ahora mismo voy á ver al virey. Si de aquí á una hora no volveis á verme en medio de vosotros, será una prueba de que hemos sido vendidos. Entonces atacad el palacio, y entregadlo á las llamas. ¿Lo hareis?

— ¡Lo haremos, lo haremos!

Masaniello entró con su muger en el palacio del virey; la multitud queria precipitarse con él, hizo una seña con la mano, prohibió que nadie pasara de la puerta, y cada uno pareció atacado de inmobilidad.

Un chambelan condujo D.ª Beatriz á la habitacion de la vireina, que no se desdeñó de aplicar su noble boca, sobre las sucias megillas de la mujer del pescador, la cual se quedó cerca de una hora con ella, no saliendo hasta despues de haber recibido ricos presentes para la misma y para sus niños, siendo conducida hasta su cabaña por la misma carroza que habia ido á buscarla. Solo el cardenal Filomarino siguió á Masaniello al palacio del virey, quien salió á recibirlos con toda su corte hasta la puerta del vestíbulo.

El altanero pescador se humilló en este momento. Arrojóse á los pies del duque de Arcos, se los besó varias veces, le dió las gracias por haber acordado las peticiones del pueblo, y le dijo, que si le habia ofendido venia á entregarse á sus manos para sufrir el castigo.

Con este lenguaje sumiso habló el hombre que acababa de encargar al pueblo que incendiase el palacio, si no salia de él al cabo de una hora; pero el virey conocia el arte de disimular sus sentimientos. Levantó al momento á Masaniello, abrazólo muchas veces con aire de estimacion, le llamó salvador de Nápoles, dándole las gracias por la conservacion del órden en la ciudad, añadiéndole que no merecia castigo alguno, toda vez que nunca habia faltado al respeto debido á la persona del rey. Masaniello contestó á sus atenciones con nuevas protestas de fidelidad, y le aseguró, que nunca habia tenido á la vista mas que el supremo bien del pueblo, del rey, y de S. E.

El duque de Arcos le hizo entrar en su gabinete, con el arzobispo, habló con él largo tiempo acerca los negocios públicos, y quedó sorprendido en gran manera al descubrir tanto discernimiento, congruencia de genio y penetracion, en un hombre salido de la hez del pueblo, y sin especie alguna de educacion. Masaniello le prometió, durante la visita, hacer entrar en las arcas reales un donativo de cinco millones de ducados, á fin, segun dijo, de indemnizar á su magestad de la abolicion de los impuestos.

Su proyecto era, sacar esta suma de los bienes confiscados por él á los nobles que habia proscrito. Olvidóse Masaniello de la órden que habia dado al pueblo, sino comparecia dentro una hora, y habiendo casi discurrido este término, empezóse á levantar un sordo rumor entre la multitud reunida en la plaza. Temíase que Masaniello no hubiese sido muerto ó arrestado, y desde luego los furibundos gritos del pueblo penetraron hasta el gabinete del duque de Arcos. Levántase de repente Masaniello, corre á la sala inmediata, abre una ventana, y presentándose al pueblo «

— ¡Aquí me teneis! gritó, ¡aquí me teneis! aun vivo, y soy libre! ¡orden! ¡orden!

— ¡Orden¡ ¡orden! repitieron millares de voces, y la alegría sucediendo al temor, corrieron á la iglesia inmediata y echaron á vuelo todas las campanas en señal de regocijo.

Esta manifestacion de placer, disgustó á Masaniello, y temiendo que los ciudadanos, que no podian verle tomasen el sonido de las campanas por una señal de alarma, mandó que cesasen tocarlas. Al punto fué obedecido, y dirigiéndose al virey que le habia acompañado con el arzobispo: voy á manifestar á V. E. como obedece el pueblo de Nápoles. Volviéndose entonces hácia el pueblo gritó:

— ¡Alabado sea Dios y Nuestra señora del Carmen! ¡Viva mil años su magestad Felipe IV, su Exelentísima el cardenal Filomarino, y S. E. el duque de Arcos.

— ¡Ojalá vivan para siempre! respondió el pueblo.

— ¡Ahora, silencio! No se oyó desde luego ni una sola voz! ¡Bajo pena de rebelion, retírese cada cual á su casa! En menos de cinco minutos aquella plaza que parecia un hormiguero de hombres, quedó hecha un verdadero desierto. El virey permaneció sumamente admirado, viendo la ciega obediencia de un populacho desenfrenado, que poco tiempo antes parecia pronto á entregarse á los mas grandes exesos. Redobló las atenciones y los agasajos á un hombre que le parecia tan importante conservar. Algunos autores añaden que durante esta conferencia, le nombró caballero de san Jorge. Pero esto no queda bien justificado, y si nosotros lo citásemos aqui como cosa cierta, daríamos un caracter fabuloso á nuestra historia, pues parece cierto que el virey no tenia el derecho de conferir esta dignidad. Lo mas seguro es, que el duque de Arcos, se quitó del cuello una rica cadena de oro, cuyo valor era de tres mil ducados, y que la puso en el de Masaniello, el cual la aceptó despues de haberle representado el cardenal que ofenderia al duque si la rehusaba. El virey detubo á Masaniello has-

ta la noche, y es de creer que en esta conversacion no quedaria olvidada D.ª Mencía. Masaniello protestó que esta no fue presa al primer dia por orden suya: que si la habia hecho conducir inmediatamente á su cabaña, y en seguida á un convento, solo fue con el designio de ponerla en seguridad, hasta que las circunstancias permitiesen devolverla á su padre, y que con el mismo objeto habia hecho prometer el premio de doce mil piastras al que se la presentara, y ofreció tomar nuevas medidas para descubrir su retiro. Efectivamente, la misma noche hizo publicar doble recompensa de la que se habia ofrecido anteriormente, y pena de la vida á cualesquiera que la ocultara ó detuviese á la fuerza, ó bien que sabiendo donde se hallaba no diese aviso de ello. Serian cerca de las nueve de la noche, cuando al retirarse Masaniello, el duque de Arcos le acompañó hasta la puerta del palacio dándole una guardia de honor, disponiendo al mismo tiempo que le siguieran ocho lacayos con achas encendidas. Esta precaucion no era necesaria, porque toda la ciudad se hallaba iluminada como en una noche de públicos regocijos. El pueblo que habia salido de la plaza llenaba todas las calles inmediatas á la misma, y un acompañamiento de mas de cincuenta mil almas, siguió á Masaniello hasta la iglesia de nuestra señora del Carmen, en la cual entró en medio de universales aclamaciones. Al llegar á ella tomó otra vez el traje de pescador, y tiró en un rincon de la sacristía, el magnífico vestido que contra su voluntad se habia puesto.

CAPITULO XXIV.

Qu' on se batte, qu' on se déchire,
Peu m' importe: c' est un délire!
Ils s' en vont se faire assommer,
Quand on peut chez soi s' enfermer.

FELIX.

La mañana siguiente todavía se hallaba D. José en su cuarto, cuando el virey mandó decirle que pasase á verle inmediatamente. El mismo recado habia hecho pasar al conde de Moncada, y ambos entraron casi al propio tiempo en el gabinete del duque.

Este se hallaba sentado con los codos apoyados sobre una mesa, la cabeza sostenida entre sus manos, y al parecer sumergido en una viva agitacion.

—Tomad esta carta, D. José, dijo señalando un mugriento papel que estaba desdoblado sobre la mesa. Acaba de dejarlo á mi puerta un labrador que en seguida ha desaparecido. Leedlo en voz alta, para que Moncada pueda oirlo, y ausiliarnos con sus consejos. ¡Son noticias de D.ª Mencía! D. José. ¡Desgraciada hija, pero aun mas desgraciado padre!

Tomó D. José la carta con mano trémula, y con una conmocion imposible de describir, leyó lo siguiente.

— « Perrone, gefe de bandoleros, al duque de Arcos, vi« rey de Nápoles.

« Vuestra hija está en mi poder, y os desafio á sacarla de « él. Se os entregará, con las condiciones siguientes:

« La tercera noche despues de la fecha de esta carta, ha« ced depositar la suma de cien mil zequíes, á las doce en « punto, debajo del álamo que se halla en el centro de una « pequeña pradera, detrás de las paredes del lugar de Rí-

« volo, hácia el lado del Vesubio. Que los encargados de « llevar esta suma se vuelvan á Nápoles luego de haber he- « cho el depósito, y que ningun soldado ni ningun espía se « acerque á aquellos alrededores antes de las tres de la ma- « drugada.

« Ejecutad todas estas condiciones, y dos dias despues « volvereis á ver á vuestra hija: faltad á una sola, y res- « ponderá de ello su vida. »

La carta se cayó de las manos de D. José. Moncada parecia sepultado en profundas reflexiones, y el virey estaba silencioso. No obstante, este fue el primero que habló.

— Si yo tuviese la suma que me piden, dijo, no vacilaria un momento, y creeria rescatar á bajo precio, mi pobre Mencía. Pero los sublevados, como lo sabeis bien, han robado mi tesoro. No han tenido miramiento ni á mis consejeros ni á mis amigos, y en este momento no tengo cuatro mil zequíes á mi disposicion. ¿Cómo podré procurarme semejante cantidad durante este dia? porque segun la fecha de la carta esta noche es menester hacer el depósito.

— Yo puedo contribuir con unos cuarenta mil zequíes, dijo D. José. Me creo doblemente feliz que al incendiar mi palacio la canalla, no haya descubierto el tesoro de mi familia, y me parece que no será imposible encontrar lo que falta antes de anochecer.

— Yo no estoy por semejante transaccion con los bandoleros, dijo el coronel. ¿Quién nos sale garante de que cuando hayan recibido esta suma, el dia siguiente no pedirán otra?

— No hay ejemplo, respondió D. José, que Perrone haya faltado á su palabra en casos semejantes.

— ¿Y quereis vos, replicó Moncada con todo el orgullo español, que el virey de Nápoles, el representante del soberano, tenga que mendigar de puerta en puerta, con que satisfacer el rescate de su hija, y que tal vez se humille hasta el extremo de implorar la generosidad del gefe de los rebeldes?

— ¡Imposible! exclamó el duque de Arcos. No obstante....

— No obstante, si no se adopta este medio, es preciso encontrar otro, dijo D. José con aire impaciente. ¿Teneis alguno para proponer, coronel?

— Nápoles parece tranquilo. Se han puesto en libertad los prisioneros del fuerte de San Telmo. Mi consejo es de poner sobre las armas todas las tropas que tenemos, enviarlas á los alrededores del lugar indicado, cercar á media noche la pradera, y caer sobre los bandoleros, al momento de llegar para recoger su presa.

— ¿Creeis vos que Perrone no tiene sus espías? ¿Pensais hacer marchar sobre Rívolo un cuerpo de ochocientos á nuevecientos hombres, sin que esté instruido de ello?

— Segun las precauciones que toma en su carta, dijo el virey, yo no creo que tenga designio de presentarse con fuerza.

— Es bastante atrevido para ir él mismo, y solo, repuso D. José. Si uno pudiese apoderarse de él, á buen seguro que pondria en libertad á D.ª Mencía, para obtener él la suya.

— Soy de la misma opinion que vos.

— El artificio y no la fuerza es lo que se debe emplear para el objeto. Si se hacen aparentes preparativos, si puede sospechar un lazo, no comparecerá, y Dios sabe cual será entonces el resultado. ¡Esta idea me estremece! ¡Este hombre es capaz de todo!

— ¿Habeis discurrido algun medio? preguntó el virey.

— La pradera indicada, debe hallarse muy inmediata á un cortijo mio. Los que lo habitan son buena gente, y me aprecian. Si lo teneis á bien, yo iré allí y con su auxilio espero poder prender al bandido.

— Pero reflexionad, dijo Moncada, que es muy verosímil que Perrone vaya acompañado de alguno de los suyos, y que á lo menos seria necesario, tener á la mano un destacamento pronto á socorreros cuando fuese menester.

— Este destacamento seria descubierto, y echaria á perder mi proyecto.



— Yo no pido mas que diez ó doce hombres escogidos, y os respondo que nadie sospechará su marcha. Conozco tambien el terreno; muchas veces he visto ese álamo solitario desde las ventanas de la quinta del duque de Aversa, que dista de allí dos ó tres tiros de fusil. Confiaremos á este el secreto. Partirá esta mañana en su coche para ir á la quinta, y como lo verifica á menudo, este paseo no podrá infundir sospechas. Irán dentro del coche tres amigos, detrás de él tres lacayos y delante un cochero. Estos amigos, estos lacayos, y este cochero, serán soldados disfrazados. Otros cinco ó seis igualmente disfrazados se dirigirán al mismo sitio separadamente, y á diferentes horas. A las diez de la noche, se pondrán sobre las armas, y un pistoletazo será la señal para advertirles que se necesita su auxilio.

— Este plan estaria bien convinado, si no se tratase mas que de coger algunos bandidos. Pero es preciso tener presente que nuestro principal objeto debe ser la seguridad de mi hija. ¿Olvidais acaso que es muy posible que Perrone no forme parte de esta expedicion, que solamente envie á ella algunos de su cuadrilla. Cuando sabrá que están presos, y verá su golpe fallido ¿quién nos responderá de las consecuencias de su furor?

— Yo dudo, respondió D. José, que Perrone confie á otro mas que á él mismo, tan considerable suma; pero pienso como vos, que es necesario preveerlo todo. Voy á hacer trasportar á Rívolo, mis cuarenta mil zequíes, y si Perrone no se halla entre los bandidos que cojamos, le mandaremos á decir que solo nos hemos apoderado de ellos, para remitirle una cantidad, á cuenta del rescate, y despues de pedirle tres dias de tiempo para completarla, les dejaremos en libertad.

— Solamente tengo una cosa que añadir, D. José, dijo el coronel. Habeis dicho que iriais solo al cortijo, y yo pido acompañaros. Nada podia ser mas agradable á D. José y al virey, que esta proposicion, que con el mayor gusto aceptaron. Todo se ejecutó del modo convenido. D. José desen-

terró su tesoro, colocólo sobre un carro cubierto de paja, y disfrazado de labrador, lo mismo que el coronel, lo condujeron ambos á Rívolo.

Costó algun trabajo á Carlina reconocer á D. José en traje de labrador, y á penas este le hubo esplicado el proyecto que le conducia á su casa con su amigo, cuando llegó Egidio.

Quedó inmóvil viendo á su mujer con dos labradores que no conocia.

—¡Y bien, qué! le dijo Carlina señalándole D. José. ¿No reconoces á nuestro amo?

—¡Votová! exclamó Egidio. ¡Y tienes razon! añadió mirándolo mas atentamente. Sin embargo no estamos en carnaval, ah! ah! ah! Perdonad, señor.

—Mi amigo y yo, dijo D. José, nos hemos disfrazado de este modo para poder sorprender el bandolero Perrone, que debe venir aquí esta noche.

—¡Perrone, aquí! ¡Esta noche! exclamó Egidio, saliéndosele los ojos de la frente. Si yo hubiese sabido esto mas pronto, decia, hubiera retardado un dia mas mi llegada.

—Sí, Perrone, dijo Carlina. ¿Tienes ya miedo? Es un hombre como los demás, y será menester que ayudes á prenderlo á nuestro amo. Egidio no respondió nada, pero le flaquearon sus rodillas, y cayó sentado sobre una silla.

—Pero antes de todo, Egidio, dijo D. José, dadnos noticias de Cárlos ¿dónde está, qué hace?

—¿Dónde está? respondió Egidio, meneando los dedos sobre sus rodillas, á donde yo os juro que no quisiera hallarme. ¿Qué hace? lo que mas bien quiero que haga él, que no yo.

Fue preciso preguntarle largo tiempo y repetidas veces, para sacarle poco á poco, los pormenores de su viaje con Cárlos. D. José quedó satisfecho al saber que habia partido con Tomasi, para tomar partido en la cuadrilla de Perrone. Le constaba la astucia, el valor, y el afecto del contrabandista, y estaba seguro que D.ª Mencía en medio de sus necesidades tendria en él un defensor tan inteligente, como

intrépido, si es que podia introducirse en el paraje en que la misma se hallaba detenida.

— Ahora, dijo el coronel, es tiempo de que combinemos nuestro plan de operaciones, para sorprender á los bandoleros.

— ¡Qué! ¿Es verdad que van á venir? preguntó Egidio pálido y temblando.

— Yo creo, dijo Carlina, que el mejor medio seria el ocultarse en una zanja inmediata á la pared que cerca nuestra huerta, frente la consabida pradera. El álamo se halla á veinte ó treinta pasos, y como la noche promete ser buena nadie podrá acercarse sin ser visto.

— El proyecto es exelente, dijo el coronel. Es una emboscada con todas las reglas, y vuestro marido que es un moceton robusto y bien fornido, nos acompañará para dar un golpe de mano si conviene.

— ¡Yo! dijo Egidio dejando caer sus largos brazos, ¡yo!

— ¿Y porqué no? preguntó el coronel mirándolo sorprendido.

— No, no, dijo Carlina, no os serviria de nada, y podria incomodaros sin quererlo. ¿Pero que quereis? no tiene mas valor que uno de los pollitos de mi corral. No obstante, señor, yo no soy mas que una mujer, si, una mujer bien mezquina, pero resuelta, y no en vano soy hermana de Cárlos. Si quereis, os acompañaré, y aunque no os sea muy útil, fiaos de mí que tampoco os serviré de estorbo.

— Es una amazona, dijo Moncada. ¡Bravo! bella jóven, ¡bravo!

— Sí, vendreis con nosotros, y participareis de nuestras glorias.

— ¡Cómo! Carlina, dijo Egidio temblando de pies á cabeza, ¿me dejarás solo aquí?

— ¿Cómo se entiende solo? ¿No te quedarás con Rosa y Giorgino? si esto no es bastante, no tienes mas que ir al gallinero, subirte en la percha sobre la cual duermen los pollos y los pavos, que esta es la compañía que te conviene.

Cerca las ocho de la noche, Carlina sirvió á sus huéspedes la mejor cena que podia ofrecerles en el cortijo; y á pesar de su resistencia, quizo D. José que ella y su marido se sentaran á la mesa. Pero Egidio no hizo mucho honor á los platos. El miedo que experimentaba pensando que los bandoleros iban á llegar cuanto antes á su casa, le habia producido suma desgana. Dejó en su plato cuanto su mujer le sirvió, y habiendo querido acercar á sus lábios un vaso de vino, le tembló de tal modo la mano, que derramó la mitad sobre sus rodillas.

Segun la carta que habia recibido el virey, los bandoleros no debian ir al pie del álamo solitario á ver si se habia efectuado el depósito de los cien mil zequies, hasta despues de media noche. Pero era fácil que llegasen antes que D. José y Moncada se ocultáran en la zanja inmediata al árbol, y que viesen verificar la emboscada á nuestros dos amigos. Al efecto pues de evitar un accidente que habria hecho abortar su plan, tomaron el partido de ir allí antes de las diez de la noche, saliendo del cortijo por la puerta de la huerta, acompañados de Carlina que no quiso dejarles. Echáronse los tres dentro la zanja, y aguardaron la llegada de Perrone ó de sus representantes.

Luego que hubieron salido, Egidio mandó cerrar cuidadosamente la puerta principal del cortijo, y poner tres grandes barras de hierro que la sujetaran. Dijo entonces á Rosa y á Giorgino que fuesen á examinar si su mujer habia cerrado bien la puerta de la huerta, y les prohibió meterse en cama antes que regresara su ama. Obedeciéronle, pero cuando volvieron á entrar para darle cuenta de su comision, Egidio habia desaparecido. Pasaron una hora buscándole por toda la casa; llamáronle varias veces, pero no pudieron descubrirle, ni recibieron respuesta alguna. No pasaron el menor cuidado, porque le conocian bastante para dejar de dudar que se habia ocultado en algun obscuro rincon del cortijo. Sentáronse ambos en la cocina, quedando en ella solitos mas de una hora. En los materiales sobre los cuales

escribimos esta historia, no hemos hallado ninguna noticia ó indicio que nos entere del modo con que empleó el tiempo esta pareja. Nosotros supondremos caritativamente que se ocupó reflexionando acerca el valor de su amo.

CAPITULO XXV.

Versez donc mes amis, versez,
Je ne puis jamais assez boire;
Versez donc mes amis, versez,
Je ne puis jamais boire assez.

CHANSON CONNUE.

Hemos dejado á Cárlos en *Il segreto*, en el momento de su llegada, y en el que Tomasi lo presentó á Perrone como un candidato, en cuyas felices disposiciones podia contarse.

— ¿Quién te ha respondido de él? preguntó Perrone al leñador.

— Mi hermano, capitan.

— ¿Y quién me responde de tu hermano?

— El miedo que tiene de nosotros. No se atreveria á vendernos ni á engañarnos.

— Muy bien. Además, la fisonomía de este hombre me gusta, su cara me trae á la memoria.... ¿Acaso has sido soldado, camarada?

— No, mi capitan.

— ¡Tu capitan! despacio, esto puede ser, pero yo todavía no te he recibido en mi tropa. ¿Dónde has conquistado pues el chirlo que te coje todo un carrillo?

— Batiéndome con los aduaneros.

— ¿Has ejercido pues la profesion de contrabandista?

— Toda mi vida, y hace poco tiempo que la he dejado.

— Es muy buen aprendizaje para la que quieres emprender. Pero, ¿porqué la abandonaste?

— Porque tuve ganas de entrar á servir á D. José Caraffa.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! No hace mucho tiempo que tuve ocasion de verle. Tiene fama de generoso. ¿Porqué no has permanecido sirviéndole?

— Porque he creido que me convendria mas serviros á vos. Le he dejado despues de heberme adelantado algunas anualidades de mi soldada. Ved.

Y hablando de esta suerte, Cárlos vació dos de sus faltriqueras, echando sobre la mesa cerca ciento cincuenta zequíes.

— Yo sé, continuó el mismo, que un bandolero honrado no debe reservar nada de su botin, y os traigo este dinero para la masa comun.

— ¡Como diablos, muchacho! esto es una escesiva probidad. Pero no, no, este dinero era tuyo antes que formases parte de mi compañía, y debes guardarlo; nosotros no tenemos ningun derecho sober él. En fin, quedas admitido, te quedarás conmigo, y desde hoy tendrás una parte en nuestras aprensiones. No tienes mala suerte, y llegas á buena ocasion, pues parto al momento para una empresa que valdrá mucho dinero. Lázaro, prepárate para seguirme. Vosotros seis quedais aquí, incluso nuestro nuevo camarada, y sois bastantes para dar la guardia. Acordaos que es menester que dos de vosotros estén continuamente de faccion á la puerta. Tomasi, te quedarás aquí hasta mi regreso; pero á propósito, nuevo camarada, ¿cuál es tu nombre? porque es preciso que conozca mi gente.

— Cárlos.

— Bueno.

Al cabo de algunos instantes, Perrone partió con Lázaro, y los seis bandoleros que debian formar la guarnicion de *Il segreto*, lo acompañaron hasta las paredes esteriores de aquella fortaleza. Cárlos no dejó de examinar detenidamente la manera como se abria la puerta, y como echaban el puente sobre el precipicio; y no sin sentimiento, reconoció

que era preciso la fuerza de dos hombres vigorosos para efectuarlo.

Quedáronse á la puerta dos bandoleros. Cada faccion duraba seis horas. Eran las diez, y debian permanecer allí hasta las cuatro. Convinieron que á dicha hora los otros dos compañeros tomarian la plaza, y que Tomasi y Cárlos les relevarian á las diez de la noche. Cárlos empleó el resto de la mañana, en contraer amistad con sus camaradas, á los que consiguió agradar con su jovial humor, aunque un poquito brusco. Hiciéronle pasear por toda la caverna: enseñáronle el paraje llamado el arsenal, por depositarse en él todas las armas, y en particular un cierto número de fusiles y pistolas constantemente cargadas; el lugar en que se guardaban las provisiones de toda especie; el que contenia los productos del pillaje; el que servia de caballeriza; los cuartos que habian escavado algunos bandoleros en la roca; en una palabra: le trataron como un compañero á quien no debian ocultar nada, y efectivamente no podian dejar de hacerlo así en una caverna en la que todo estaba abierto. Cárlos lo examinó todo con mucho cuidado, ocultando la sagacidad con que lo verificaba y se persuadió que no existia ninguna cárcel ó calabozo destinado á encerrar los prisioneros.

Se paseó en seguida por el pequeño valle, y admiró el hermoso arroyo que lo bañaba. Dijéronle que el edificio que habia en aquel sitio, era el alojamiento del capitan, del teniente y de tres criadas, y temió hacerse sospechoso preguntando si existia en algun paraje una cárcel. Al medio dia, despues de comer, se paseó de nuevo por el valle, único lugar de *Il segreto* en que se podia respirar un aire puro. Pasando por delante del edificio de que acabamos de hablar, vió por entre una ventana á una mujer que se paseaba dentro de su cuarto. En aquel momento se hallaba vuelta de espaldas, y por consiguiente no podia reconocerla. Iba vestida de labradora, y este era el traje que llevaba D.ª Mencía cuando Perrone la robó. Además, habia visto

ya las tres criadas, y por su talante, era imposible que fuese ninguna de ellas. Todas las veces que pasó por enfrente de la misma ventana, disimuladamente clavó la vista en ella. Al fin reconoció á D.ª Mencía, y por un gesto de sorpresa que la vió hacer, convencióse de que esta le habia conocido, y por consiguiente, que no dudaria que él trabajaba para libertarla.

—No podemos estar siempre paseando, dijo Cárlos á sus compañeros. No obstante, es tan agradable el aire de este valle, que seria lástima marcharnos para meternos en la caverna. Me figuro que aqui está permitido el beber cuando uno tiene sed, y yo lo que puedo deciros, es que siempre la tengo.

—Es la enfermedad del pais, dijo riendo uno de los bandidos.

—Pues bien ¿quién nos impide traer aqui una mesita, cuatro sillas, y algunas botellas de vino?

La proposicion no sufrió el menor obstáculo, y todos cuatro corrieron á buscar en la caverna cuanto les faltaba para ponerla en ejecucion. Cárlos se encargó de la mesa, y tuvo cuidado de colocarla cerca del arroyuelo, frente la ventana de D.ª Mencía. Sentóse en seguida delante de aquella, para que le pudiese reconocer bien, si todavia no lo habia hecho.

—Este vino es exelente, dijo Cárlos vaciando su vaso.

—Nosotros no bebemos otro, respondió uno de los bandoleros.

—Y no nos cuesta caro, añadió otro.

—El trabajo de tomarlo, dijo Tomasi.

—Ó el de pedirlo, replicó el primer bandolero. ¿Qué labrador ó arrendatario se atreveria á negárnoslo?

—Ambrosio Leni, se atrevió.

—Sí, pero su cortijo....

—Fue incendiado.

—Esto fue muy justo, dijo Cárlos. Pero, nosotros no bebemos.

—¡Par diez! y como vas á escape, dijo Tomasi. ¡Despacio, despacio! Es menester no emborracharnos. Acuérdate que hemos de entrar de guardia.

—Por esto mismo hemos de tomar fuerzas. ¡Vamos, camaradas, á la salud del capitan!

—¡Y al buen resultado de su expedicion!

—¿Y puede saberse que expedicion es esta?

—Sin duda, sin duda. Ha ido á ver si quieren pagarle el rescate de una prisionera: una bagatela: cien mil zequíes.

—¡Cáspita! Esto vale la pena. ¿Conque, teneis prisioneros aquí? Yo no he visto ninguna cárcel.

— No hay ninguna. ¿Para qué la necesitamos? Es imposible que nadie se escape de *Il segreto*. Cuando tenemos algun prisionero, se halla aquí tan libre como nosotros. Y si no, mirad, ¿veis aquella jóven en esa ventana?

—¿Es una aldeana?

—No es aldeana mas que en la apariencia. El capitan ha ido á buscar el rescate de ella. Depende de la misma poderse pasear por el valle, y por la caverna, porque no está presa. No ha querido salir de su cuarto desde que se halla aquí.

—¡No parece maleja!...

—¡Cómo, maleja! Es una perla, y ya que no ha querido venir á vernos pienso tomar el partido de irla á hacer una visita.

—¡Hea! dijo el otro bandolero, acuérdate de las órdenes del capitan, y no vayas á hacer una majadería.

—¡Oh! ¡el capitan! no piensa mas que en el dinero.

—Y tiene razon, dijo Cárlos. En cuanto á mi daria todas las lindas muchachas del mundo por un ducado. Vamos, amigos, bebamos, bebamos á la salud de la hermosa prisionera. ¡Ojalá pueda partir pronto! porque entonces nosotros tomaríamos un buen rescate. Mientras esforzaba á sus compañeros para que bebiesen, Cárlos tenia buen cuidado de moderarse. Los dos no rehusaron jamás; pero Tomasi,

ya fuese desconfianza, ya fuese respeto á la consigna que prohibia emborracharse cuando debian entrar de servicio, bebió con mas parsimonia; de modo que cuando Cárlos llenaba los vasos encontraba siempre medio lleno el de su introductor en *Il segreto.*

Hubo algunos momentos de silencio, y esto era evidente que á los dos bandoleros empezaba á pesarles la cabeza. Cárlos resolvió acabar su obra.

—No hay mas aceite en la lámpara, dijo, levantando una botella. ¿Acaso no teneis aqui aguardiente? Nada hay que apague tanto la sed.

—¡No lo ha de haber! lo tenemos exelente; voy por él.

Levantóse de la mesa, al decir esto, y al verle Cárlos trompicar, se levantó tambien y cogiólo por el brazo.

— Aguardarse, camarada, aguardarse, que quiero saber donde lo guardais, porque os aseguro que haré mas de una visita á la bodega.

Pronto volvieron trayendo dos botellas de aguardiente, y dos mas de vino, y colocándolas sobre la mesa sentáronse otra vez á ella.

—Ahora, dijo Cárlos, voy á cantaros una cancion, y vosotros hareis el coro.

—¡Con mucho gusto! ¡con mucho gusto! dijeron sus tres compañeros.

Si asaltar quiere un bandido
Las paredes de un jardin,
Y despues de una emboscada.
Coger logra un buen botin,
No lo hace no de dia,
Solo en la noche confia.

El aire de la cancion exigia que el último verso se repitiera tres veces, y al hacerlo Cárlos, daba á su voz una espresion muy particular, y sumamente marcada.

—¡Bravo! ¡bravo! camarada, dijo uno de los bandidos, golpeándole torpemente el hombro, veo que eres un hom-

bre divertido, y me alegro que seas de los nuestros.

—¡Vamos! haced el coro.

Y ellos repitieron tres veces:

Solo en la noche confio.

Despues de lo cual continuó Cárlos.

Si al bandolero cojido
Quieren cortar la garganta,
No teme, porque sus hierros
Con sorda lima quebranta.
Y espera termine el dia
Pues que en la noche confia.

¿Adora acaso una bella
Que le esquiva con rigor?
A media noche en su cuarto
Cesará su desamor.
Y espera termine el dia
Porque en la noche confia.

Esta cancion redobló el buen humor de la reunion. Repitieron nuevos tragos, y uno de los dos bandoleros cayó de su silla borracho como una cuba.

—¡Votová á brios! dijo su camarada, que casi se hallaba en igual estado de ir á dormir la mona; no es menester por esto que.... que pase la noche al aire libre.... como un perro. Ayúdame, Tomasi.... ayúdame, buen muchacho.... nos lo llevaremos.... á la caverna.

Todavia quedaba una botella de vino, y mas de una de aguardiente. Mientras que los dos bandoleros se ocupaban en trasportar á su compañero, Cárlos hizo una mezcla de los dos líquidos. Apenas habia concluido esta operacion cuando Tomasi lo llamó. Las diez acababan de dar en un péndulo que se hallaba colocado en la caverna, y por el cual se arreglaba el servicio, y era el momento de ir á relevar á los otros dos bandoleros que se hallaban de faccion á la puerta.

—Es bien sensible, camaradas, que no hayais sido de los nuestros, les dijo Cárlos al llegar. Hemos pasado la mas bella noche beviendo como frailes franciscos.

—Esto no me ha refrescado á mí el gaznate, dijo el padre Pacone, que era uno de los bandoleros que se habian quedado en *Il segreto:* lo tengo tan seco, como si hubiese cantado vísperas, completas y maitines.

—Y bien, padre capellan, dijo Cárlos, id al valle, y encontrareis una mesa, sillas, y dos botellas de escelente vino que nosotros no hemos tenido tiempo de concluir, y como el dia ha sido caluroso, gozareis del fresco de la noche.

—No me parece mal, dijo el fraile apóstata, y mientras se retiraba con su compañero, añadió, si no tengo bastante vino, ya sé donde ir para mas.

CAPITULO XXVI.

> La vertu sans argent n' est qu' un meuble inutile
> L' argent en honnête homme érige un scèlérat
> L' argent seul au palais peut faire un magistrat.
>
> BOILEAU.

Sentáronse nuestros dos centinelas sobre un banco cortado en la peña al lado de la gran piedra que cerraba la única entrada de la madriguera de los bandoleros, y permanecieron algunos momentos sin hablar palabra; Cárlos reflexionando en los medios que emplearia para llegar á su fin, y Tomasi no pensando probablemente mas que en el tedio de una larga faccion de seis horas, porque fue el primero en romper el silencio con un prolongado bostezo.

—Á la verdad, dijo Cárlos, tener que estar de planton junto á esta maldita puerta, no es nada divertido.

—Seguramente, respondió Tomasi, no obstante me cabe

esta dicha todas las veces que la gente sale para una expedicion.

—Y bien, al fin de la cuenta, te pagan por este servicio.

—¡Me pagan! sin duda; pero los provechos no son tan considerables como tú te imaginas.

— Yo creo bien que todos los dias, no se sacan cien mil zequíes echando las redes: pero cuando habrán pagado este rescate serás rico para siempre.

—¡Rico! Esto no será mas que un tonel de vino, del cual apenas caerá una gota sobre mis lábios.

—¿Cómo es esto?

—¿Todavía no sabes como se hace el reparto del botin? Voy á explicártelo.

Primeramente, se reserva la mitad para atender á todas las necesidades de la compañía, y como yo no permanezco por lo regular aquí, esto, para mi no llega á cero. La otra mitad se divide desde luego en tres partes, una para el capitan, otra para sus tenientes y la otra para toda la compañía.

—¡Diantre! esto es poca cosa.

— Pero aun no lo sabes todo. Yo mismo que te estoy hablando, no recibo mas que la mitad de lo que toca á cada uno de los otros.

—¿Y porqué?

—¡Porqué! Proque yo no soy mas que lo que ellos llaman, un confidente, es decir, un hombre que les sirve ocultamente, sin tomar una parte activa en sus empresas, y cuya casa les sirve tan pronto de retiro ó punto de reunion, ó tan pronto de depósito provisional para ocultar el botin. Por lo mismo pretenden, que no corriendo yo los riesgos, no debo tener la misma parte en las ganancias.

— Esto es injusto, Tomasi, porque al fin y al cabo, si te prendiesen, y fueses convicto de haberles hecho ocultos servicios, serias ahorcado lo mismo que ellos, y ¡qué desconsuelo para tu vieja madre!

—¡Es verdad! ¡Pobre madre mia! ¡Moriria de dolor!...

y diciendo esto pasaba la mano por sus humedecidos ojos. ¿Y bien, en qué estás pensando? preguntó á Cárlos que habia tomado un aire reflexivo.

— Me estaba haciendo una pregunta. Me decia á mí mismo: ¿porqué somos nosotros bandoleros?

— ¡Pardiez! No es dificil adivinarlo.

— Y bien, responde ¿porqué somos bandoleros?

— Para ganar dinero.

— Cabalmente: y si nosotros pudiésemos ganar el mismo ó tal vez mas sin serlo, dejaríamos este oficio.

— Es muy probable. Pero ¿á donde vas á parar?

— ¿Yo? Charlo para pasar el tiempo. Díme ¿cuanto puedes ganar tu aqui?

— ¡Oh! esto varía, y es segun y conforme los años.

— ¿Pero, unos con otros?

— ¡Qué! unos veinte zequíes, y no mucho mas.

— ¿Y qué dirias tu si yo te diese el medio de ganar dos cientos en el término de dos horas?

— Diria que tu eres el verdadero rey de los bandoleros.

— No se trata ya de pillage. Es por una buena accion, que tu puedes ganarlos.

— Vamos, vamos, esplícate.

— Ya sabes que tengo oro, porque al llegar aquí lo he enseñado al capitan; pero él no lo ha visto todo. Toma, mira; y le hizo ver todos los zequíes que llevaba en diferentes faltriqueras.

— ¡Diablo! dijo Tomasi.

— Y bien habla, ¿quieres que yo te dé dos cientos zequies?

— ¡Vaya una pregunta! ¿Pero que debo hacer para ganarlos? porque yo dudo que tu me los des por nada.

— No. Te los daré, te los daré.

— Y bien, ¿de qué se trata?

— De ayudarme á libertar la prisionera que se halla aquí.

— ¡La prisionera! ¡es imposible!

— Piensa que estos dos cientos zequies son nada, com-

parados con la recompensa que puedes alcanzar si salimos con la nuestra.

— ¡De veras!

— Cierto. El virey es su padre, y por lo mismo puedes juzgar que será liberal con los que hayan salvado á su hija.

— Lo creo á fe de Tomasi, porque se habrán aventurado mucho. Así pues ¿tú no has venido aqui mas que con este designio?

— No he llevado otro.

— Vamos, vamos, dejo correr la bola, y consiento en ayudarte. Pero esto no es cosa facil.

Cárlos explicó lo que pensaba hacer, y Tomasi despues de muchas objeciones, concluyó por convenir que era practicable cuanto aquel proponia.

— Ahora, dijo Tomasi, seria conveniente avisar á la prisionera para que se halle pronta á partir, cuando hayamos concluido nuestros preparativos.

— Ya la he avisado, y estará pronta á media noche.

— ¿Cómo puede ser esto? tu no le has podido hablar, porque yo no te he dejado un instante desde que entrastes aquí.

— Ella me ha visto, me ha reconocido, ha oido el final de mi cancion, y es mujer.

— Es decir, maligna, y astuta. Conque ya está entendido. Dame los doscientos zequíes.

— Poco á poco, Tomasi, poco á poco. ¿Por ventura se paga nunca á un artesano, antes que haya concluido su obra?

— ¿Desconfias tu de mi? en este caso concluyóse el negocio.

— ¿No me das tú mismo el egemplo de desconfianza? Escúchame, Tomasi; procedamos los dos de buena fé. Toma estos cien zequíes, y bajo palabra de honrado contrabandista, recibirás los cien restantes luego de haber pasado el puente.

— Vamos, ya lo has dicho, dijo Tomasi, tomando los

cien zequíes: quiero fiarme en tu palabra.

Empezaron entonces á hacer los preparativos necesarios para la marcha. Su primer cuidado fué hacer una ronda general para asegurarse si todo se hallaba tranquilo. Habíanse apagado las luces en todos los cuartos, excepto en el de D.ª Mencía. La mesa se habia quedado en el valle, pero las botellas estaban vacías. En fin, los cuatro bandoleros que ocupaban cada uno en la caverna una escavacion separada, estaban entregados al mas profundo sueño, y solo sus fuertes ronquidos turbaban el silencio que reinaba.

— ¡Si estos bribones se dispertáran! dijo Cárlos.

— No nos iria muy bien, añadió Tomasi.

— No hay uno de ellos que no haya merecido veinte veces ser ahorcado.

— Es muy probable.

— Y un dia ú otro lo serán sin duda.

— ¡Qué milagro! que así se verifique.

— ¿No seria pues una obra de misericordia el evitarles este disgusto?

— ¿Qué quieres decir?

— Que podríamos ahorrar trabajo al verdugo, y ponernos libres de temor.

— Entiendo, Cárlos, pero no, no. Sin embargo son mis camaradas, y por otra parte han bebido demasiado para dispertarse.

— Bien, pero, si alguno de ellos se menea....

Seguian hablando en estos términos á la entrada de lo que nosotros podemos llamar la celda del padre Pacone. En este momento movió durmiendo el brazo, y Cárlos echó mano á un puñal del que se habia armado.

— Te digo que duerme, dijo Tomasi. ¡Y este pobre Pacone tambien! ¡Él, que ni una sola vez ha salido de aquí desde que entró, y que solo ha muerto á los que estaba encargado de curar!

— Ahora, Tomasi, vete á escoger los tres mejores caballos de la caballeriza, pues habiendo marchado Neri á pie

con su partida, puedes hacerlo bien. Como no debemos olvidarnos de nada, aunque estoy convencido que la prisionera me aguarda, voy á asegurarme de ello.

Habiendo vuelto á salir del valle, fue á llamar ligeramente á la ventana en la que habia visto á D.ª Mencía, y esta la abrió en seguida.

— ¿Estais pronta señora?

— Sí, cuando gusteis.

— Bueno. Dentro media hora.

— ¿Están preparados los caballos? preguntó Cárlos á Tomasi asi que volvió á entrar en la caverna.

— Sí. He tomado uno del capitan, el de Sacripianti, y el que tu montaste al venir.

— No lo quiero mas, es un matalon como su amo. Diciendo esto, fuese el mismo á escojer otro. Es menester ahora, dijo Cárlos, armarnos de pies á cabeza. Mosquete, pistolas, sable y puñal.

— ¿Y porqué?

— Debemos preveerlo todo. Es fácil que nos encontremos con Neri, de vuelta de su expedicion.

— ¿Por ventura intentas resistir á once hombres?

— ¿Porque no? Es de noche, ellos no nos aguardan. Marchan á pie: nosotros vamos montados, y podemos disparar doce tiros. ¿Tienes miedo? Puedes quedarte aquí, porque yo no te pido mas sino que me ayudes á salir, y tendrás por esto tus dos cientos zequíes; bien que puedes despedirte de la recompensa del virey.

— Tranquilízate; si es menester hacer fuego, no me verás retroceder.

Entraron en el arsenal de los bandoleros, cogió cado uno cuatro pistolas cargadas, colocáronselas en el cinto, y prepararon las demás armas que les fueron necesarias para completar su equipo.

No faltaba mas que abrir la puerta, y echar el puente. La primera operacion se hizo descansadamente, pero en la segunda experimentaron muchas dificultades, y fueles me-

nester mas tiempo de lo que creian. Las tablas que formaban el puente eran muy pesadas, de modo que para colocarlo se empleaban siempre cuatro hombres. Cárlos estaba ya casi á punto de ir á despertar uno de los bandoleros, y obligarle á mano armada á que les ayudase. Despues de muchos esfuerzos terminaron su obra, pero era ya la una de la mañana y solo debian avisar á la prisionera que todo se hallaba preparado para libertarla.

—Vete á buscarla, Tomasi, dijo Cárlos. He aqui el momento decisivo, y yo quiero vigilar estos cuatro bribones.

Tomasi partió. Atravesando el valle pareciósle ver á favor de la luna una mujer que se adelantaba hácia la caverna. Arrimóse á la roca, y así que ella estaba cerca, reconoció á Leonor. Creia imposible que esta hubiese notado los preparativos de marcha, pero si entraba en la caverna, podia verlos á la luz de los faroles que ardian perpetuamente en ella y en seguida podria dar el grito de alarma. Tomó al punto su partido, y presentándose á Leonor preguntóle porque salia de su cuarto á semejantes horas. Quedóse sobrecogida sin saber que responder. Era el caso que cuando habia poca gente en *Il segreto*, salia todas las noches á hacer su provision de vino y aguardiente á la caverna, para poderse entregar á su favorita pasion.

Acosada mas de cerca, dijo finalmente, que hallándose indispuesta, habia querido respirar el aire libre.

—Pues yo seré tu médico, dijo Tomasi; y cerrándole la boca con una mano, mientras con la otra le desataba el delantal que llevaba, se sirvió del mismo para taparle los ojos y la boca al efecto de que no pudiese hablar ni ver nada. Un bandolero no debe ser estricto observador de conveniencias, así que no teniendo á la mano ningun cordel, le desató sin cumplimiento las ligas, sirviéndose de ellas para atarle los pies y las manos, y dejándola tendida junto al arroyuelo, entró en el cuarto de D.ª Mencía.

CAPITULO XXVII.

Ne raillons point ici de la magistrature.
LES PLAIDEURS.

Habia dos dias que se hallaba en *Il segreto* D.ª Mencía, cuando Cárlos llegó á él. La infeliz jóven habia pasado todo este tiempo casi en una completa soledad, no teniendo mas relaciones que con una muchacha habitualmente borracha, ni otra ocupacion que entregarse á sus reflexiones que no podian ser muy agradables. Con ellas no entretendremos á nuestros lectores, porque cuanto podríamos decir, no pasaria los límites de la presuncion, y por lo mismo preferimos abandonar este campo á sus conjeturas.

No habia tenido D.ª Mencía otra distraccion que una segunda visita de Perrone, de cuya fineza le hubiera dispensado voluntariamente. Por otra parte no tenia que quejarse del modo como habia sido tratada, porque se le habia dispensado mas miramiento y respeto del que podia prometerse. Habíanle concedido el permiso de pasear por todas partes cuando gustase, pero no el de permanecer encerrada en su cuarto, que era todo lo que deseaba. Consolábale una sola idea; la de saber que el único objeto que Perrone se habia propuesto al tiempo de robarla, era el de poder conseguir un buen rescate, y no dudaba que su padre se apresuraria á satisfacer la cantidad que le exigieran á fin de poderla libertar. Con todo, su situacion en medio de una cuadrilla de bandoleros, no podia ser menos triste y desgraciada.

Durante la mañana del segundo dia despues de su llegada, habia visto pasearse por el pequeño valle sobre el cual daba su ventana, cuatro bandoleros, entre los cuales le pareció distinguir un rostro que no le era desconocido; pe-

ro como en este momento Cárlos se presentaba de perfil y no se le veia la gran cicatríz que le ocupaba el carrillo opuesto, D.ª Mencía no lo pudo reconocer bien hasta que estuvo sentado á la mesa, frente la ventana. Convencióse entonces de que Cárlos estaba allí para procurarla su libertad. La esperanza renació en su corazon, y sintió un nuevo valor con la idea de que en todo cuanto pudiera acontecerle, contaba con un zeloso y fiel defensor.

Reparó D.ª Mencía que Cárlos procuraba hacer beber á sus compañeros mucho mas de lo que lo hacia él mismo, y aunque se hallaba demasiado lejos para poder oir lo que hablaban, se enteró de la cancion de Cárlos y sobre todo del estribillo, que no pudo creer hubiese escogido actualmente, y por lo mismo lo miró como un aviso indirecto que se le daba, para que se hallase preparada. Á todo riesgo resolvió no acostarse, aguardando con impaciencia la media noche.

Experimentó la mayor alegría cuando Cárlos fue á avisarla á las once y media, para que estuviese pronta á partir al cabo de media hora. Hasta las doce y media miró mas de treinta veces su reloj. Cárlos no llegaba: empezó á temer que sus proyectos no hubiesen sido descubiertos, y que tal vez el infeliz ne fuese víctima de la buena voluntad que le tenia. Á la una su inquietud no tuvo límites y creció de todo punto, cuando en lugar de Cárlos vió entrar en el cuarto un hombre que reconoció por uno de los cómplices de los bandoleros; era el hijo de la anciana mujer en cuya casa habia dormido, cerca de Ariano, y al que no habia podido observar cuando estaba á la mesa con sus compañeros, porque á mas de hallarse de espaldas, ella solo se ocupaba de Cárlos.

— Seguidme, señora, la dijo, todo se halla pronto.

— ¡Seguiros! respondió vacilando. ¿Y á dónde quereis conducirme?

— A la verdad no lo sé: este no es negocio mio.

Titubeó todavía en fiarse de un hombre que le parecia justamente sospechoso.

— ¡Partamos, señora, partamos! cada momento que retardemos aumentará el peligro.

— ¿Seréis vos mi único conductor? preguntóle con trémula voz, no atreviéndose á proferir el nombre de Cárlos, de miedo de no venderle, y de no perderse á sí misma.

— Cárlos nos aguarda, despachemos. Esta palabra bastó para decidirla, y siguió á su guia. Cárlos ya habia hecho pasar el puente á los tres caballos; ellos hicieron lo mismo sin el menor accidente, y se alejaron de *Il segreto* tan rápidamente como lo permitian las montañas que tuvieron que atravesar.

— Aquí tienes tus cien zequíes, dijo Cárlos; ya ves que soy fiel á mi palabra, como tu lo has sido á la tuya.

— Convengo en ello, pero ¿sabes tú que hemos escapado de una y buena? Entonces contóle su aventura con Leonor.

Empezaba á amanecer cuando llegaron al pie de la cabaña donde habitaba Bárbara Donati. Estaban á media legua de Ariano, y no tenian que temer ya ninguna persecucion. Cárlos propuso detenerse en ella media hora, para dar descanso á los caballos, y á D.ª Mencía misma no le disgustaba volver á ver á la buena y anciana mujer que le habia demostrado tanto interés.

Todos tres echaron pie á tierra al llegar á la puerta. Tomasi llamó á ella, y al momento su madre la abrió; y sin reparar en el aire sorprendido y asustado de Bárbara, siguieron adelante entrando en la cabaña. Un hombre se hallaba sentado dentro la primera pieza: levántase: se vuelve: era Neri.

— ¡Nuestra prisionera! exclamó. Tomasi habla, ¿qué significa esto?

— Qué el rescate está pagado, respondió Tomasi, y que el capitan me ha encargado conducir la prisionera á Nápoles.

— ¡Mientes! es físicamente imposible que el capitan haya regresado todavía.

— Lo he encontrado en el camino de Nápoles, dijo Cár-

los, y como yo llevaba el rescate, ambos nos hemos vuelto á *Il segreto*.

— Ya te conozco, pícaro, y me eres sospechoso. Tú fuiste quien nos quitó una vez la señora, cuando yo la habia conducido á casa Masaniello, y quien nos hizo mañosas relaciones para descartarse de nosotros. Por otra parte es fácil saber la verdad. Los tres vais á venir á *Il segreto*: el camino no es largo, y todo se descubrirá allí.

—¿Y con qué derecho quereis hacernos volver atrás, preguntó Cárlos, despues que he pagado el rescate?

— Voy á explicarlo, gritó Neri, y hablando de esta suerte, sacó una pistola del cinto y la disparó de repente contra Cárlos: este le repele el brazo y antes que pudiese tomar otra, disparó á su vez, y le tendió muerto á sus plantas.

— ¡Hijo mio! ¡pobre hijo mio exclamó Barbara! echándose sobre el cuerpo de Tomasi, que yacía tendido en el suelo bañado en su propia sangre. La bala que Neri habia dirigido á Cárlos, cambiando de direccion habia dado á su compañero atravesándole el hombro.

A la vista de esta escena de sangre y horror, D.ª Mencía habia caido sin conocimiento sobre una silla. Cárlos, que nunca abandonaba su sangre fria, tomó un vaso lleno de agua, y le hizo tragar algunas gotas.

— No es nada señora, calmaos. Este pícaro está muerto, y no nos puede ya hacer daño alguno. En cuanto á Tomasi tiene una herida solamente, y no morirá, señora.

Ya hemos dicho que á poca distancia de aquel sitio se hallaban varias cabañas de leñadores. El estrépito de los dos pistoletazos casi disparados al mismo tiempo, les alarmó, y acudiendo hácia donde se habia dejado oir la explosion, se presentaron de repente ocho ó diez hombres á la puerta que habia quedado abierta.

Así que Cárlos los vió llegar, creyendo que eran los bandoleros que habian partido con Neri, púsose en defensa, y tomando en cada mano una pistola, amenazó hacer fuego sobre el primero que se atreviese á adelantar un paso. Todos se detuvieron al punto.

El caso era, que habiéndose malogrado la expedicion de Neri, este habia quedado solo. Los viajeros á los cuales creia robar, sabiendo que el tránsito por los Apeninos era peligroso, habian tomado una escolta de doce ginetes bien armados. No queriendo no obstante Neri renunciar á su presa, habia mandado el ataque. Pero desde la primera descarga, quedaron fuera de combate tres de su cuadrilla, los otros tomaron la fuga en diversas direcciones, y él mismo se habia salvado, merced á una roca, detrás de la cual pudo ocultarse. Marchó algunas horas contando regresar á *Il segreto*, pero hallándose á poca distancia de la cabaña de Tomasi, y estando múy fatigado, se detuvo en ella. Bárbara no se atrevió á rehusarle la entrada despues de reconocerlo, y Neri se preparaba á partir, cuando llegaron nuestros tres viajeros.

Asi que Bárbara vió la actitud amenazadora de Cárlos, dejó á su hijo al cual despues de ayudar á levantarse acababa de colocar en un sillon, y precipitándose hácia Cárlos:

—¿Qué vais á hacer? exclamó ¡son nuestros vecinos, nuestros amigos, que vienen para socorrernos!

—Esto es otra cósa, dijo friamente Cárlos, colocando otra vez sus pistolas en la cintura; y bien, adelantaos, entrad todos, y no tengais miedo.

Pasaron estos adelante, y pidieron la explicacion de cuanto acababa de suceder. Satisfaciéronles, y el herido que sufria muchísimo, pero que conservaba todos sus sentidos, les aseguró que lo habia sido por el bandolero, cuyo cadáver estaba allí, y al que Cárlos mató defendiéndose.

—Todo esto está muy bien, dijo uno, animado por la presencia de sus compañeros, cuyo número llegaba entonces á unos quince; pero hé aquí un hombre muerto, es menester un buen exámen, y nadie saldrá de aquí antes de llegar el juez.

Cárlos murmuraba, y rechinaba los dientes. Los jueces eran para él una raza ante la cual no le gustaba mucho tenerse que presentar; pero D.ª Mencía logró calmarle, ma-



nifestándole que la presencia del juez podia serle útil y necesaria y la pondria al abrigo de ulteriores peligros. Resolvióse pues que un jóven leñador montaria en seguida á caballo, para ir á avisar al juez de Ariano, y á un cirujano para que curase al herido.

El cirujano llegó muy pronto: esto era muy natural, porque sus servicios debian ser pagados. El juez se hizo aguardar dos horas, y este retardo se explica fácilmente: sus funciones eran gratúitas.

D.ª Mencía supo con placer que la herida de Tomasi no era peligrosa.

La bala le habia atravesado el hombro derecho, pero no habia tocado mas que la carne, y el cirujano solamente pedia por su curacion, descanso y paciencia.

Llegó por fin el juez, y pasó tres horas continuas redactando un largo proceso verbal. Preguntó primeramente al herido, que habian colocado en un cuarto del primer piso, despues á Cárlos, y sus respuestas no variaron en la menor circunstancia. Pero cuando interrogó á los leñadores que habian llegado los primeros, declararon únanimemente, que Cárlos les habia amenazado con hacerles fuego.

— ¿Que decís vos de esto? preguntóle el juez. He aquí una circunstancia que depone contra vos. ¿Porqué no me habeis hablado de ello, cuando os he interrogado.

— Uno no piensa en todo, respondió Cárlos, el hecho es que yo los he tomado por bandoleros.

— Es la pura verdad, dijo Bárbara.

— ¡Silencio, buena mujer! Vos hablareis cuando os preguntaré. ¡Por bandoleros! A juzgar por vuestra fisonomía me inclino á creer que vos mas bien sereis uno de ellos, y cuidado que yo soy fisonomista: pero paciencia: la verdad se descubrirá.

Las respuestas de Bárbara, á quien se interrogó en seguida, fueron perfectamente conformes con las de su hijo y de Cárlos. No quedaba mas que D.ª Mencía.

— Ahora vos, muchacha. ¿Cuál es vuestro nombre?

— Mencía Ponce de Leon.
— ¿Mayor ó menor?
— Menor.
— ¿Cómo se llama vuestro padre?
— El duque de Arcos.
— ¡El duque de Arcos! gritó el juez levantándose de la silla, y paseando su descarriada vista. ¿Habrá perdido esta muchacha la razon?
— ¿Se ha marchado ya el doctor?
— A menos que lo necesiteis vos, señor juez, dijo Cárlos, su presencia no es necesaria aquí. La señora tiene mas sano el juicio que muchos jueces del reino de Nápoles: es verdaderamente hija del virey, y yo Cárlos, soy quien os lo garantiza.
— ¡Buena caucion! dijo el Juez; á ver señora explicadme, ¿como es posible que la hija del duque de Arcos, toda vez que pretendeis serlo vos, se halle aquí disfrazada en compañía de tunos y de bandoleros?
Contóle D.ª Mencía con la posible brevedad cuanto le habia pasado de algunos dias á aquella parte, entrando en algunos circunstanciados detalles acerca su rapto de Nápoles por Perrone, su permanencia en *Il segreto* y su libertad por Cárlos y Tomasi.
— He aquí una historia.... una historia bien extraña, señora, y otro que no fuese yo se veria tentado á tenerla por una fábula. No obstante, puedo aseguraros que desde el primer momento que os he visto he dicho interiormente, esta muchacha no puede ser una aldeana ó todos mis conocimientos fisonómicos son falsos. A pesar, señora, de mi respeto por S. E. el duque de Arcos.... por toda su ilustre familia.... no tomareis á mal que.... Soy juez, señora, y mi deber.... porque en fin, un hombre ha sido muerto, vos no podeis negarlo: otro ha sido herido; esto es muy cierto. Mando pues que este hombre, y esta vieja sean conducidos á la cárcel, que el herido sea custodiado con guardias de vista, y en cuanto á vos, señora.... en cuanto á

vos.... yo.... yo os ruego que no tomeis á mal que os dé mi casa por cárcel y mi mujer para alcaide, hasta que haya recibido noticias de S. E. el virey, al cual voy á despachar al punto un mensajero.

No habia apelacion de este fallo. Solamente pidió D.ª Mencía que el mensajero entregase de parte de la misma una carta á su padre, lo que se le concedió sin dificultad, y en seguida se pusieron en camino para Ariano.

CAPITULO XXVIII.

Que voulez-vous qu' il fit contre trois.
HORACE.

Por mas agradable que sea, una conversacion á solas es raro que no se haga incómoda, y algunas veces fatigosa, si se prolonga mas de lo regular. La de Rosa y Giorgino, dentro la cocina del pequeño cortijo de Rívolo comenzada á las diez de la noche, no habia sido interrumpida, cuando al cabo de una hora oyeron un ruido semejante al que se hace al levantar el pestillo de una puerta, creyendo que era Egidio, que al fin salia de su madriguera, fueron á abrir al momento. ¡Cuál fué su terror al ver entrar á dos hombres desconocidos con pistola en mano! Permanecieron mudos é inmóviles. sin comprender como pudieron aquellos entrar en el patio cuando babian cerrado cuidadosamente la puerta. No sabian que tenian que habérselas con gentes para las cuales el escalar una pared es una bagatela.

—Necesito un carro, tirado por un buen caballo, dijo uno de los dos. Que lo preparen al punto.

— Mi amo no está aqui, dijo Giorgino asustado.

— Te equivocas amigo, en todos los parajes en donde estoy se halla el amo. Obedece, y silencio.

Nada mas replicó Giorgino.

Encendió una linterna, y atravesó el patio para ir á tomar un carro que se hallaba debajo un cobertizo. Perrone, al cual sin duda ya habrán reconocido nuestros lectores, percibió aquel en que D. José habia traido su dinero, y que habia quedado cargado del mismo modo en medio del patio.

— Aguarda, aguarda, dijo á Giorgino, he aquí uno que puede convenirme. Vete á buscar un caballo. Lázaro, monta sobre este carro, y descarga la paja que hay en él.

Lázaro obedeció. ¡Hola! ¡hola! dijo al cabo de algunos instantes: capitan, aqui debajo la paja hay una caja cerrada.

— Echala á tierra.

— Es sumamente pesada.

— Mira lo que contiene.

— Está cerrada.

Perrone quiso unirse á él, y atravesando el hoyo del estiércol que habia en medio del patio, puso el pie sobre una cosa que le hizo tropezar y caer. Puso la mano sobre ella, cogió la pierna de un hombre, y tirando de la misma con fuerza, sacó á Egidio.

Habia en aquel paraje una gran porcion de paja, que la víspera habian sacado de la cuadra, y Egidio despues de haberse separado de sus dos criados, no soñando mas que en ladrones, asesinatos é incendios, creyó que en ningun paraje mejor que en aquel podia permanecer con mas seguridad. Hacia cerca de dos horas que estaba sepultado debajo la paja y el estiércol, pudiendo apenas respirar, cuando oyó la voz de uno de los dos bandidos. Temeroso de no estar bien oculto, se puso á trabajar con la cabeza y con las manos, lo mismo que un topo, para enterrarse mas profundamente; pero este movimiento imprudente, haciendo subir sus piernas á la superficie, fue precisamente lo que le descubrió.

—¡Perdon, señor bandolero! exclamó echándose á los pies de Perrone, no me mateis, señor capitan!

—Es decir que me conoces, dijo Perrone. Tanto mejor. En este caso ya sabes que nadie juega conmigo. ¿Porqué estabas oculto en este estercolero?

Egidio inclinó la cabeza sin responder palabra.

—Por miedo, dijo Giorgino. Habeis de saber que nuestro amo no es de los mas valientes.

—¡Miserable gallina! dijo Perrone. ¿Qué es lo que hay dentro esta caja? ¿Y bien, responderás de una vez? Si no te das prisa en hablar, yo te haré encontrar pronto el uso de la lengua.

—¡Ay de mí! señor capitan, no os incomodeis.... Me hallo turbado.... Mi mujer solamente....

—No podré sacar nada de este imbécil, dijo Perrone. ¿Dónde está tu mujer? Es menester que la vea.

Egidio solo contestó con un gemido.

—Se halla.... Se halla.... No ha dormido en el cortijo, dijo Giorgino.

—¡Bravo! replicó Perrone echando una mirada de desprecio sobre Egidio. ¡Pobre bienaventurado! Finalmente, tienes lo que mereces. Dadme una hacha.

—¡Una hacha! repitió Egidio con espanto.

—Sí, una hacha. ¿Crees que sea para romperte los cascos? Tu vida no vale el cebo de una pistola. La quiero para abrir esta caja. Quiero saber lo que contiene.

—Y bien, Giorgino, vamos pues, obedece al señor. Tendreis cuanto gustareis, señor capitan, y podeis mandar.

—Mil gracias por el permiso, dijo el bandolero sonriéndose desdeñosamente; me valdré de él.

Giorgino le trajo una hacha, y subiendo Perrone sobre el carro, rompió la cobertera de la caja. ¡Oro! gritó, hay mas de treinta mil zequíes! ¿Seria esto acaso parte del rescate que han traido aquí? pensó él. En todo caso lo mas seguro es apoderarme de esto. Pero es preciso apresurarnos, porque tal vez van á traer el resto, y es necesario no dejarse sorprender. ¡Vamos, pronto, que pongan un caballo á este carro!

—Despáchate, Giorgino, dijo Egidio.

—Despáchate, Giorgino, repitió Perrone. ¿No puedes tú mismo ayudarle, grandísimo bergante?

—Sin duda, señor capitan, sin duda. Y diciendo esto, corrió á la caballeriza con Giorgino. Pero en medio del terror que le agitaba, en vez de acelerar el trabajo, no hacia mas que retardarlo.

Perrone lo rempujó con un movimiento de impaciencia que hizo temblar mas que nunca al arrendador. Puso él mismo manos á la obra, y mientras que él uncia el caballo, dió órden á Giorgino de abrir la puerta principal. Cuando estuvo pronto para partir, hizo volver á entrar al amo y al mozo en la cocina donde Rosa se habia quedado.

—Si alguno de vosotros sale de este aposento antes de dia, dijoles; si yo no os hallo á todos tres aquí cuando volveré, pego fuego al cortijo y os achicharro á los tres. Tened presente que con solo dar un silbido tengo cincuenta hombres á mis órdenes.

—¡Cincuenta hombres! esclamó Egidio cayendo sobre una silla. Tranquilizaos, señor capitan. Os prometo que no me moveré de este sitio hasta que sea de dia. Si falto á mi palabra, os permito que....

—Muy bien, muy bien, dijo al salir Perrone.

Lleváronse el carro cargado con la caja que nuevamente ocultaron debajo algunos haces de paja, hasta las paredes del parque del duque de Averza, y como entonces serian las once, Perrone dijo á Lázaro que le aguardara en aquel sitio, y tomó el camino de la pradera, para ponerse de emboscada con el bandolero al cual habia citado, y ver si vendrian á deponer debajo del álamo solitario el rescate de D.ª Mencía.

D. José, el coronel Moncada y Carlina, habian llegado al mismo lugar un poco antes de las diez tendiéndose sin meter ruido en lo mas profundo de la zanja, á dos pasos de distancia el uno del otro. El bandolero, que habia recibido órden de su gefe de estar allí, habia llegado á las nueve,

pero hallándose borracho durmióse como un liron. La noche era obscura, la luna estaba cubierta de nubes, y Carlina se habia colocado casi al lado del bandolero sin haberlo notado. No reparó en él hasta que lo oyó roncar. Levantándose entonces con presteza, acercósele con precaucion, y viéndole profundamente dormido, empezó por apoderarse de las dos pistolas que notó llevaba en la cintura. Apretándole en seguida las rodillas sobre el pecho, llamó á sus dos compañeros. Dispertóse sobresaltado el bandido. Su primer movimiento fue llevar la mano á la cintura, para tomar sus pistolas, pero no encontrándolas, gritó: — ¡Fuego de Dios! ¡Traicion!

Don José y el coronel que habian llegado al primer ruido, empezaron por atarle con un pañuelo las manos á la espalda.

—¿Qué haces aquí? preguntóle Moncada.

—¿Qué haceis vosotros? respondió el bandido con aire feroz.

—¡Habla, ó eres muerto! dijo Moncada presentándole la boca de una pistola.

—Podeis matarme, pero os desafio á que me obligueis á hablar.

—Te prometo la vida y la libertad si quieres responderme, dijo D. José.

—¿De veras?

—Bajo palabra de honor.

—¡Y bien! ¿Qué quereis saber?

—¿Por qué te hallas aquí?

—Porque me lo ha mandado mi capitan.

—¿Perrone?

—Perrone.

—¿Y ha de venir?

—No lo sé. Debia aguardar sus órdenes.

Esta no era la ocasion de hacerle sufrir un largo interrogatorio. Parecia evidente que Perrone vendria ó á lo menos enviaria antes de poco á aquel sitio alguna otra persona.

El coronel obligó al bandolero á seguirle á la huerta del cortijo, y sirviéndose de un segundo pañuelo para atarle las piernas, le dejó tendido en el suelo dentro un invernáculo, cuya puerta cerró, y volvióse en seguida á su puesto.

Serian poco mas de las once y media, cuando Perrone entró en la pradera. Fue siguiendo la zanja contando hallar al que buscaba. En fin vió á uno que estaba echado: el pícaro, dijo, se habrá dormido. ¡Paulo! ¡Paulo!

No recibiendo contextacion adelantó una pierna sobre el foso para dar un puntapie al que creia dormido; pero al mismo instante reconoció que era una mujer, y vió levantarse dos hombres á dos pasos de ella.

—¡Me han vendido! gritó, y tomando dos pistolas de su cintura las disparó al mismo tiempo; pero desde el punto que Carlina habia visto su pierna sobre la zanja, la habia cogido con las dos manos tirando de ella con todas sus fuerzas. Perrone perdió el equilibrio, los dos tiros se dispararon al aire y cayó en la zanja.

Carlina se precipita sobre su cuerpo para impedirle que se levantara, pero el bandolero coje un puñal para herirla, cuando D. José le detiene el brazo. Llega Moncada al mismo instante, pero aun cuando eran tres contra él apenas podian sujetarlo. Perrone estaba dotado de una fuerza poco comun, y se defendia desesperadamente con los pies, las rodillas, las manos, la cabeza y los dientes.

No obstante no pudo levantarse, y pudieron al fin quitarle dos ó tres pistolas que le quedaban. Moncada le amenazó que le quitaria la vida si se resistia por mas tiempo, pero Perrone no temia la muerte, y por otra parte tenian demasiado interés en cogerle vivo, para ejecutar esta amenaza. Los dos amigos sintieron vivamente no haber traido cuerdas para atarlo. Tampoco tenian ningun pañuelo, y esto hubiera sido débil ligadura para un hombre de la fuerza de Perrone.

—¡Aguantadlo bien! dijo Carlina cesando un momento de secundar con sus fuerzas á sus compañeros; y quitán-



dose el delantal lo rasgó con los dientes, y lo divide en tres tiras con el fin de ligarlo: pero la dificultad estaba en poder con aquello atar á un hombre que se defendia con una inopinada constancia, y la lucha todavía duraba, cuando el duque de Aversa llegó á la cabeza de su pequeña partida. Desde las nueve de la noche la habia hecho poner sobre las armas, y solo aguardaba la señal convenida para ponerse en marcha. Creyó que los dos pistoletazos disparados por Perrone eran aquella señal, y no perdió momento para llegar cuanto antes. Era menester costear las paredes de su parque para ir á la pradera. Encontró el carro que Perrone habia dejado junto á ellos bajo la custodia de Lázaro, y al mismo tiempo vió á un hombre que emprendió la fuga al ver adelantarse gente armada. No era esta ocasion de perseguirlo, pero esta circunstancia parecióle sospechosa, y dispuso que uno de los soldados condujese el carro dentro el patio de su quinta, continuando él en seguida la marcha con los demás.

Luego que Perrone vió llegar una docena de hombres bien armados, conoció que era inútil toda resistencia y se sometió á su suerte con una especie de feroz resignacion. Atáronle los pies y las manos con un trozo de delantal de Carlina, colocáronle en medio de dos fusileros, al rededor de los cuales estaba el resto de la tropa, y entráronlo en el cortijo por la puerta de la huerta.

CAPITULO XXIX.

Il est avec le ciel des accommodements.

MOLIERE.

Carlina entró la primera en la pieza del piso bajo que ordinariamente habitaba, y que como ya hemos dicho servia para mas de un uso. Encontró en ella á su marido en un

estado de perfecta inmovilidad.

—¿Estás clavado en tu silla? le dijo. Levántate, mira que llega nuestro amo.

— No hay amo que valga, Carlina, yo no me moveré de este sitio hasta que el sol esté muy alto.

—¿Qué es lo que quiere decir esto?

—¡Te digo que te levantes! Y tirándolo por el vestido, procuró dar á sus palabras una fuerza mas persuasiva.

— No, gritó Egidio, no me levantaré; y agarrándose al asiento de la silla con las dos manos, dejábase arrastrar por el cuarto, cuando D. José; el coronel y el duque entraron, y tras de ellos dos fusileros que llevaban á Perrone.

—¡Ah! exclamó Egidio, el capitan está preso.

— Sí, está preso, dijo Carlina.

—¿Todavia tienes miedo?

—¡Ca! De peligros mayores se ha escapado. En todo caso, señor capitan, tened presente que yo cumplo mi promesa. Yo no me moveré de mi silla antes que sea de dia.

Mientras tanto sentáronse el duque, D. José y Moncada. El bandolero hallábase en pie entre sus dos guardias, y los otros se mantenian formados en frente de la puerta.

— Ahora, Perrone, dijo D. José, ya veis que no podeis escaparnos, por lo mismo....

—¿Qué quereis decir?

— Que nosotros podemos entregaros á la justicia, y en este caso ya podeis preveer la suerte que os aguarda.

— Hace tiempo que me hallo dispuesto á ella. ¿Creeis que un gefe de bandoleros tema la muerte? No. La teme menos que un coronel de infantería, añadió mirando á Moncada. ¿Qué importa que esta vaya armada de una bala ó de un pedazo de cuerda? De todos modos siempre es la muerte.

— El tunante es una especie de filósofo, dijo el duque de Aversa.

— Pero, dijo el conde de Moncada, aunque un coronel de infantería no tema la muerte, no se expone á ella voluntariamente, y procura evitarla en lo posible.

— Os participo que así mismo pienso hacerlo yo. No me cuento todavía por ahorcado.

— De vos depende no serlo, dijo D. José.

— ¿Y qué es menester hacer?

— Devolver al virey su hija.

— Con mucho gusto. Que acabe de pagar su rescate, los cien mil zequíes.

— ¡Qué acabe de pagar el rescate!

— Sin duda. Al menos yo presumo que la caja llena de oro, que he descubierto una hora hace dentro ese patio, y que me he llevado en mi carro de paja, hacia parte de él.

— Si es el carro que yo he encontrado junto á las paredes de mi parque, dijo el duque de Aversa, en la actualidad se halla seguro dentro de mi quinta. — Hoy la fortuna me es adversa, dijo Perrone con mucha calma. Veremos mañana.

— El duque de Arcos, dijo D. José, os ofrece por el rescate de su hija, la vida, la libertad, y una completa anmistía de lo pasado.

— Me honra mucho, pero mi vida no vale cien mil zequíes.

— Esto es demasiado discutir con un bandolero, gritó el coronel, no hay mas que enviarlo á Nápoles y hacerlo ahorcar.

— No os atrevereis.

— ¿Y porqué?

— Porque la vida de la hija del virey depende de la mia. ¿Pensais que no he calculado todos los sucesos antes de salir á campaña? He dado mis órdenes al teniente, y estoy seguro que las ejecutará.

— No temais nada, dijo Carlina, no temais nada. D.ª Mencía no está sin defensa. A estas horas Cárlos debe hallarse á su lado.

— ¡Cárlos! dijo Perrone con un pronunciado movimiento de sorpresa. ¿Tomasi era pues del complot?

— ¡No, no! gritó Egidio: es inocente: no sabia nada: no

sospecheis menos de mi hermano que de mí.

— ¡De tu hermano! Con que tú eres.... Basta.... Puede ser que algun dia nos volvamos á ver.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Egidio haciendo gestos de desesperacion. ¡Mi maldita lengua! ¡la de una mujer no lo hubiera hecho peor!...

— Me acude una idea, dijo el duque de Aversa: ya que D.ª Mencía se halla en poder del teniente de este bandido, solo con él debemos tratar: tal vez será mas razonable.

— Y tendremos el gusto de hacer ahorcar á este pillo, añadió Moncada.

— Mi teniente es incorruptible: vuestros esfuerzos serán inútiles.

— Esto es lo que falta saber.

— ¿Cómo podreis encontrarlo? ¿Sabeis mi retiro? Es inaccesible. Todo el talento humano no podria descubrirlo, y si lo alcanzara, veinte hombres solamente lo defenderian de un ejército.

— Yo no lo sé, dijo Carlina, pero Tomasi lo sabe, y yo conozco á Tomasi.

— ¡Vamos! dijo Egidio, ha llegado su vez. Todavía Tomasi. No estará satisfecha hasta ver incendiado el cortijo.

— Yo sé donde vive, continuó la misma, os conduciré allí, y os respondo que de una manera ú otra, le determinaremos á llevar vuestras proposiciones al teniente.

— El proyecto está bien inventado, dijo Perrone en tono burlesco; esta muchacha tiene imaginacion, y á fe que me gusta....

— ¡Bah! dijo Egidio.

— Porque no le falta valor, continuó el bandolero. Es lástima que Tomasi se halle en *Il*.... en la fortaleza, y que deba permanecer hasta mi regreso. Y bien, veamos, ¿hay alguno que tenga otros planes para proponer?

— Jamás habia visto un atrevimiento semejante, dijo el coronel.

— Es mi carácter; nada me hará nunca temblar. Sí, sí,

os entiendo, señor duque de Aversa; si hablais de tortura, la conozco bien, porque la he sufrido una vez, y nada han podido arrancar de mí. D. José, con vos solamente quiero tratar. Hemos estado juntos en la cárcel, nos hemos ayudado mutuamente para salir de ella, y yo haré por vos, lo que por nadie haria. Me habeis ofrecido la vida, la libertad, y el perdon. Nada mas necesito que ser libre, porque entonces sabré defender mi vida, y en cuanto á la amnistía me rio de ella. Hacedme pues devolver mi libertad, entregadme solamente veinte mil zequíes, y os devolveré á D.ª Mencía.

— ¡Acepto, exclamó vivamente D. José.

— Que me desaten, dijo Perrone á sus guardias.

— ¡Nosotros nos oponemos á ello! gritaron al mismo tiempo el coronel y el duque.

— ¿Qué quiere decir esto? yo no ten o que entenderme sino con D. José: ya he declarado que no trataria con nadie mas que con él.

— Muy bien, dijo el duque, pero el tratado necesita nuestra ratificacion, y nosotros no la otorgaremos mas que con el pacto de que la hija del virey sea devuelta á su padre antes que vos os halleis libre.

— ¿Y qué garantía obtendré yo para mi libertad y mis veinte mil zequíes?

— Mi palabra de honor, dijo D. José.

— Pues bien, la acepto. La sola dificultad que encuentro está en hacer llegar mis órdenes al teniente.

— Yo mismo las llevaré.

— ¿Pero como llegareis á él? Aun cuando yo quisiera esplicaros de la manera mas clara donde se halla situado mi retiro en las montañas, os seria imposible encontrarlo. No veo mas que un medio. Fiaos de mí, como yo me fio de vos. Yo mismo os conduciré.

— Pero nosotros olvidamos nuestro prisionero, dijo Moncada. ¿No pudiera encargársele esta mision?

— ¿Qué prisionero? preguntó Perrone.

— Uno de los vuestros que hemos encontrado dormido dentro de la zanja, contestó D. José.

— ¡Dormido! gritó Perrone con aire de indignacion: no importa, hacedlo comparecer, y cuando habrá ejecutado mis órdenes, prendedle si bien os parece, porque yo no estipulo nada á favor suyo.

Dos soldados marcharon á buscar el bandolero al invernáculo en el cual estaba encerrado, y así que vió á su jefe, bajó la vista con aire confuso y apesadumbrado, porque vió que se hallaba prisionero como él.

— Paulo, le dijo Perrone con tono severo, y haciéndole ver al conde de Moncada, pregunta al coronel que castigo impondria á un soldado que hallándose de faccion se durmiese en su puesto, en lugar de vigilar los movimientos del enemigo.

—Capitan, dijo Paulo, he tenido la desgracia, hallándome con algunos amigos, vos sabeis bien donde, de....

— Basta, basta. Vas á partir con D. José Caraffa que está presente. Le conducirás á casa de Tomasi. Te aguardará en ella. Llevarás en seguida á Neri la carta que voy á darte. Te entregará mi prisionera, y á tu vez la entregarás á D. José. ¿Estás bien enterado?

— Sí, capitan.

— Te prohibo el que durante el camino bebas otra cosa mas que agua. Ahora haced que me den lo necesario para escribir; y si quereis que lo verifique, que me desaten las manos. Verificáronlo así, hiciéronlo sentar, colocaron delante de él una mesa, diéronle papel, pluma y tintero, y escribió una carta para su teniente. Estaba muy lejos de pensar, que en el mismo instante en que le escribia, Neri acababa de recibir la paga de los crímenes que habia cometido durante su vida.

— Leed, dijo presentando la carta á D. José: yo no quiero que os figureis que me anima una segunda intencion. Leed alto, si quereis.

D. José leyó el siguiente billete:

« Luego que el teniente Neri reciba esta carta, entregará « á Paulo, que es el portador de la misma, mi prisionera « D.ª Mencía. Paulo se halla instruido de mis ulteriores in- « tenciones. » — *Perrone, capitan general.*

— Os aseguro que la órden será puntualmente ejecutada: en mi cuerpo saben bien lo que es disciplina.

D. José partió inmediatamente con Paulo, el duque de Aversa se fue á Nápoles para participar al virey cuanto habia pasado, y se decidió que el conde de Moncada se quedaria en el cortijo con los doce soldados, para custodiar á Perrone hasta la vuelta de D. José.

— ¡Vaya! dijo Egidio luego que supo esta resolucion. ¿Es posible que querais dejar aquí el capitan?

— ¿Y porqué no, valeroso Egidio? dijo Perrone. ¿Por ventura no tienes una mujer que ella sola vale por una docena de centinelas? si tienes miedo te esconderás debajo de su delantal, cuando ella haya puesto otro en lugar de aquel del cual se desprendió tan generosamente á favor mio.

Lleváronlo en un cuarto del segundo piso, en el que habia una sola ventana que daba al patio. Subióse por una escalera que empezaba en la misma cocina. Colocaron dentro dicho cuarto dos centinelas, y otra que se paseaba debajo de la ventana, mientras que en la misma cocina estableció el coronel su cuartel general, despues de haber tomado por su ayudante de campo á Carlina.

Mientras tanto D. José se dirigia al lugar de su destino marchando á todo escape. Durante el viaje no le fue difícil asegurarse de la fidelidad de Paulo, prometiendo recompensarle generosamente, y obtener del virey su perdon; porque el bandolero que temia el resentimiento de su capitan, no queria estar en zozobra permaneciendo por mas tiempo en su servicio.

Detuviéronse apenas media hora para dar algun descanso á los caballos, y antes de las cinco de la tarde llegaron á la casa de Bárbara Donati. Supieron las ocurrencias que habian tenido lugar en ella aquella misma mañana, y

montaron otra vez á caballo para regresar al punto á Ariano, por donde habian pasado media hora antes. El juez de esta villa, llevándose en aquel momento los presos, no sabia, á pesar de sus conocimientos fisonómicos, si debia mirar á D.ª Mencía como una aventurera ó como una señorita de la mas distinguida familia. Pasó casi todo el camino reflexionando si era mas conveniente tratar una hija de virey aventurera, ó una aventurera fingida hija del virey, cuyo último partido se determinó abrazar por parecerle que debia ser menos arriesgado para él.

Por consiguiente se condujo con ella del modo mas atento: sentia que el deber de su cargo le obligase á retardar el viaje de la misma; y le manifestó que esperaba se encontraria bien en su casa durante el poco tiempo que permaneciese en ella. Le presentó su mujer, á la cual encargó de antemano que le ofreciese los vestidos mas convenientes á su rango, llevando su complacencia hasta consentir que Cárlos y Bárbara permaneciesen presas en la cocina, bajo su palabra. No obstante es preciso añadir, que encargó secretamente á uno de sus criados, que no los perdiese de vista; precaucion que fue muy inútil porque no tenian ningunas ganas de fugarse. En fin, escribió al virey para darle cuenta de lo que habia creido conveniente practicar y pedirle sus órdenes, despachando un correo al cual mandó que marchase con toda velocidad.

Hallábase en el salon con D.ª Mencía, cuando un poco antes de dar las seis le avisaron que un labrador, acompañado de un hombre de muy mala traza, pedia permiso para hablarle.

— Que vuelvan mañana, yo no doy audiencia mas que por la mañana: el criado volvió poco despues diciendo, que el labrador insistia y que tomaba un aire de autoridad muy extraordinario.

—Perdonad, señor, dijo el juez á D.ª Mencía, voy á hacer entrar en razon á ese impertinente.

Pasó á su antecámara. ¡Cuál fué su sorpresa, recono-

ciendo en el pretendido labrador á D. José Caraffa, á quien habia visto muchas veces en Nápoles! Tuvo lugar una completa explicacion que no dejó ninguna duda al juez acerca de la verdadera cualidad de D.ª Mencía; de modo que ya no se trató de aguardar la contestacion del virey. Sin embarse, como era imposible poder regresar á Nápoles el mismo dia, D. José y D.ª Mencía consintieron en pasar la noche en la casa del juez, y partieron á la mañana siguiente acompañados de Cárlos.

Nada hemos dicho de la satisfaccion que experimentaron los dos amantes al volverse á ver. Esto proporcionaria materia para añadir aqui algunas páginas, pero al empezar esta obra prometimos referir los hechos, y dejar á la imaginacion de nuestros lectores el hacer una pintura ideal de los sentimientos. Si nuestra conducta se califica por esto de árida, en cambio creemos haber evitado caer en esas descripciones comunes, dejando de copiar servilmente esos cuadros que á cada paso se hallan en las novelas.

CAPITULO XXX.

Comment tant de grandeur s' est-elle evandouie?
Qu' est devenu l' éclat de ce vaste appareil?

J. B. Rousseau.

Il a perdu la raison.

Le delire.

Cuando D. José salió de Nápoles, parecia haberse restablecido la paz, y todo inducia á creer que la tranquilidad renaceria por medio del acuerdo celebrado entre el virey y el pueblo. Pero sabia D. José que en las discordias civiles es bastante la menor chispa para volver á encender con mas viveza que nunca el fuego de las pasiones y de los



odios; y temiendo exponer á D.ª Mencía á nuevos peligros resolvió pasar por Rívolo, antes de entrar en la capital, aunque no fuese el camino mas directo para ir á ella, á fin de saber lo que habia pasado durante los dos dias de su ausencia. Sin embargo el deseo que tenia D.ª Mencía de ver á su padre, no quiso D. José fatigarla viajando con la misma rapidez que él lo habia hecho cuando el amor le prestaba sus alas para ir á sacarla de su encierro; y así es que llegaron al cortijo á cosa de las ocho de la noche. Carlina habia ido por la mañana al mercado, y el coronel por la tarde habia recibido un parte del virey, y la visita del duque de Aversa. Ambos pues podian dar á D. José exactas noticias dela situacion de la capital en aquel entonces. Segun Carlina Masaniello empezaba á perder de su popularidad, y por lo que habian participado al conde de Moncada, parecia que aquel habia dado algunas pruebas de locura. En vez de trasladar la relacion de los mismos en sus propios términos, vamos á presentar un sucinto bosquejo de cuanto habia pasado en Nápoles durante aquellos dos dias. Ya dijimos que en todos los fallos de Masaniello presidia una excesiva severidad, pero al dia siguiente á la firma del tratado, aquel rigor degeneró en crueldad. Habia hecho levantar horcas en las principales plazas de Nápoles, y diez verdugos hallábanse continuamente dispuestos á ejecutar sus sentencias de muerte. Hizo ahorcar á dos frailes que habian sido presos con hábitos en una calle de la capital, á pesar de que acababan de llegar de una provincia lejana, y que ignoraban la prohibicion que habia de presentarse en hábitos talares. Habiendo tenido varios mercaderes alguna conferencia secreta para una especulacion de comercio, pretendió Masaniello que tramaban una conjuracion contra el pueblo, y por lo mismo fueron ahorcados á la puerta de sus casas. Ordenó el arresto de todos los nobles que se habian quedado en Nápoles, y les amenazó con la muerte, si no le entregaban sus tesoros. Habia vuelto á tomar su traje de pescador, pero el orgullo empezaba á asomarse por

sus harapos. Se formó una guardia de diez mil hombres, y nadie podia admitirse á su presencia, sin haber sido registrado y desarmado. Hizo escribir al virey quejándose de no haber todavía recibido la visita del cardenal Tribulce. Á esta terrible noticia, el prelado se apresuró á cumplir y llegó hasta el punto de tratar á Masaniello de V. E.; pero fue recibido muy friamente.

—La visita de vuestra Eminencia ha sido un poco tarde, díjole el nuevo dueño de Nápoles; y le hizo acompañar hasta su casa por doscientos fusileros.

Habiendo sabido que un caballero llamado Zavoglio habia depositado sumas considerables en un convento de religiosas, envió allí muchos oficiales para apoderarse de ellas, los cuales tuvieron que derribar las puertas para penetrar en él.

Quejóse el arzobispo á Masaniello de este sacrilegio, quien los condenó á todos á muerte: sentencia que fue ejecutada sin embargo de la intercesion del mismo prelado.

Dos nobles de los mas poderosos de la corte de Nápoles, el duque de Caracciolo y su hermano D. Cárlos, se habian atrevido á pasar delante de él sin saludarlo. Mandó á Genuino que les hiciese llevar á la cárcel; y los condenó á ser ahorcados al dia siguiente, ó que fuesen á pedirle perdon y besarle los pies en la plaza pública. En vez de ejecutar Genuino sus órdenes puntualmente, les dió su casa por cárcel; y sabiéndolo Masaniello, le degradó publicamente del empleo de teniente amenazándole al mismo tiempo de hacerlo ahorcar. Vitale y Pione cayeron tambien en desgracia porque no se mostraron bastante sanguinarios, y Arpaya fue el único que conservó su confianza hasta el último momento.

El dia siguiente á la firma del tratado no quiso comer nada, pretestando que sus enemigos querian envenenarle. Á las cuatro de la tarde se fue sin sombrero, sin espada, las piernas y pies desnudos, y cubierto solamente con sus harapos al palacio del virey, cuya entrada no se atrevieron á negarle. Pidióle algunos refrescos y cuando se los hubie-

ron servido, rehusó probarlos. Dijo otra vez al duque que queria volver á sus redes, echóse á sus pies rogándole que volviese al ejercicio de su autoridad, y al salir del palacio, hizo publicar un bando en el cual se castigaba con pena de la vida á cualquiera que obedeciese las órdenes que podian darse en Nápoles por el duque de Arcos ó sus delegados.

Pasó una parte de la noche en ejercer justicia en una plaza pública, y la ejecucion seguia inmediatamente á la sentencia. Las cárceles estaban llenas, haciase conducir los presos al azar, y de cada diez, despues de haber pronunciado sobre su suerte, salian condenados nueve. Condujéronle un hombre que habia robado la mujer de otro, y le condenó á ser ahorcado; mas habiéndole asegurado alguno que la mujer era una bribona que se habia dejado arrebatar voluntariamente, en vez de revocar la sentencia, mandó que la culpable sufriese la misma suerte.

El dia siguiente, como no hubiese comido nada la víspera, entró en casa de un panadero, tomó un pan de su tienda, y bebió un vaso de agua que el mismo llenó en una fuente. Montando en seguida á caballo, recorrió espada en mano las calles de Nápoles como un furioso, atacando é hiriendo á varias personas que no creian ofenderle ni cometian ningun desórden, y se entregó á tales raptos de locura, que Arpaya se vió en la precision de hacerlo sujetar.

Cerca el medio dia, pareciendo mas calmado, quitáronle las ataduras. Fué á visitar las galeras, y cambió todos los comandantes. Destituyó igualmente todos los electos nombrados por Genuino, reemplazándolos por otros. Quejábase de estar rodeado solamente de traidores, y amenazó con hacer pegar fuego á los cuatro ángulos de la ciudad. Durante la tarde envió á pedir al virey su chalupa de gala para ir á pasearse á Pausilipo, y es de creer que esta peticion fue concedida al momento. Hízole proponer en seguida que le acompañara. El duque de Arcos pretextó una indisposicion para excusarse, pero dió órden de que le siguieran los se-

ñores de su corte. Cuarenta góndolas llenas del mas brillante acompañamiento y muchas barcas igualmente llenas de músicos iban vogando tras la chalupa de Masaniello, mientras que treinta ó cuarenta mil hombres acompañaban sobre el muelle esta pequeña escuadra. Todavía se ejecutaban todas sus órdenes con prontitud y sumision; pero esta obediencia, en lugar de estar inspirada por el amor y la confianza, no era mas que el efecto de la timidez y del terror. Ganado ya Genuino por el virey, viéndose sin crédito cerca de Masaniello, y temiendo por su propia seguridad, trabajaba por su parte en hacerle perder la popularidad, pintándolo como un furioso privado de juicio que acabaria causando la ruina del pueblo y la de la capital, si le dejaban por mas largo tiempo el ejercicio de una autoridad usurpada. Muchos confidentes suyos, y particularmente los electos que acaban de ser destituidos, se ocupaban en esparcir igualmente los mismos rumores; y el modo como les escuchaban era una prueba del gran número de partidarios que Masaniello habia perdido, y que la caida de este no ocasionaria una violenta conmocion.

Durante la misma tarde dió nuevas pruebas de enajenacion mental y un exceso de beber que hizo por la primera vez de su vida, tal vez contribuyó á ello. Arrojóse vestido al mar, diciendo, que para él ya no habia seguridad sobre la tierra; y cuando lo sacaron, cojió una espada, y empezó á herir indistintamente á cuantos le rodearon. Arpaya vióse obligado por segunda vez á hacerlo atar, y metiéndole dentro un carruaje le hizo conducir á Nápoles dentro la sacristía de Nuestra Señora del Cármen.

Algunos historiadores pretenden que queriendo el virey deshacerse á toda costa de Masaniello, y no atreviéndose á hacerlo asesinar por temor de exponerse á la venganza del pueblo, y de llevar á este á nuevos excesos; le hizo dar un brevaje, cuyo efecto fue alterarle la razon. Pero la historia ofrece muchos crímenes ciertos sin necesidad de suponer otros para aclarar sucesos cuya causa puede ser natu-

ral. Dotado Masaniello de una alma ardiente, dueño absoluto de Nápoles, queriendo verlo todo, y arreglarlo por sí mismo, desempeñando las funciones de general de ejército, de administrador y de juez, negándose al reposo que reclama la naturaleza, y que imperiosamente exije mas y mas en un clima ardiente, habiendo apenas disfrutado algunas horas de sueño en el término de ocho dias, agitado por mil inquietudes, y atormentado por el temor del asesinato y del veneno; nada tiene de extraordinario que la cabeza de un pobre pescador, sin experiencia y sin educacion, no hubiese podido resistir al tropel de circunstancias que se reunieron para trastornar su juicio.

Sea de esto lo que se fuere, tal era el estado en que se encontraba la ciudad de Nápoles, cuando D. José llegó á Rívolo. El duque de Arcos permanecia en su palacio, lo que probaba que no tenia nada que temer. Sin embargo, como la capital no parecia gozar aun de una perfecta tranquilidad, no obstante el deseo que tenia D.ª Mencía de reunirse al punto con su padre, D. José logró convencerla que era mas conveniente avisarle su llegada á Rívolo, y aguardar sus órdenes. De consiguiente, hizo partir sobre la marcha un mensajero para el duque de Arcos.

D. José hizo conducir en seguida á Perrone á su presencia, y devolviéndole la carta que habia escrito á Neri, le participó que no habia necesitado usar de la misma, que acababan de encontrar á D.ª Mencía en Ariano, y contóle brevemente la historia de su fuga, y la muerte del teniente Neri.

Perrone escuchó esta relacion sin mudar el color de su rostro y con un aire impasible, no obstante que pudiera temer, que toda vez que no habia contribuido él á la libertad de D.ª Mencía, no estaban obligados á cumplir las promesas que se le habian hecho. Si en este particular tenia alguna secreta inquietud, que por otra parte sabia muy bien disimular, no tardó en disiparla D. José, anunciándole que estaba libre.

— Así lo creía, contestó Perrone, y me hubiera admirado sobre manera que D. José Caraffa hubiese querido buscar un pretexto para faltar á su palabra.

— En cuanto á los veinte mil zequíes, añadió D. José, pienso ir mañana por la mañana á casa el duque de Aversa, y....

— En cuanto á los veinte mil zequíes, dijo Perrone, no los pretendo. ¿Creeis vos que un jefe de bandoleros no tenga honor ni conciencia? Vos no me debeis el menor rescate por una prisionera que se ha escapado de mis manos: ha usado del derecho natural: ha salido bien de su empresa, ¡tanto mejor para ella! mas de una vez he hecho yo lo mismo. En cuanto á mi libertad, esto ya es otra cosa, es la recompensa de mi buena voluntad y yo la acepto.

— No pongo á ella mas que una condicion, dijo D. José, es que me deis vuestra palabra de no conservar resentimiento alguno contra Cárlos y Tomasi por la parte que han tomado en la libertad de D.ª Mencía.

— Os la doy.

— Y de no incendiar mi cortijo, añadió Egidio.

— Ya te he dicho que tu mujer es tu proteccion. Cuando ella se canse de ser la consorte de un bendito, que vaya á encontrarme, y la haré reina de los Apeninos.

— ¡Bah! replicó Egidio.

— No temas nada, le dijo el coronel, un marido bendito es el presente mas precioso que el cielo puede dispensar á una mujer.

— Y este me ha favorecido sobradamente en el particular, dijo Carlina, para que yo renuncie á sus bondades.

D. José hizo algunos esfuerzos para alcanzar que Perrone renunciase á su oficio de bandolero, y le aseguró de nuevo que él obtendria su perdon del virey.

— No, dijo Perrone, no. Si yo os lo prometiese pronto ó tarde, faltaria á mi palabra. En este mundo todos sois esclavos, el bandolero solamente es libre, y yo quiero continuar siéndolo.

Perrone partió á media noche, y al cabo de poco rato llegó el mensajero enviado al virey trayendo una carta para D. José, en la cual aquel le participaba que Nápoles se hallaba tranquila, que Masaniello iba perdiendo su popularidad, y que por lo mismo al dia siguiente podia regresar sin temor alguno con su hija á la capital. Por consiguiente á las diez de la mañana del dia inmediato, D. José y D.ª Mencía se pusieron en camino, seguidos de Cárlos y Paulo y escoltados por el coronel á la cabeza de doce soldados que habia escogido para la expedicion.

CAPITULO XXXI.

Elle (l' opinion) fuit et revient; elle place un mortel
Hier sur un bûcher, demain sur un autel.

RULHIERE.

Nuestros viajeros llegaron á Nápoles siendo cerca de medio dia. En las primeras calles que atravesaron todo anunciaba la paz y la tranquilidad, y solo al encontrarse delante la iglesia de Nuestra Señora del Cármen vieron una multitud de gente, que no les sorprendió porque sabian que aquella iglesia se habia trasformado en cuartel general de Masaniello y tribuna de sus arengas. No queriendo manifestar temor alguno, cambiando bruscamente de camino, continuaron adelantándose despacio, mientras el pueblo se dividia para dejarles libre el paso. La dificultad de su marcha aumentaba no obstante poco á poco, y cuando llegaron delante de la puerta principal, se habian reunido allí tanta multitud de personas que se vieron obligados á hacer alto. Oyóse de repente una descarga de mosquetería dentro la iglesia, y los gritos de: *¡ Viva Felipe IV! ¡ Viva el virey! ¡ Muera el tirano! ¡ Muera el rebelde!* Casi al mismo tiempo salia un hombre del templo llevando al extremo de una pi-

ca una cabeza cuya sangre chorreaba todavía sobre sus vestidos, mientras que otros cinco ó seis arrastraban atado de cuerdas un cadáver mutilado. Esta cabeza y este cadáver eran los restos de Masaniello.

D.ª Mencía apartó la vista de aquel horrible espectáculo. De toda la multitud no se levantó una sola voz contra los matadores, ni se armó un solo brazo para vengar la muerte de aquel que habia reinado absolutamente en Nápoles. Los asesinos pasaron libremente gritando: *¡Viva mil años el rey de España! ¡Libertad al pueblo! ¡Murió el tirano!* y al mismo tiempo disparaban al aire sus fusiles para aumentar el espanto. De este modo paseaban la cabeza de Masaniello, y arrastraron su cuerpo por todas las calles de Nápoles, seguidos de una muchedumbre inmensa que insultaba los restos de aquel que dos dias antes habia casi adorado, despues de lo cual los echaron en un foso cerca de la ciudad, entre la puerta de Noles y la de Capua. Este imprevisto suceso dejó pronto el paso libre, y nuestros viajeros llegaron sin obstáculo alguno al palacio del virey. Pero antes de seguirles, bueno será dar cuenta de los últimos momentos del hombre extraordinario que por espacio de ocho dias habia regido el destino de Nápoles.

Cerca de las ocho de la mañana, viendo Arpaya tranquilo á su cuñado, le hizo presente que si continuaba obrando como lo habia hecho los dos dias anteriores, se haria matar como una bestia feroz. Masaniello solamente le contestó con amenazas contra los nobles, que decia habian jurado su pérdida, porque eran los enemigos del pueblo. Arpaya lo dejó para ir á rondar por la ciudad, y recomendó á Domingo que lo vigilara. Era el dia de la Vírgen del Cármen, y el cardenal debia celebrar á las diez la misa en esta iglesia. Asi que Masaniello le vió entrar, corrió á su encuentro, abrazó sus rodillas, le dijo que conocia que lo vendian, y que solo su muerte podria satisfacer á sus enemigos; rogóle que dispusiera una solemne procesion, invitando al duque de Arcos que asistiese á ella, pues que que-

ria devolverle todos sus poderes. El cardenal le animó para que perseverase en estos sentimientos, y le prometió ir á encontrar al duque luego que hubiese celebrado la misa, Masaniello asistió á la misma con toda la apariencia de la devocion, y cuando estuvo concluida, subió al púlpito para arengar al pueblo; pero su elocuencia natural le habia abandonado: no proferia mas que frases incoherentes, ridículas y fuera de propósito, haciendo de cuando en cuando amenazas, reproches y súplicas, de suerte que en vez de despertar la compasion, no excitó mas que las carcajadas, y el pueblo salió de la iglesia sin querer escuchar el final de su discurso.

Algunos religiosos que le envió el cardenal, pudieron decidirlo á bajar del púlpito. Arrojóse de nuevo á los pies del prelado, rogólo fuese inmediatamente á ver al duque de Arcos, y declararle que desde aquel momento abdicaba toda su autoridad, y que iba á retirarse á su cabaña. El arzobispo le prometió conformarse á sus deseos, y viéndole muy acalorado, le invitó á entrar en la sacristía encargando á algunos religiosos que le procurasen refrescos. Masaniello consintió, y el cardenal se fue de la iglesia en la que habia quedado poca gente.

Mientras tanto habíase tramado un complot contra los dias de Masaniello. Genuino era el alma, tres de los electos desempleados algunos dias antes eran los jefes del mismo, y algunos escritores pretenden así mismo que el virey habia dado secretamente su consentimiento para semejante empresa. Los conjurados eran numerosos, estaban armados, y no aguardaban mas que la ocasion favorable para ejecutar su proyecto.

Cerca las once y media, haciendo Arpaya su ronda encontró una patrulla de diez hombres, mandada por Benedetto Foggieri, uno de los electos de los cuales acabamos de hablar: adelantóse hácia él y preguntóle quien habia dispuesto que tomase las armas, y quien le habia dado el mando de una patrulla.

— El virey, respondió Foggieri con firmeza.

— Tú pagarás semejante audacia con tu cabeza, gritó Arpaya.

Foggieri no le contestó mas que pasándole el cuerpo con su espada y uno de los de su patrulla lo acabó de un fusilazo. Conociendo despues de esto Foggieri que no habia nada mas que atender, encaminóse directamente á la iglesia de nuestra señora del Cármen, gritando durante el tránsito: ¡viva el rey Felipe IV! ¡Nadie obedezca al rebelde Masaniello! Entraron en la iglesia silenciosamente, gritando todos á la vez: ¡Señor Masaniello! ¡Señor Masaniello!

Oyólos su víctima desde el fondo de la sacristía. — Aquí estoy, pueblo mio, aquí estoy, y compareció á la puerta seguido de Domingo, al mismo tiempo que se dispararon diez tiros, y ambos cayeron alcanzados por muchos balazos. Los conjurados dejaron á cargo de los religiosos el cuidado del cuerpo de Domingo, y ya hemos visto el modo como fué tratado el de Masaniello.

Genuino colocado á alguna distancia de aquel sitio, aguardaba impaciente el resultado de la empresa: redobló su atencion al oir el estrépito de la descarga, y asi que vió la cabeza de Masaniello salir de la iglesia sobre una pica, corrió al palacio del virey, para ser el primero en anunciarle esta noticia.

— ¡Yo he triunfado! esclamó así que fue admitido á su presencia. Me apresuro á venir á participar á V. E. que el gefe de los rebeldes ya no existe: *fuit Masaniello.*

— Lo siento, respondió friamente el duque de Arcos, porque era un hombre cuyas intenciones eran puras, que solo tenia la vista fija en el bien del pueblo, y que era digno de mejor suerte; y al mismo tiempo le volvió las espaldas entrando en otro aposento.

Genuino se quedó como herido de un rayo, y todavia permanecia inmóvil de sorpresa, cuando un lacayo vino á decirle, que tenia la órden de acompañarle hasta la puerta del palacio.

—¡Si yo lo hubiese podido preveer! se decia á sí mismo. ¡*O cæcas hominum mentes!* y salió soñando en los medios de promover nuevas turbulencias.

La puerta que se abrió para su ignominiosa expulsion, en aquel mismo instante dió entrada á D. José, al coronel Moncada, y á D.ª Mencía que quiso le acompañase Cárlos hasta la casa de su padre, recomendándolo al entrar á un criado, y no pensando desde luego en otra cosa que en volar á los brazos del duque de Arcos.

Ya hemos dicho que este era un tierno padre. Derramó lágrimas de alegría al ver una hija querida, de la que habia estado separado una semana, y durante cuyo breve espacio habia corrido tantos peligros. Dió las mas expresivas gracias al conde de Moncada por la estimacion y celo de que le habia dado tantas pruebas en aquellas circunstancias, le convidó á comer en el palacio con *sus dos hijos*, y creyendo el coronel con fundamento ver en esta invitacion el deseo que tenia el virey de poder hablar libremente con su hija y D. José, se retiró despues de haber prometido volver á las tres de la tarde.

Luego que hubo partido, encerróse el duque de Arcos con su hija y D. José en su gabinete, haciéndose contar detalladamente todo lo que les habia pasado durante aquella semana tan fértil en acontecimientos.

Concluida la relacion cogió la mano de su hija, y presentándola á D. José, díjole: aquí teneis vuestra esposa: no hago mas que cumplir mi promesa entregándoos su mano; pero aunque no os hubiese prometido nada, no dejaria por eso de dárosla. Vos la mereceis sobradamente por todo lo que habeis hecho por ella.

D. José hincó una rodilla delante de D.ª Mencía, besóle tiernamente la mano, y pudo leer en sus ojos que ella participaba de igual felicidad á la que él mismo gozaba.

—Habeis hablado muy á menudo en vuestra relacion dijo el virey de un cierto Cárlos. Os ha dispensado señalados servicios á riesgo de su propia vida: este hombre merece

ser recompensado! ¿Qué se ha hecho de él?

— Se halla aquí.

— Quiero verle.

Diéronse las órdenes á un criado, y en seguida presentóse Cárlos.

— Buen hombre, le dijo el duque de Arcos, te doy las gracias por cuanto has hecho por mis dos hijos; pero esto no basta para quedar ambos satisfechos. Habla, ¿qué puedo hacer yo por tí? pídeme lo que quieras, nada te negaré.

— Yo no sé que deciros, respondió Cárlos, arrollando entre sus dedos su gorro: yo no soy bueno para gran cosa; pero ya que V. E. me lo permite, ¡no quiero mas que una sola gracia.... pero tal vez esto será pedirle demasiado.

— No temas, dijo el virey, esplicate con franqueza.

— Pues bien, dijo Cárlos, la gracia que yo pediria á V. E. seria que me permitiese ejercer libremente mi profesion de contrabandista, sin verme obligado á disparar pistoletazos con esos perros aduaneros.

El duque de Arcos, D. José y D.ª Mencía soltaron una gran carcajada, no tanto por la peticion en sí misma, como por el aire formal con que se habia hecho.

— No, no, dijo el virey, esto no es posible; con todo veamos, ¿cuanto te produce anualmente tu profesion de contrabandista?

— Esto varia, dijo Cárlos, pero los años buenos me ha producido hasta doscientos escudos.

— Pues bien, yo te señalo una pension de seiscientos, con el pacto de que no te mezclarás mas en el contrabando.

— Mil gracias, escelentisimo señor, dijo Cárlos. Pero el tono con que pronunció estas breves palabras, dejaba entrever una especie de sentimiento por verse obligado á renunciar una profesion en la cual se habia ocupado toda su vida.

— Y yo, añadió D. José, te tomo á mi servicio, nombrándote mayordomo de mis caballerizas, señalándote tres cientos escudos de sueldo.

— ¡Viva!... gritó Cárlos, si puedo permanecer al lado

vuestro y de la señora, consiento en vivir en santa paz con todos los aduaneros de Nápoles.

El celo y el valor de su hermana Carlina merecian igualmente ser recompensados. D. José le aseguró por toda su vida el usufruto del pequeño cortijo que tenia arrendado. Cuando Egidio supo esta noticia, exclamó tres veces: ¡Bah! pero jamás oyó pronunciar el nombre de Perrone sin temblar de pies á cabeza, y sin mirar á su alrededor por ver si descubria el bandolero. Pudiera sin embargo creerse que habia sido curado de su miedo, cuando oyó decir dos años despues que Perrone habia sido muerto atacando á la cabeza de veinte y cinco hombres, un destacamento que escoltaba una suma considerable proveniente de los impuestos de los Abruzes que transportaban á Nápoles; pero Egidio creia en los espíritus, y temia hasta la sombra del bandolero difunto.

Tampoco fué olvidado Tomasi. Habia cooperado á la libertad de D.ª Mencía, y el virey le señaló una pension de dos cientos escudos, dándole plaza de guardabosque de los de la corona.

Paulo recibió su perdon, y entró en un regimiento de infantería, con la promesa de ser nombrado cabo á fin de año si se portaba bien; pero desertó, fue condenado á galeras, y terminó sus dias en ellas.

La muerte de Masaniello no puso término á las turbulencias de Nápoles. Todavía se perpetuaron por largo tiempo, y si el viejo Genuino no tomó parte en ellas, fue porque un ataque de apoplegía terminó su vida al cabo de ocho dias de la muerte de Masaniello. El pueblo no encontró nunca un gefe semejante al que habia perdido. Restableciéronse todos los impuestos, y la carta de Cárlos V cayó otra vez en el olvido, del que le habian sacado momentáneamente. Estos acontecimientos pertenecen á la historia, y á ella deben acudir los que desean conocerlos. Nosotros nos ceñiremos á decir solamente una palabra acerca lo que pasó el dia siguiente á la muerte de Masaniello.

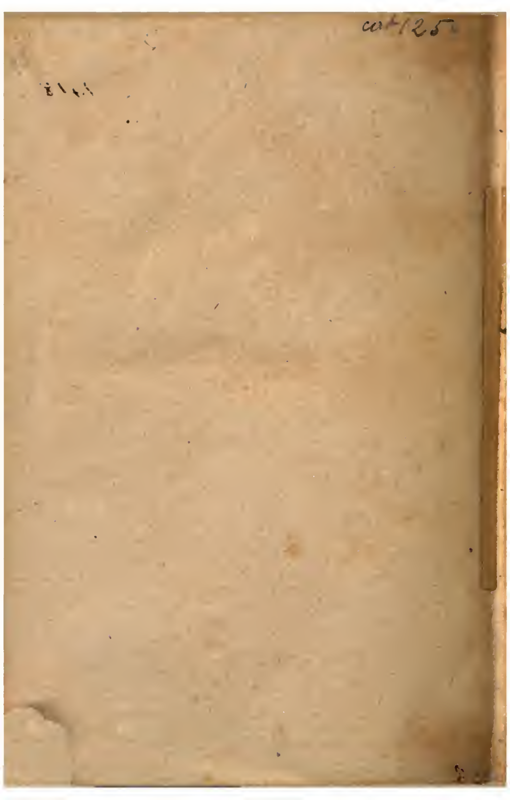
Saliendo el pueblo de su embriaguez, conoció lo que habia perdido. Algunos amigos de Masaniello osaron levantar la voz á favor suyo, y aquel á quien el mismo pueblo habia tratado la víspera de rebelde y de traidor, fue proclamado todavía libertador y salvador de la patria. Sacaron sus restos del muladar donde los habian echado, su cabeza fue unida á su cuerpo, y se obligó al cardenal Filomarino á que él mismo celebrase sus funerales. Acordáronse del modo como habia vaticinado su muerte, miráronlo como un profeta inspirado, y se oyó repetir por todas partes: ¡San Masaniello, rogad por nosotros!

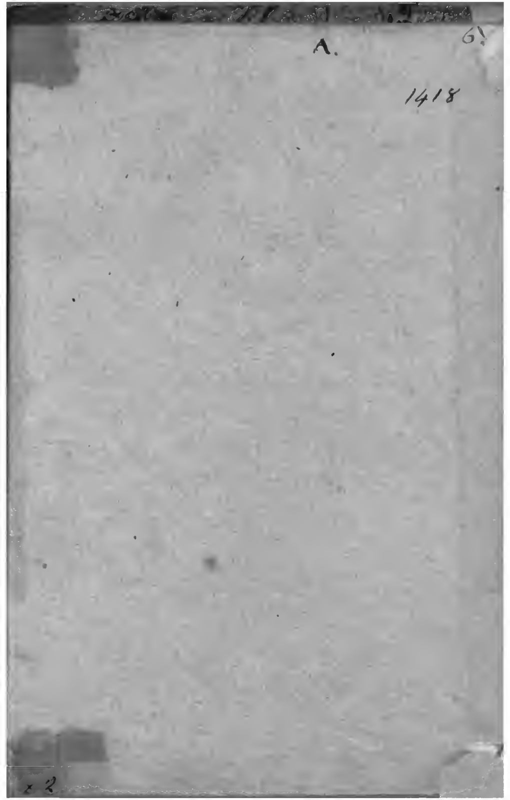
Colocáronlo en un ataud cubierto con un manto de escarlata, ricamente bordado de oro: ciñéronle la cabeza con una corona de laurel, y le pusieron un baston de general en la mano derecha, y una espada en el lado izquierdo. Veinte mil almas siguieron el funeral; y el virey, desempeñando el papel de un perfecto cortesano, envió ocho pajes y un considerable número de sus guardias con hachas encendidas, llevando un negro crespon en el brazo.

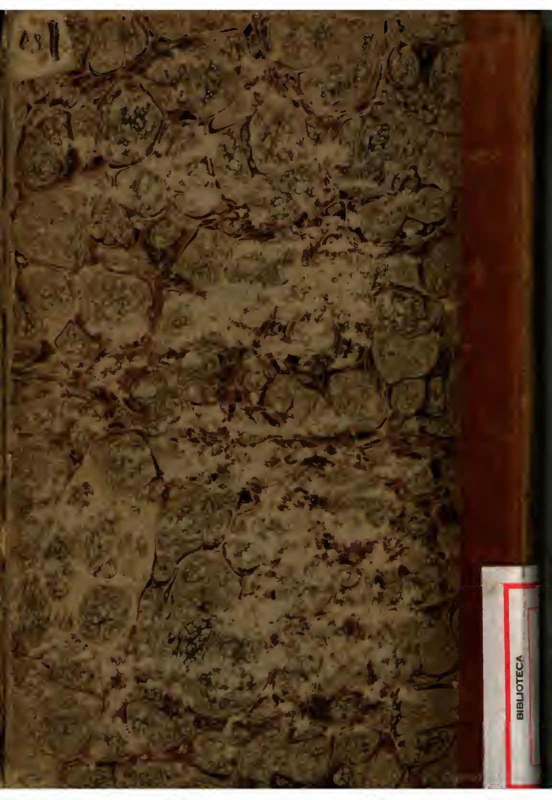
De este modo, segun refiere un historiador contemporáneo, en el corto espacio de tres dias, Masaniello fue respetado como un monarca, muerto como un facineroso, y honrado como un santo.

FIN DE MASANIELLO.




125


A.
1418


BIBLIOTECA